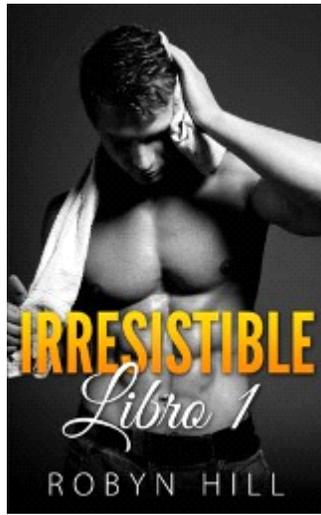


IRRESISTIBLE

Libra

ROBYN HILL



Capítulo 1

ERIC

Aunque siempre me he sentido un privilegiado en la vida, el día que aterricé en Las Vegas maldije mi mala suerte.

Después de dos meses en Nueva York, en un centro de desintoxicación por consumo de cocaína, había decidido trasladarme a la ciudad del pecado. Allí me aguardaba un productor musical con un contrato para cantar en un casino y publicar un disco. Estaba entusiasmado, deseando empezar cuanto antes.

Por desgracia, todo eso se había evaporado de repente, pero empezaré por el principio.

Para quienes no me conozcáis, mi nombre es Eric Cassel, nací en París, tengo treinta años y fui un jugador de fútbol muy reconocido durante ocho años, e incluso llegué a ser internacional en cien partidos. El fútbol para mí no fue más que un medio para lograr mi independencia económica, sí, me gustaba, sin embargo, no era mi auténtica pasión.

Aquello que siempre me ha hecho sentir vivo es cantar. Desde pequeño me gustaba coger el mando a distancia del televisor e imaginar que cantaba como Frank Sinatra, mi ídolo, frente a miles de personas. Pero casi sin darme cuenta, el fútbol se cruzó en mi camino y devoró todo mi tiempo libre, aunque yo sabía dentro de mí que, tarde o temprano, acabaría cumpliendo mi destino.

Cuando festejábamos en cualquier discoteca la consecución de algún título con mi equipo, el París Saint Germain, me encantaba apoderarme del micrófono y cantar «Fly me to the moon». ¡Qué bien lo pasaba! *Magnifique!* Aún así, en aquellos tiempos cantar lo hacía solo de vez en cuando, por diversión.

Una lesión me obligó a retirarme del fútbol hace dos años y, sin la necesidad de trabajar en la vida, el cine me picó la curiosidad, ya que siempre me habían ofrecido papeles para protagonizar películas debido a mi agraciado físico y a mi fama.

Fue una etapa muy divertida, pero cuando me llamaron de un festival de cine de Nueva York para ser jurado a última hora sustituyendo a un importante director francés, entendí que era una señal del destino.

En cuanto pisé la ciudad, me dejé contagiar por la electrizante energía que desprende cada rincón y supe que había llegado el momento de probar un nuevo desafío empezando de cero.

La suerte quiso que después de cantar, por casualidad, en un bar de moda de Manhattan, un productor se acercase para ofrecerme cantar en Las Vegas en un casino de su propiedad y, si triunfaba, publicar un disco. No me sorprendió que esto ocurriera en Estados Unidos, la tierra de las oportunidades, así que le dije que sí inmediatamente.

Por desgracia, una noche loca que disfrutaba de la compañía de dos amigas, me arrestaron en plena calle con dos gramos de cocaína. Después de arduas negociaciones con la fiscalía, mis abogados lograron un excelente trato: una fuerte multa económica de cuatro ceros, dos meses en una clínica de desintoxicación y continuar en posesión de mi visado de turista.

Así pues, en junio aterrizaba por primera vez en Las Vegas. Después de registrarme en una suite en el MGM, alquilé un Ferrari para acudir a la oficina del productor, en el centro comercial Fashion Show. Me encontraba entusiasmado, con mariposas en el

estómago, imaginándome en un gran escenario ante miles de personas. En cuanto salí de las escaleras mecánicas, me quedé con la boca abierta.

Se había formado un tumulto de gente, y de ahí, de repente, salieron dos policías escoltando a un hombre corpulento y calvo: el productor que había conocido en Nueva York. *Merde!* Pregunté a una mujer y me comentó que, al parecer, lo habían detenido por estafa. Toda mi ilusión se vino de abajo de pronto.

Sintiendo una profunda decepción, decidí pensar en mi siguiente paso mientras regresaba conduciendo por El Strip, la avenida principal de Las Vegas. Podía regresar a París, pero allí los medios me verían como el exfutbolista millonario que canta por capricho.

También podía permanecer en Las Vegas y encontrar un sitio donde cantar, sí, sería divertido seguir los pasos de Frank Sinatra. Además, a cada paso me cruzaba con bellísimas mujeres buscando *amour*. Me resultaba imposible vivir tiempos prolongados sin la calidez y el aroma femenino. Conquistar a una mujer es un manantial de fuertes sensaciones, y algo a lo que nunca podría renunciar. Necesitaba el placer succulento de su piel, por eso quería estrenar cuanto antes la cama matrimonial con una noche eterna de lujuria y desenfreno.

En cuanto llegué a la suite, encendí el televisor. Odio el silencio y siempre necesito bullicio a mi alrededor. Ordené que el servicio de habitaciones me trajera una botella de Dom Pérignon, mi champaña favorito, y la puse a enfriar en la nevera.

En ese momento llamó mi madre al teléfono del dormitorio.

—¿Cuándo te vas a casar, Eric? —fue lo primero que dijo—. Quiero que me des nietos de una vez. Estoy cansada de esperar, no quiero morirme sin nietos.

Suspiré. Mi madre siempre con la misma canción. Esposa, hijos, hogar...

—Mamá, acabo de llegar a Las Vegas. Aún no he encontrado a la mujer ideal, ya te lo he dicho —dije mientras me sentaba sobre la cama y me quitaba los zapatos.

—¡Ya no quiero que me presentes más a tus novias! —dijo con enfado—. La próxima mujer que conozca será mi futura nuera, que ya me queda poco para pasar a mejor vida.

—Mamá, que solo tienes sesenta años... —dije negando con la cabeza. A mi madre le encantaba el drama.

—Hijo, nunca se sabe.

—Mamá, te quiero muchísimo y te echo mucho de menos, pero primero he de encontrar a esa mujer que haga sonar mi corazón. Ahora tú eres la mujer más importante de mi vida —dije con una sonrisa, sabiendo cómo agradarla.

—Oh, cállate —dijo mi madre riendo—. Siempre consigues que se pase mi enfado.

—¿Cuándo vendrás a visitarme?

—En cuanto me tome unas vacaciones...

—Deja el trabajo de una vez, yo te mantendré. Sabes que el dinero no es problema, mamá.

En ese momento llamaron a la puerta. Sin duda, sería *room service* con mi Dom Pérignon.

—Me gusta mi trabajo, Eric. En casa me aburriría, echaría de menos a mis pacientes. Ser enfermera es mi vocación.

—Está bien, como quieras —dije sabiendo que sería imposible convencerla—. Te dejo, que llaman a la puerta. Luego hablamos. Un

beso.

—Un beso, hijo. Cuídate.

Después de almorzar en el hotel, decidí pasear por el casino del MGM. Mi plan era hablar con la gente y descubrir un bar donde pudiera cantar, aunque fuese en modo karaoke. Me era indiferente si me pagaban un salario o no, con acudir todas las noches y disponer de un público entregado, me daba por satisfecho. Yo solo quería hacer aquello que de verdad me complacía.

Muy cerca de la entrada me llamó la atención la jaula de cristal habitada por leones reales. Los turistas se fotografiaban sin cesar; a todos les parecía divertido encontrarse animales salvajes al lado de las *slot machines*. Enfrente se situaba una pared con decenas de televisores y, en cada uno, se retransmitía un acontecimiento deportivo distinto. Los empleados atendían a los jugadores que formaban una fila india esperando con resignación su turno para apostar. Ríos de gente iban y venían en medio de luces y sonidos hipnóticos. Las mujeres me miraban sin disimulo, y yo les saludaba con un guiño o un movimiento educado de cabeza. *Oh, femmes...*

Establecí contacto visual con una bella camarera de ojos verdes, que se acercó cimbreado las caderas y bandeja en mano.

—Hola, guapo, ¿quieres algo para beber? —me preguntó con una sonrisa seductora.

—Sí, un kamikaze, por favor.

Era mi cóctel favorito para empezar las fiestas. Se trataba de una ración generosa de vodka, zumo de limón, jarabe natural y escarchado con azúcar. Mmm... *sensationnel*. Pero no solo había llamado a la atractiva para ordenar una bebida, si trabajaba en Las Vegas debía conocer bien la ciudad del pecado.

—Me encantan tus ojos, ¿cómo te llamas? —pregunté cogiéndola de la mano y mirándola fijamente. Observé cómo sus pupilas se dilataban, lo que solo podía significar que le atraía.

—Pamela —dijo inclinándose hacia mí.

—Pamela —repetí lentamente su nombre—. Dime un bar donde pueda cantar y pasarlo bien.

La camarera se quedó pensativa durante unos segundos mientras yo la desnudaba con la mirada. De su preciosa boca salió finalmente una dirección.

—En Town Square hay un bar que se llama Yesterday. Una vez fui con mis amigos y pasamos una noche muy divertida con la música de los noventa —dijo apoyando su mano sobre mi pecho.

—Genial. Gracias, Pamela —dije mostrando mi mejor sonrisa.

—No te vayas muy lejos, ahora te traigo tu bebida...

Pamela me dio la espalda y observé de nuevo su sexy contoneo. Sus glúteos eran firmes y se movían con una gracia que embrujaba. Suspiré de amor.

Mi interés en Las Vegas no era precisamente el juego, pero pisar la ciudad y no apostar, era como ir a París y no visitar la Torre Eiffel. Me acerqué a una mesa donde un grupo de gente enfervorizada jugaba a la ruleta. Pedí cambiar cien dólares en fichas, y fui dejando montoncitos sobre el tapete, algunos en la frontera entre dos números. Lo ideal hubiese sido entablar conversación solo con mujeres, pero en ese momento me pareció que una pareja se lo estaba pasando de maravilla. Decidí acercarme primero a hablar con el hombre, ya que si abordaba primero a la mujer, como es lógico, se hubiese creado una tensión innecesaria.

—¿De dónde sois? —pregunté al joven, cuya edad rondaría los veinticinco años.

—De California. ¿Y tú?

—De París. ¿Has estado alguna vez?

—No, pero a mí y a mi mujer nos encantaría —dijo y después se giró hacia ella—. Cariño, te presento a un francés.

Ella me saludó con una bonita sonrisa.

—Ella es Michelle, y yo soy Sam.

—Yo me llamo Eric Cassel.

Michelle era un bellezón con un cuerpo escultural. Me incliné a Sam y le susurré: «Tienes suerte, es muy guapa». Sam me tendió la mano para que chocara las palmas, lo que los americanos llaman *high five*. En ese momento regresó Pamela con mi cóctel kamikaze.

—¿Dónde estabas? Pensé que te había perdido —dijo poniendo una mano sobre su cadera, como si estuviera enfadada.

Sin pensármelo dos veces, le di un beso en la mejilla, lo que le causó extrañeza al principio, pero después le pareció un gesto divertido.

—En Francia solemos dar un beso en la mejilla cuando acabamos de conocer a una mujer —dije para excusarme.

—Me gusta el estilo francés —dijo Pamela sin dejar de mirarme mientras me deslizaba una nota en mi chaqueta. Seguramente su número de teléfono.

—¿Qué bebida es esa? —preguntó Michelle.

—Kamizake. Pamela, por favor, trae una ronda de kamikazes para mis nuevos amigos. Yo invito —dije.

Sam y Michelle vitorearon mi generosidad. Ya había empezado a granjear amistades a las pocas horas de llegar. La decepción por

el arresto del productor estaba más que olvidaba. La vida sigue.

—¿Qué os parece si después nos vamos a un bar que me ha recomendado Pamela para cantar? —pregunté rodeando por los hombros al matrimonio.

—¡Sí! ¡Me apetece cantar! ¡Será genial! —exclamó Michelle pegando saltitos de ilusión.

Al cabo de un rato, con el alcohol de los kamikazes fluyendo por nuestras venas nos apeamos del Ferrari en frente del Yesterday. Sentí un cosquilleo en el estómago, como el que sufren los artistas antes de salir al escenario. Entré el primero y me quedé unos segundos mirando el bar, procurando que todos reparasen en mi presencia. Era también otro truco del manual del seductor: hacerse notar, por eso había decidido acudir con gente, para no entrar solo, lo cual me hubiera ocasionado la pérdida de *valor*.

El Yesterday era un bar no demasiado grande, con paredes decoradas con fotografías de los muchos clientes que lo habían visitado. La luz era cálida y acogedora, y todos parecían disfrutar de un rato formidable. La barra se disponía en forma de u, y varios camareros se afanaban en preparar cocteles y servir nachos con queso. Al fondo, un pequeño y simple escenario para debutar en Las Vegas. No estaba mal.

Michelle, Sam y yo nos sentamos en una mesa, y ordenamos las bebidas. Ellos, cervezas; yo, un Dirty Monkey, que consiste en vodka, licor de café, un poco de crema de whiskey, leche y plátano.

Enseguida pedí mi canción: «My way», del maestro Frank Sinatra. Michelle se decantó por «Torn» de Natalie Imbruglia, y Sam decidió tomárselo con calma. Mientras llegaba nuestro turno les pregunté cuánto tiempo llevaban casados.

—Un año —dijo Sam mirando a su esposa.

Michelle asintió con la cabeza.

—Nos conocimos a través de unos amigos. Fue un flechazo, en cuanto lo vi supe que era el hombre de mi vida.

—Y yo la mujer de mi vida —dijo cogiéndola de la mano.

Se dieron un beso rápido y cariñoso en los labios. De repente, me llamaron al escenario, me sentía pletórico de energía, como un niño el día de Navidad. Sabía que los dejaría a todos asombrados con mi voz.

Los primeros compases de la canción empezaron a sonar mientras disfrutaba del escenario. Yo era el centro de atención en ese momento y eso me encantaba. Ahora empezaba lo más bonito, seducir al público, amarlos y llevarlos a la cama...

Mi voz empezó a llenar el bar a la vez que observaba la reacción entusiasmada de todo el bar. A mitad de la canción, salté del escenario a las mesas, me arrodillé delante de un grupo de mujeres... Así debía sentirse Frank Sinatra en sus inicios. Pero esto no fue lo más increíble, cuando terminé la actuación me despedí entre apasionados aplausos.

En cuanto regresé a la mesa, un hombre bajito y rechoncho se me acercó y me dijo:

—Me llamo Lou Wagner. Acabo de abrir un nuevo restaurante espectáculo, y quiero contrarte. ¿Qué me dices?

Sonreí de oreja a oreja. Esto solo podía suceder en América.

Capítulo 2

AMANDA

El irritante sonido del despertador me taladró los oídos, pero al segundo ya estaba con los ojos abiertos como platos. Estaba convencida de que sería capaz de despertarme sin el despertador, ya que llevaba años con la misma rutina, pero tampoco deseaba arriesgarme. Tomarme un tiempo suplementario en la cama podía ocasionarme un retraso fatal para Scott y para mí.

Después de ejercitarme diez minutos en la bicicleta estática, me dirigí a la habitación de mi hijo. Scott se encontraba durmiendo bajo la manta de su superhéroe favorito, el Capitán América. Como todos los días, le besé en la frente y, con ternura, le desperté posando una mano sobre el estómago y moviéndolo con suavidad.

—Cariño, a despertarse... Hay que ir a la escuela...

Mientras Scott bostezaba, aparté las cortinas de la ventana para que entrara un mínimo de luz. Por suerte, a mi hijo no le gustaba remolonear en la cama, así que enseguida salió disparado hacia la cocina, donde le prepararía el desayuno: cereales con leche.

Debido a mi apretada agenda, aproveché ese momento para ducharme. Lo necesitaba para despertarme de verdad y afrontar con vitalidad el día de trabajo. Era chef en un restaurante italiano en uno de los mejores casinos de Las Vegas, el Bellagio. Llevaba empleada

siete años. Agradecía dedicarme a mi verdadera pasión y, además, ser pagada por ello.

Hace apenas un mes que me divorcié de Harry, pero aún trabajábamos juntos. Él era el encargado, aunque me prometió que si algún día llegaba a ser incómodo para mí, él se marcharía. De momento, no existía tensión entre nosotros, al menos no como expareja, pero sí como empleado-jefe, ya que siempre insistía en cocinar los mismos platos, pese a que yo le demandaba más variedad y más riesgo para atraer nuevos clientes.

De todas formas, lo más sensato era dimitir y buscar un nuevo horizonte laboral, pero me sentía muy cómoda en el restaurante, y no me apetecía una aventura cargada de incertidumbre.

Curiosamente mi hermano mayor Roy también se dedicaba a la cocina. Era chef y co-propietario de uno de los mejores restaurantes de Nueva York. Mis padres le pagaron los estudios en la misma ciudad, en el *Institute of Culinary Education*, una de las mejores escuelas del país. Cuando llegó el momento de seguir los pasos de mi hermano, me quedé embarazada y, claro, mis prioridades cambiaron.

En un mundo perfecto trabajaría en mi propio restaurante, creando platos nuevos y sorprendentes. Porque, en el fondo, me encantaba sentir el reconocimiento y creía que solo lo conseguiría si cocinaba con total libertad creativa. Soñaba con un restaurante pequeño, aunque fuera en otro estado, algo que me era indiferente porque lo importante es empezar. Esperaba en secreto que algún día pudiera conseguir mi sueño... junto a mi hijo.

Miré el reloj y solté un respingo: llegaba tarde y aún no había vestido a Scott. Era un niño con un corazón enorme, siempre obediente. Por desgracia, no disponía de todo el tiempo que me gustaría para pasarlo con él debido a las obligaciones del restaurante. Cada vez que lo dejaba en la escuela camino al trabajo, sentía un pellizco de culpabilidad en el estómago.

Siempre era la primera en llegar al restaurante para recibir el pescado fresco y examinarlo, pagar a los proveedores y guardar las facturas. Después llegaban los compañeros y Melissa Webb. Ella era mi mejor amiga, y también mi ayudante. Empezamos juntas en la empresa. La adoraba y siempre nos contábamos todo por teléfono o en mi casa, donde ella se pasaba con frecuencia sin necesidad de avisar. Acababa de romper con su novio, con el que había mantenido una relación de tres años.

—Ahora de momento, no me apetece empezar ninguna relación. Estoy bien sola, con mi perra y mis gatos. Me he cansado de tanta exigencias —solía decirme.

Al mediodía llegaba Harry para supervisar facturas y demás papeleo, como bajas laborales, cuadrar presupuestos, reclamaciones de los clientes, etc. Conocía a Harry muy bien, y sabía que le gustaba sentirse el capitán del barco, controlarlo todo, hasta el más mínimo detalle. Nunca soportó bien el que alguien le dijera lo que debía hacer, pero eso es un defecto que, durante mucho tiempo, obvié a propósito porque, claro, no existe el hombre perfecto. ¿O sí?

La historia entre Harry y yo se había iniciado diez años atrás, en el instituto. Me atrajo su personalidad, y el carisma que desprendía cuando hablaba en público. Ambos nos iniciamos en el sexo, y ahora recuerdo con gracia lo torpe que éramos. En un descuido me quedé embarazada y todavía recuerdo el impacto que eso produjo en la familia. No era extraño, ser madre a los veintidós años es poco frecuente.

Después de enterarme de mi estado, durante los primeros días me sentí culpable, y pensé que mi vida se había arruinado para siempre. Para mi sorpresa, mi hermano Roy fue el que más me apoyó. El hecho de que sería tío cambió nuestra relación para siempre, se volvió más íntima y nuestra competitividad se aligeró. En cuanto nació Scott pidió un par de días libres y voló a Las Vegas cargado de regalos. Nunca le había visto así, tan lleno de ilusión y alegría. Es cierto que un niño te cambia la vida.

Al año siguiente, Harry me pidió matrimonio al que accedí con algunas reservas, como siempre que tomo decisiones trascendentales. Pero en aquel momento estaba muy enamorada de él, y pensaba lo bonito que sería envejecer con el amor de tu juventud al lado. Además, Harry era un buen padre y se esmeraba por cuidar de Scott y de mí. Así pues, tardé tres meses en convencerme a mí misma que había sido una buena decisión casarme con él. No podía estar más equivocada.

Un día lo descubrí follando con una camarera del restaurante en nuestra propia cama. Recuerdo muy bien la incrédula mirada de Harry al verme, la tengo grabada con fuego en mi memoria. Una mirada que reflejaba el derribo de todo lo que habíamos construido él y yo, poco a poco, con amor, esfuerzo y aprendiendo de nuestros errores. Una mirada de incredulidad que acabó transformándose en una mirada intensa de remordimiento.

El golpe fue doble cuando me confesó que no era la primera vez, entonces supe que el amor se había evaporado de golpe. Me gustaría decir que no me costó tomar la decisión de divorciarme, pero estaría mintiendo. Consulté a Roy, a mis padres, y a Melissa... Confeccioné una lista de ventajas e inconvenientes hasta que, por fin, tomé la decisión y se la comuniqué a Harry. Por supuesto, no se lo tomó bien, y acabó destrozando unos cuantos platos y copas para mi disgusto. Nunca le había visto tan enfadado, con la cara roja de ira. Cuando nos citamos en el despacho de mi abogada, antes de firmar los papeles del divorcio me dijo con una mirada lánguida:

—Siempre te amaré, no importa el tiempo que pase. Eres la mujer de mi vida, Amanda.

Después del trabajo, solía acercarme al supermercado para hacer la compra después de enviar un mensaje a Lupe, la niñera, para preguntarle por Scott. Lupe era de gran ayuda y una persona digna de confianza, de ahí que fuera imprescindible porque solo confiaba en ella para cuidar a Scott. En ella y nadie más. Además, era irónico, Lupe cocinaba su plato favorito mejor que yo:

macarrones con queso. Estaba tan succulento, que cuando llegaba a casa Scott siempre se olvidaba de besarme.

Por la noche solía llegar mi momento íntimo. El baño con burbujas para relajarme y olvidarme de los problemas, dejar la mente en blanco. A veces incluso me acompañaba de una ayuda extra, y no me refiero a la lavanda que llenaba el baño de un maravilloso aroma, sino al vibrador acuático regalado por Melissa nada más separarme. Lo guardaba en el fondo del armario de mi habitación, puesto que temía que Scott lo confundiera con un juguete.

Después de unos diez minutos, enjabonándome, sintiendo mi cuerpo húmedo y en calma, me concentré en el «tema». Cerré los ojos, coloqué una mano sobre el pecho y con la otra me introduje el vibrador, ansiosa por empezar. Empecé muy lentamente, entrando en mi fantasía favorita.

Conversaba en un avión con el pasajero de al lado, un hombre increíblemente atractivo que viajaba con frecuencia debido a su profesión de modelo. Había días en los que el hombre era de ojos azules y calvo, otros en los que tenía una abundante cabellera y ojos marrones. Bajo la camisa se adivinaba un cuerpo imponente, con duros bíceps y abdomen muy trabajado, fibroso. Mientras hablábamos no cesaba de mirarme el escote y eso me excitaba, aunque realmente lo que disparaba mi libido era fijarme en su voluminosa entrepierna. Estaba deseando complacerle en todo...

De repente, me cogió de la mano y me llevó hasta el servicio recorriendo todo el pasillo, con pasajeros a ambos lados ocupados en sus cosas. Mi boca estaba seca, mis manos empezaban a sudar y el corazón latía con fuerza. Ansiaba ser suya, haría todo lo que me pidiese porque con él caería en un abismo de gozo memorable. Entramos en el baño y cerramos con pestillo. Nuestros cuerpos estaban en contacto, apenas había espacio para moverse. Al besarme sentí su viril aroma llenado mis pulmones y el miembro en plena erección a través de los vaqueros.

—No he podido quitarte el ojo de encima desde que te vi embarcar. Te deseo —dijo con una voz grave y seductora.

—Cállate y fóllame de una vez —dije sellando su boca con mi mano, loca por empezar.

Me di la vuelta para que sus manos se apoderaran de mis pechos y, cuando lo hizo, le agarré el culo como si mi vida dependiera de ello. Su cálido aliento rozaba mi cuello. Entonces su poderosa mano se deslizó rápida por debajo de la falda hasta el interior de las bragas, donde sentí dos dedos masajeando mi sexo una y otra vez durante no sé cuanto tiempo.

Gemí.

Estaba lista para que me penetrara. Los rótulos luminosos señalaban con insistencia con luz y sonido que era momento de abrocharse los cinturones, pero mi cuerpo estaba en llamas... Me apoyé sobre el lavabo y puse el culo en pompa. El atractivo desconocido me subió la falda y me bajó las bragas en un abrir y cerrar de ojos. A través del espejo nuestras miradas conectaron, salvajes, ardientes y eternas.

Volví a gemir cuando lo sentí enorme dentro de mí, el pene largo como un mástil saliendo y entrando, para conquistar mi alma sedienta de puro y vívido placer.

—Más... —tragué saliva—. Más deprisa, fóllame más deprisa...

El hombre jadeaba mientras me embestía con más fuerza, deseoso de complacerme. A lo lejos sentí llegar el orgasmo como una ola pequeña que se convierte en grande, más y más a cada segundo hasta que al fin... explota.

—Sí...

Mi cuerpo tembló y nuestras voces se fundieron en un gemido largo y agónico.

Abrí los ojos. Me encontraba de nuevo en el baño de casa, con el cuerpo húmedo, recuperando la respiración y con la esperanza de que Scott o Lupe no me hubiesen oído.

Con el cuerpo relajado salí de la bañera, me sequé y me puse el pijama. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, me fijé en que mi iPhone yacía en el suelo con la pantalla rota. Sin darme cuenta lo he golpeado en plena fantasía, pensé. Debía buscar tiempo cuanto antes para arreglarlo, pues las grietas podrían cortarme al usar el teléfono. Suspiré y negué con la cabeza, enfadada conmigo misma por la torpeza.

Resignada, fui a mi cuarto deseando acostarme cuanto antes y olvidar el asunto. Quién me iba a decir que la rotura de la pantalla cambiaría mi vida para siempre.

Capítulo 3

ERIC

Cuando abrí los ojos ya era de día, y la luz del sol se filtraba a través de la cortina. Mi estómago rugía de hambre mientras estiraba los brazos y lanzaba un plácido bostezo. Por la mente empezaron a pasar fragmentos de la noche anterior.

Recordé mis apuestas en la ruleta del casino MGM, y cómo allí conocí a Michelle y a Sam, una pareja de California muy amistosa. ¿Dónde estarán ahora mismo?, me pregunté. Supuse que en su hotel, el Circus-Circus creo que me dijeron. ¿O era el Sahara? Aún no estaba muy familiarizado con los nombres de los hoteles en Las Vegas. Eso en aquel momento no importaba demasiado; además me habían dicho, si no recordaba mal, que regresaban a casa en coche esa misma mañana.

Era curioso comprobar cómo a los americanos les fascinaba desplazarse en coche. En Francia, sin embargo, la gasolina resultaba tan cara que siempre, para desplazamientos largos, era más económico usar el transporte público.

De repente, me fijé en una botella de champaña vacía de Dom Pérignon sobre el suelo. Eso solo quería decir una cosa. Que la noche anterior había follado. Fruncí el ceño, pero ¿con quién? El alcohol me nublaba la memoria.

Por suerte, enseguida me vino la imagen de la camarera del MGM, la que me entregó su número de teléfono con discreción. ¿Cómo era su nombre? ¿Michaela? No, Pamela. Eso es. Sus caderas moviéndose rítmicamente, su melena oscura cayendo en cascada sobre sus hombros, y unos ojos verdes para degustar su sexo, *delicatessen...* *Oh, la, la.* Sí, ahora, empezaba a recordar una loca noche de pasión rociando los cuerpos con el champaña más caro del mundo.

Giré la cabeza, y un pequeño mareo se apoderó de mí dejándome aturdido por unos segundos. En cuanto se fue, algo me sorprendió: las puntas de una melena oscura asomaban entre las sábanas.

Por debajo de las sábanas extendí los brazos y, con la manos, palpé un cuerpo rogando que fuese de mujer. Por suerte, enseguida reconocí las partes femeninas: la voluptuosidad de la cadera, los pechos turgentes, y más abajo, la calidez del sexo. Debe ser Pamela, pensé. Una rápida oleada de deseo atravesó mi cuerpo, y el pene se endureció buscando acción.

—Buenos días, *cheri...* —dije con dulzura para despertarla mientras apartaba las sábanas de su cara.

Me quedé sin habla cuando descubrí que no era Pamela, sino Michelle, la esposa de Sam. Parpadeé varias veces, como si no diera crédito a su presencia.

No era la primera vez que me acostaba con una mujer casada, pero sí lo era en Estados Unidos. Me prometí que en este país me corregiría, aunque era evidente que había sucumbido de nuevo a la tentación. Para un seductor nato como yo una mujer casada es la fruta prohibida, y eso es un reto irrenunciable para mí. Una exnovia me dijo una vez que yo siempre necesitaba ser admirado, y cada día que pasaba me daba cuenta de que ella tenía razón. No obstante, ahora ya era demasiado tarde para arrepentimientos.

La zarandeé por el brazo, la llamé por su nombre y enseguida abrió los ojos. Pestañeó y miró a su alrededor, confundida. Debía pedirle que regresara con su marido antes de que él supiera su *affaire* conmigo.

—¿Dónde estoy? —preguntó con la voz soñolienta.

A todas luces Michelle era una mujer atractiva. Tenía una piel de porcelana y unos labios carnosos; aún llevaba restos de maquillaje, una bonita sombra para resaltar sus ojos marrones. Se me pasó por la cabeza durante una décima de segundo besarla y revolcarme con ella de nuevo, pero mi conciencia sorprendentemente me lo impidió.

—Vístete ya —dije con un tono urgente.

En ese momento su marido estaría buscándola por toda la ciudad, quizá hubiera llamado ya a los bomberos, a la policía y al presidente. No había tiempo que perder. Con toda probabilidad Sam sabía que me alojaba en el MGM.

—Buenos días, car... —dijo Michelle y enseguida se interrumpió.

Me miró fijamente y dejó soltar un respingo con la mano tapando la boca. Pensé que ella, percatada de lo complicada de la situación, se marcharía a toda prisa, pero estaba equivocado. Antes de que pudiera darme cuenta, me rodeó con sus brazos y me soltó un beso con sabor a champaña en la boca.

—Oh, Eric, qué noche he pasado, la mejor de mi vida... —dijo con un sonrisa, emocionada.

Por supuesto, no era la primera vez que oía ese comentario, sin embargo, no era el momento idóneo para halagos. Aparté los brazos y la dejé caer con rudeza sobre la almohada.

—¡Vístete, vamos, tu marido te estará buscando! —exclamé.

La cara de Michelle no expresaba ninguna señal de urgencia. Al contrario, daba la sensación que su deseo era quedarse a vivir en la suite hasta la edad de jubilación.

—Oh, Eric, me prometiste que nos fugaríamos a París...

Arqueeé las cejas, confuso ante ese plan tan descabellado.

—Olvida eso, ahora tienes que vestirte e ir a tu hotel. Algo te inventarás que contarle a tu marido.

—¿Al hotel? De eso nada, yo me quedo —dijo y se refugió de nuevo entre las sábanas.

Alcé las manos en señal de frustración. Me sentía como si tratara con una niña, en vez de con una mujer sensata. ¿Por qué no me habría acostado con la camarera?

—Está bien, nos vamos al aeropuerto para coger un avión a París, ¿estás contenta?

—Ah, bueno, entonces sí.

Por fin salió de la cama y empezó a recoger sus prendas de ropa, desperdigadas por la suite. Aproveché también para vestirme con unos vaqueros y una camisa blanca de algodón. Me miré al espejo, estaba decente al menos para acompañarla a tomar un taxi a la entrada de mi hotel.

En cuanto comprobé que estaba preparada, puse la mano sobre su espalda y la encaminé hacia la salida. Miré mi reloj de pulsera, eran las doce y cuarto del mediodía.

Al abrir la puerta ocurrió lo inesperado, me topé con un puño impactando en mi mandíbula. Retrocedí un par de pasos sintiendo un dolor creciente, mientras Sam caminaba hacía mí encorvado y con la cara llena de furia.

—Te voy a destrozar, francés de mierda —exclamó.

Me agaché a tiempo de recibir un segundo puñetazo. Con todas mis fuerzas, le golpeé en el estómago. Sam soltó un gruñido acusando el dolor. Se apoyó en una mesa de madera que hizo tambalear y, como consecuencia, mi iPhone cayó al suelo de cara, rompiéndose la pantalla. Michelle, que había estado de pie con cara de susto, de repente se marchó de la suite a todo correr buscando ayuda.

Después vino un nuevo intercambio de golpes. Aunque me había retirado del fútbol, en más de una ocasión había estado envuelto en una pelea dentro y fuera del campo. Yo era un francés duro de pelar, aunque confieso que Sam resultó ser un contrincante a mi altura.

Michelle apareció con personal del hotel, una señora de la limpieza y un camarero de *room service*. Sam y yo nos miramos, así que aproveché para gesticular con las manos como diciendo «¿acabamos la pelea?», a lo que sin vacilar asintió con la cabeza, medio tambaleándose.

—Venga, vámonos —dijo Michelle a su marido mientras lo tomaba del brazo.

Respiré aliviado al verlos desaparecer por el pasillo. El camarero y la señora de la limpieza observaron con espanto el caos de la suite. Supuse que con una buena propina se acabaría arreglando todo con discreción.

Después de almorzar en el famoso buffet del MGM acudí a mi cita con Lou Wagner, el cual había conocido la noche anterior. Si no recordaba mal, el restaurante se llamaba Mistral, que es el nombre de un viento del mar mediterráneo, lo cual me parecía un buen presagio.

Era un día de calor sofocante, casi apetecía más resguardarse en algún casino que salir a la calle. Me subí al Ferrari y enfilé por El

Strip hasta la esquina con Flamingo Road. El tráfico era denso, pero una vez que dejé el centro circulé con fluidez. Presencí con curiosidad la auténtica Las Vegas, una alfombra de casas y pequeños edificios donde habitaban los residentes. Conté un par de centros comerciales, un pequeño casino, una gasolinera y una librería. Las calles eran rectas y parecían interminables.

Llegué a la esquina con Spencer y me apeé del coche. El restaurante tenía forma de chalé con techos de pizarra, y estaba rodeado de un coqueto jardín, en el cual se erguía el letrero anunciando su nombre. Quizá a otros les hubiera parecido un lugar exento de *glamour*, pero a mí me bastaba para mis primeros pasos. Un cosquilleo me recorría todo el cuerpo. Si todo transcurría bien, allí cumpliría mi sueño muy pronto. Comprobé la hora, llegaba un poco tarde.

Lou me recibió calurosamente y, con evidente orgullo, me enseñó el restaurante por dentro. Habían dispuestas unas veinte mesas redondas, con sillas muy elegantes, todas ellas mirando al escenario. La cocina se ubicaba al fondo y, al lado del mostrador, destacaba un enorme y reluciente acuario con cangrejos y bogavantes. Aún se veía cajas y polvo aquí y allá. Lou se disculpó por el desorden, la inauguración era al día siguiente por la noche, y aún quedaban detalles por pulir.

Nos sentamos en una de las mesas, y fue cuando me di cuenta del piano de cola, un magnífico Kemble con un acabado fuera de lo común. No me costó imaginarme al teclado, acompañando la música con mi voz.

—Lo que quiero es crear un ambiente acogedor, con un menú europeo. El chef ha trabajado en tu país muchos años, y en Italia y España. Ha tenido la suerte de trabajar con los mejores. Eric, aquí entras tú, me gustaría tenerte aquí todas las noches, ofrecer un pequeño concierto en directo, para empezar y ver cómo la gente reacciona —dijo Lou, entusiasmado.

Era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo ensortijado y canoso. Llevaba un chaleco sobre una camisa, y lucía un anillo muy grueso en el anular derecho. Sus movimientos eran rápidos; era un persona con mucha energía, vibrante, el típico emprendedor con una visión personal.

—Te seré sincero. Había conseguido a otro cantante, pero me dejó en la estacada. Anoche cuanto te vi, se me abrió el cielo. Por cierto, ¿puedes trabajar legalmente? —me preguntó endureciendo la mirada.

—Verás, Lou —dije recostándome sobre el respaldo—. No puedo pero eso no me importa. Por lo pronto, págame con la cena y buen vino de mi tierra, y el salario se lo entregas a la plantilla o a alguna ONG.

La cara de Lou fue una indescriptible mueca de sorpresa. Me vi en la obligación de explicarle mi pasado como deportista de elite, por lo que no necesitaba trabajar, además, el visado de turista me lo impedía.

—No lo entiendo, si eres rico, ¿por qué no te produces un disco? —preguntó Lou rascándose la cabeza.

—Porque eso es muy fácil, y necesito plantearme nuevos retos en mi vida. Además, es un viejo sueño —dije recostándome sobre el respaldo de la silla.

Apalabramos que actuaría hasta que una de las partes decidiese lo contrario. Lou me tendió la mano, y yo se la estreché.

—¿Cuál será el repertorio, Eric? —preguntó frotándose las manos.

No me pensé dos veces la respuesta.

—Sinatra, me sé todas sus canciones de memoria y, además, es mi ídolo.

Lou se quedó mirándome mientras se rascaba la barbilla, pensativo.

—Estupendo, Sinatra con acento francés será algo diferente que ofrecer —dijo con un brillo de alegría en los ojos.

Después de mi reunión con Lou me apetecía bailar por la calle. Mi espectáculo en Las Vegas. ¡Qué maravilla! Sentía que no había nada que no pudiera conquistar. La vida es un regalo, por eso es necesario disfrutarla a cada segundo.

Aparqué el Ferrari en el aparcamiento de Town Square, el cual ya conocía de mi noche anterior con mis examigos Sam y Michelle. Town Square era un centro comercial que recordaba a una vistosa urbanización, puesto que las tiendas eran como casitas con techumbre de tejas rojizas.

Entré en el Apple Store y me planté ante la primera empleada, a la cual enseñé mi teléfono con la pantalla rota.

—¿Me lo puedan reparar?

La chica asintió con la cabeza y me señaló un mostrador de madera.

—Solemos trabajar con citas, pero hoy es un día tranquilo.

—Estupendo, gracias —dije con una sonrisa.

A los pocos minutos me atendieron. Examinaron mi teléfono, tomaron el número de serie y aseguraron que estaría listo en una hora. En ese tiempo salí a dar una vuelta e incluso llevé a cabo algunas compras para mi debut en el Mistral: corbatas, camisas, y

un traje de etiqueta. No había tiempo de confeccionarlo a la medida, así que lo compré de mi talla y le prometí al sastre que volvería más adelante con más tiempo.

Regresé al Apple Store, me entregaron el teléfono y, contento con el resultado, aboné la reparación. Sin embargo, al regresar al hotel para echarme una siesta, me di cuenta que no era mi iPhone. No reconocía ninguna de las aplicaciones, así como los contactos de la agenda. Qué fastidio, pensé, ahora otra persona tiene mi teléfono.

Por suerte disponía de mi iPad, así que localicé mi propio número en la aplicación «Contactos» y llamé a través del iPhone. El timbre fue sonando mientras me preguntaba qué tipo de persona estaría al otro lado de la línea.

—Hola, ¿tienes tu mi teléfono verdad? —preguntó una voz joven, femenina, muy sensual. Me puse de pie al sentir un hormigueo en el estómago.

—Y tú el mío, ¿verdad?

—Me temo que sí, se deben haber confundido en la tienda. ¿Qué hacemos?

—Quedar lo antes posible, sin teléfono no soy nadie —dije intentando mantener una conversación casual.

—Pues no es bueno vivir enganchado de estos aparatitos, dependemos demasiado, ¿no crees?

Sonreí. Su cálida voz me parecía magnética, con personalidad. Lo aburrido hubiera sido mantener las formas, citarnos en un sitio y colgar.

—Absolutamente, pero en el futuro será peor porque nos pondrán un chip en la cabeza y estaremos siempre conectados.

—Dios mío, eso será horrible —dijo ella, bromeando.

Algo me empujaba a seguir conversando, una química inesperada entre dos desconocidos. Además, desconocer su físico me parecía un aspecto muy intrigante y lleno de emoción.

—Por lo menos si se cae el teléfono al suelo no pagaremos arreglo de pantallas, será todo más barato —dije mientras paseaba por el dormitorio.

—Ya veo que eres un hombre optimista.

Ella daba a pie a continuar, eso me gustaba, me parecía divertido. Si no quería que la química se perdiera, debía hacer preguntas abiertas, las cuales por general empiezan por «qué».

—Claro que lo soy. Es importante tener una buena actitud. ¿Qué piensas tú?

—Que tienes razón, pero a veces es necesario encontrar un equilibrio entre esperanza y realidad. De lo contrario, te puedes llevar muchos chascos en la vida.

Cada vez me gustaba más esa mujer, me daba la sensación de que podría estar hablando con ella toda la noche.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Eric Cassel. ¿Y tú?

—Amanda Armstrong.

—Encantado de conocerte, Amanda. ¿Qué te parece si quedamos en la puerta del Apple Store mañana para intercambiar los teléfonos, a eso de las seis?

Se creó un breve silencio, en el cual oí su respiración. ¿Será atractiva?, me pregunté.

—Estupendo, Eric. Allí estaré.

—*Au revoir.*

Nada más colgar, lancé un hondo suspiro con los brazos en jarras. Albergaba la sensación de que había sucedido algo mágico e irrepetible, como una conexión cósmica entre dos personas. Mañana iba a conocerla y me parecía como si faltara un siglo.

Contagiado por un arrebató de alegría, llamé a mi madre haciendo un Facetime con el iPad. En la pantalla apareció ella con cara de sueño y en pijama.

—Hijo, ¿qué ocurre? Aquí son las dos de la mañana...

Ni siquiera se me había ocurrido pensar en la diferencia horaria, pues tenía la mente en otro sitio, en la luna quizá.

—Madre, me acabo de enamorar. Me caso dentro de muy poco. No la conozco, solo acabo oír su voz y es maravillosa.

Mi madre negó con la cabeza.

—Ay, Eric, ¿qué te han hecho los americanos?

Capítulo 4

AMANDA

—Así que esta noche tienes una cita con un francés, ¿eh? —dijo Melissa guiñándome un ojo.

Estábamos en la cocina del restaurante, cortando verdura para el almuerzo. Melissa conocía el accidente con la pantalla, y posterior conversación con el interesante desconocido de la noche anterior.

Harry hablaba por teléfono en su despacho, y el resto de compañeros estaban atareados con sus respectivas ocupaciones: limpiando el pescado, creando salsas, limpiando la vajilla... Éramos una plantilla pequeña, unas cinco personas, sin contar los camareros.

—No seas tonta, no es ninguna cita. Es solo un intercambio de iPhones y nada más, aunque por teléfono me cayó muy bien.

—¿Cómo que nada más? A lo mejor es el hombre de tu vida. Tienes que estar más abierta a las oportunidades, si no serás una solterona el resto de tu vida —dijo mi amiga.

—Si solo tengo veintisiete años, dame un respiro.

—Pero ya eres madre, eso te reduce las posibilidades de encontrar marido.

—Tú siempre apoyándome en todo —dije con ironía.

—Por eso aprovecha la cita de esta noche y si te gusta ve a por él. Si yo quedara con un francés, me volvería loca solo de pensarlo...

—Bueno, tiene un acento francés, quizá sea de otro lugar. De Canadá, por ejemplo.

—Ah, por cierto, ¿sabes que se ha abierto una vacante de primer asistente de chef en el Toni Roma, en el Venetian? Me he presentado. Me siento estancada aquí, necesito un cambio de aires, Amanda —dijo en voz baja y mirando a su alrededor para que nadie se enterara.

El Toni Roma era un restaurante más de la compañía, el cual disponía de restaurantes italianos por todo el país, con el objetivo de ofrecer un menú de excelente calidad y precio. Recientemente un grupo japonés había comprado la compañía por cientos de millones de dólares. Según se rumoreaba, no deseaban cambiar de nada. Dicen los expertos que cuando algo funciona, no lo toques.

—No, no lo sabía. Como te den el puesto, me llevaré una gran alegría, pero también será triste trabajar sin ti. ¿Cuándo será la entrevista?

—Aún no me lo han dicho —dijo encogiéndose de hombros.

—Es una pena que no exista un puesto de chef. Me iría inmediatamente. Aunque trabajar con Harry está siendo mejor de lo que esperaba, nunca se sabe lo que pueda pasar en el futuro. Además, estoy cansada de hacer siempre los mismos platos: el Trenette al pesto, el Pansotti a la Genovesa, Spaguetti al ragú... Me apetece experimentar, mira prueba esto.

Me llevé a Melissa junto a los fogones. Había preparado en secreto un Risotto de salmón, con una salsa muy especial, con albahaca, ajo y aceite de oliva virgen extra, y trozos de patata

hervida, y un toque único: nueces. Se llevó la cuchara de madera a la boca y cerró los ojos. La cara de mi amiga lo dijo todo.

—Está espectacular —dijo—. Te felicito, amiga mía. Ese toque de nueces con arroz es maravilloso. Sé que algún día abrirás tu propio restaurante.

—Aún queda mucho para eso—dije agradecida por el cumplido—. Entonces, ¿te gusta?

Melissa asintió con la cabeza, e hizo el gesto para llevarse otra cucharada a la boca, pero le solté un golpe amistoso en la mano.

—Quiero que lo pruebe, Harry. Voy a sugerirle otra vez un cambio en el menú —dije mirando hacia la oficina. Harry acababa de colgar el teléfono.

—Antes el infierno se congelará, Amanda. Lo sabes bien.

Serví una pequeña ración humeante sobre un plato, coloqué un tenedor y caminé hacia la oficina. Antes de irme, Melissa y yo intercambiamos una mirada de esas que dicen «a ver qué pasa».

Llamé a la puerta con los nudillos.

—¿Se puede? —pregunté con mi voz más inocente.

Harry alzó la vista. Acababa de cumplir los veintiocho años, el pelo moreno le caía en flequillo, adornando una cara redonda, en la que destacaba una piel tersa y bien afeitada. Había estado muy enamorada de él, durante mucho tiempo pensé que era el hombre de mi vida, pero todo eso ya era pasado. Lo admiraba por su talento en el trabajo, aunque en ocasiones fuese corto de miras.

Harry sonrió al verme.

—¿En qué te puedo ayudar? —preguntó, y cuando vio el plato en mi mano, supo la razón de mi visita.

—Amanda, ya hemos hablado sobre este tema cientos de veces —dijo recostándose sobre el respaldo de su asiento y suspirando.

Dejé el plato sobre la mesa junto con la servilleta, y me crucé de brazos. Harry miró el plato, luego a mí. Sin decir nada se llevó el tenedor a la boca, sus mandíbulas se movieron. Al finalizar se limpió la boca con la servilleta, aunque transcurrieron unos segundos hasta que se decidió a hablar.

—Está fabuloso, Amanda. Es de los mejores risottos que he probado, y esa salsa es única. Las nueces les da un toque muy especial.

—Harry, es hora de hacer un cambio en el menú. Arriesguemos, siempre hacemos lo mismo.

Harry se puso de pie, llevándose las manos a la cintura. Me fijé en que los compañeros nos miraban de reojo desde la cocina. Ellos pensaban de igual manera, un cambio en el menú nos sacaría de la rutina. Algunos hacía tiempo que lo habían dejado caer a Harry, pero yo, por supuesto, era la única que podía convencer al obstinado responsable.

Mi exmarido me sujetó con delicadeza por los codos y me miró fijamente mientras carraspeaba.

—Ya hemos hablado antes sobre esto. El negocio va muy bien, ¿por qué arriesgarnos? A la gente le gusta venir aquí porque sabe que aquí ofrecemos sus platos favoritos.

—Solo un plato, Harry —dije dando un paso hacia él.

—Te conozco muy bien, en cuanto empiece por uno, me pedirás más. Lo siento, pero la respuesta es no. Quizá más adelante. Dirijo un negocio, y soy el responsable para los nuevos dueños, por eso quiero causarles una buena impresión, porque yo

también quiero progresar en la empresa. Y si no les presento unos buenos resultados, no seré bien considerado.

—¿Cómo sabes que no va a funcionar? Seguro que vendrán nuevos clientes..

—¿Estás completamente segura? ¿Apostarías tu sueldo de un mes?

—Por supuesto que no, pero la cocina es creatividad, diversión, además nosotros también formamos parte de la empresa.

—Lo sé, y sois valorados, créeme, pero yo dirijo esto. Amanda, esto es un negocio, si quieres cocinar extravagancias monta tu propio restaurante, y a ver cómo pagas a la plantilla después del primer mes.

Cansada de sus excusas, me di la vuelta y regresé a la cocina negando con la cabeza. Se me había pasado cientos de veces dejar el trabajo, pero aún no me atrevía empezar en un sitio nuevo. Me sentía atrapada.

En cuanto pude escaparme del trabajo, me dirigí a la puerta del Apple Store donde había quedado con Eric. Aunque no era una cita propiamente dicha, era lo más parecido a una cita que había tenido en mucho tiempo. Mientras conducía me di cuenta que daba golpecitos sobre el volante. No había duda, sentía un hormigueo en el estómago. ¿Cómo será él? ¿Será un hombre de cincuenta años, veinte, treinta? Su voz me pareció joven, pero tampoco eso me garantizaba nada, y ese acento francés tan sexy... En mi trabajo había disfrutado de la ocasión de conocer chefs de muchos lugares de Europa, sin embargo, ninguno de Francia, no sé por qué.

Quizá estás pensando demasiado esto, me dije. Quizá, después de todo, nuestro encuentro se reducirá a un simple hola y adiós, intercambiamos nuestros teléfonos y ya está. ¿Por qué pensaba que a lo mejor podía derivar en algo más? Supuse que se debía a que inconscientemente deseaba pasar página, olvidarme de Harry de una vez por todas y seguir con mi vida. Necesitaba esa sacudida eléctrica zarandeando mi mundo.

Miré el reloj, apenas llegaba cinco minutos tarde. Me pareció un tiempo prudente para aparecer, mi madre decía que la gente puntual es aburrida. Mi sorpresa fue que delante de la puerta no había ningún francés con actitud de esperar.

Con resignación, aparqué el coche en el aparcamiento del centro comercial y regresé a la puerta. Con el teléfono en la mano por si recibía una llamada, me quedé de pie observando a cada hombre pasando por la acera.

En algún momento estuve tentada de curiosear el contenido del teléfono de Eric: fotos, aplicaciones, mensajes... Sin embargo, aquello no hablaría bien de mí misma, por lo que ignoré ese maldito impulso. Por suerte, en mi teléfono no guardaba nada comprometedor. Desde que las fotos de las celebridades fueron *hackeadas* y publicadas en internet, supe que era bueno cuidarse las espaldas, así que las borré todas.

A lo lejos vi llegar a un hombre alto, vestido con un jersey grueso y un pantalón de pana. Nuestras miradas se cruzaron y entonces él sonrió, a pesar de la distancia el blanco de sus dientes refulgió. El corazón me dio un vuelco. Era un hombre atractivo; qué digo atractivo, muy, muy atractivo. ¿Será modelo?, me pregunté con enorme curiosidad.

—*Désolé, mon chéri...* Lo siento mucho, Amanda —dijo Eric colocando las manos como si fuera a rezar.

—No te preocupes, acabo de llegar —dije con una sonrisa, cruzándome de piernas como una colegiala.

Su mirada gris era muy expresiva. Llevaba una barba de tres días que cubría unas poderosas y fascinantes mandíbulas. Sus gestos eran elegantes y me fijé en sus manos, dedos alargados, de pianista. Para mi sorpresa, me besó en la mejilla. Eric sonrió al verme incómoda.

—No estoy loco, es que en Francia saludamos con un beso a las mujeres —dijo el francés.

—Lo sé, lo sé. Solo que es mi primera vez —dije sin dejar de sonreír.

A duras penas lograba encontrar palabras para comunicarme, me sentía abrumada. Estaba envuelta en la enorme sexualidad que desprendía, atrapada en su tela de araña al segundo de conocerle.

Por fin nos intercambiamos los teléfonos. Enseguida reconocí las aplicaciones y la foto de Scott que usaba de fondo de escritorio. Eric se llevó el teléfono al bolsillo sin examinarlo.

—Bueno, encantada, pero tengo que... —dije ofreciendo la mano para ser estrechada.

Eric tomó mi mano pero me hizo girar sobre mí misma, como si estuviésemos en una pista de baile.

—Mmmm... no está mal, pero te hace falta un poco de práctica —dijo con la mirada brillando de entusiasmo.

—Quizá otro día, llego tarde —dije dando un paso atrás con esfuerzo. Su onda magnética era muy potente, difícil salir de su viril influjo.

—Ni hablar, vamos a tomar una copa ahora mismo. Eres la mujer más atractiva que he conocido y me muero por conocerte —dijo Eric mientras me tomaba por la espalda caminando hacia el otro lado de la calle.

—Pero... —dije sabiendo que en el fondo lo deseaba desde el primer momento, aunque no quería dejar la impresión de ser demasiado fácil.

Lupe cuidaba de Scott, así que disponía de tiempo libre para mí misma. Creo que me lo merecía después de unos cuantos meses intensos y de desgaste emocional con Harry.

Entramos en el primer bar que se cruzó por nuestro camino. Resultó ser un restaurante de hamburguesas de alta calidad, en cuyo centro destacaba una barra ovalada con decenas de tiradores de cerveza de todo el mundo. Nos sentamos en una mesa pequeña, para dos.

—¿Cuántos tipos de cerveza tenéis? —preguntó Eric al camarero.

—De fermentación baja, de fermentación alta, alemana, argentina, belga, italiana, irlandesa y peruana.

—Estupendo, pues pediré una copa de vino tinto, ¿y para ti? —preguntó Eric posando su mano sobre mi antebrazo. Era excitante sentir el roce de su piel.

—Vino blanco.

En cuanto el camarero se fue, noté la mirada de Eric traspasándome por completo. De repente, me sentía acalorada, fuera de lugar. Anhelaba salir de allí corriendo, aunque a la vez deseaba quedarme. Una parte de mí alertó que podía tratarse de un profesional de la seducción, pero me picaba la curiosidad de saber hasta dónde llegaría todo esto.

Capítulo 5

ERIC

Amanda era una mujer espectacular, todo en ella desbordaba una dulzura incomparable. Su mirada era de un azul intenso, magnético, y su pelo dorado enmarcaba un rostro ovalado y precioso. Y había algo más que me encantaba, era una mujer que me inspiraba confianza. Sí, se confirmaban las sensaciones surgidas en nuestra breve charla telefónica.

De alguna u otra manera, Amanda estaba destinada a dejar huella en mi vida, como ninguna otra mujer. Su magnífico físico solo era la guinda del pastel, algo dentro de mí me decía que su corazón era generoso y abnegado.

En Europa muchas mujeres se habían acercado o dejado seducir por interés, yo era alguien famoso y con dinero. Quería que Amanda descubriera al genuino Eric Cassel. Por suerte, me fijé en que no tenía alianza. Todo estaba a mi favor.

Después de intercambiarnos las respectivas biografías resumidas, me esforcé por darle un giro personal a la conversación. Mi deseo era que ella empezara a juzgarme por mi valía interior, más que por mi físico.

—Amanda, hay algo que sé sobre ti —dije con una sonrisa.

—Vaya, me encantaría saber lo que es —dijo ella después de terminar el sorbo de vino blanco.

—Eres una mujer con miedos e inseguridades, pero en ocasiones tomas decisiones que dejan a tu entorno, familia, amigos, etc. con la boca abierta.

Observé con satisfacción cómo Amanda alzaba las cejas, sorprendida. Su cara de porcelana era un signo de interrogación.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó cruzando las piernas y entornando los ojos. Podía apreciar que cada vez estaba más interesada en mí.

—No lo sé, puedes llamarlo intuición, o sexto sentido, o también porque mujeres que sean chefs y tan jóvenes no es lo frecuente. Estoy convencido que pensaste mucho si escoger ese camino profesional.

—¿Eres psicólogo? Me estás dejando asombrada, Eric. Sí, es verdad, cada vez que tomo una decisión me gusta pensar las ventajas e inconvenientes. Eso es algo que me da seguridad —dijo Amanda.

—Soy bueno leyendo a la gente —dije antes de beber de mi copa.

Mientras ella rebuscaba algo en su bolso, sin poder evitarlo, lancé una fugaz mirada a su escote. A la velocidad de un rayo, se me cruzó la fantasía de acariciar sus pechos con ambas manos, con ternura, mientras sentía el cálido aliento su boca.

—Pues yo también sé algo sobre ti —dijo Amanda sin dejar de mirarme.

—¿Ah, sí? —pregunté ladeando la cabeza, interesado y sorprendido gratamente por su audacia.

—Se te da muy bien crear una buena impresión de ti mismo, diría que es algo... calculado —dijo ella arqueando una ceja.

Solté una gran carcajada. Cada vez me gustaba más y más, a cada segundo que pasaba me daba cuenta la joya que tenía delante de mis ojos. Estaba a punto de hincarme de rodillas y pedirle matrimonio. Por primera vez sentía las ganas de despertarme con la misma mujer todas las mañanas.

—Ya veo que eres una gran adversaria... —dije inclinando la cabeza en señal de reconocimiento. Ella había apoyado su barbilla sobre el reverso de sus manos, como anhelando ser contemplada.

—Mi madre estudió Psicología, aunque nunca ejerció.

—Aha, *bien sure*, ahora lo entiendo todo —dije asintiendo con la cabeza.

—También es cierto que los franceses sois muy presumidos —dijo Amanda con una sonrisa.

—¿Quiénes, nosotros? ¡Eso es mentira! —exclamé mientras me atusaba el pelo con calculada exageración.

Amanda soltó una carcajada. Era evidente que se lo estaba pasando bien, mi encanto natural estaba funcionando a la perfección. *Magnifique!*

—Quisiera brindar por nosotros, por una hermosa americana y un vanidoso francés —dije inclinando la cabeza con elegancia.

—Un brindis muy original, *monsieur*.

—Tu francés es horrible, necesitas clases particulares —dije con falsa crueldad, deseando pincharla un poco.

—¿Y quién me las va a dar, tú?

—Por supuesto. Si no tienes dinero, podemos llegar a algún tipo de acuerdo... —dije mirándola de arriba a abajo, insinuándome.

Amanda se volvió a reír, iluminando mi mundo. Alzamos y chocamos las copas, después en silencio y sin dejar de mirarnos, tomamos un sorbo. Fue un fugaz momento de complicidad en el que éramos conscientes de lo estimulante que es la vida, cuando dos absolutos extraños conectan. Entonces supe que esa noche iba a ser memorable.

—Se está haciendo tarde —dijo ella mirando su reloj.

—¿A qué hora te despiertas mañana? —pregunté mientras nos levantábamos.

—A las siete en punto —respondió con un divertido gesto de angustia.

Hice un gesto de compasión, y nos dirigimos al mostrador. Después de pelearnos unos minutos por dilucidar quien se encargaba de la cuenta, saqué con discreción mi cartera y aboné en efectivo.

—¿Cuánto he de dejar de propina? En Francia se rumorea que si no dejas propina en Estados Unidos, te disparan por la espalda.

—No digas tonterías, solo cortamos la cabeza —dijo haciendo un gesto en el cuello y sacando la lengua.

—Eso me tranquiliza —dije suspirando.

Nos reímos por la tontería. Nuestra química saltaba a la vista, nadie con sentido común lo podía negar. Estaba siendo una «no cita» perfecta, y aún no había finalizado. Deseaba aprovechar cada instante que me quedaba junto a ella.

Bajo un cielo nocturno y estrellado, Amanda y yo salimos a la calle, dejando atrás el bullicio del bar. Algunas personas caminaban por la otra acera y, a través de las ventanas, observamos que otros restaurantes se vaciaban. Town Square, sin duda, era un centro comercial más bien dirigido a los habitantes de la ciudad, más que a los turistas.

—¿Dónde tienes el coche? —preguntó Amanda mirando alrededor.

—En el aparcamiento de allá —dije señalando hacia la entrada principal.

Entonces ella miró hacia el suelo, como si no supiera qué más decir. Esa fue la señal que llevaba esperando toda la tarde.

Algunos maestros de la seducción afirman que llevarse la mano al pelo es una señal de interés, pero eso había llegado a oídos de las mujeres, y ya no era algo fiable. Mi momento favorito era cuando abren su alma y demuestran su vulnerabilidad. Yo solo he de procurar estar atento a ese instante que ocurre fugazmente, como el paso de un cometa.

—Amanda, hacía tiempo que no me quedaba prendado de una mujer como me está pasando ahora... —dije esperando una reacción, un brillo en su mirada.

—Gracias, Eric —dijo Amanda con una tímida sonrisa.

Me fijé en sus labios y me imaginé un sabor cubierto de gloria. Los labios de Amanda era el último deseo de alguien que estuviese a punto de morir. Tragué saliva y me incliné sobre ella con la boca dispuesta a conquistar el territorio prohibido. Cerré los ojos para concentrar los sentidos en mi lengua.

Entonces ocurrió algo catastrófico. Ella apartó la cabeza como si tuviera delante a su amigo de toda la vida. Otros hombres se hubieran venido abajo, pero yo era Eric Cassel y como dijo Napoleón Bonaparte: «el fracaso es una palabra que no existe en mi vocabulario».

Clavé mi mirada en ella buscando una respuesta. Antes de que ella ordenara sus pensamientos le hice una pregunta mientras la sujetaba con delicadeza por los brazos.

—¿Es porque no me conoces?

—Eric, ahora... —respondió ella suspirando—. No lo sé...

—Somos dos desconocidos que hemos conectado. ¿Cuántas veces te pasa eso en la vida, Amanda? —pregunté sin dejar de sumergirme en sus ojos azules.

Volví al ataque pensando que si fallaba una segunda vez debería recurrir a otra táctica, aún me quedaban ases bajo la manga. Por suerte esta vez aterricé en tierra firme. El primer contacto con los labios de Amanda fue apoteósico. Mi cuerpo recibió una ola de vibrante energía, desde la cabeza hasta los pies pasando por mi brazos.

Puse una mano sobre su espalda y la empujé hacia mí, notando sus pechos aprisionados. Una vez más bebí con ardor de su mirada mientras notaba su fresco aliento. Abrió la boca, llamándome sin pronunciar mi nombre, anhelando mi auténtico sabor. Un torrente de pasión nos arrastraba hasta más allá del deseo. Lo nuestro era una atracción salvaje que se escapaba de lo racional.

No pude evitar la erección, y aprecié en un brillo fugaz en su mirada que ella, a su vez, lo había percibido.

Nuestras lenguas se fundieron una vez más. Dios mío, si la vida fuese siempre estar así con ella, en su maravillosa boca... Si

todos los hombres conocieran a Amanda, no habría guerras en el mundo. Sus manos descansaban sobre mi pecho, las mías sobre sus brazos, formábamos la estatua del amor, aquella que el escultor Miguel Ángel siempre quiso esculpir.

Sonreímos al tomar aire sin desenganchar la mirada, conscientes de la escena tan especial que estábamos disfrutando.

—Todo estoy que sintiendo dentro no lo había vivido nunca — dije mientras acariciaba su mejilla.

—Yo tampoco, Eric —dijo ella mordiéndose un labio.

La rodeé con el brazo y caminamos hacia el aparcamiento, no muy lejos de donde nos encontrábamos. Una ligera brisa nos acarició el rostro en el trayecto. A nuestro paso, desbordábamos una felicidad sin igual.

Me presentó su coche, de cinco puertas, y de la marca Ford.

—¿Quieres que te acerque a tu coche? —preguntó Amanda tomándome de la cintura.

La besé en los labios y respondí que sí. Ella rodeó el coche y tomó asiento delante del volante mientras yo me sentaba al lado. Mi corazón resonaba a cada latido.

Amanda clavó su mirada en mí y, de repente, se sentó sobre mi regazo, para luego besarme como si me hubiese esperado toda la vida. Sentí su lengua saciarse de mí, mientras mis manos ascendían por sus muslos, palpando la suavidad de su piel. Deseaba conquistar su trasero, convertirme en su dueño para siempre.

Con cierta incomodidad Amanda se despojó de sus bragas, al mismo tiempo que yo me bajaba los pantalones, liberando mi erección. Todo era rápido y algo descuidado, pero a ambos nos

estimulaba el escenario, el peligro de ser sorprendidos en cualquier instante.

Amanda tomó mi pene y se lo introdujo, sintiéndome dentro de ella, conectando con su alma. Con ambas manos guié sus caderas en movimientos lentos, muy lentos, experimentando un profundo placer. A lo lejos observaba la ciudad, coches pasando, lo cual hacía todo más excitante.

—Ah... —dije colmado de un gozo sin igual.

La oí gemir en cuanto mis manos, a través de la blusa, se apoderaron de sus pechos turgentes. Deseaba tanto chupar sus pezones y cubrirlos con mi saliva...

—¿Te gusta? —preguntó con la respiración entrecortada.

—Sí, mucho...

La besé con un ardiente ambición de beber de ella, de saciarme de ella, de fundirme con ella quemando todas las fronteras. Gemí sintiendo en mis manos la golosa piel de su colosal trasero. Amanda aceleró el ritmo de sus movimientos, y yo estaba a punto de desmayarme en el paraíso, bajo su melena rubia que no cesaba de balancearse.

En la punta de mi pene empecé a sentir una erupción de placer desbocado. Gemí pronunciando su nombre, Amanda, con la última «a» alargada mientras me corría, llenándola, mi cuerpo temblando. Al mismo tiempo, la oí gemir mediante un grito de dulce e inolvidable agonía.

La abracé percibiendo su respiración agitada, envolviéndome en su aroma, transportándome a un lugar excelso, en calma, donde recuperar el latido pausado.

Sin duda follarme a una belleza como Amanda era mi mayor conquista, un triunfo de los sentidos, del placer y del riesgo. Sonreí

mientras lanzaba la mirada hacia el collar de luces formado por los casinos.

Capítulo 6

AMANDA

Apenas me acababa de despertar y todos los recuerdos de la noche anterior con Eric se dibujaron en mi mente: el beso a la salida del restaurante, el sexo en el coche... Fue excitante y espontáneo, apasionado e imborrable... Hacía tiempo que no me sentía así, entregada a un hombre tan sensual.

Sin lugar a dudas, Eric era diferente a los demás, no solo por su sexy acento, sino porque parecía que le importaba muy poco lo que pensara la gente. Su loca su aventura en Las Vegas como cantante decía mucho sobre él... Todo esto lo convertía en alguien que siempre se planteaba nuevos retos. A través de sus maravillosos ojos grises apreciaba el esplendor por el *carpe diem*. Eric era una persona feliz que disfrutaba plenamente de la vida, y eso me atraía.

No podía obviar el lado erótico de Eric, su cuerpo, su pelo castaño, su boca, su aroma... Cuando me penetró y nuestras miradas se cruzaron, el cuerpo me tembló de placer. Echaba mucho de menos esas sensaciones, el sentirme deseada, provocar el gemido del hombre... Eric había despertado eso que tenía durmiendo por no sé cuánto tiempo.

Otra cosa había pasado anoche. Por fin, había mantenido sexo en un coche, pues estaba en mi lista de locas fantasías. Me preguntaba si alguna vez podría cumplir la número uno, el sexo en

un avión. La lista era un secreto que no deseaba compartir con nadie ni siquiera bajo tortura. Si alguien llegara a enterarse, me moriría de vergüenza.

Desperté a Scott como cada mañana. Mientras se quitaba su pijama de Capitán America, le preparé el desayuno. Fue entonces cuando me percaté que no había mencionado a Eric que Scott era parte ineludible de mi vida. Confieso que me sentí culpable aquella mañana. Temía tanto perderle esa noche que me callé para no espantarlo. Por suerte, eso tenía remedio. Si existía una nueva cita, se lo diría cuanto antes para que Eric no pensara que lo ocultaba deliberadamente.

—Buenos días, mamá —dijo Scott con los ojos legañosos.

—Buenos días, cariño —le dije besándolo en la frente.

Lo abracé mientras se sentaba en la mesa de la cocina. Era una madre con suerte, Scott era un niño bueno, sin excesivas rabietas, y cariñoso. Aunque su nacimiento había sido un imprevisto, y muchas veces sentí que había perdido mi juventud, si pudiera volver en el tiempo no cambiaría nada. Scott era mi universo, y eso ningún hombre lo transformaría.

—Mamá, ¿a qué no sabes lo que he soñado?

—No, cuéntame —respondí sin dejar de abrazarlo.

—Que el Capitán América venía a casa y comía macarrones con queso.

—Genial. Seguro que le gustaban mucho.

Mientras Scott se alimentaba bien para el día en el colegio, me fui a dar una ducha. Antes se me ocurrió enviarle un mensaje a Eric. Sin pensarlo dos veces le escribí que si le apetecía, me encantaría presentarle a mi hijo Scott. En cuanto lo envié me di cuenta de mi

fatal error. Pero, ¿qué he hecho? ¡Dios mío!, me dije con cara de pánico.

No solo era demasiado temprano para enviarle un mensaje, sino que debía esperar a que él me lo enviase primero. ¡Cómo se notaba que estaba oxidada en el juego de la seducción! Aquello era un desastre de proporciones épicas. Por lo menos debía esperar hasta por la tarde para enviarle un mensaje. ¡Qué tonta! Ahora Eric pensaría que estaba desesperada. ¿Había algo para remediarlo? Sí, que una bomba atómica cayese sobre la ciudad.

Me quedé un rato maldiciendo mi acción bajo el agua caliente, negando con la cabeza. No me hubiese sorprendido no saber nada de mi sexy francés. El hacer las cosas sin pensar era algo que no encajaba conmigo. Yo era la primera sorprendida por el error, porque siempre lo meditaba todo.

Di a Eric por perdido, y eso me trajo una gran desilusión. Él era un seductor profesional, y admito que me sentí halagada por ser la elegida entre muchas mujeres. Desconocía que podía provocar unos sentimientos tan intensos en un hombre, y pensé que todas las mujeres merecemos al menos sentir una sobredosis de pasión y aventura una vez en la vida. Deseaba abandonarme a un océanos de sensaciones y gozar, gozar y gozar... Con un matrimonio tan prematuro, el placer se me había vuelto muy estrecho.

Después de dejar a Scott en el colegio fui directa al trabajo. Durante el trayecto en coche miré repetidas veces la pantalla del móvil para comprobar si había recibido algún mensaje de Eric. Cero mensajes, por supuesto. Una pequeña sensación de melancolía se apoderó de mí. Solo a mí se me ocurre enviar mensajes intensos tan temprano.

Cuando llegué al restaurante aún estaba angustiada por el maldito mensaje enviado a destiempo. Miré el móvil una vez más pero no había ningún mensaje nuevo, todos eran odiosamente viejos.

Lo primero que hice después de vestirme con el uniforme fue hablar con Melissa. Me apetecía contarle mi noche *francesa*, y desahogarme con mi metedura de pata. Para esto están las amigas, para sincerarnos con nuestras historias románticas.

En cuanto me vio no pude disimular una sonrisa tonta, adolescente. Melissa primero frunció el ceño; sin duda, pensando a qué venía mi felicidad después de meses mustia.

—A ti te ha pasado algo... estás cambiada... —dijo sin dejar de examinar mi cara.

Debía ser bruja porque sin necesidad de relevarle nada, descubrió lo que había sucedido entre el francés y yo. Entonces agrandó los ojos como platos, sorprendida.

—¡Te has follado al francés! —exclamó.

A toda velocidad le arrojé un trapo para que callara su gran boca. Algunos compañeros se giraron para comprobar a qué se debía el alboroto. La oficina estaba vacía, aún no había llegado Harry.

Melissa dejó a un lado el trapo y se acercó a mí, con un brillo de curiosidad en sus ojos. Me tomó por un brazo y se agachó un poco, buscando un ambiente confidencial.

—Cuéntame, qué tal todo, ¿cuántos orgasmos tuviste? — preguntó sin rodeos, directa al morbo.

—Uno —dije sacando un par de fiambreras para echar zumo de limón a una pechuga de pollo.

—¿Has dicho uno? —preguntó señalando el número con el índice, la otra mano apoyada en la cadera—. Qué decepción, pensaba que los franceses eran los maestros del amor...

—Es un hombre muy atractivo. Tiene un magnetismo salvaje, con esos ojos grises que te parten en dos... Y sus besos son pura gloria —dije recordando esa plácida sensación húmeda en mi boca.

—Pues me están entrando una ganas locas de escaparme a París... ¿Qué está haciendo aquí?

—Ha conseguido trabajo como cantante en un pequeño restaurante, por Flamingo Road.

—¡Tenemos que ir a verle! —exclamó Melissa vibrando de energía.

—Espera un momento porque aún no sé si querrá saber de mí. Le he mensajado para contarle que el hombre de mi vida es Scott, y aún no me ha respondido.

—¿Le has enviado un mensaje diciendo que tienes un hijo? — preguntó con la mirada seria.

Me encogí de hombros. La había fastidiado, aunque ya era tarde para lamentarse.

—Deberías habérselo dicho en persona, o por teléfono, Amanda... —dijo Melissa negando con la cabeza. Se puso a pelar unas zanahorias para la ensalada de fusilli.

—Lo sé, lo sé, además el mensaje se lo envié esta misma mañana, nada más levantarme.

Melissa cerró los ojos y suspiró.

—Pero ¿es que vives en una cueva? Al menos deja pasar un día... Ay, Amanda, no sé que voy a hacer contigo —dijo negando con la cabeza.

—Yo tampoco.

—Por lo menos, disfrutaste de un polvo con un francés.

De repente, se quedó mirando el techo, paralizada.

—¿Qué pasa? —pregunté, extrañada.

—Estoy intentando recordar si alguna vez he follado con un extranjero. Pero no logro acordarme —dijo con una sonrisa pícara.

—Oh, qué tonta eres —dije negando con la cabeza, divertida por las ocurrencias de mi amiga.

Ambas nos concentramos en nuestras tareas. El servicio del almuerzo ya estaba a punto de empezar cuando apareció Harry por su despacho, nos intercambiamos una breve mirada y supe enseguida que algo iba mal. Después de cuatro años casados y otros ocho de relación, conocía las expresiones de Harry como la palma de mi mano.

Continué con el trabajo como si nada, esforzándome por mantenerme ocupada sacando los platos con la buena calidad de siempre, con la ayuda de Melissa y los demás compañeros. Los camareros sirvieron con profesionalidad, y no hubo ningún queja por parte de los comensales.

No fue hasta que terminó el primer tuno y me disponía a regresar a casa con unas terribles ganas de besar y abrazar a Scott, cuando ocurrió la discusión.

Harry me abordó en el aparcamiento, camino al coche. Su seriedad era evidente.

—Amanda, anoche fui a casa a comentarte unos asuntos de Scott.

—¿Qué asuntos? —pregunté mientras abría la puerta.

—Eso no tiene importancia, ¿dónde estabas? —preguntó Harry a un metro de distancia.

—Eso no es de tu incumbencia, Harry —respondí molesta por el interrogatorio.

—Es de mi incumbencia porque quiero saber si dejas por las noches siempre a Scott con Lupe. Soy su padre y me preocupa que esté mucho tiempo solo. No es bueno para él.

Sus acusaciones de ese tipo siempre me provocaban angustia. Cuestionar mi papel de madre era mi punto débil, y él lo sabía.

—Siempre estoy con él, Harry, y lo sabes.

—Pero no quieres lo mejor para él.

—¿Y qué es eso? —pregunté sabiendo la respuesta.

—Que los tres volvamos a formar una familia —dijo acercándose un poco más.

No sé cómo, pero Harry sabía de mi encuentro con Eric Cassel. Ese era el fondo de la conversación, no era nuestro hijo, sino sus celos. Aún seguía enamorado de mí.

—¿Cuántas veces lo tengo que decir? Nos acabamos de divorciar.

—Sí, porque tú has querido, pero es solo un papel. Amanda, eres el amor de mi vida. Dame otra oportunidad, volvamos a ser familia, aún nos quedan muchos momentos de felicidad. ¿Es que no te das cuenta de tu error?

—Lo siento, Harry. Cada uno hemos de seguir con nuestras vidas. Yo lo estoy haciendo, espero que tú también.

—Amanda, no tienes corazón.

—¿Corazón? ¿Que yo no tengo corazón? Fuiste tú quien arruinó todo acostándote con aquella zorra —dije aún dolida por su comportamiento.

Harry retrocedió, sabiendo que era un argumento irrefutable. Se quedó un instante en silencio, saboreando el amargor de la derrota.

—Sabes que no significó nada, fue un error y nada más.

—Tuviste tu oportunidad y la perdiste.

Harry propinó un puñetazo al capó del coche. Solté un respingo. Era momento para irme y dejar que se calmase, no deseaba montar ninguna escena cerca del trabajo. Me senté frente al volante, introduje las llaves y arranqué, pero Harry evitó que cerrara la puerta. Se agachó y me miró fijamente.

—Esta conversación no ha terminado, Amanda. No sé cómo, pero te haré ver que estás equivocada, completamente equivocada. Yo soy el hombre que necesitas.

Tiré de la puerta y Harry se apartó. Puse primera y me fui del aparcamiento pensando que debía encontrar un trabajo lo antes posibles. Estaba ya decidido, por fin.

Capítulo 7

ERIC

Me encontraba en mi suite cuando en la pantalla de mi móvil leí el mensaje de Amanda:

Hola, Eric. Espero que podamos vernos pronto, además me encantaría presentarte a Scott, mi hijo de cinco años.

Sentí como un torrente de alegría corría por mis venas. Amanda deseaba verme de nuevo, y eso era una razón para adorar estar vivo. Sin embargo, el jarro de agua fría fue enterarme que era madre. No sabía muy bien qué sentir, puesto que siempre he evitado a los niños. Eran sensaciones contradictorias.

Escribí la respuesta.

Será un placer. Deseando volver a verte, guapísima.

Algo dentro de mí me impidió apretar el botón de «enviar». Como disponía de tiempo para enviar el mensaje, lo guardé en la carpeta de borradores. Aún debía de pensarlo un poco más.

¿Quién podía pensar que una mujer tan joven pudiera ser madre? Comprendí que no me dijera nada, seguramente pensó que me alejaría de ella. Siempre he sido de esas personas que en los viajes o restaurantes se sentaban lo más lejos posible de familias con hijos. Los lloros y berrinches me producían nervios y, en alguna

ocasión, me he marchado del restaurante por no soportarles cerca de mí. Algunas de mis amistades tienen hijos, y cuando los he tenido a mi lado, no he sabido muy bien cómo comportarme ni qué decir.

Una cosa estaba clara: si deseaba mantener una relación con Amanda debía asumir la presencia de su hijo.

Después de pasar una mañana relajada en el spa del hotel, fui a almorzar al hotel Mirage para cambiar de rutina y pasear por El Strip. Una enorme masa de turistas inundaba las calles con enormes vasos de alcohol. Disfruté con el espectáculo acuático de baile del Bellagio, y el formidable volcán del Mirage. ¿Por qué no disponíamos de algo así en París?

Estaba a punto de sentarme en una mesa dispuesto a comer a solas, cuando oí que alguien pronunciaba mi nombre. Me giré, lleno de curiosidad. Era Lou Wagner acompañado de una morena, quien agitaba la mano para que me acercara. Lou parecía un buen tipo, un hombre sencillo que buscaba la felicidad en los placeres pequeños de la vida.

—Eric, ¿qué haces por aquí, no te alojabas en el MGM? —me preguntó estrechándome la mano.

—Sí, pero siempre es bueno salirse de la rutina. Acabo de llegar a la ciudad y me apetece conocer sitios nuevos.

—Genial. Siéntate con nosotros, acabamos de pedir.

No me lo pensé dos veces. Me apetecía conocer a Lou un poco más. Gracias a él esa misma noche cumpliría uno de mis sueños, debutar como cantante. ¿Qué podía ser lo siguiente? No lo sabía, ¡y eso era tan excitante!

—Ella es Kate, mi esposa. Kate, él es Eric, el cantante francés.

Incliné la cabeza mientras me fijaba en la cantidad de joyas que llevaba encima. Cada una de ellas relucía como si fueran de oro. Al parecer la pasión por las joyas era un afición del matrimonio.

—¿Cuánto tiempo lleváis casados? —pregunté para animar la conversación.

—Pues unos, veinti... —Lou cerró los ojos, esforzándose en hallar la respuesta apropiada, hasta que finalmente miró a su esposa.

—Treinta años —dijo Kate negando con la cabeza, como cansada de que nunca se acordara de la cifra exacta.

Lou se dio un golpe en la frente.

—Oh, no. Esta noche duermo en el sofá.

Los tres reímos con ganas, y eso permitió que se creara una bonita atmósfera propicia para la amistad. Llegó el camarero y pedí mi orden junto a una botella del mejor vino, deseaba agasajar al matrimonio.

—Bueno, entonces, contadme, ¿cuál es el secreto para un amor tan duradero?

—Para mí es el mutuo respeto. En los buenos y malos momentos es necesario recordar que el mundo no gira sobre ti mismo, y hay otra persona que también tiene necesidades —dijo Lou mientras miraba a Kate con absoluta devoción.

—Para mí es importante ganarse el amor cada día. No importa lo que hicieras ayer, hoy es un nuevo día y siempre tiene que existir por ambas partes un nuevo y pequeño enamoramiento. Ese es el reto —dijo Kate mirando a su vez a su marido con un brillo muy especial, difícil de describir.

Asentí con la cabeza, impresionado. Treinta años con la misma mujer era posible, no había lugar a dudas. Se trataba de sembrar y recoger cada día como si fuera el primero.

—Y tú, Eric, ¿estás casado? —preguntó Kate.

—Oh, no. Estoy soltero, aunque... —dije sin poder disimular una gran sonrisa.

—¿Has conocido alguien aquí, tan pronto? —preguntó Lou inclinándose sobre la mesa, intrigado.

Asentí con la cabeza mientras les servía el vino. Los estados de enamoramiento son complicados de camuflar, una energía irradiaba dentro de mí salpicando a los demás.

—Trabaja en el Bellagio y se llama Amanda. Lou, Kate, no puedo dejar de pensar en ella.

—¿Por qué no la traes un día al restaurante? Nos gustaría conocerla, ¿verdad, Lou?

—Por supuesto, estaríamos encantados. Por cierto, Eric, ¿estás nervioso por lo de esta noche? —preguntó Lou refiriéndose a mi debut.

—¿Quién, yo? En absoluto, sé que voy a encandilar a mi público. Ya verás, tendremos todas las noches siguientes con las mesas reservadas.

—Me encanta tu confianza en ti mismo, por eso tenemos que hacer negocios juntos. Tengo un montón de ideas para nuevos restaurantes y siempre es bueno tener un socio financiero —dijo con una sonrisa pícara.

—Bueno, Lou, tengo algo de dinero invertido en acciones de multinacionales, pero estaría encantado de expandir mis recursos.

Ahora está de moda en invertir en *start-ups* y cosas de ese estilo, aunque la tecnología no me interesa.

—A nosotros tampoco. Nos apasiona lo que estamos haciendo ahora, nos encanta ese cosquilleo al abrir un nuevo restaurante. Tenemos dos en California dirigidos por nuestra hija.

Kate alzó la copa.

—Quiero brindar por el éxito del Mistral, por el éxito de Eric esta noche, y por el amor —dijo con una sonrisa.

Los tres chocamos nuestras copas, celebrando el momento. Había sido todo un acierto dejarme caer en Las Vegas.

Después de almorzar fui a recoger mi traje de gala a la sastrería, en Town Square. Me lo probé ahí mismo, junto al sastre y al verme frente al espejo me quedé con la boca abierta. El traje me quedaba como un guante, las mangas me se ajustaban a la altura perfecta, y los laterales se ajustaban al tallo de mi cuerpo estilizando mi figura. Estaba tan contento que entregué al sastre una generosa propina.

Por la tarde me dediqué en la suite a revisar mis negocios y a hablar con mis abogados de París. Me gustaba estar al tanto de mis

inversiones y que supiera mi grupo de gente de confianza que estaba pendiente de todo.

Cuando quedaba una hora para mi debut en el Mistral, disfruté de una larga ducha. Cerré los ojos y dejé que el agua relajara mi cuerpo, deseaba encontrar un oasis de calma para visualizar mi actuación. Cuando era jugador de fútbol cerraba los ojos y visualizaba el partido, viéndome marcar un gol de un acrobático y espectacular remate, y celebrándolo con mis compañeros, quienes me abrazaban con efusión.

Apliqué similar técnica para esa noche. Me imaginé una gran número de caras observando con interés mi actuación, disfrutando con mi voz serena y grave, de terciopelo. Al finalizar, los aplausos o, ya puestos a fantasear, una ovación con el público en pie. Agradecido y emocionado, regalaría una canción más antes de despedirme por esa noche. Después, la felicitación afectuosa de Lou y Kate.

Al salir, aún con la toalla sobre la cintura, me preparé una copa de bourbon con dos hielos para *suavizar* mi garganta. A lo lejos oía la legendaria voz de Frank Sinatra por los altavoces de mi iPad.

Empecé a vestirme con calma, aún disponía de tiempo de sobra. Completamente desnudo, me apliqué espuma de afeitar sobre mi cara y, con la cuchilla, empecé a afeitarme mientras calentaba mi voz con la canción «My way».

Sintiéndome fresco, relajado y desprendiendo ilusión, me vestí con el traje de etiqueta. La camisa blanca era una maravilla, regalo de una antigua novia. Los calcetines eran oscuros, a juego con el traje. Después fue el turno para los zapatos, a los cuales había pedido a un botones que los mandara abrillantar. Por último, me puse la chaqueta mirándome al espejo del dormitorio.

Asentí con la cabeza. Era la noche de Eric Cassel, nadie podía arrebatarme el protagonismo. Faltaban dos pequeños detalles. El primero rociarme con el olor a pomelo y mandarina de mi colonia

favorita, Invictus de Paco Rabanne, y después tomarme una pastilla de menta para suavizar aún más mi garganta.

Solo faltaba un detalle para que fuera la noche perfecta: Amanda. No me la podía quitar de la cabeza. Tenía unas ganas terribles de volver a verla, de tocar su piel, sus manos y sus labios carnosos. La conversación con Lou y Kate en el almuerzo me había hecho recapacitar, y había decidido darle una oportunidad al amor verdadero, el que deja huella para siempre y que solo ocurre una vez en la vida. Ningún obstáculo podía interponerse entre nosotros. Era el momento de contemplar la vida con una nueva mirada.

Localicé el mensaje para Amanda en la carpeta de borradores y apreté el botón de «enviar». Después me monté en el Ferrari y salí hacia el restaurante. Miré el reloj del salpicadero, iba con un ligero retraso, nada grave.

Al doblar la esquina de Flamingo Road y presenciar el Mistral, sentí un pellizco en el estómago al contemplar los coches aparcados. Algunos de marcas muy prestigiosas, como Mercedes o Cadillac. Sin duda, Lou y Kate eran unos empresarios con talento y no dudé ni por un momento que el restaurante sería todo un éxito. El aparcacoches me estacionó el coche y entré por la puerta principal con ganas de comerme el mundo.

Nada más entrar me percaté que todas las mesas estaban ocupadas. En la cocina se afanaban por preparar los platos en medio de un frenesí, los fogones despedían llamaradas y los pinches de cocina cortaban verduras y patatas a una velocidad pasmosa.

—¡Eric, ahí estás! —exclamó Lou a lo lejos—. Estaba preocupado, pensé que no llegarías. ¿Por qué has tardado tanto?

Lou agitaba los brazos con nerviosismo, y una gota de sudor le corría por la frente.

—Tranquilo, Lou. Ya estoy aquí, eso es lo que importa —dije mientras me fijaba en el acuario, espectacular con un juego de luces de diferentes colores.

—El local está abarrotado. ¡Ni una sola mesa vacía! —exclamó Lou señalando el comedor.

—Sírvenme un bourbon *on the rocks* y que el espectáculo comience —dije con una sonrisa.

Lou gritó en español a un camarero, y enseguida me condujo hasta el pequeño escenario. Las luces del comedor bajaron de intensidad. Las caras de los comensales expresaron sorpresa y expectación. Un foco alumbraba a Lou.

—Señoras y señores. El Mistral tiene el gusto de presentarles a un cantante maravilloso, que ha triunfado en París y ahora desea conquistar nuestro país con una voz portentosa. ¡Con todos ustedes, Eric Cassel!

Fui recibido con frialdad por el público, pero aquello no me desmotivó. En mi época de jugador de fútbol, los aficionados del equipo contrario nos daban la bienvenida al campo con el lanzamiento de botellas y mecheros. Así que consideré que esa noche la recepción era *cálida*.

Al principio la potente luz del foco me cegó, pero poco a poco mis ojos se fueron acostumbrando. Un silencio reinaba en el Mistral, algunas toses me confirmaron que tenía delante a gente de carne y hueso, y no a estatuas. Solo oía mi respiración mientras era consciente que estaba viviendo un momento imborrable.

—*Bonsoir, mesdames et messieurs*. Espero que estén disfrutando de una estupenda velada. Es para mí un honor estar aquí con ustedes y, recuerden, no se olviden de pagar a la salida... —dije con una sonrisa, pero nadie se rió de mi chiste.

Un camarero dejó sobre el piano mi vaso de bourbon. Tomé un sorbo lento, dejando que el alcohol me refrescara la boca. Sentía la adrenalina recorriendo mi cuerpo de arriba a abajo. Después de rodear el piano me senté en el taburete y estiré los dedos. Antes de empezar lancé una mirada al público, como si quisiera fotografiar ese instante y guardarlo para siempre en mi memoria.

Mis manos bailaron sobre el teclado creando la soberbia melodía de la primera canción, un tema fantástico que hablaba sobre el amor y sobre cómo te hace sentir. Un clásico de siempre.

Mi voz empezó a expandirse por el Mistral, llenándolo de una cálida energía, seductora y vibrante... Quería hacerles el amor con mi voz como nunca antes lo habían experimentado.

Fly me to the moon...

Let me play among the stars...

Capítulo 8

AMANDA

Cuando me asomé a la ventana de mi dormitorio, y descubrí el Ferrari a la puerta, supe que se trataba de Eric Cassel. ¿Quién si no podía lucir un coche tan lujoso? Sentí un pinchazo de nervios en el estómago, y decidí no moverme para contemplarle en cuanto saliera del vehículo. Allí estaba, tan prodigioso como siempre, destilando esa elegancia innata incluso en el más mínimo detalle.

Era tal la fuerza de mi mirada que Eric alzó la cabeza, y nuestros ojos conectaron. Ambos sonreímos. Le hice un gesto como diciendo «espera, ahora bajo», a lo que Eric asintió con la cabeza, apoyándose sobre el capó.

—Tráete una rebeca, puede que refresque —gritó Eric.

¿Una rebeca? ¿Adónde me llevará?, me pregunté a la vez que buscaba en mi armario una prenda que conjuntara con mi vestido color mango.

Era mi primera cita oficial con un hombre que no fuera Harry, así que me esforcé en tranquilizarme y en procurar no meter la pata... otra vez. Con la torpeza del mensaje ya había cubierto mi margen de errores.

Me despedí de Scott con un beso en la frente, y le dije a Lupe que regresaría tarde. Ella sonrió y me deseó que me divirtiera.

Al abrir la puerta Eric se puso de pie. Su atractivo era arrollador, y con aquella camisa blanca estaba para comérselo entero. Su sonrisa encantadora me desarmaba por completo. Sin lugar a dudas, era el hombre más atractivo que había visto en mi vida. Si me hubiera dicho que su profesión era modelo, le habría creído a pie juntillas. Hombres como Eric eran los que aparecían en anuncios o carteles, altos, enigmáticos y muy, muy seductores.

Aprecié una expresión de asombro que me iluminó el corazón.

—Estás bellísima, Amanda. Me matas suavemente —dijo Eric llevándose una mano en el corazón.

Después me tomó una mano y la besó mirándome a los ojos, de donde emergió un brillo sensual. Me gustaba el estilo clásico de galanteo de Eric; su adoración por mí, sus gestos, su respeto... Era algo que había visto en las películas o leído en los libros. Ahora yo resultaba ser la protagonista, y era una sensación muy plácida sentirme de nuevo el centro de atención.

Eric me besó en la mejilla sujetándome por la cadera, aunque esta vez no me pilló tan desprevenida como en nuestro primer encuentro. Enseguida me vi zarandeada por su aroma fresco y dulce, y por el roce de sus labios en mi piel.

—No exageres. Tú también estás espectacular. ¿A dónde me llevas? —pregunté alzándome sobre los talones, como una chiquilla nerviosa.

—Ah, es una sorpresa, *mon cheri* —respondió rozándome la mejilla con el dorso de la mano. Sentí una doble emoción, la intriga de dónde me llevaría y la suavidad de su gesto.

Eric me abrió la puerta del Ferrari. Era la primera vez que subía a uno y he de confesar que fue una experiencia llena de lujo. Olía a nuevo, y los asientos eran estrechos aunque confortables. En el centro del volante refulgía el dibujo del célebre caballo negro sobre un fondo amarillo. La mano de Eric se apoderó del cambio de

marchas y puso primera para que el motor ronroneara como un tigre.

—Hueles de maravilla, Amanda. Channel nº 5 es siempre una buena elección —dijo Eric lanzándome guiño.

Estaba asombrada por su cultura de perfumes, desde luego había acertado de pleno. Channel siempre fue mi favorito. Como decía Marilyn Monroe, «para dormir unas gotas de Channel y nada más».

—Vaya, eres bueno... Apuesto a que has roto unos cuantos corazones allá en París —dije deseando saber algo más de él.

—A todos nos han roto el corazón alguna vez, y créeme yo también he sufrido por amor, aunque no lo parezca.

Aquella confesión me enterneció, era como si me hubiese abierto una pequeña ventana para apreciar una herida cicatrizada, un recuerdo amargo del pasado. El amor es el motor de nuestras vidas y nos permite arreglarlo cuando falla, por eso siempre disponemos de segundas oportunidades.

Después de un viaje de quince minutos, el Ferrari traspasó el umbral de una puerta privada del aeropuerto. Me giré para estudiar la expresión del rostro de Eric, pero su rostro era inescrutable.

—Aún no diré nada —dijo adelantándose a mi pregunta.

Aparcamos el coche junto a otros vehículos en un pequeño estacionamiento. A lo lejos se observaba como un avión de bandera brasileña despegaba y, más cerca de nosotros, varios hangares con jets privados esperando a surcar el cielo de Las Vegas.

—Espera —dijo Eric.

Asentí con la cabeza. Las preguntas se me acumulaban en la cabeza sin poder detenerlas. ¿Adónde me va a llevar? ¿Vamos a

tomar un jet privado? ¿A otro país? ¿Cuándo regresaremos? Pues no me he traído el pasaporte, pensé.

Eric me abrió la puerta y me tendió la mano. Una brisa me acarició el rostro mientras miraba a mi alrededor, buscando respuestas al enigma. Eric entendió que sería un detalle por su parte ofrecerme al menos una pequeña pista.

—Aún nos queda un vuelo de media hora... —dijo, lo que no hizo más que aumentar mi excitación.

¿Media hora? ¿Adónde podíamos ir en media hora? Sin embargo, Eric no parecía dispuesto a revelar más información.

—Deja de darle vueltas a la cabeza, solo déjate de llevar, Amanda. Confía en mí, será una cita memorable.

Me besó en los labios, un beso cargado de sensualidad, sintiendo su intensa virilidad al margen de todos y de todo. Solo Eric y Amanda en el mundo.

De repente, oí una voz a mi espalda.

—Sr. Cassel, ejem... siento interrumpir... Todo está a punto. La torre de control nos ha dado permiso y debemos de despegar cuanto antes, se prevé una tarde con mucho tráfico —dijo un azafata alta como una jirafa.

—Muy bien, gracias —dijo Eric.

El francés me tomó de la mano y seguimos los pasos de la azafata hasta un coqueto jet decorado con una línea roja, en cuya cola podía leerse el modelo: D-CLUE. Conté cinco ventanas y dos motores.

—Pero... esto te estará costando una fortuna, Eric. ¿Es que eres millonario? —pregunté mientras subíamos por la escalerilla.

—Digamos que me puedo permitir algún capricho que otro, pero solo cuando la ocasión merece la pena —dijo Eric mientras me tomaba por la espalda, guiándome por la escalerilla.

El interior del jet era tal y como lo había visto en las películas. Asientos que parecían más bien sofás, de cuero blanco, con mesas de madera noble, y con una pantalla de cuarenta pulgadas colgada del techo. Las luces cenitales creaban una atmósfera de sofisticación inigualable. En una esquina una coqueta lámpara daba un toque de «normalidad» a todo el conjunto.

—Me encanta, nunca había subido a un avión privado. Estoy muy sorprendida —dije mientras rozaba con mi mano el cuero de los asientos.

La azafata se acercó con una bandeja de bebidas y algo para picar. Un segundo después, un potente silbido metálico indicaba que los motores se ponían en marcha.

—Espera, princesa, la cita no es aquí. Muy pronto te desvelaré el misterio... —susurró Eric, tomándome por la cintura y sin dejar de mirarme.

Al cabo de una media hora aterrizamos en el aeropuerto de Los Ángeles. Sentía por todo mi cuerpo una dulce angustia a causa del anhelo por desvelar la sorpresa de Eric.

—¿Todavía no me vas contar nada? —pregunté mientras el jet perdía velocidad poco a poco sobre la pista de aterrizaje.

—Aún no te lo puedo decir, pero ya queda poco.

—Eric, prométeme que estaremos de vuelta a Las Vegas esta misma noche. Soy madre y tengo responsabilidades —dije pensando en Scott.

—No te preocupes. Te prometo que volveremos esta noche —dijo, lo cual me tranquilizó, aunque sabía que Lupe era excelente cuidando a mi hijo.

Nos despedimos del piloto y la azafata y nos apeamos del jet. Al pie de la escalerilla una reluciente limosina nos esperaba. Me sentía abrumada por todo ese lujo, era un mundo nuevo para mí, y no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo de la noche a la mañana.

Un chófer vestido con un traje oscuro muy elegante abrió la puerta con una pequeña reverencia. Era la primera vez en mi vida que viajaba en una limosina, así que con la mano palpé la tapicería como si no me creyera que fuera todo real. El coche arrancó, y yo le rogué una vez más a Eric que me dijera adónde nos dirigíamos.

Eric negó con la cabeza, sonría de oreja a oreja, como un niño travieso. Era evidente que disfrutaba haciéndome sufrir.

—Ya nos queda poco, Amanda. Muy poco.

Del bolsillo de su pantalón extrajo un pañuelo blanco. Lo tomó de las puntas y lo mostró delante de mí, indicando que era el turno la de vendarme los ojos. Me quedé con la boca abierta, justo cuando pensaba que no podía ser todo más emocionante.

—Eric, me estás matando de intriga... —dije con una mano sobre el pecho.

—Eso es justo lo que quiero —dijo Eric mientras sostenía el pañuelo con ambas manos.

Giré la cabeza y lo siguiente que vi fue cómo la oscuridad se cernía sobre mí, percibiendo el suave contacto con la tela.

—¿Cuánto tiempo estaré así?

Sentí su aliento sobre mi oreja.

—Apenas unos veinte minutos, *mon cheri*. Concéntrate en el resto de los sentidos, el oído, el tacto... Así que juguemos a un juego. Tú me haces preguntas sobre el sitio adónde vamos, y yo te respondo sí o no.

La voz de Eric era penetrante, sensual y relajante. Me tomó de la mano y percibí sus dedos tomándome con delicadeza, sintiendo su dominio. Con mi vista mermada su acento extranjero me hacía imaginar viajando a un lugar exótico, inmersa en una trepidante aventura. Eric conseguía algo milagroso, abandonar la cotidiana realidad y conectar con la fantasía. Creo que todo el mundo merece vivir esa experiencia al menos una vez en la vida.

—¿Es un sitio donde se puede bailar?

Eric dudó.

—... *Oui* —respondió. Entonces me besó la mano, y ese beso, pequeño, tierno y fugaz, lo sentí por todo mi cuerpo.

—¿Es un sitio... —no sabía muy qué preguntar— ... al aire libre?

—*Oui* —susurró.

Me imaginé una cena romántica en lo alto de un rascacielos bajo un cielo estrellado, a la vista de un paisaje impresionante desde alguna de las colinas de Los Ángeles. Un restaurante de lujo con un violinista tocando románticas melodías y en exclusiva, solo para nosotros. Me moría de ganas por contar mi cita a Melissa.

Prolongamos el juego de respuestas y preguntas durante el resto del trayecto. Cada minuto que transcurría pensé que explotaría del suspense. ¡No podía aguantar más!

La limusina se detuvo y mi corazón empezó a latir con más fuerza. Oí un ruido leve de gente, murmullos, música...

—Ha llegado la hora —dijo Eric.

La venda destapó mi mirada por fin. Parpadeé unas cuantas veces, para que mis ojos se acostumbrasen a la luz del atardecer. Me llevé las manos a la cara mientras paseaba la vista por todo lo que me rodeaba. El raíl elevado, ese pequeño castillo característico, pequeños grupos de gente caminando hacia la entrada... ¡Me encontraba en Disneyland! ¡Tendría una cita en Disneyland!

—Oh, Eric, me encanta. No me lo esperaba, menuda sorpresa... —dije mientras le cogía del brazo, y caminábamos hacia la entrada luciendo una sonrisa imborrable.

—Nos da tiempo para montarnos en un par de atracciones y cenar en el restaurante. Cierran a las diez —dijo mirando su reloj—. Nos quedan unas dos horas y media para todo.

Gracias a que era una hora tardía para entrar, la cola fue muy rápida. Además, al no acarrear mochilas franqueamos el registro de pertenencias rápidamente.

Main Street era un regalo para los sentidos, las increíbles fachadas de las casas: el tranvía tirado por el caballo, la música inundando el ambiente. Como es lógico, mi primer pensamiento fue para Scott. A él le encantaría el parque, aunque esperaba a que fuese un poco mayor para traerle, así recordaría la experiencia con más matices.

Conté a Eric que conocía Disney World, en Florida, pues lo había visitado con mis padres cuando tenía quince años, pero era la primera vez que entraba en Disneyland. Para él, era la primera vez,

aunque existía un parque en París desde 1992 al que nunca había acudido.

Mientras caminábamos hacia Adventure Land sentía a mi lado su figura imponente, y noté cómo las mujeres e incluso los hombres clavaban su mirada en él. Eric parecía disfrutar siendo el centro de atención.

Para mí sorpresa, una pareja de latinos se acercaron a pedirle un autógrafo, a lo que accedió de buena gana. Cuando se marcharon, no pude evitar preguntarle.

—¿Eres famoso?

—Fui jugador de fútbol en uno de los mejores clubs de Europa, el París Saint German, eso automáticamente te convierte conocido en todo el mundo, menos en Estados Unidos —dijo encogiéndose de hombros, como si no supiera el motivo.

—Claro, aquí el fútbol no nos gusta mucho, preferimos otros deportes no tan aburridos —dije en broma—. ¿Hay algo más que deba saber?

—Creo que no —dijo pensativo.

Resultaba extraño estar con alguien célebre de otro continente, era como si una parte de él permaneciese a la luz y, sin embargo, no pudiera acceder a ella de ninguna forma.

Sonreí para mis adentros imaginando la cara de Melissa al enterarse de todo. Se pondría verde de envidia.

Capítulo 9

AMANDA

Después de disfrutar en las atracciones Crucero por la Jungla y Los Piratas del Caribe, nos encaminamos cogidos de la mano al restaurante donde Eric había reservado una mesa para dos. Hasta el momento la cita estaba siendo una delicia y aún quedaba el resto de la noche...

El restaurante se llamaba Blue Bayou, un precioso lugar —y muy romántico— ubicado en el parque de Nueva Orleans. En el transcurso de nuestro pequeño viaje a bordo de los vagones de Los Piratas del Caribe ya dispusimos de la oportunidad de contemplar fugazmente la vista del restaurante, con unas bonitas lámparas que formaban un increíble collar de luces recortado contra un cielo nocturno.

La originalidad estribaba en que nos encontrábamos en un recinto cerrado, cuya decoración sugería un escenario al aire libre, al pie de la fachada de una coqueta casa de dos plantas estilo sureño.

—He viajado por todo el mundo y nunca he estado en un restaurante como este —dijo Eric pasando su mirada por toda la fabulosa decoración.

Un camarero vestido con chaleco de rayas y camisa blanca nos guió hasta nuestra mesa. Nos sentamos frente a una magnífica

vista del pantano artificial, bañado con luces crepusculares, y salpicado con sonidos de grillos y ranas. El ambiente era mágico y especial.

—Todo tiene un pinta muy buena —dije mirando la carta y sintiendo aumentar mi apetito.

Enseguida ordenamos; pedí un salmón con risotto y salsa verde, servido con un cóctel de gambas. Eric, por su parte, pidió un filete mignon servido con patatas y una ensalada. Para beber nos decantamos por un vaso de vino blanco, y Eric un vaso de vino tinto. Estaba deseando probar el pescado, quizá me sugeriría alguna idea para combinar en un plato.

Al pensar en lo lejos que me encontraba de casa, envié un mensaje a Lupe para confirmar que todo estaba bien. Enseguida mi teléfono vibró con la respuesta. Decía que Scott se había bañado y que estaba cenando mirando la televisión. Me quedé más tranquila, y eso hizo que me sintiera más cómoda para seguir gozando de la velada.

Sentía que, después de unos meses turbulentos, me merecía un pequeño descanso para volver a conectar con el mundo. Ser madre es maravilloso, pero también puede ser en ocasiones muy frustrante.

Cuando la camarera sirvió los platos, mis ojos se llenaron de un festín de colores. Me coloqué la servilleta sobre el regazo y tardé una décima de segundo en hincar el diente al pescado. Durante los siguientes minutos Eric y yo soltamos algún gemido que otro de aprobación.

—Está todo magnífico. El salmón está muy jugoso y la combinación con la salsa verde es un gran acierto —dije mientras miraba los restos de mi comida—. Gracias por traerme.

—Gracias a ti por dejarte invitar... —dijo con una sonrisa arrebatadora—. Además, así aprovecho y conozco más cosas sobre

ti. Tengo curiosidad por saber cómo se te ocurrió la idea de ser chef.

El hecho de que Eric se interesara por mí, lo hacía aún más adorable, así que, encantada, abrí las puertas de pasado, después de tomar un sorbo de vino para refrescar mi garganta.

—Cuando era pequeña mi hermano y yo ayudábamos mucho a mi madre en la cocina. Me encantaba meter las manos en la harina y crear con mucho esmero la masa para el pan, que luego comíamos en la mesa con mi padre. También me gustaba el olor que desprendían las especias y cómo mi madre las guardaba en pequeños tarros de cristal. Pero con el paso del tiempo llegué a la conclusión que la verdadera razón de que decidiera ser chef fue porque quería estar a la altura de mi hermano mayor. Él es muy bueno, y tuvo la suerte de que mis padres le pagaran sus estudios en una prestigiosa escuela en Nueva York. En mi caso al quedarme embarazada no pude seguir los pasos de mi hermano, así que empecé poco a poco desde abajo, trabajando duro y aprendiendo de todos.

Eric asintió con la cabeza lentamente, admirando mi pequeña historia.

—Eres una luchadora —dijo Eric posando su mano sobre la mía, buscando una cálida intimidad—. Increíble, chef de un restaurante con veintisiete años, eso no está al alcance de todos, Amanda.

—Gracias —dije con una sonrisa—. Ahora es tu turno Eric, cuéntame algo sobre ti. Cuéntame algo que no hayas contado a nadie.

Apoyé el codo sobre la mesa y descansé la barbilla sobre la mano, en la actitud de quien es todo oídos. La vida de Eric parecía ser mejor que una novela de aventuras.

—La cuenta, *s'il vous plait* —dijo con el brazo en alto, mirando a todos los lados en busca de un camarero.

Me reí de su gracia. Eric sonrió, se limpió la boca con la servilleta, y miró hacia el techo, como si quisiera recordar.

—Está bien, Amanda, tú ganas —dijo Eric mirándome a los ojos, después sonrió—. Cuando me retiré del fútbol, me ofrecieron un par de papeles en el cine que acabé haciendo, y que no funcionaron mal en taquilla. Pero durante dos semanas pensé seriamente en rechazar esos proyectos, estuve ese tiempo casi sin salir de casa.

—¿Por qué? —pregunté intrigada.

—Porque temía... —parecía que le costaba pronunciar la palabra— fracasar. Nunca había sido actor y aquello pensé, por primera vez en mi vida, que podía superarme.

Su cara adquirió una expresión seria, resultaba evidente que no se sentía cómodo reconociendo su vulnerabilidad, pero yo eso lo consideraba una cualidad muy atractiva.

Cuando regresamos a Las Vegas, en el aeropuerto Eric me propuso tomar la última copa en el Mistral. Una sombra de duda apareció en mi mente, pero resultaba difícil negarse a aquella mirada gris irresistible, así que accedí. La cita estaba siendo tan fascinante que deseaba prolongarla un poco más.

Al llegar observé desde el Ferrari que no había coches en el estacionamiento. Al parecer, los dueños se habían marchado ya, así como los empleados. El bar estaba sepultado por las sombras de los árboles circundantes.

—Tengo las llaves, estaremos tu y yo solos —dijo Eric con una pícara sonrisa.

—¿Cómo es que te las han dejado? —dije frunciendo el ceño, sorprendida.

—Ah, Lou y yo nos hemos hecho amigos muy pronto. Es un buen hombre. Además, soy una persona de absoluta confianza... —dijo con un tono falso de presunción.

Nos apeamos del Ferrari y entramos por la puerta de servicio. En el jet, durante el trayecto de vuelta, habíamos tomado un par de copas, por lo que notaba una creciente excitación dentro de mí.

El restaurante estaba a oscuras, pero en cuanto Eric encendió las luces, todo cobró vida, incluso el acuario con los cangrejos y los bogavantes. Me impresionó el buen gusto de la decoración, de estilo minimalista, con detalles ornamentales muy llamativos, como el gran espejo con un marco dorado.

Mientras él preparaba unas bebidas en la barra, paseé imaginando el ambiente con las mesas llenas. Deslicé la mano por la suave cubierta de una carta y lo abrí, intrigada. Los platos eran sencillos pero muy creativos, el sueño de cualquier chef... Quizá debería dejarles mi currículum, en vista de que continuaba buscando empleo.

—Me encanta la selección de platos —dije acercándome a la barra, atraída por el ruido de la coctelera agitada por Eric.

—Oh, sí. El chef trabajó en Europa, es muy bueno. Me encanta cómo cocina el pescado —dijo Eric colocando el coctel en frente de mí.

—¿Qué es? —pregunté mirando una mezcla de cálidos y vistosos colores.

—Pruébalo y verás —dijo Eric sirviéndose el suyo.

Tomé un sorbo con la pajita, dejando que el líquido mojará mi lengua. La sensación fue espectacular, la amargura del tequila con la dulcera del zumo de naranja y la granadina.

—Está increíble —dije.

—Se llama tequila sunrise. Sabía que te gustaría —dijo rodeando la barra y situándose a mi lado.

Tomamos un par de sorbos más, nuestras miradas fijas el uno en el otro como dos imanes imposibles de separar.

A cada minuto lo deseaba más y más.

Sin pensar, lo arrinconé contra la barra, mi pierna entre las suyas. Le puse una mano sobre el pecho sintiéndolo, a través de su camisa, bien esculpido, duro y sexy. A la velocidad del rayo Eric tomó las copas y las dejó sobre la barra, sin mirar, de cualquier manera.

Le acaricié el rostro, ese rostro tan perfecto que habría seducido a cientos de mujeres hermosas. Qué difícil resultaba resistirse a su belleza varonil, a la boca carnosa, a la mirada penetrante, a la melena castaña... Eric Cassel era como un cóctel diseñado para el placer.

Sin más contemplaciones, suavemente lo fui empujando desde el cuello hacia mí, donde le esperaba con el corazón abierto. Recorrí sus labios con mi lengua, notando cómo la libido amenazaba con arrasarlo todo, como un vendaval del Pacífico.

Eric abrió la boca anhelando besarme pero me retiré, buscando su sufrimiento. Volvió a intentarlo, desesperado por enredarse en mi sabor. No lo demoré más y nos fundimos en un ardiente beso, muy deseado desde el comienzo de la cita. Percibí el brazo de Eric rodeándome por la cintura, estrechándome para notar la erección a través de los pantalones. Descansamos las bocas y nos miramos de nuevo.

—Amanda, eres un volcán —me susurró mientras me atusaba la melena.

Las apasionadas palabras de Eric dispararon mi temperatura corporal. Necesitaba llenarme con su virilidad, su piel, su cuerpo, su aroma... Todo él era sucumbir sin remedio a un pecado mortal.

—Quiero que hagas una cosa para mí —dijo sin dejar de mirarme.

Intrigada, me dejé llevar de la mano al escenario, iluminado por un foco. Allí me abrazó por detrás, mordéndome con ternura en el cuello. Sin mirar acaricié su mejilla con la mano, imposible frenar el impulso de tocarlo. Entonces llevó sus manos a mi cadera, y comenzamos a bailar lentamente durante unos minutos.

—Ahora quiero que te vayas desnudando... —susurró.

Eric se colocó al teclado del impresionante piano, dejándome sola y muy excitada. En cuanto oí las primeras notas de la canción «You can live your heat on» supe lo que él deseaba.

—*Baby, take off your clothes...*

Al descubrir la voz de Eric me estremecí, su voz de terciopelo era pura emoción, envolviéndome por completo de una forma prodigiosa y única.

—Vamos, Amanda, muéstrame tu talento, cariño —dijo Eric sonriendo con lujuria.

Confieso que al principio me costó moverme, pues me sentía agarrotada. No era fácil desinhibirse en el escenario, aunque fuera sin público. Empecé contoneando la cadera, pero los movimientos eran torpes y monótonos.

—¿Eso es todo lo que tienes? Venga, Amanda, cariño... *Slow, very slow...*

El foco me cegaba, así que cerré los ojos y me dejé llevar. En vez de controlar los movimientos con la mente, opté por activar mi cuerpo, permitiendo que la música me traspasara. Como por arte de magia la cadera empezó a fluir, luego los brazos y después las piernas...

—¡Eso es, Amanda! —exclamó Eric, entusiasmado.

Di unos pasos atrás y me desabroché la blusa muy lentamente, recreándome en cada botón. La lancé hacia donde estaba Eric, el cual se apartó sin dejar de tocar. Todo era excitante y divertido al mismo tiempo.

Me atreví un poco más y salí del escenario como impulsada por un arrebató. Me senté sobre las mesas, crucé y descrucé las piernas, y llegué a tomarme el resto del Tequila Sunrise absorbiendo con erotismo la pajita mientras miraba a Eric, el cual se mordía los labios, desesperado.

La música se había apoderado de mí, me movía sin complejos, bailando aquí y allá. Al subirme de nuevo al escenario me despojé de la falda y la arrojé hacia Eric, que no pudo esquivarla, dándole de lleno en la cara, lo que provocó que yo estallara en una carcajada.

Después sucedió lo más sexy. Me quité la falda de espaldas a Eric y me desabroché el sujetador, tapando los pechos con las manos. Deseaba excitarlo, sacarlo fuera de sí mismo, verle perder el control... La música seguía guiando nuestros sentidos, penetrando de lleno en nuestras almas.

Me acerqué al borde del piano y liberé mis pechos ansiosa por comprobar su reacción. Sus ojos se agrandaron, suspiró, negó con la cabeza, desafinó su voz... Estaba a punto de perder el dominio sobre sí mismo.

Entonces se me ocurrió una postura que acabaría por volverle loco. Me agaché sin flexionar las rodillas, mostrando mi trasero dispuesta a ser tomada. Fue ahí cuando ya no aguantó más,

entregándose sin remedio. Eric se levantó del asiento con determinación y, con cara descompuesta, se acercó, anhelando poseerme. Eso me excitó aún más, mucho más.

Mientras él se desabrochaba el cinturón y se bajaba los pantalones, yo me quité las bragas. Mi cuerpo era un tsunami de lujuria. Mi respiración se volvió entrecortada, me moría por sentirlo dentro de mí. Le ayudé a quitarse la camisa y fue ahí cuando descubrí el tatuaje de un dragón a un costado del abdomen. Acaricié los músculos, sintiendo su dureza...

Al bajarse los calzoncillos aprecié su miembro, erecto y poderoso como un faro en mitad de una tormenta. Deseaba tanto probarlo...

Como si leyera mi pensamiento me invitó a arrodillarme y, con las manos sobre mi cabeza, me guió hasta su pene, el cual coloqué dentro de mi boca. Lo saboreaba como una piruleta, excitada por causarle el mayor placer posible. Mi lengua subía y bajaba, y con la punta le toqueteaba el glande. Eric gemía y gemía, desgarrando el silencio.

—Amanda...

Le miré mientras seguía con el pene en la boca. Tenía los ojos cerrados, visitando un oasis de gozo inolvidable. De repente, me apartó con delicadeza, se subió los pantalones y me tomó de la mano llevándome hasta una de las mesas. Allí tiró del mantel, y los vasos y cubiertos cayeron con estrépito al suelo. La pasión de Eric por mí estaba desbordada, pletórica. Me senté sobre la mesa.

—Quiero que te corras primero —dijo Eric mientras sacaba su billetera y de ahí un condón—. Ábrete de piernas te voy a follar, Amanda.

Después de romper el plástico, enrolló el condón. Al momento siguiente, lo sentí penetrándome una y otra vez con su grueso miembro, causándome una salvaje sensación de gozo. Me agarré

con fuerza a los bordes de la mesa, la cual temblaba por las sacudidas de Eric. Sus manos me agarraban las piernas sobre sus hombros.

—Eric, no pares... Ah... por favor... —supliqué con los ojos cerrados, sintiéndome a punto de resquebrajarme en mil pedazos.

Aumentó el ritmo de las embestidas sin decaer en ningún momento, su forma física era apabullante. Era un tanque pasando por encima de mí, un tanque penetrándome una y otra vez con su largo y grueso cañón, haciéndome suya para siempre.

Gemí sintiendo el vértigo del sumo placer.

Eric soltó un gruñido con los ojos en blanco para después sacudir su cuerpo durante unos segundos.

—Qué bueno... —dije, saciada.

Aún con la respiración entrecortada, bajé las piernas sintiendo mi cuerpo relajado, en calma.

—*Mon amour*, ha sido alucinante... —dijo Eric recuperando el fuelle—. Eres fantástica, todo lo que siempre deseé y más.

Tragué saliva, emocionada, mientras le acariciaba el rostro una y otra vez, aún maravillada por su enorme capacidad para complacerme.

Estaba encantada con Eric Cassel, mi amante francés.

Capítulo 10

ERIC

Lo primero que observé al despertar fue una ventana a través de la cual se extendía un bonito jardín. ¿Cuándo había pedido en el MGM trasladarme de mi suite?, me pregunté extrañado. Enseguida caí en la cuenta de que me encontraba en la casa de Amanda, en concreto en su dormitorio.

Su habitación era amplia, con un gran armario y un espejo de cuerpo entero. Encima de la cómoda, una pequeña serie de retratos, aunque no distinguía desde la distancia quiénes aparecían. Al fondo, una puerta que supuestamente debía de dar a un cuarto de baño. Por último, me fijé en que las cortinas eran de un color turquesa muy sugerente.

Aún soñoliento, me giré y descubrí la espalda desnuda de Amanda, por donde caía su melena rubia. Extendí el brazo y la acaricié con la yema de los dedos, incapaz reprimir mis ganas de sentir su piel. Bajo las sábanas acaricié también la cadera, esa bellísima curva tan femenina que a mí tanto me excita. Después acaricié las curvas de su culo, delicado y suave.

Ella se despertó, y al voltearse me sonrió, bellísima como siempre. Era sin duda la mejor manera de empezar el día. Sus ojos azules me conmovían, desbordaban tanta dulzura...

—*Bonjour*, cariño —susurré mientras me acercaba a ella para sentir su aliento.

—Buenos días, guapo —dijo con voz soñolienta.

—Firmaría un despertar así todos los días de mi vida... —dije rozando mi nariz con la suya. Me encontraba en plena forma para echar un polvo mañanero, y su magnífico cuerpo lo pedía a gritos.

Estaba a punto de besarla cuando la puerta se abrió, y apareció el cabezón de un niño. ¡Debía ser Scott, su hijo! La expresión de Amanda fue de auténtico pánico. En una décima de segundo, me pegó un empujón tan violento que acabé en el suelo.

—Mamá, ¿estás dormida? Quiero jugar... —dijo la voz aguda de Scott.

—Un momento, cariño, que mamá se está poniendo el pijama.

Con la espalda dolorida y escondido bajo el edredón, no me atrevía a moverme un milímetro. Me imaginé a Amanda vistiéndose a toda prisa sin salir de la cama.

—¿A qué quieres jugar? ¡Guerra de almohadas...!

Oí risas y el chirrido de los muelles de la cama. Me asomé con cautela para averiguar si disponía de alguna vía de escape, pero recibí un almohadazo en toda la cara. Me escondí de nuevo bajo la cama, desde donde divisé mi ropa tirada en la otra punta de la habitación.

Me empecé a arrastrar por la alfombra como un cocodrilo hacia mi ropa, procurando no dañarme los genitales, pero al oír ruido de pasos volví a mi improvisada guarida a toda velocidad.

—Señora, buenos días, ¿se le ofrece algo?

Por el tono latino de la voz deduje que se trataba de Lupe. Negué con la cabeza. ¿Cuánta más gente iría a visitarla? ¿También

el Papa?

—No, gracias, Lupe. Ahora Scott y yo nos levantaremos.

—Como guste.

¿Cuándo saldré de aquí?, me pregunté. Por suerte a Amanda se le ocurrió la idea de llevarse a Scott a otro lugar de la casa.

—¿Qué te parece si preparo un buen desayuno?

—¡Sí! ¡Genial! —respondió el niño con entusiasmo y saltando de nuevo sobre la cama.

Por fin, observé a los seis pies alejarse de la habitación para desaparecer por el pasillo. En cuanto oí voces en la cocina, salí de debajo de la cama y corrí rápido a por mi ropa. No sin esfuerzo debido a la velocidad que imprimía a mis movimientos, me puse los calzoncillos. Tomé el pantalón, la camisa, la chaqueta y, por último, me dedicué a buscar el calcetín restante. Abrí cajones, miré bajo la cama y bajo la almohada de un sofá, pero sin éxito.

De repente, Scott entró corriendo en el dormitorio llevando un avión y fingiendo el ruido del motor con su boca. Sin tiempo para esconderme me quedé de pie, paralizado junto a la ventana, esperando pasar inadvertido. Por fortuna, pareció no darse cuenta de mi presencia, marchándose por donde ha venido. Sin embargo, me equivocé por completo.

—Lupe, hay un señor desnudo en la habitación de mamá — grita por el pasillo.

Al oír los pasos de la asistente acercándose al dormitorio y, ante la perspectiva de verme sorprendido en calzoncillos, decidí escapar por la única salida disponible: la ventana.

Aparté las cortinas, giré el picaporte y la abrí. Todo parecía indicar que alcanzaría el jardín sin el menor contratiempo, sin

embargo, me tropiezo con la barandilla y caigo de bruces sobre el jardín. Mientras sentía el dolor en la espinilla, maldije mi suerte.

A mi espalda oí un carraspeo, después la voz seria y latina de Lupe.

—Dice la señora que si le apetece desayunar con ellos.

—Me encantaría —dije sin atreverme a mirarla para no ahondar en la humillación. Tumbado boca abajo, en calzoncillos, no me encontraba en mi mejor momento precisamente.

—Como quiere los huevos, ¿fritos o revueltos?

—Revueltos. Gracias —dije deseando que se marchara cuanto antes.

—¿Qué más me puede pasar? —pregunté mirando al cielo y negando con la cabeza.

En ese momento el agua proveniente de los aspersores del jardín me mojó la cabeza.

—*Merde* —dije, resignado.

Secándome con una toalla que me había entregado amablemente Lupe, aparecí por la cocina con cara de circunstancias. Scott estaba sentado a la mesa frente al bol de cereales, y Amanda servía el desayuno para ella y para mí. Tomé asiento, el olor de los huevos revueltos me abrió el apetito.

—Scott, quiero presentarte a un amigo. Se llama Eric —dijo Amanda.

—Hola, campeón. ¿Cómo estás?

Scott levantó la vista del bol, me lanzó una dura mirada a lo Clint Eastwood y me sacó la lengua. Era evidente que debía trabajar duro para ganarme al cabezón... digo, al niño.

—Cariño, no seas maleducado —dijo Amanda con tono severo.

—¿Me puedo ir a jugar? Hoy no tengo cole —dijo Scott con una sonrisa angelical. El parecido con Amanda era evidente, pues había heredado el pelo rubio y los ojos azules.

—No, aún no has terminado.

Por debajo de la mesa empecé a sufrir continuos puntapiés del niño, así que me aparté un poco. Deduje entonces que el mal carácter debía provenir del padre, puesto que Amanda era un reino de bondad.

Ella y yo intercambiamos una cómplice mirada. Con el pelo recogido en una coleta se mostraba también guapísima. Entonces entí que me jugaba algo más que caer bien a Scott, Amanda me aceptaría sin reservas si me veía esforzarme.

Así que se me ocurrió que la mejor manera de granjearme la simpatía era con algún truco de magia. Conocía algunos básicos que un viejo amigo me había enseñado para flirtear. Cogí con dos dedos una cuchara por la mitad y la moví para conseguir el efecto óptico de doblamiento cinético.

—Mira, Scott, cómo se dobla... —dije deseando captar su atención.

El niño levantó la mirada, expectante, mientras masticaba los cereales. Sin embargo, sus conocimientos sobre la dureza de los metales no parecían ser muy significativos, por lo que perdió el interés al instante.

—Es aburrido —dijo encogiéndose de hombros. Volvió a concentrarse en su desayuno.

Miré a Amanda y ella también se encogió de hombros. Jamás había pensado que el público infantil fuese más difícil de seducir que el adulto. Mi única opción era elevar la categoría del espectáculo.

—¿Tienes un pan redondo? —pregunté a Amanda.

—¿Un pan? ¿Para qué? ¿Le vas a preparar un bocadillo? —preguntó soltando una risa.

—¿Lo tienes o no?

Amanda se levantó, abrió un pequeño cajón sobre la encimera y me entregó un pan redondo y grueso. Lejos de la mirada de Scott, le clavé dos tenedores a los lados, y lo cubrí a medias con una servilleta de tela. Tragué saliva. Mi orgullo estaba en juego, no deseaba decepcionar a Amanda.

—Mira, Scott, ¿has visto alguna vez un pan volador? —pregunté.

El niño volvió a alzar la vista con cara soporífera. Gracias a los tenedores ocultos bajo la servilleta, de la cual tomaba las dos esquinas, alcé el pan dejando la mitad visible. El efecto era mágico, parecía que de verdad volaba. Scott alzó las cejas y soltó una carcajada.

—Mira, mamá. ¡Un pan que vuela! —exclamó señalando con un dedo. La cara de Scott por fin se iluminaba.

Amanda me sonrió con ojos tiernos, satisfecha por el interés mostrado para complacer a Scott.

—Eres genial —dijo en voz baja.

Un viento fresco inundó mi corazón.

Cuando regresé al mediodía a mi suite del MGM, me senté en el sofa más cómodo con el teléfono en la mano, y marqué un contacto de Favoritos. Sentía un extraño ímpetu por todo el cuerpo mientras oía los tonos de la llamada.

—Hola, mamá. ¿Cómo estás? Solo quería contarte que me caso —dije mientras me ponía en pie y paseaba por la habitación.

—Ay, hijo, qué ilusión. Por fin, mis plegarias al Señor han dado su fruto. ¡Milagro! ¿Cómo se llama la afortunada?

—Amanda, y tiene un niño pequeño —respondí mientras miraba las enormes vistas de El Strip.

—¿Un hijo? ¡Es maravilloso! Pero dime, ¿cuándo es la boda?

—Aún no sé la fecha exacta, mamá. Espero que pronto, muy pronto. Será una fiesta por todo lo alto, te lo prometo.

—Recuerda firmar un contrato prenupcial, no quiero que luego se lleve la mitad de su dinero.

Mi madre siempre pensaba mal de todo el mundo.

—Mamá, Amanda no es así. Ya verás cuando la conozcas, te encantará.

—No sabes las ganas que tengo que me hagas abuela, Eric. No quiero muchos nietos, con cinco o seis me conformo.

Sonreí, mi madre siempre había sido muy familiar. Me pregunté que pensaría Amanda al respecto.

—Poco a poco, poco a poco. Bueno, te dejo porque voy a almorzar y luego tengo una cita con una inmobiliaria. Me he decidido a comprarme una casa en Las Vegas.

—Ya veo que quieres sentar la cabeza. Eso está bien, hijo. Un beso.

Colgué con unas enormes ganas de ver a mi madre, pero eso debería esperar algo más.

Después de almorzar en el buffet del MGM una delicioso rosada a la plancha con un vino chileno, me acerqué con el Ferrari a la inmobiliaria, la cual me había recomendado mi querido amigo Lou días atrás.

Una mujer adornada con un collar de perlas me recibió con exquisitos modales. A los diez minutos, después de transmitirle mis necesidades, nos desplazábamos en mi coche a las afueras de Las Vegas, a una zona residencial de lujo.

—En Bel-Air Greens disponemos de un par de mansiones que seguro que serán de su agrado, Sr. Cassel. ¿Está usted soltero? —preguntó con una sonrisa seductora.

—No —respondí sonriendo.

La mansión era de dos pisos, con una entrada en forma de arco precedida por un inmenso jardín. A un lado se observaba la entrada al garage. El interior me pareció fabuloso: mostradores de granito, gabinetes de arce con paneles en relieve, electrodomésticos de acero inoxidable... Desde la habitación principal se divisaba el campo de golf, además contaba con un vestidor, y baño privado. Me parecía una vivienda digna de Luis XVI, un rey francés.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté mientras pasaba la mano por el elegante marco de la chimenea.

—Bien, los dueños le tiene un gran aprecio a la casa, y la venden porque se mudan a China, pero tampoco les corre prisa. ¿Le he dicho que los muebles son de importación?

—¿Cuánto cuesta? —pregunté mientras miraba una vez más las magníficas vistas.

—Ejem... Medio millón de dólares... solamente.

Calculé números a la velocidad del Ferrari.

—Me la quedo —dije mientras sacaba la chequera de mi bolsillo, decidido a cerrar el negocio cuanto antes—. ¿Tiene un bolígrafo?

La señora sacó a toda velocidad un bolígrafo de su bolso de Louis Vuitton y me lo tendió.

—Me gustan los hombres como usted, que saben lo que desean —dijo con una sonrisa nerviosa.

Firmé el cheque y se lo entregué, satisfecho.

—¿Cuándo me puedo instalar?

Capítulo 11

AMANDA

Melissa apareció de improvisto por casa para tomarse un café. No podía quejarme, ojalá todos los domingos fueran así, despertarme con Eric a mi lado por la mañana, pasar el día con mi hijo en el lago Mead, y por la tarde, visita de mi querida amiga. Nada hacía presagiar los terribles acontecimientos que sucederían a continuación.

—¿Cómo va el asunto de la búsqueda de trabajo? —preguntó Melissa.

—De momento, parado. Aún no me he puesto en serio, Eric ha irrumpido en mi vida como un torbellino y no tengo tiempo para todo, ser madre, amante, chef...

—Entonces lo de Eric va en serio...

—Estoy como loca por él. Si vieras esta mañana qué encanto ha sido con Scott, y que se lleve bien con él es fundamental para mí.

Melissa tomó un sorbo del café. Su cara adquirió de repente una seriedad inesperada.

—Amanda, soy tu amiga desde hace tiempo, sabes que te quiero, y por eso no me gustaría ver cómo te hacen daño.

—Mi intuición me dice que puedo confiar en él, que no es lo que parece ser... —dije, agradecida por el cariño de mi amiga.

—Es un seductor profesional, cuando se cansa de ti se irá a por otra. Ese tipo de hombres son insaciables. Créeme, Eric no es para ti, te mereces algo mejor.

—Gracias, Melissa, por preocuparte por mi. Comprendo lo que dices, y quizá yo también te aconsejaría lo mismo si estuvieras en mi situación. Pero es que hacía mucho tiempo que no me sentía tan radiante. Mi matrimonio con Harry fue un fracaso, ya lo sabes, pero la vida no se acaba ahí, y necesito volver a disfrutar, y Eric me está ayudando a recuperar la senda.

Si había alguien que pudiera entender cómo lo había pasado los meses previos al divorcio, esa era Melissa. Hubo días que no me levanté de la cama, y allí se encontraba ella para animarme. No entendía por qué no se alegraba por mí, ni porqué deseaba que volviera a esconderme dentro del caparazón.

—Amanda, si ni siquiera vive aquí. Vive en el MGM, en un hotel, está de paso, ¿es que eso no te da una pista?

—Ayer se compró una casa, piensa establecerse una larga temporada. Para mí, eso sí es una pista.

En ese momento apareció Scott corriendo para subirse de un salto a mi regazo.

—Mira, mamá —dijo enseñándome un libro de animales.

—Qué bonito, cariño. ¿Cómo te ha sentado la siesta? ¿Has dormido bien?

Scott asintió con la cabeza.

—Hola, guapetón —dijo Melissa con una sonrisa.

—Hola. Mira tengo un libro.

—Qué bien, tesoro.

La puerta se abrió de repente. Era Harry con cara seria. Aún guardaba las llaves de casa y a menudo se presentaba sin avisar. Le había rogado llamar al timbre, pero ignoraba mi petición una y otra vez.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Yo también me alegro de verte... Hola, Melissa —dijo inclinando la cabeza.

—Hola, Harry —dijo ella con una sonrisa.

La presencia de mi ex me incomodaba, ya que Eric me había dicho que se pasaría por casa. Prefería evitar que ambos se cruzaran en la casa, por si acaso algo inesperado sucedía delante de mi hijo. Disponer de dos machos alfa en el mismo corral podía traer malas consecuencias.

Scott salió disparado y se abrazó a su padre. Podía verse un brillo de amor eterno en la mirada de Scott. No, por mucho que aborrecería a Harry por sus engaños, siempre tendría las puertas de mi casa abiertas para ejercer de leal padre.

—Escucha, hijo. ¿Por qué no sigues viendo la tele, y ahora después jugamos al baloncesto? Tengo que hablar con tu madre un momento, campeón.

Scott regresó corriendo frente al televisor para continuar viendo sus dibujos animados. Melissa cogió su bolso, como dispuesta a marcharse.

—No, Melissa, por mí no hace falta que te vayas. Quiero que veáis esto que he encontrado por internet... —dijo Harry llevándose una mano al bolsillo, de donde sacó un smartphone.

—Harry, ¿qué estás tramando ahora? —pregunté cruzándome de brazos.

—Espera y verás —dijo con una sonrisa que me intranquilizó.

Tecléo repetidas veces y luego nos enseñó la pantalla. Era el titular de un periódico francés, Le Monde.

**ERIC CASSEL ARRÊTÉ À NEW YORK POUR
POSSESSION ET LA CONSOMMATION DE COCAÏNE**

—¿Qué dice? —preguntó Melissa.

—Yo os lo traduzco: *Eric Cassel arrestado en Nueva York por posesión y consumo de cocaína*. Y más abajo dice que admite ser un cocainómano —dijo Harry.

—¿Qué? No puede ser posible. ¿De cuándo es ese titular? —pregunté con la mano sobre el pecho, aturdida por la noticia.

—De hace tres meses —dijo Harry.

Cogí el teléfono para examinar con detenimiento la noticia, aunque no entendía francés, la foto que ilustraba el artículo no dejaba lugar a dudas que se trataba de él. Era como si me hubieran pegado con una bola de demolición, me sentía en ruinas. Justo cuando volvía a creer en el amor, ocurría esto. Debía estar maldita, porque si no, no existía explicación posible a lo que estaba sucediendo.

—¿Estás bien? —preguntó Melissa posando una mano sobre mi hombro.

Asentí con la cabeza una y otra vez. Mi mente no dejaba de ofrecerme imágenes de Eric, pero yo no sabía cómo sentirme, si enfadada, triste o aliviada por saber la verdad. Vivía inmersa en un océano de emociones contradictorias.

—¿Necesitas más pruebas? Voy a teclear en YouTube «Eric Cassel», por si aún dudas de ese tipejo drogadicto —dijo Harry.

—Basta, ya es suficiente —dije mientras me sentaba y me tapaba la cara.

—Mira, mira... —dijo él colocando el teléfono en frente de mí.

De un manotazo aparté el teléfono y cayó al suelo provocando un ruido que llamó la atención de Scott.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, sigue mirando la tele —dije fingiendo sonreír.

Harry recogió el teléfono del suelo, exhaló un suspiro al verificar que la carcasa permanecía intacta, y se lo guardó en el bolsillo sin decir nada. Después simplemente se cruzó de brazos.

—No estoy dispuesto a que un drogadicto esté en contacto con mi hijo —dijo mirándome.

—Parecía tan normal, no entiendo cómo... —dije negando con la cabeza, aún me parecía todo increíble.

—No es tu culpa, Amanda. Créeme, no te sientas mal —dijo Melissa sentándose a mi lado, ofreciendo su incondicional apoyo.

—Necesitas un poco de alcohol —dijo Harry, y abrió una puerta del armario y sacó una botella de whisky. La sirvió en un vaso de chupito y la colocó frente a mí.

—Harry, no creo que sea el momento... —dijo Melinda.

—Está bien, Melissa —dije y, sin pensarlo dos veces, me tragué el whisky de un trago cerrando los ojos. Sentí la agria ola de licor quemando mi garganta.

Melissa me miraba estupefacta, sin duda, no era propio de mí tomar alcohol de día, pero en ese momento todo me era indiferente.

—Escúchame, Amanda, pienso igual que Harry. Debes poner distancia entre Eric y tú. No sabes cómo puede reaccionar un drogadicto, pueden ser peligrosos cuando tienen el mono, ya lo sabes.

—Por Dios santo, se trata de nuestro hijo, ¿por qué ponerlo en peligro? Eres una buena madre, Amanda, por favor, no cometas esta locura —dijo Harry.

—Necesito hablar con él, dejarle que se explique... No lo sé —dije, hecha un barullo.

—No es más que una fachada, una bonita cara, lujo y poco más. Es basura, ahora ya sabes cómo es en realidad. Seguramente llevará un par de gramos para consumir cuando le apetezca —dijo Harry.

Melissa se inclinó hacia mí.

—Si hablas con él, será tu perdición, te engañará, te suplicará que lo ayudes, pero lo único que querrá será arrastrarte contigo —dijo ella—. Yo lo he visto con mis propios ojos. Por favor, haz caso a Harry.

Era un dramático dilema, y yo siempre he odiado los dilemas porque siempre he albergado la sensación de que elegía el camino equivocado. Solo de pensar que elegía la peor opción, me entraba una terrible ansiedad.

Por un lado estaba Scott y era lo único que tenía claro: no podía permitir que mi hijo, mi alma, corriera el mínimo peligro. Sin embargo, mi instinto me decía que Eric había dejado atrás las drogas, y que todo merecemos una segunda oportunidad. Pero ¿cómo conceder mi amor a Eric al margen de Scott? Eso era imposible, ¿o no?

En ese momento llamaron al timbre de la puerta. Los tres nos quedamos rígidos, en tensión. Scott se giró hacia nosotros, intuía que algo no iba bien y se acercó a su padre.

—Ese debe de ser Eric —dije con la voz baja mirando el reloj de pulsera. Como siempre, llegaba tarde.

—Y bien, ¿qué vas a hacer? —preguntó mi exmarido con la mirada fría y con las mandíbulas apretadas.

Harry, de pie, llevaba en brazos a Scott, el cual nos miraba sin comprender nada.

—¿Quieres que hable con él, Amanda? —preguntó Melissa.

—No sé que hacer. ¿Y si...?

—Iré yo —dijo Harry interrumpiendo, y entregándome a Scott.

Quise levantarme, pero algo me impedía moverme, actuar, tomar una decisión. Deseaba avanzar en el tiempo, despertarme mañana, con todo ya realizado. A lo lejos oí la voz de Eric preguntando por mí.

—Escucha, Amanda ya sabe la verdad, así que ¿por qué no te vas y nos dejas tranquilos? Estás destrozando una familia y no lo voy a consentir —dijo Harry.

—¿De qué estás hablando? ¡Amanda!

El corazón se me encogió. No podía creer que todo estuviese tocando a su fin. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Melissa me

tomó del brazo como diciendo «sé fuerte».

—¿Por qué no vuelves a tu jodido país? ¡Regresa y no vuelvas, imbécil! —exclamó Harry.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Scott.

—Nada, hijo —dije sintiendo la calidez de su menudo cuerpo. —. Luego te lo cuento, ¿vale?

Me levanté de la mesa. Quizá lo mejor era hablar entre todos, pensé, pero Melissa me impidió salir al recibidor tomándome por los hombros.

—Es lo mejor para Scott —dijo mirándome, seria y decidida.

—¡Amanda! ¡Sal, por favor, hablemos! —dijo Eric, desesperado, desde la entrada.

—¡Vete y no vuelvas, drogadicto!

—¡Amanda!

Oí cerrar la puerta de golpe, y Harry regresó al salón. Los tres nos quedamos en silencio, sin saber qué decir. Entonces Scott dejó caer su cabeza sobre mi hombro.

—Lo voy a llevar a su cuarto —dije.

Melissa y Harry estuvieron de acuerdo. Caminé hacia el recibidor y empecé a subir las escaleras, pero me detuve un instante. Retrocedí sobre mis pasos y, a través de la ventana, procurando no ser vista busqué a Eric.

Estaba de pie en la calle, negando con la cabeza, agitando los brazos, incrédulo. Nuestras miradas conectaron y enseguida di un paso atrás, maldiciendo mi descuido. Oí cómo Eric se acercaba con rapidez hasta la entrada. Subí un par de peldaños.

—Amanda, te he visto. Ábreme, por favor. ¡Hablemos! —
suplicó Eric.

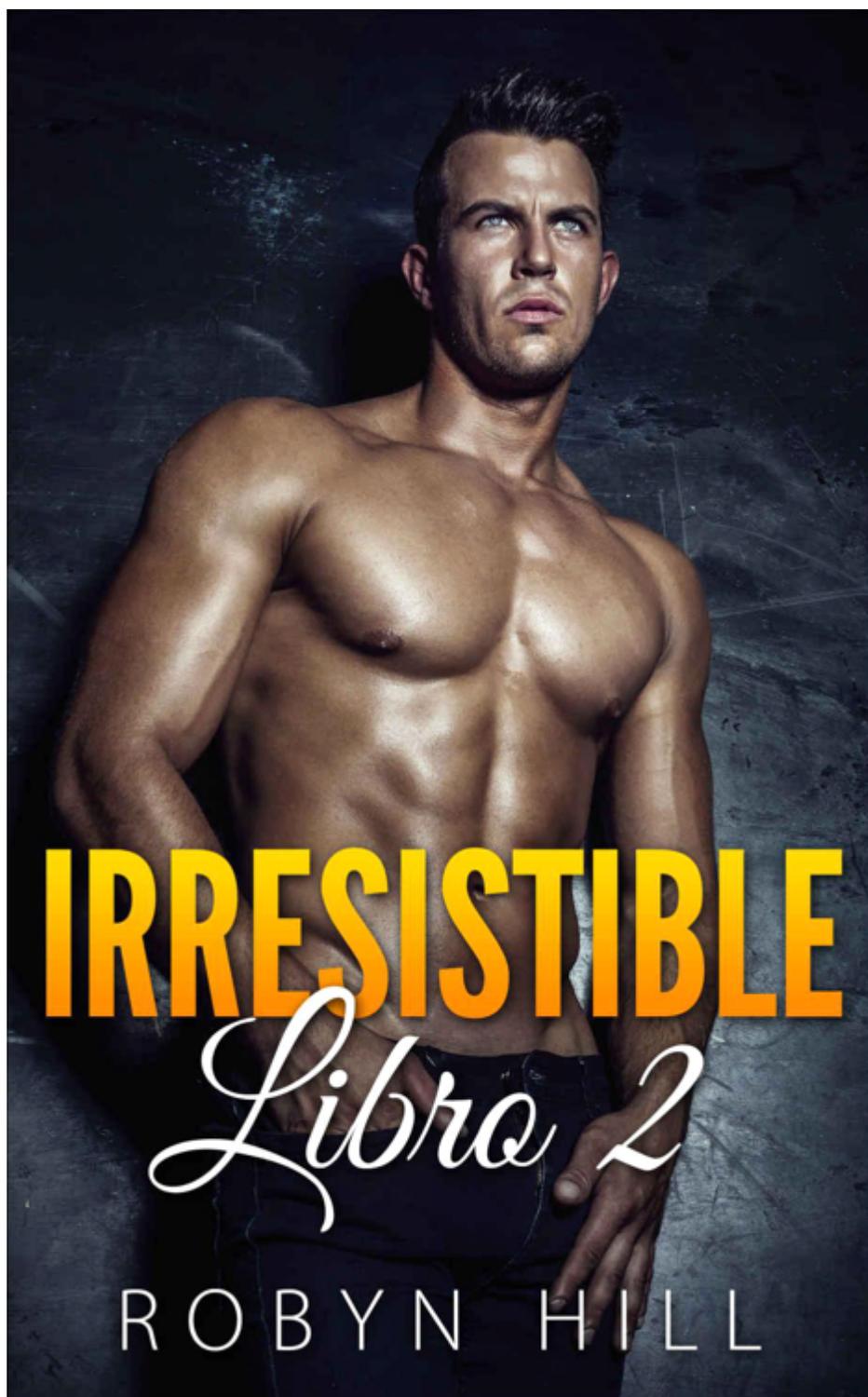
Deseaba abrirle la puerta, abrazarlo y besarlo con pasión, sin embargo, sentía pánico de tratar con un drogadicto. Era una situación que se escapaba de mi control.

Entre nosotros todo había sucedido a la velocidad de un rayo, y ahora se acababa de repente. Continué subiendo las escaleras, desolada por la tristeza, mientras escuchaba el sonido de sus puñetazos sobre la puerta.

—Amanda, vuelve, por favor. ¡Te necesito!

Continuará...

FIN DEL LIBRO 1



Capítulo 1

ERIC

Estaba absolutamente desconcertado, aturdido, confuso... En fin, todas las palabras parecían escasas para describir mi estado emocional aquella tarde frente a la casa de Amanda, la mujer que amaba.

Al descubrirla subiendo las escaleras con su hijo en brazos, ignorándome, sentí la tierra abriéndose a mis pies para caer en el abismo. Aporrear la puerta era inútil, pero era mi forma de descargar la furia ardiendo en mi interior.

Regresé al Ferrari y tomé asiento negando con la cabeza. Necesitaba unos segundos para recuperarme del golpe. Su exmarido le ha puesto en contra de mí, el idiota ese, pensé.

Me arrepentí de no confesarle a Amanda mi relación con la droga cuando dispuse de la oportunidad, pero algo dentro de mí lo desaconsejaba en cuanto la idea me rondaba la cabeza. Era el temor a perderla. Pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos. Amanda sabía la verdad y era inconcebible volver al pasado para modificar el rumbo de los acontecimientos.

Sí, había consumido cocaína pero hacía dos meses que estaba limpio, y tampoco había sentido la imperiosa y desesperada necesidad.

Todo empezó cuando abandoné el fútbol obligado por aquella maldita lesión de rodilla. La insoportable falta de competitividad y adrenalina provocó que buscara algún tipo de sustituto. Tonto de mí, me dejé arrastrar pensando que detendría mi adicción en cualquier momento, a mi voluntad. Pero fue aquella noche en Nueva York al ser detenido y encarcelado cuando toqué fondo, y comprendí lo errático de mi actitud.

Abatido, arranqué el coche dispuesto a irme y a ahogar mi tristeza en otra parte. En ese instante se abrió la puerta de la casa. Levanté la vista picado por la curiosidad, y una sensación de alivio se apoderó de mí al descubrir a Amanda franqueando el umbral.

Su cara reflejaba una extraña melancolía; ella que siempre lucía una esplendorosa sonrisa por cualquier motivo... Salí del Ferrari y me acerqué con el corazón en un puño, deseando que me abrazara y me dijera que todo se debía a un malentendido.

—Amanda, déjame explicarte... —dije con un nudo en el estómago.

—Eric, escucha... —dijo sin poder mirarme—. Lo siento, me atraes mucho, pero creo que debemos poner un poco de distancia, de momento. Al menos hasta que yo pueda asimilar esta... noticia.

—¿Cómo te has enterado?

—Qué más da —dijo encogiéndose de hombros.

Ella pensaba que Scott corría peligro a mi lado. ¿Cómo hacerle comprender que se equivocaba?

—He cometido errores, no lo voy a negar, y te pido disculpas si no te lo conté antes, pero no soy un adicto, lo he dejado —dije—. Estuve en una clínica de desintoxicación. Fue el mayor error de mi vida, pero no volverá a suceder, te doy mi palabra.

A Amanda le costaba un mundo sostenerme la mirada. Sentía mi cuerpo debilitado, como si no hubiera comido en una semana. La idea de perderla para siempre me producía un dolor indescriptible.

—Entiende que no pueda estar tranquila, por favor, ponte en mi lugar. ¿Qué harías tú? No es una situación fácil. Haga lo que haga, pierdo. Tienes que entenderme. Scott es mi prioridad.

—Pero ¿qué puedo hacer para convencerte de que ya no tomo drogas?

—No lo sé, Eric. Es la primera vez que me pasa esto. No estoy diciendo que no volvamos a vernos, pero seamos solo amigos —dijo cruzándose de brazos.

—Amanda, te pido una oportunidad. Estaba a punto de decírtelo, pero no sabía cómo te lo tomarías. También te pido que me comprendas, tampoco es algo que debería poner en mi tarjeta de visita —dije deseando tomarle de las manos, acariciarla, pero sin estar seguro de cuál sería su reacción.

—Lo sé, Eric. Pero tampoco te estoy echando de mi vida, solo te pido que seamos amigos, y que el tiempo diga lo que tenga que decir...

—Pero es que yo no solo quiero ser tu amigo. Tengo muchas amigas, yo lo que quiero es ser tu amante. ¿No ves que te necesito? ¿Que llevo todo ese tiempo sin dejar de pensar en ti? Sin ti estoy vacío. Nada es lo mismo, seré un desgraciado para siempre.

Se formó un silencio donde la ciudad entera parecía muda, en vilo. Me acerqué, pero ella dio un paso atrás.

—Eric, no hagas esto más difícil —dijo Amanda con la mano en el pecho, con la voz entrecortada. Sus ojos se volvieron vidriosos, estaba a punto de llorar.

Ella dio otro un paso atrás, deseando refugiarse en la casa, sin embargo, la retuve tomándola por los brazos con delicadeza. Si se marchaba, nunca la recuperaría.

—Escúchame, me enamoré de ti nada más oír tu voz —dije—. Fue algo que nunca me había pasado antes. Sé que es una locura, pero siento una fuerza, una pasión que nunca había sentido antes por nadie. ¿Crees el destino? Dime, ¿crees en el destino?

—Sí —dijo Amanda con la cara compungida.

—¿Crees que fue casual que nuestros teléfonos se rompieran al mismo tiempo? ¿Y que en la tienda se equivocaran? ¿Cuántas veces les habrá pasado? ¿Diez mil, o una o dos? Si todo eso pasó, fue por un motivo, Amanda, tú y yo lo hemos sabido desde el principio. Por favor, no hagas esto.

—Eric, sabes que no es eso... Siento que todo ha ido muy deprisa. Seamos amigos, quedemos de vez en cuando a tomar café y...

—No, por favor, ya sabemos cómo acabará eso... Lo sé, yo también lo he tenido que decir para quitarme a alguien de encima.

—Eric, lo digo de verdad.

Por la puerta se asomó una mujer que deduje sería Melissa Webb, la compañera de trabajo y amiga de Amanda. Me había hablado mucho sobre ella, al parecer estaban muy unidas. Enseguida también salió Harry de nuevo con su mirada desafiante. Ambos, a todas luces, habían influenciado en la decisión de Amanda. Comprendía la actitud de Harry, su exmarido, pues seguiría enamorado de ella, pero ¿Melissa? ¿Qué tenía en contra de mí?

—¿Todo bien? —preguntó Harry.

Amanda asintió con la cabeza.

—Eric, tengo que volver. Estaremos en contacto, ¿vale? —dijo Amanda poniendo fugazmente su mano sobre mi brazo.

—Créeme no me rindo así de fácil. Eres la mujer de mi vida, lo sé, nunca antes he estado tan seguro de algo —dije alzando la voz, observando amargamente cómo entraba a la casa, ignorándome.

—Ella te lo ha dejado bien claro. ¿A qué esperas para irte de nuestra casa? —preguntó Harry.

Lo miré sosteniendo su mirada unos segundos. Deseaba provocarme pero no estaba dispuesto a caer en su trampa. Subí al coche y me marché, cada vez más convencido de que había sido él quien desveló a Amanda mi oscuro pasado.

Una emoción inédita en mí me ardía sin cesar: la angustia del desamor, un vacío triturando el alma sin compasión. Por fin comprendí lo que innumerables mujeres sintieron cuando me cansaba de ellas y las apartaba sin miramientos. Sentí remordimientos, pues las debería haber tratado con más consideración.

Con el corazón hecho añicos conduje sin rumbo fijo, refugiado en el coche como si necesitara una burbuja aislada del espacio y el tiempo, inmune a la fría y dolorosa realidad. Sin embargo, fue una estrategia fallida, porque enseguida me atacó la despótica necesidad de evadirme gracias a la droga, para así escapar del tormento. Ante mí se erigía una montaña y necesitaba de ayuda suplementaria para escalarla.

Atardecía sobre Las Vegas, y las aceras de El Strip estaban repletas de gente, como casi todos los días. Las luces de los casinos comenzaban a encenderse creando esa atmósfera misteriosa cuando conviven la luz natural y la artificial.

Entre la multitud de paseantes, a la altura del casino París, divisé a un grupo de latinos entregando unas tarjetas rosadas. Aparqué a una distancia prudencial y puse los intermitentes, pues había decidido observarles con atención, ya que intuí que me serían de utilidad.

Los latinos golpeaban el mazo de tarjetas entre sí creando un extraño ruido, para despertar la atención del turista al que

entregaban la tarjeta. Por regla general, acababa en el suelo. A los pocos minutos, un par de policías en bicicleta se acercó a uno de ellos, alto y fuerte, cargado con una mochila. A unos metros de distancia de la acera, de cara a la pared registraron su ropa y sus pertenencias. No encontraron nada ilegal, pues lo dejaron marchar. El latino volvió a su puesto como si nada hubiera sucedido.

Aparqué en la rotonda del hotel París y me dirigí hacia el grupo de latinos. Uno de ellos, el más bajito, con un tatuaje en forma de lágrima cerca del ojo me preguntó qué quería.

—Necesito unos gramos, ya sabes —dije esperando darme a entender.

El latino miró a su alrededor, se levantó la visera, y volvió a fijar la vista en mí.

—No sé de qué me está hablando —dijo mirándome de arriba a abajo.

Aquella respuesta no me desconcertó, pues nadie afirma de forma natural que trafica con drogas.

—Estoy dispuesto a pagar bien, pero la necesito ya —dije sabiendo que debía insistir—. Me han dicho que podéis ayudarme.

El latino tragó saliva y repitió el mismo gesto que antes: mirar a su alrededor y mover la visera.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó sin dejar de entregar tarjetas rosadas a los turistas.

—Por ahí —dije con un gesto de la cabeza, como dando a entender que había sido alguien de la calle.

—¿Eres policía?

—No. ¿Y tú?

—¿Qué quieres?

—Cocaína, un par de gramos —dije sin vacilar.

Sin decir nada, el latino se dirigió a una mujer del grupo, más bajita que él, rechoncha. Desvié la mirada al sentir su ojos examinándome. La mujer dejó su mochila entre unos arbustos, se agenció un móvil e hizo una llamada.

A mi alrededor todos los turistas me parecían policías encubiertos, dispuestos a abalanzarse sobre mí en cualquier momento. Desconocía las leyes americanas, sobre todo porque varían de un estado a otro, pero no era descabellado pensar que me estaba jugando la deportación fulminante.

Por fin observé a la mujer colgar el teléfono y hablar con el latino del tatuaje. Si no conseguía mi objetivo acudiría a otro grupos de latinos, pues la gente que trabaja en la calle todos los días acaba generando un número considerable de valiosos contactos.

—¿Conoce donde está el aparcamiento detrás del Harley-Davidson? —preguntó el latino.

Le respondí que no, así que me dijo que se encontraba muy cerca, en la esquina con la avenida Harmon.

—Sí, ya sé donde es —dije, recordando que se trataba de un cafe-bar en cuya fachada se había construido una moto gigantesca.

—Pues espere ahí una hora, más o menos —dijo el latino, y regresó a su puesto sin que yo pudiera añadir algo más.

Subí al coche, me incorporé al tráfico y cambié de sentido en dirección sur. El corazón me palpitaba como un tren expreso y empecé a notar las manos sudorosas. Mi cuerpo me demandaba cocaína. El tráfico me pareció demasiado lento. Toqué el claxon un par de veces, irritado por cualquier tontería.

Entré en el aparcamiento exterior ubicado justo detrás del café-bar, y busqué plaza en la penúltima planta. Salí del coche y me acerqué a la barandilla. Ante mí se encontraba el Planet Hollywood, un centro comercial de paredes plateadas.

Me movía sin cesar, impaciente. Desconocía el rostro del camello ni cómo aparecería, y eso me causaba una profunda inquietud. En París el procedimiento era muy diferente. Allí disponía de un proveedor habitual, alguien al que llamaba por teléfono y me entregaba en casa la *mercancía* en menos de media hora.

Al cabo de unos veinte minutos, apareció un Cadillac color negro. Me alejé de la barandilla un par de metros, lo suficiente para observar el interior. El coche se movía despacio, y el conductor —un hombre de mediana edad de raza afroamericana— me miró por un instante. Este debe ser, pensé. Así que salí a su paso, pero el coche siguió su rumbo hasta la planta superior, la última.

Miré el reloj por enésima vez. Transcurrían más de diez minutos del plazo fijado. Me pregunté si me encontraba en el sitio adecuado. Me puse a silbar una canción de Sinatra para calmar la inquietud.

De repente, oí un ruido metálico de pasos al fondo de la planta. Una cabeza de la nada se asomó entre los coches, así que deduje que el ruido se debía a los peldaños de unas escaleras. El hombre era de raza latina, con un peinado reluciente, como si llevara kilos de gomina. Me acerqué con prudencia y, al igual que con el otro, intercambiamos una mirada de desconfianza. Este sí que debe ser, pensé. Sin embargo, en cuanto el latino salió de entre los coches, observé que llevaba de la mano a una niña de corta edad. Ambos subieron a un coche aparcado, y desaparecieron de mi vista al descender a la planta de abajo.

Miré el reloj de nuevo. ¿Y se me han tomado el pelo?, me pregunté. Fue en ese momento cuando apareció el tercer coche. Era una camioneta con la caja al aire, un *pick up*, moviéndose

lentamente, como si no deseara hacer ruido. Me humedecí los labios, pues notaba la lengua de trapo.

Se detuvo a mi altura. Dos caras latinas me escrutaban en silencio. El conductor llevaba bigote y poco pelo. El otro era corpulento y con la cabeza rapada al estilo militar. La ventanilla se bajó.

—Suba —dijo el conductor mirando de frente.

Mi primer impulso fue negarme. Entrar en un coche con dos desconocidos no formaba parte de mis planes. Pensé que todo sería más sencillo: entregar y pagar. Nada más. Los latinos se miraron entre ellos, después me miraron.

—Si no sube, nos iremos —dijo el conductor.

Aunque la situación era peliaguda, no me consideraba a mí mismo un cobarde, así que respiré hondamente y abrí la puerta. El hombre corpulento me hizo un espacio y tomé asiento.

Se creó un silencio espeso. El coche reanudó la marcha y subió a la planta superior. El conductor apagó el motor, lo cual fue para mí un alivio, pues suponía que nos desplazaríamos a otro lugar, lejos de miradas indiscretas.

Los latinos se apearon, así que hice lo mismo. Los tres nos reunimos a un costado de la camioneta.

—¿Trae el dinero? —preguntó el conductor. El corpulento me lanzó una mirada dura como si quisiera dejar claro la gravedad del asunto.

—¿Cuánto es?

—Cien dólares.

Asentí con la cabeza. Saqué el billetero y mostré el dinero. El conductor metió una mano en la caja de la camioneta, hurgó un

poco, y sacó un pequeño estuche. De ahí sacó una pequeña bolsa de color amarillo.

—El dinero —dijo el corpulento, y lo miré extrañado de oírle hablar.

Entregué el billete al conductor, y este me entregó el sobre.

—No lo abra ahora —dijo.

Pero le desobedecí, pues no era tan estúpido para comprobar si era lo acordado cuando me quedara a solas, y ellos de regreso a su casa o donde fuera.

Abrí el sobre e introduje un dedo hasta notar un fino polvo en la yema. Después lo probé. No se trataba de cocaína, sino yeso. Un sentimiento de indignación comenzó a hervir dentro de mí. Negué con la cabeza.

—Esto no es lo que hablamos —dije tirando la bolsa a la cara del conductor—. Dadme mi dinero.

Sin darme a tiempo de reaccionar, el latino corpulento me soltó un puñetazo en el estómago. El dolor fue inmenso, como si me atizaran con un martillo. Di un paso atrás y me apoyé en la camioneta. Al doblarme, quedé a su merced. Recibí otro puñetazo, solo que esta vez en la cara. Resbalé, y caí al suelo. Uno de los dos me pisó con una bota el dedo corazón hasta fracturarlo. Aullé de dolor. Para rematar la faena, me propinaron una patada en la cara, y robaron la billetera y el iPhone. Antes de perder el conocimiento, noté cómo un hilo de sangre caía por la mejilla mientras la furgoneta se alejaba.

Capítulo 2

AMANDA

Los días siguientes a la dolorosa ruptura entre Eric y yo fueron complicados. Un sentimiento de culpabilidad me asaltaba a menudo, así que debía esforzarme por mantener la mente ocupada con aspectos del restaurante, de casa o sobre Scott. Todo me recordaba a Eric, pero a veces es mejor así, vendar tu corazón para evitar el sufrimiento.

Aunque sin la presencia constante de él en mi vida la actitud beligerante de Harry se había tranquilizado, no debía acomodarme de nuevo. Lo mejor, a todas luces, era cambiar de trabajo para así evitar el roce continuo. De esta forma Scott también salía favorecido, pues la relación amistosa entre sus padres se mantendría sana y duradera.

Así que, a espaldas de mi exmarido, envié varios currículums on line y dejé caer mi interés por cambiar de aires a antiguos compañeros o amigos. Incluso a mi abogado David Bosch (responsable de la gestión de mi divorcio), el cual me reservaba una grata sorpresa varios días después de llamarle. Una entrevista con el director de alimentos y bebidas del Mirage, Richard Lolly. A punto de abrir un nuevo restaurante, andaban desesperados buscando a un chef competente.

Con los nervios a flor de piel, el día de la entrevista me vestí con una falda y una blusa elegantes, pintalabios y algo de colorete en las mejillas. Como remate unas gotitas de Chanel y una gran cantidad de entusiasmo para deslumbrar al director.

Al llegar al casino me esperaba una pequeña sorpresa. La secretaria me comentó que Richard Lolly había sufrido un pinchazo en la rueda de su coche, así que la entrevista se retrasaría.

—Podemos posponerla si lo desea —dijo sonriendo.

—Creo que esperaré. Hoy dispongo de tiempo suficiente, y otro día quizá sea más difícil.

La recepcionista me guió hasta la sala de espera. Nada más entrar, me fijé en que un hombre muy atractivo, de una edad parecida a la mía y con barba, clavaba su vista en mí.

—Buenos días —dijo con una sonrisa e inclinando la cabeza.

—Buenos días —dije tomando asiento enfrente de él, separados por una pequeña mesa de cristal.

Scott estaba en el colegio, así que no debía de preocuparme de él hasta la hora de salida, para la cual aún faltaban varias horas. Me crucé de brazos y saqué el teléfono de mi bolso para matar el tiempo.

—¿Estás esperando también para la entrevista?

El hombre estaba sentado plácidamente, con las piernas cruzadas y las manos enlazadas sobre el regazo. Vestía con un pantalón de lino y una camisa verde, lo que resaltaba aún más sus ojos de idéntico color.

—Sí, me han dicho que el Sr. Lolly llegará con retraso.

—Me ofrecieron posponer la entrevista, pero no puedo —y bajó la voz—. Estoy trabajando en otro sitio y les he dicho que estaba enfermo —dijo llevándose el dedo a los labios, como pidiendo confidencialidad.

—¿Qué excusas has puesto, un resfriado?

El hombre alzó las cejas, sorprendido, y se inclinó hacia adelante.

—Sí, ¿cómo lo sabías? ¿Tú también...?

—Oh, no, no... Yo estoy en mi día libre, por suerte no he tenido que inventarme nada —dijo sonriendo.

—¿Y si hubieras tenido que mentir, qué excusa habrías puesto? —preguntó gesticulando con las manos.

—Déjame que lo piense, soy pésima mintiendo... —dije mirando al techo, esforzando la mente—. Quizá hubiera dicho que la canguro de mi hijo me había dejado plantada sin avisarme con antelación.

—Esa es muy buena, me la apunto —dijo asintiendo con la cabeza—. Yo tengo un hijo de 4 años, ¿cómo es posible que no se me hubiera ocurrido antes?

—Ya lo sabes para la próxima vez. Te he transmitido un conocimiento que debes que ir propagando a otros padres, ya sabes, como una cadena de favores.

—Genial, ya sabía que alguna ventaja escondía el ser padre.

Reí su ocurrencia. Esos pequeños nervios que me atenazaban a causa de la entrevista desaparecieron.

—Por cierto, mi nombre es Mark Gross —dijo levantándose y estirando el brazo.

—Y el mío Amanda Armstrong —dije estrechando la mano.

Mark extrajo un móvil de su bolsillo, toqueteó la pantalla y se puso de pie de nuevo.

—Amanda, me gustaría enseñarte una foto de mi Sophie...

Al sentarse a mi lado, una oleada de perfume me inundó por completo. Bajo su camisa se adivinaba una complexión fuerte.

—Qué niña más guapa... —dije.

Sophie era una niña sonriente, con pecas y mirada traviesa. No me costó encontrar una foto de Scott dentro de mi teléfono, pues las almacenaba todas.

—Tiene tu mismos ojos y el color del pelo —dijo Mark mirándome a mí y a la foto de mi hijo—. ¿Cuidas de él sola o...?

—Mi exmarido lo cuida los fines de semana.

—Eso es genial —dijo iluminando con su mirada verde toda la estancia.

—¿Y tú?

—Mi esposa falleció hace dos años en un accidente de tráfico, solo estamos Sophie y yo... —dijo con un suspiro mirando la foto de su hija.

Conmovida, le puse la mano en el brazo.

—Lo siento mucho. Debió ser muy duro...

Mark asintió con la cabeza.

—Sí, por supuesto, fue terrible. Estuve en un grupo de duelo durante seis meses... Siempre viene bien desahogarse, sacudirse los fantasmas y mirar el futuro sin angustia. Es curioso, ahora soy más optimista que nunca —dijo con una sonrisa.

Me resultaba inimaginable el dolor y la tristeza acumuladas en los rincones de su alma. Solo de pensar en mi vida sin Scott, me costaba respirar.

La puerta se abrió y apareció la secretaria.

—Sr. Gross, ¿me acompaña?

Mark se giró hacía mí.

—Amanda, ha sido un placer conocerte —dijo estrechándome la mano—. Y te deseo mucha suerte.

—Lo mismo digo —dije con una sonrisa, y pensando en lo agradable y atractivo qué era.

—Su turno —dijo al fin la secretaria, de pie bajo el umbral de la puerta.

Me levanté de un salto y la seguí por un largo pasillo mientras activaba el «modo entrevista». Consiste en lucir una arrebatadora sonrisa, mantener una buena postura corporal e impedir que el nerviosismo aflorase.

La secretaria me abrió la puerta del despacho deseándome suerte, lo cual agradecí de corazón. Contemplé a un hombre detrás del escritorio, de pie, colocándose las llaves y el teléfono en el bolsillo. Sus gestos transmitían una inminente salida. Fruncí el ceño, confundida.

—Ah, Amanda, buenos días —dijo el hombre caminando hacia mí con la mano estirada, la cual estreché.

—Tengo que pedirle disculpas, pero me acaba de surgir una emergencia, por lo que no podré entrevistarla ahora. Entre el pinchazo y esto llevo un día de lo más desafortunado, se lo aseguro...

Era un hombre de unos cincuenta años, de pelo plateado y frente despejada. Llevaba unas gafas de un color vistoso, transmitiendo una aire juvenil.

—Espero que no sea nada demasiado grave —dije temiendo entrometerme en su vida personal.

—Gracias a Dios no lo es. A mi madre la operan de la vista en una hora en el Sunrise Hospital, y no nos había dicho nada para que la familia no se preocupara. Pero, claro, alguien tiene que estar con

ella después de la operación, para llevarla a casa, cuidarla... En fin, todas estas cosas.

—Entiendo que es un buen motivo, y si quiere podemos posponer la entrevista.

—¿Le viene bien mañana?

—Lo siento, pero no podrá ser hasta la semana que viene. Actualmente estoy trabajando y...

—Pues pasado mañana me voy de vacaciones... —dijo rascándose la barbilla, pensativo—. Quería tener todas las entrevistas realizadas esta semana, para tomar una decisión antes de irme a Hawai. ¿Qué podemos hacer?

El Sr. Lolly me miró con fijeza, como si pudiera encontrar la ansiada respuesta en mis ojos.

—No tengo ni idea... —dije encogiéndome de hombros.

—Ya lo tengo —dijo con una sonrisa, y me tomó del brazo mientras se dirigía hacia la puerta—. Acompáñame al hospital y haremos la entrevista en mi coche. Luego, regresa en taxi, que yo le abonaré. ¿Qué le parece?

—Mmm... Es la primera vez que me ocurre algo así, no es normal... yo —dije sin saber muy bien qué decir.

—Amanda, no se preocupe, si no se siente cómoda, lo podemos dejar para otro día —dijo lanzándome una mirada comprensiva.

Me quedé indecisa, anhelando disponer de unos minutos para tomar la mejor decisión. Como no era factible, dije lo primero que acudió a mi mente.

—¿Sabe qué? Adelante, Sr. Lolly. Será una entrevista original al menos.

El Sr. Lolly soltó una estruendosa carcajada.

—Me gusta esa actitud. Siempre hay que estar preparado para todo, ¿verdad?

—Por supuesto, Sr. Lolly.

—Por favor, llámame Richard —dijo inclinando la cabeza, deseando mostrarse cortés.

Salimos al pasillo mientras Richard examinaba en silencio mi currículum vitae. Escruté su rostro en busca de alguna expresión que delatase interés o indiferencia, pero sin éxito. Al llegar a la entrada, Richard se detuvo para hablar con la secretaria.

—Martha, tengo que salir ahora mismo. No sé cuándo volveré, cancela mi reunión con Andy. Luego te explico lo que ha pasado, ¿de acuerdo? —dijo guiñándole un ojo.

—Sin problema, Richard.

Aún en silencio, salimos al aparcamiento del Mirage. El sol no lucía su máximo esplendor, pero el calor comenzaba a hacer estragos.

—Amanda, tu experiencia laboral no está nada mal, pero dime, ¿por qué quieres el trabajo?

Tragué saliva. Era de esa clase de preguntas cuya probabilidad de que surja en una entrevista es elevada, aunque siempre albergas la esperanza de que el entrevistador la desdeñe.

—Bueno, Richard —dije para ganar tiempo—. Siempre me he sentido fascinada por el Mirage, para mí es el hotel más elegante de todo Las Vegas. Cuando...

Richard me miró de reojo, después carraspeó. Era evidente que mi respuesta no había sido de su agrado. Se detuvo en frente de un coche, sacó las llaves y abrió la puerta, aún sin dirigirme la

palabra. Noté una gota de sudor brotando de la raíz de mi pelo, al tiempo que tomábamos asiento.

—¿Alguna otra razón más que no haya escuchado en mil entrevistas? —preguntó con un tono de hartazgo.

Suspiré. En ese momento mi cerebro era como una naranja exprimiéndose a tope para sacar un nutritivo y refrescante jugo.

—Necesito un cambio de aires, ser yo misma y dar un salto hacia adelante en mi carrera. Me da igual que fuese en el Mirage o en el Circus, Circus o en el Luxor. Además, estoy cansada de trabajar junto a mi exmarido, y quiero libertad para crear mis propios platos —dije sin pensarlo demasiado, esperando que mi honestidad causara una mejor impresión.

Richard me mantuvo en vilo unos segundos. Encendió el motor y puso marcha atrás. Después dirigió al coche hacia la salida del aparcamiento.

—Un estilo algo salvaje, pero me gusta... —dijo con una sonrisa.

Discretamente respiré aliviada.

—Lo que busco en una entrevista más que la experiencia, que es importante, por supuesto, es una personalidad —dijo Richard recolocándose la montura de las gafas—. Yo siempre me pregunto, ¿me gustará trabajar con esta persona los próximos dos, cinco o diez años? ¿Qué me aportará? He trabajado con muchos buenos chefs, sí, y he de decirte que con todos he tenido una relación espléndida. Es más, con muchos, al día de hoy, mantengo el contacto.

—Richard, ¿para ti que es ser un buen chef? —pregunté tomando la iniciativa en la conversación, una de las acciones más recomendadas en los manuales.

—Respuesta sencilla. Para mí es alguien apasionado por su trabajo, y que sabe trabajar en equipo. Tiene que conseguir que todo su equipo rinda al máximo.

Nos incorporamos al tráfico de El Strip en dirección norte.

—Amanda, tu apellido me resulta familiar. Por casualidad, ¿eres hermana de Roy Armstrong?

—Sí, lo soy. ¿Lo conoces? —pregunté, sorprendida por oír el nombre de mi hermano en la entrevista.

—No personalmente, pero cené una vez en su restaurante de Nueva York. Fue una experiencia de otro nivel... Ya veo que en tu caso ser chef viene en tus genes... Dime, ¿qué tipo de menú has pensado para el restaurante?

En ese momento, Richard recibió una llamada.

—Disculpa, Amanda. —dijo mientras descolgaba a través del *bluetooth* del coche—. Sí, voy de camino. Estoy en cinco minutos, no hay mucho tráfico. Ahora nos vemos. Mi madre está bien, ¿verdad? Muy bien.

En cuanto Richard colgó, tomé la palabra sabiendo que llegaba a una de las partes más relevantes de la entrevista.

—Quiero recuperar la tradición de las brasseries francesas pero con un toque más moderno, con pizzas orgánicas, por ejemplo, con espinacas, aguacate... O un arroz de pescado con setas. No hay nada igual en Las Vegas, todo es muy parecido —dije, entusiasmada por compartir mi visión con alguien de su experiencia.

Richard asintió con la cabeza.

—¿Has pensado en el postre? Me encanta el dulce, te lo advierto. Voy todos los días al gimnasio para quemar las calorías del chocolate.

—Piña endulzada con mojito... —dije deseando crear en su boca la textura del sabor tropical.

Richard se quedó pensativo unos segundos.

—Seré sincero. Creo que eres una seria candidata, pero no eres la única. Va a ser una difícil decisión, eso por descontado —dijo apartando la vista de la carretera por un momento.

—No lo he dudado en ningún momento, Richard. Trabajar en un nuevo restaurante es un enorme desafío.

Capítulo 3

ERIC

—Sr. Cassel, tengo buenas noticias para usted. Todas las pruebas han dado resultado negativo, puede irse a casa cuando le apetezca —dijo el médico.

Presentaba magulladuras, cuatro puntos de sutura en la ceja y una fractura en el dedo corazón, en la parte media del hueso. Mi mano izquierda llevaba una férula, que cubría también la muñeca. Si todo iba según lo previsto, en tres semanas recuperaría la plena movilidad.

Me encontraba en el Spring Valley Hospital donde había pasado la noche ingresado en observación. No recordaba nada después de que la furgoneta sea alejara, ya que en cuanto me desperté me encontraba ya ingresado en el centro hospitalario.

—Debería ir ahora mismo a la comisaría a poner una denuncia —dijo el médico.

—Solo se llevaron algo de dinero y mi teléfono —dije sabiendo que la policía indagaría demasiado, y yo no deseaba revelar cuál fue

mi auténtico propósito al acudir a ese aparcamiento. A las enfermeras simplemente les comenté que había sido víctima de un robo, nada más.

—¿Está seguro? —preguntó el médico mirándome fijamente—. Esos tipejos deberían pagar por lo que le hicieron.

—No me apetece enredarme con ningún trámite. Solo quiero descansar en casa, tumbarme en el sofá y dormir a pierna suelta. Mañana, si acaso, acudiré a la comisaría. Gracias, doctor —dije con una sonrisa.

—Como quiera. No olvide venir la semana que viene para examinar la recuperación del dedo. Ah, le dejo el informe que me pidió —dijo el médico y, antes de marcharse, dejó una carpeta sobre la cama.

—Que ganas tengo de salir del hospital, Lou —dije mientras me ponía en pie no sin esfuerzo, ya que el estómago aún me causaba cierto dolor.

—Pues, Eric, vámonos. Te llevo a casa —dijo Lou situándose delante de mí por si acaso me costaba caminar—. Apóyate en mis hombros.

—No, gracias, Lou. Estoy bien, dolorido pero bien —dije mientras me dirigía al cuarto de baño caminando a paso lento y algo encorvado. De un armario extraje la muda traída por Lou, pues la ropa que llevaba puesto durante la paliza estaba manchada de sangre.

Frente al espejo examiné mi rostro. Tenía un ojo morado y una venda en la ceja, parecía recién salido de un combate de lucha libre. Por suerte, los demás rasgos de mi cara estaban intactos.

—¿Qué hora es? —pregunté a Lou al salir del baño.

—Las tres y doce —dijo mirando su reloj de pulsera—. ¿Por qué?

—Porque antes de llevarme a casa, me vas a llevar a un sitio. Solo nos llevará un momento. Voy a entregarle a Amanda un análisis de sangre del último mes, sin nada de droga —dije ojeando el contenido de la carpeta.

Desde el inicio Lou siempre me había inspirado una confianza absoluta, así que esa mañana antes de que apareciera el médico con los resultados, le había confesado la causa de la ruptura con Amanda y el genuino motivo de la paliza en el aparcamiento. Me había gustado su reacción, serena, sin dramas, comprensivo con un exadicto. Confieso que sentí una profunda liberación, como si me hubiera quitado un enorme peso de encima.

—¿Crees que servirá de algo, Eric?

Me encogí de hombros. Estaba desesperado por volver con ella, así que todos mis intentos, grandes, pequeños o medianos, me parecían esperanzadores.

Esperé a Lou en la entrada del hospital mientras él traía su coche. Agradecí de nuevo respirar aire fresco después de una noche oliendo la atmósfera aséptica del hospital.

Me sentía avergonzado al estar a punto de caer en ese pozo sin fondo que es la droga. En el fondo, debía sentirme agradecido con esos dos estafadores, pues su paliza había sido como una catarsis, una dolorosa revelación. Jamás volvería a dejar que mis emociones sucumbieran a una ayuda artificial y venenosa. Las cosas pasan por una razón, y esa golpiza no era casual. Quizá fuese mi último aviso, mi última oportunidad para redimirme.

Al cabo de unos diez minutos aparcamos en doble fila detrás del Bellagio. Le pedí a Lou que esperara mientras localizaba el coche de Amanda en el aparcamiento para empleados.

No me demoré en exceso en reconocerlo, así que me coloqué a cierta distancia y esperé con los brazos cruzados, apoyado en el capó de otro vehículo. Estaba como loco por verla, aunque solo fuese por un minuto. El sol, en lo alto, apretando con fuerza. Bienvenido al verano de Las Vegas.

Por suerte, la espera no fue muy prolongada. Amanda apareció, como siempre, destilando un estilo y una belleza arrolladora. Se detuvo al verme mientras hurgaba en el bolso, y cuando descubrió mi rostro maltrecho, su cara adquirió una expresión de asombro.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó.

—Nada, no te preocupes, me asaltaron en un aparcamiento, en El Strip —dije restando importancia—. Se llevaron dinero y el teléfono, pero estoy bien.

Amanda me tocó el brazo con la mano, y ese roce fue como una pomada contra el dolor. Mi cuerpo parecía, de repente, sentirse aliviado.

—Lo siento, Eric. ¿Te duele?

—Estoy perfecto. Gracias, Amanda. ¿Y tú, cómo estás? —pregunté deseando cambiar de tema.

—Bien, gracias —dijo con un sonrisa.

—Si supieras cuántas ganas tenía de volver a verte... —dije dando un paso hacia ella.

—Gracias, Eric. Podemos tomar un café la semana que viene, si te apetece...

—He venido para entregarte esto —dije tendiendo el informe.

—¿Qué es? —preguntó frunciendo el ceño.

—Mi análisis de sangre certificado por el hospital. Estoy limpio desde hace tres meses, aunque este informe solo registra el último mes. Quería que lo leyese...

—Eric... No hace falta... Yo... —dijo mirando al suelo.

—Toma, cógelo, por favor.

Amanda, resignada, tomó el documento y lo guardó en su bolso.

—Hay otra cosa que también he venido a decirte... —dije buscando su mirada, como un mendigo rogando una limosna—. No puedo dormir, ni pensar con claridad si tú no estás a mi lado. Necesito oír tu voz, tu risa, olerte, el sabor de tu piel... Mi vida es una desgracia, ¿qué tengo que hacer para que volvamos juntos? —pregunté tomándola de la mano, sintiendo la suavidad de su piel que tanto añoraba.

Amanda me miró a los ojos, y mi cuerpo se estremeció. Así de fuerte era el poder de su mirada sobre mí. Dentro de ella se libraba una batalla sin cuartel, un dilema que no dejaba de acosarle. Percibía su aflicción. Yo solo deseaba abrazarla y decirle que todo iría bien, sin embargo, entre nosotros se interponía una muralla de acero.

—Eric, lo único que te pido es no me pongas las cosas más difíciles. Ahora tengo un montón de cosas en la cabeza. Entrevistas de trabajo, Scott, el restaurante... No doy a basto. Si quieres que seamos amigos, genial, pero si no... sigue adelante con tu vida... Sabes que te deseo, de corazón, lo mejor del mundo —dijo mientras abría el coche y se sentaba frente al volante—. Cuídate, Eric.

—Cuídate tu también, Amanda —dije mientras la veía alejarse sufriendo el más absoluto vacío en el alma.

Era difícil absorber la tristeza que me envolvía, el dolor por los golpes era pasajero, pero el dolor por el desamor... ese, se me

antojaba eterno. Sin el amor cuesta vivir, y en su punto más álgido es, sin lugar a dudas, una droga. Sin Amanda, me sentía un hombre desterrado, viejo y débil.

Por un momento se me ocurrió regresar a París, ¿cuál era la razón para sufrir por todo esto? Pero rechacé claudicar a las primeras de cambio. Al tatuarme el dragón en el abdomen en unas vacaciones en Shanghái, no fue por capricho, sino por el deseo de recordarme a mí mismo que la vida exige fuerza y perseverancia.

—¿Qué hacemos, Eric? ¿Vamos a casa? Creo que es lo mejor, tienes que descansar... —dijo Lou cuando regresé al coche.

—Tienes razón. Ya he hecho todo lo que tenía que hacer, así que vámonos. Necesito recuperarme cuanto antes —dije tocándome el estómago.

En cuanto Lou encendió el motor del coche, algo me llamó la atención, a lo lejos, en el aparcamiento.

—Espera un momento —dije alzando la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó mirando hacia el mismo lugar.

Harry y Melissa discutían acaloradamente. ¿Qué estará pasando?, me pregunté. Melissa le agarró del brazo, Harry se soltó, dándole la espalda, pero ella le seguía, hablando y gesticulando. Harry miró a su alrededor, como deseando desaparecer de allí cuanto antes.

—Lou, necesito que me hagas un favor... Acércate a ellos a ver si puedes saber por qué discuten.

—¿Qué? ¿Pero qué eres, un adolescente?

—Ellos influyeron para que Amanda cortase conmigo. No lo sé, es una intuición, quizá sea nada, pero pienso que algo se me escapa, sobre todo en Melissa, su amiga.

—Eric, que ya estoy mayor para esos jueguecitos. Ni hablar....
—dijo cruzándose de brazos.

—Estoy pensando en dejar de actuar en el Mistral por una temporada... —dije recostándome sobre el asiento.

—De acuerdo, tú ganas —dijo Lou refunfuñando mientras salía del coche y se dirigía al aparcamiento.

—Saca el teléfono y haz como si hablaras con alguien —dije—. Aunque no te conocen, sospecharán si eres descarado.

Observé a Lou acercarse hacia Melissa y Harry, los cuales proseguían con su disputa. Mi amigo había seguido mi consejo y llevaba el teléfono pegado a la oreja mientras gesticulaba, simulando conversar. Harry se percató de su presencia cuando pasó cerca de ambos, pero lo ignoró. Entonces Lou caminó unos diez metros y luego regresó, sin mirarles ni una sola vez.

Lou se agachó y empezó a fingir que se ataba los cordones de los zapatos, detrás de un coche. Parecía un auténtico profesional de espionaje. Harry y Melissa, concentrados en su discusión, no se apercibieron de la hábil maniobra de Lou. Debo invitarle a él y a su mujer a almorzar, se lo ha ganado, pensé.

Al regresar, permaneció mudo en el asiento durante unos interminables segundos.

—Buff, qué tensión se respiraba... —dijo Lou sabiendo que me estaba matando con el suspense.

—¿Me quieres decir qué ha pasado? —pregunté con todo el cuerpo sumido en la tensión.

—No te lo vas a creer, Eric... Vaya dos... —dijo Lou limpiándose el sudor con un pañuelo de tela—. Resulta que la mujer... Se llama Melissa, ¿verdad? le decía al hombre que era un mentiroso, que la había engañado de una forma cruel.

—¿Y qué decía él?

—A grandes rasgos, que él nunca le había prometido nada, y que le dejase en paz. También surgió el nombre de Amanda, pero no entendí el motivo. Menudo drama, era como ver un culebrón venezolano en directo. ¿De qué estaban hablando? ¿Sabes algo?

Me quedé pensativo, con la barbilla apoyada en la mano, y después negué con la cabeza. Estaba absolutamente desorientado.

La discusión llegó a su fin. Melissa, aún airada, subió a su coche. Harry, después de colocarse el casco, subió a una moto de potente cilindrada y arrancó el motor.

—Mmmm... no lo sé, Lou. Está claro que hay una secreta historia entre ellos, podría ser un romance...

—O también podría haberle propuesto un ascenso o algo...

Asentí con la cabeza. Todo era posible. Advertí que Harry estaba a punto de pasar por delante de nuestro coche.

—Agáchate, Lou —dije agachándome.

—¿Qué?

—¡Que te agaches! —exclamé mientras tiraba de él.

Cuando estábamos a punto de incorporarnos, apareció el coche de Melissa. Se dirigía en dirección contraria a Harry, y fue entonces cuando se me encendió la bombilla. Si lograba sonsacarla un poco, quizá acabaría por revelarme algún detalle relevante.

—Lou, sigue a Melissa, rápido. Quiero saber donde vive.

—¿Seguirla? —preguntó alzando las cejas—. Pero ¿cuántas pastillas te han suministrado en el hospital? Que esto no es una película de detectives, Eric...

—¿Puedes dejar de quejarte? Venga, acelera que se nos escapa la sospechosa —dijo señalando el coche de Melissa.

—Cuando se lo cuente a Kate... —dijo Lou negando con la cabeza, incrédulo, y poniendo primera.

A prudente distancia de Melissa nos incorporamos a El Strip.

—¿Qué le vas a decir? —preguntó Lou.

—No lo tengo muy claro, supongo que improvisaré. En cuanto vea su reacción, sabré si he dado en el clavo.

Pasamos por la calle Freemont, la parte más antigua de Las Vegas, donde se construyeron los primeros casinos antes de que fueran construidos los actuales y fastuosos a lo largo de El Strip.

El coche de Melissa dobló por la avenida Stewart y se detuvo en un callejón, junto a un edificio de color malva cuya forma me recordaba a una caja de zapatos. Constaba de dos plantas, e innumerables ventanas con rejas. Todo desprendía un aroma a clase media.

Antes de que Melissa entrara en el portal, me bajé del coche aún con considerable esfuerzo por los golpes, y crucé la calle. La llamé por su nombre y ella se giró, llaves en mano. Me esperó hasta que estuve en frente de ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cara de sorpresa.

—Quiero hablar contigo —dije endureciendo la mirada.

—¿Qué ocurre? ¿Amanda te ha dicho donde vivo?

—Harry me ha dicho toda la verdad. Hace diez minutos, después de que te fueras del Bellagio —dije sabiendo lo arriesgado de mis palabras.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

Sus mejillas se ruborizaron, delatándose, pero aún necesitaba atreverme un poco más. No tenía nada que perder.

—Deberías avergonzarte de ti misma.. Me debes una explicación ¿Por qué lo hiciste?

Melissa guardó silencio. Se rascó el cuello, incómoda.

—Yo... Lo siento, Eric. No tengo nada en contra de ti... Harry me lo pidió y bueno... también es mi amigo.. Yo sé que eres bueno para Amanda pero... no sé qué pasó... —dijo incapaz de sostenerme la mirada.

—Por vuestra culpa Amanda rompió conmigo.

—Ya te he dicho que lo siento —dijo Melissa, a punto de llorar.

—Si de verdad eres amiga suya deberías contárselo a Amanda —dije mostrándome impasible hacia sus sentimientos. Con su actitud Melissa confirmaba la conspiración entre ella y Harry para sabotear mi relación con Amanda.

—Espera, Eric —dijo acercándose a mí.

Pero no atendí a su ruego. Me alejé sintiendo cómo la cólera me invadía. Si en ese momento Harry hubiera estado frente a mí, no hubiese respondido de mis actos. Era un hombre inmoral que deseaba apartarme de Amanda por todos los medios posibles.

Le dije a Lou que podíamos marcharnos. Ya solo restaba esperar que Melissa confesara a Amanda toda la verdad. Y con ello, quizá Amanda, después de todo, se acercara a mí un poco más.

Capítulo 4

AMANDA

Me encontraba en casa, a punto de regresar al restaurante cuando mi teléfono emitió el sonido de una notificación de Facebook. Incapaz de resistir la tentación, a pesar de que iba con el tiempo justo al restaurante, abrí el mensaje. Se trataba de una solicitud de amistad de Mark Gross, el hombre que había conocido esperando a la entrevista para el Mirage, viudo y con una hija. Enseguida acudió a mi mente esa inolvidable visión de sus inmensos ojos verdes. Apreté el botón de aceptar, y enseguida recibí un mensaje privado.

Hola, Amanda. Me gustaría tener tu teléfono para consultarte una cosa de trabajo.

Fruncí el ceño, llena de curiosidad. Desconocía el restaurante donde trabajaba, pero sin duda siempre es aconsejable relacionarse con compañeros de la profesión. En cuanto respondí el mensaje con mi número, sonó el timbre del teléfono. Me quedé mirando la pantalla, dudando si contestar o no. Finalmente contesté.

—¿Diga?

—Hola, Amanda. ¿Cómo estás? Soy Mark —al oír su voz, recordé en el acto su sonrisa de dientes blancos como las teclas de un piano.

—Hola, Mark. Me alegro de oírte.

—Quería preguntarte si conoces el nuevo restaurante que han abierto en el Luxor, hace un par de meses. Es comida asiática, ya sabes sushi. Tiene buena pinta.

—No, no lo conozco —dije mientras observaba a Scott mirando la televisión.

—Como dos buenos profesionales debemos saber qué hay nuevo en Las Vegas. Por eso, Amanda, me gustaría invitarte a cenar.

Por unos segundos me quedé aturdida. ¿Cómo no lo vi venir?, me pregunté. Sonreí, halagada. Cada vez que un hombre se fijaba en mí, me sentía conmovida y agradecida. ¿Cómo iba a decir que no?

—Está bien, Mark.

—Genial. ¿Te viene bien pasado mañana a las siete?

—Sí, me viene bien —dije pensando que sería domingo y Scott estaría con Harry.

Nos despedimos y colgué, incrédula por lo que acababa de suceder. En menos de cinco minutos, por sorpresa, había concertado una cita con un hombre al que conocía solo de un par de días antes. Estaba asombrada por lo rápido de los acontecimientos, pero esta vez solo deseaba una cena informal y una conversación amena, nada más.

Besé a Scott en la frente y me despedí de Lupe hasta la noche. Al subirme al coche, el teléfono volvió a sonar. Activé el *bluetooth* y descolgué intrigada, pues la llamada provenía de un número desconocido.

—¿Amanda Armstrong? —preguntó una voz grave.

—Sí, soy yo —dije sentada frente al volante, inmóvil.

—Soy Richard Lolly, el director de alimentos y bebidas del Mirage. ¿Tienes un minuto?

—Sí, por supuesto, Sr. Lolly... digo... Richard —dijo mientras activaba la llave de contacto y ponía primera.

—Es sobre tu solicitud para cubrir la vacante de chef en nuestro nuevo restaurante. Quería comentarte que ya he tomado una decisión... —dijo.

—¿Y cuál ha sido?

Contuve la respiración, ansiosa por saber si era la elegida.

—Si recuerdas, debía tomar una decisión antes de irme de vacaciones.

—Sí, sí, lo recuerdo... —dijo pensando en que lo abofetearía si no lo soltaba de una vez, pues el suspense me estaba aniquilando los nervios.

—He decidido otorgarle ese puesto, Amanda.

—¿Qué? ¿Seguro?... Quiero decir, muchísimas gracias. Estoy emocionada.

—Bien, me encantaría charlar contigo pero mi vuelo para Hawai sale en tres horas. Y mi mujer me está esperando en casa. ¿Cuándo puede empezar?

—Pues en un par de semanas —dijo sintiendo una vibrante energía por todo el cuerpo.

—¡Estupendo! Cuando vuelva, la llamaré para concretar el día. Estamos deseando trabajar contigo, Amanda.

—Yo también. Gracias.

Colgué, pletórica de felicidad. Me sentía flotando en una nube, con ganas de bailar todo el día, de salir corriendo, de llorar y de abrazar a cualquiera que estuviese delante.

Sin embargo, se avecinaba un momento amargo dentro de todo este júbilo. Decirle a Harry que me marchaba del restaurante. ¿Cómo se lo tomará?, pensé. La angustia se apoderó de mí, pero no pensaba renunciar al nuevo empleo por nada del mundo.

Llegué al restaurante con un nudo en el estómago. La sorpresa fue la ausencia de Melissa, pues no me constaba que fuese su día libre. Los compañeros me contaron que se encontraba enferma, pero no me dijeron nada más. Extrañada por no saberlo por boca de mi amiga, le envié un mensaje con carita sonriente preguntado cómo se encontraba. Después guardé el teléfono en el bolsillo, recordando consultarlo más adelante.

A lo lejos observé a Harry en su despacho, hablando por teléfono. Pensé en posponer mi renuncia, pero cada día transcurrido sin anunciarlo sería mucho peor. Mejor soltarlo de una vez.

Suspiré hondo. Necesitaba encontrar la calma y la confianza para sentirme convencida de mi decisión, pues Harry sin duda buscaría grietas por donde atacar mi inseguridad.

Sin más, entré en su despacho. Harry estaba sentado, frente al ordenador.

—Dejo el restaurante —dije bruscamente.

Harry alzó la vista y, para mi sorpresa, estalló en una sonora carcajada.

—¿Es una broma, verdad? —preguntó.

Su actitud me indignó, pero en ese momento era un error dejarse gobernar por la ira.

—En dos semanas empiezo en el Mirage. Considérate avisado —dijo con absoluta tranquilidad, aunque sentía un molesto picor por el cuello debido a la inquietud.

—¿En el Mirage? —preguntó con una sonrisa sarcástica.

—¿Qué pasa, tanto te cuesta creerlo?

—Así que nos dejas tirados en la temporada alta. No me lo esperaba de ti —dijo negando con la cabeza. Harry me atacaba por la vía emocional, una estrategia que no me pillaba desprevenida, por suerte.

—Déjate de tonterías —dije apoyándome en la mesa con las manos e inclinándome para mirarlo fijamente—. Sabes que es lo mejor para ti y para mí. ¿De verdad pensabas que esto iba a funcionar para siempre?

—Nunca me diste una oportunidad para arreglar las cosas, Amanda. Jamás pensé que tu corazón estuviera hecho de acero.

—¿Cómo te atreves? Fuiste tú quién decidió traicionar nuestro matrimonio. No lo olvides —dijo sintiéndome impotente. Era como si Harry distorsionara con destreza la realidad y la volviera en contra de mí.

—Y fuiste tú quién decidió romper la familia. No lo olvides.

—Estoy cansada de oírte decir eso. Por suerte, ya me queda poco aquí.

—Vete. Estoy trabajando —dijo tomando el teléfono fijo y marcando un número, ignorándome.

Lancé una última mirada a Harry. Odiaba su inmadurez, pero al mismo tiempo no podía evitar sentir una pizca de compasión por él. Lo había amado tanto...

A decir verdad, Mark estaba imponente. Su sonrisa era deslumbrante y un aire de pícara arrogancia lo cubría de arriba a abajo. Llevaba una camisa rosa de Ralph Lauren y un pantalón color caqui, ajustado.

—Pasa, Mark. Cojo mi bolso y nos vamos.

Me notaba un poco tensa, como fuera de lugar frente a él, pero supuse que era debido a los nervios de la cita. Me apetecía una velada agradable, con buena comida y una amena conversación. Esta vez nada de locuras, me dije pensando en Eric y en nuestro primer encuentro, tan ardiente.

—Lupe, sobre la cocina te he dejado una nota con el nombre del restaurante, aunque sabes que puedes llamarme al teléfono por si cualquier cosa. Recuerda que Scott debe irse a dormir a las ocho.

—No se preocupe, señora —dijo sin despegar la mirada del televisor.

Cuando regresé al recibidor, observé que Mark pasaba un dedo por la mesita donde dejó las llaves, y se miraba la yema negando con la cabeza, como desaprobando la capa de suciedad. Vaya, tiene la pinta de un maniático de la limpieza, pensé. Estupendo.

—Ya estoy lista, Mark. Vámonos.

Me abrió la puerta para que pasara primero. Empezaba a anochecer; la temperatura era más fresca y agradable. Había insistido en citarnos en el restaurante, pero Mark me convenció para que me dejara recoger en casa, en su Mercedes plateado.

Después de un corto trayecto, llegamos al Luxor. Entre el aparatoso sonido de las *slot machines* y el rumor del público, encontramos el restaurante en la planta de arriba. Era un lugar no demasiado grande, con una decoración de paredes brillantes y colores chillones. Me imaginé que así debía ser un restaurante en Tokyo. Tomamos asiento en la última mesa disponible y enseguida la camarera nos tomó la orden y las bebidas.

—Qué ganas tenía de verte, Amanda. Creo que eres diferente, aquí en Las Vegas todas las mujeres que he conocido son tan... superficiales. Y ni siquiera saben mantener una buena conversación. Probablemente solo han leído libros de autoayuda.

Parpadeé, como si no me acabara de creer lo que estaba oyendo. Aquella arrogancia que resultaba atractiva en un principio, empezaba a convertirse en odiosa. ¿Debería marcharme ya y dejarlo plantado?, me pregunté.

—Pues los hombres de este estado no es que sean una maravilla, precisamente. A veces parece que son mejores los que vienen de afuera —dije deseando devolverle el «cumplido».

La camarera sirvió las bebidas. Una copa de vino blanco para mí, y para Mark, un vaso doble de whisky *on the rocks*. En ese momento una mujer se acercó a nuestra mesa. Debía de rondar los treinta años, y destacaba su extrema delgadez.

—Hola, Mark —dijo la mujer.

Mark alzó la vista y observé en sus ojos un brillo de perplejidad.

—Ah, hola, Sophie —dijo mirándome, incómodo.

—¿A qué no sabes a quién me encontré el otro día? —preguntó la mujer con cara seria, cruzándose de brazos.

—Ahora no es el mejor momento... —dijo Mark en voz baja, con la copa en la mano, como si no se atreviera a beber. Yo alternaba la mirada entre uno y el otro, como en un partido de tenis.

—Me encontré a tu mujer. No tenía un mal aspecto para llevar muerta un par de años como dijiste.

—No sé de que estás hablando, Sophie. Yo nunca...

A Mark le fue embarazoso terminar la frase, pues la mujer le bañó la cara con el *whisky on the rocks*. El resto de comensales y, por supuesto, yo misma nos quedamos atónitos. Mark, a toda velocidad, se secó la cara con la servilleta, pero su camisa aún seguía empapada.

—Eso para que aprendas, desgraciado —dijo la tal Sophie, y se marchó del restaurante sin decir nada más.

—Disculpa, Amanda, esa mujer está loca de remate —dijo poniéndose de pie—. Voy un momento al baño y te lo explico todo, ¿vale?

Sin esperar a mi respuesta, Mark me dejó en la mesa, desconcertada. Que idea más estúpida la de esta cita, pensé. ¿En qué estaría pensando? Si pudiera teletransportarme a casa ahora mismo, lo haría sin dudarlo. Y ahora qué hago, ¿me voy ya o espero a qué venga?

De repente, oí una voz familiar a mi espalda.

—He venido a rescatarte.

Al girarme, el corazón pegó un brinco. Se trataba de Eric, el cual sonreía desde su formidable altura, como un galán de película.

—¿Eric? ¿Cómo sabías que estaba aquí? Estoy en una...

—Me hubiera gustado decir que todo ha sido fruto del destino —dijo interrumpiendo—, que casualmente pasaba por aquí y te he visto, pero no ha sido así. Pasé por tu casa y vi cómo te subías al coche con ese tipejo. Después te seguí hasta aquí y me senté afuera, simulando que jugaba al bingo.

—¿Me seguiste? —pregunté.

Me di cuenta que mi deseo por él estaba muy vivo. Debería estar enfadada con él por seguirme, es más, quería estar muy enfadada con él. Sin embargo, en lo más profundo de mi ser me sentía encantada de verlo en ese momento.

—¿Por qué estás aquí? —dije con voz temblorosa.

—Lo sabes perfectamente. Te necesito, sin ti estoy vacío, muerto, acabado. Sin ti no soy nada, Amanda —dijo mientras se acercaba a mí, y fue cuando observé que su emoción saltaba de sus ojos, casi la palpaba. Su brutal sinceridad me derretía por completo.

—Sácame de aquí, Eric, por favor.

—*Rentrons à la maison* —dijo tendiéndome la mano.

Ignoraba por completo lo que acababa de decir, pero su exótica voz me tapaba la razón y fulminaba la resistencia, así que le cogí de la mano, tomé mi bolso y me levanté de la silla. Al sentir el roce de su piel, me entregué a su suavidad y calidez. Suspiré mientras nuestras miradas se encontraban como dos barcos en mitad del océano.

Miré hacia el lavabo de caballeros. De un momento a otro saldrá ese idiota de Mark. Se merece dejarle plantado, pensé. Ante la mirada desconcertada de los comensales, que no se habían perdido un ápice de toda la escena, Eric me sacó del restaurante japonés con mi dignidad intacta.

Capítulo 5

ERIC

Amanda y yo descendimos por las escaleras mecánicas a la planta baja del casino. Era la primera vez que me encontraba en el Luxor, y confieso que me impresionó el interior, pues daba la impresión de encontrarme en una moderna pirámide. La recepción era un largo y elegante mostrador decorado con unas lámparas bañadas en oro. Los clientes esperaban su turno para registrarse en el hotel, cuyas habitaciones se divisaban nada más alzar la vista.

Salimos al aparcamiento para que el aparcacoches trajera el Ferrari.

—Amanda, ¿te marchas sin decirme nada? Te dije que lo podía explicar todo.

Ella se giró con una clara expresión de hartazgo al oír la voz del idiota. Fue entonces cuando decidí tomar cartas en el asunto y me interpuse entre ambos.

—Escucha, amigo. Esto es lo que va a pasar: yo la voy a llevar a casa, te guste o no. Así que vuelve por donde has venido —dije señalando la entrada con un gesto de la cabeza.

Nos miramos uno al otro, desafiándonos. El aparcacoches estacionó el Ferrari frente a nosotros, y salió para entregarme la llave. Con discreción le entregué su propina, mientras Amanda se dirigía hacia el coche y me instaba con la mirada a seguirla, pero el imbécil estalló en una estridente carcajada.

—Ya veo que hoy vas a tener suerte, te la van a chupar gratis. Disfruta, tiene pinta de que le gusta tragarlo todo —dijo mirándome con una sarcástica sonrisa.

El rostro de Amanda se contrajo en una expresión de repulsión.

—¿Qué has dicho? —pregunté acercándome aún más hacia él. Estábamos cara a cara.

—He dicho que esa no es más que una puta —dijo el imbécil colocando los brazos en jarra. Su apestoso aliento a alcohol me llegaba produciéndome arcadas.

—Amanda, perdona. Tengo que conversar con este caballero —dije de la forma más sosegada posible, aunque por dentro estaba a punto de estallar. Noté mi mano derecha convertida en puño, cosa que había hecho sin percatarme. Mi mano izquierda aún seguía cubierta por la férula, por lo tanto era inservible.

—No le hagas caso, Eric. Es un imbécil, llévame a casa, por favor —rogó Amanda cerca del coche.

Pero ya era demasiado tarde para convencerme de olvidar la actitud de ese desgraciado.

—Discúlpate con ella —dije clavándole la mirada.

—Ni lo sueñes —dijo hinchando el pecho.

Como si fuera propulsado por un muelle, mi puño de la mano derecha surcó el aire para aterrizar en su mandíbula. Un vuelo directo desde París a Las Vegas sin escalas.

El pobre hombre cayó de espaldas y, antes de que se levantara, me arrodillé y lo agarré de la camisa con una mano. Farfullaba algo incomprensible.

—Esa es no es manera de tratar a una mujer. ¿Me has oído? Como te vea otra vez cerca de ella, te aseguro que esto será una

caricia comparado con lo que te espera. ¿Me has entendido, mamarracho?

Los ojos del tipejo me miraban sin mirar, estaba como ido. Volví a zarandearlo.

—¿Me has oído?

El hombre asintió y lo dejé ahí, tumbado en el suelo como una colilla. Respiré hondamente y caminé hacia el Ferrari, ojeando mi ropa por si había sufrido algún daño. En el coche Amanda miraba hacia un punto indeterminado más allá de la ventanilla.

—¿Estás bien? —pregunté nada más colocarme frente al volante.

—Te dije que lo olvidarás. No me gustan los macarras de discoteca, Eric —dijo aún sin mirarme.

—Pero...

Lancé un largo suspiro. Estaba claro que la había fastidiado, justo cuando parecía que lo nuestro remontaba el vuelo, o al menos esa era mi impresión.

—Llévame a casa —dijo.

Puse primera y me incorporé al tráfico de El Strip. Me arrepentí de abordar la situación con la sangre caliente. Si hubiera hecho caso de la petición de Amanda, ahora todo sería diferente.

—Amanda, lo siento. Solo es... ¿cómo iba a permitir que te hablase así? Es un imbécil sin modales.

—¿Qué te crees que no lo sé? Pero no quiere un mundo para mi hijo lleno de brutos, que se creen que la mejor forma de resolver problemas es con puñetazos. ¿Es que eres un troglodita? —preguntó y, al girarse para mirarme, observé que sus ojos estaban vidriosos.

—Tienes razón, lo siento. No volverá a pasar —dije mientras le puse mi mano sobre la suya, pero la apartó. Negué con la cabeza. Había tirado todo por la borda en cuestión de minutos, por una errática y absurda decisión.

—Pensaba que eras diferente a los demás, pero he descubierto que eres igual que el resto. Da igual de donde seas, el hombre siempre será...

—¿Qué puedo hacer para compensarte? Haré cualquier cosa que me digas.

Amanda no respondió. Refugiando la mirada en la calle, los coches, el cielo nocturno, los turistas, los casinos, la música de los rótulos resplandecientes... Yo era como si no existiese, por eso decidí guardar silencio, asumiendo la culpabilidad.

A los pocos minutos llegamos a su casa, y sin pronunciar palabra, salió del coche y se dirigió hacia el portal.

—Amanda... —susurré, sabiendo que no me oía.

Me fijé en que se llevaba una mano a la cara, como si enjuagara una lágrima... Golpeé el volante varias veces, enfadado conmigo mismo. Sintiendo un insoportable vacío aumentando por momentos.

Magnifique, Eric.

Sumido en la melancolía, acudí al cierre del Mistral para sentir la calidez de la amistad de Kate y Lou. Desde la paliza en el aparcamiento, hacía ya una semana, mientras me recuperaba de la fractura en el dedo había suspendido mis actuaciones, pero lo último que deseaba era enclaustrarme en el irritante silencio de mi casa.

Reconocí el Cadillac de Lou aparcado en el estacionamiento. Al entrar, Kate colocaba algunas botellas de alcohol en la estantería del bar. Lou, por su parte, estaba inmerso en las cuentas sentado a una mesa. Después de saludar a Lou en la distancia, me senté a la barra.

—¿Qué tienes para los enfermos de amor, Kate?

Ella se quedó pensativa, rascándose la barbilla.

—Déjame prepararte algo... —dijo mirando los licores.

Cogió una botella del vodka Stolichnaya, una de licor de melón y un par de limones. Enseguida supe lo que se proponía: Limonada eléctrica. Mientras Kate cortaba los limones y los trituraba en la licuadora junto con agua azucarada, conversamos agradablemente.

—Ya me ha contado Lou todo el asunto de Amanda —dijo lanzándome una mirada comprensiva—. ¿Estás muy enamorado, eh?

—Hasta los huesos —dije asintiendo con la cabeza.

—Reconozco que cuando te conocí, mi primera impresión fue que eras un *playboy* profesional. Y ahora mírate, con el corazón roto —dijo Kate agitando la coctelera.

—*Ce est la vie, mon ami*. Cuando vine a Las Vegas hace ya un mes y medio no pensé en enamorarme, sino en disfrutar, así que, créeme, la sorpresa también me la llevé yo.

—*Voilà* —dijo Kate mientras esparcía la limonada eléctrica en un vaso de champán—. Espero que sea de tu agrado. ¿Conoces este cóctel?

—Sí, uno de mis favoritos —dije, y me llevé el coctel a la boca, refrescando la garganta con una mezcla de sabores frescos e intensos.

Lou se acercó frotándose las manos, tomó asiento en un taburete y me dio una palmada amistosa en el hombro.

—Ha sido una noche provechosa —dijo—. Aún nos queda mucho para generar beneficios, pero es un comienzo muy prometedor. Ojalá sea esto así por mucho tiempo. Eric, lo hemos hablando antes, pero ¿seguro que no quieres cobrar por tus actuaciones?

—No, Lou. Además, no puedo. ¿Entregas el dinero a alguna ONG como te pedí?

—Por supuesto, déjame que te traiga los recibos... —dijo bajándose del asiento.

—No hace falta. Confío en ti —dije deteniéndole con una mano—. Siéntate, anda.

—Está bien, como quieras, pero si alguna vez quieres comprobarlo, no tienes más que pedirlo.

—Lo sé, Lou —dije agradeciendo con una sonrisa su buena disposición.

—Eric, ¿te apetece otra ronda de limonada eléctrica? —preguntó Kate.

—No, gracias, ya estoy lo suficientemente «cargado» —respondí alzando la copa—. Eres una excelente barman, Kate. ¿Fuiste profesional?

—Sí, trabajé como barman para pagarme la carrera de periodismo, y precisamente fue en un bar donde conocí a Lou.

—¿Ah, sí? —dije mirando a mi amigo—. A ver, tengo curiosidad, ¿cuál fue el cóctel que pediste, Lou?

—Lo recuerdo como si fuera ayer: un Manhattan... —dijo Lou imprimiendo a sus palabras un toque trascendente.

—Lou, no seas mentiroso —dijo Kate—. Eric, me pidió un vaso de leche por eso me llamó la atención.

—¿Un vaso de leche? —dije, y me reí a pleno pulmón.

—Bueno, tampoco hay una gran diferencia.. —dijo Lou con las mejillas rojas, escondiendo la mirada en su reloj de pulsera—. Bueno, ya va siendo hora que nos vayamos.

—¿Os importa si me quedo un rato más? Me apetece tocar el piano para relajarme. Hoy he tenido un mal día.

—Eric, sin ningún problema —dijo Kate poniendo el juego de llaves sobre la barra—. Te presto las mías.

—Mañana vente a cenar aquí, si te apetece —dijo Lou.

—Será un placer. Aquí se come de maravilla. Gracias, chicos.

En cuanto me quedé a solas, me dirigí al escenario con mi coctel. En mitad del silencio un foco alumbraba el maravilloso piano Kemble, blanco como los dientes de un león. Coloqué una mano sobre la caja sintiendo su firmeza y su poder, y en ese instante reviví mi erótica noche con Amanda en el Mistral. La noche en que nuestra irresistible atracción se consumó por fin. Nuestro sexo espontáneo en su coche fue memorable, aunque el genuino acto carnal y lujurioso fue en el restaurante. Fue la primera vez que sentí a Amanda realmente mía, como un acto de posesión egoísta y salvaje. Sentado en la banqueta añoraba su afecto, su femenino aroma, su cuerpo esculpido para satisfacer mis más íntimos deseos.

Guiado por su ardiente recuerdo, empecé a tocar unas improvisadas notas con mi mano derecha... un Do, Fa, Re sostenido... Como una indómita energía, la llama de la creatividad ondeaba a toda vela. Amanda era mi inspiración, mi musa, algo que nunca antes me había sucedido con otra mujer.

Entre mis virtudes no destacaba la composición, sin embargo, aquella noche todo fluía con naturalidad, como si la melodía ya estuviera escrita y yo solo debía ejecutarla. La música brotaba de mis dedos como el vuelo de una gaviota cruzando el verano. Estaba componiendo una vibrante canción para ella, un canto a la vida y al amor, a pesar de mi desconsolada noche.

—Amanda... —dije en voz alta como si pudiera invocarla ante mi presencia.

Ella era una inagotable fuente de inspiración, y eso me enamoraba locamente. Después del infierno de las drogas, había vuelto a nacer cuando menos me lo esperaba.

Capítulo 6

AMANDA

Una lacerante culpabilidad habitaba en mi corazón desde la última noche con Eric. Aunque su actitud violenta era censurable, aunque era inadmisibles seguir mis pasos como un psicópata, mi gélida reacción quizá fuera desmesurada. La voz de mi conciencia me asaltaba con reproches, pero también con incertidumbres y contradicciones. Deseaba a Eric pero el sentido común dictaba alejarme de él. Su terrible adicción me causaba pánico, aunque nada en su comportamiento delataba su oscuro pasado. ¿Había tomado la decisión acertada? Qué terrible dilema.

Necesitaba hablarlo con alguien, pero hacía un par de días que Melissa no daba señales de vida y eso me inquietaba. No había respondido a mi mensaje enviado el día que anuncié mi dimisión a Harry. Debía averiguar de una vez el porqué de su misteriosa ausencia.

Pensé en llamar a Harry, pero no me apetecía hablar con él, así que hablé por teléfono con Mario, uno de mis compañeros para que le transmitiera que me ausentaría esa mañana por motivos personales.

Dejé a Scott en el colegio y me dirigí a la casa de Melissa. Doblé por la avenida Stewart y al poco aparqué frente al bloque de apartamentos. Antes de apearme, me fijé en el informe que Eric me había entregado días atrás, su análisis de sangre. Con la sensación de disponer de un tiempo de paz para examinarlo, empecé a leerlo.

Lo primero que me llamó la atención fue descubrir el segundo apellido de Eric: Posche. Qué exótico, pensé. Después empecé a leer el contenido, aunque era incapaz de comprender algo entre tantos nombres complejos. Eso sí, no figuraba nada relacionado con las drogas. Pero ¿esto qué probaba en realidad? Solo que estaba limpio desde hacía un mes. Al menos era algo a lo que aferrarse.

Gracias a que un señor salía del portal de la casa de Melissa, no necesité llamar al portero electrónico para entrar en el edificio. Ascendí por las escaleras hasta la primera planta, sintiendo unas enormes ganas de ver a mi amiga. Si se encontraba inmersa en algún problema, allí estaría yo para echar una mano. Llamé al timbre y esperé. Al no obtener respuesta, volví a llamar. A lo lejos oía el tráfico de la calle.

—¿Quién es? —preguntó Melissa con un hilo de voz.

—Soy yo, Amanda.

Se produjo un extraño silencio. Cuando estaba a punto de pedirle a Melissa que abriera la puerta, oí de nuevo su voz.

—Vete, prefiero estar sola.

—Melissa, llevo varios días sin saber nada de ti. Me tienes preocupada —dije sintiéndome extraña hablando a una puerta.

—Estoy bien, de verdad.

La voz de mi amiga sonaba apagada, sin vida. ¿Qué estaría pasando?, me pregunté.

—No, no lo estás. Y no me iré hasta que te vea —dije con determinación.

Se produjo un nuevo silencio en el que notaba a mi amiga moverse de un lado para otro, alterada. Por fin, se oyó un chasquido y la puerta se abrió con pasmosa lentitud. Melissa estaba despeinada y con los ojos rojos de haber llorado. Llevaba puesto una jersey viejo que nunca le había visto antes y que con toda probabilidad usaba solo en casa.

—¿Qué te ocurre? —pregunté con ansia.

Melissa guardó silencio, apesadumbrada. Después se acercó en dos pasos y me abrazó. Parpadeé, desconcertada.

—Gracias por venir, Amanda. Tú sí que eres una amiga y no yo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté desconcertada.

Melissa dio un paso atrás para colocarse a un lado de la puerta, invitándome a pasar. Sus palabras me habían creado una ansiedad aún más inmensa. No cesaba de mirarla, esperando sus explicaciones de un momento a otro. Al entrar en su casa me sorprendió el olor a cerrado, y la penumbra del salón.

—¿Qué quieres decir? —pregunté otra vez.

Melissa se sonó la nariz, luego clavó la mirada en el suelo.

—No sé por donde empezar... Sentémonos, por favor —dijo ella caminando hacia el salón.

—Me estás asustando, suéltalo sin más —dije sin moverme.

Melissa se rascó el antebrazo y bajó la mirada, como si ordenara sus pensamientos.

—¿Recuerdas aquella tarde en la que Eric fue a tu casa?

Asentí. Cómo olvidar la cara de incredulidad de Eric cuando le dije que todo se había acabado. Melissa, cruzándose de brazos, carraspeó, como si las palabras que pronunciaría a continuación fueran ásperas o secas.

—La verdad es que Harry me había pedido el día anterior que le apoyara cuando te enseñó la portada del periódico francés hablando de Eric. Me convenció que era lo mejor para ti y para Scott, pero luego me di cuenta que solo eran celos, puros celos de Eric —dijo ella. Se veía indefensa, pequeña, desarmada de toda dignidad—. Perdóname, Amanda, me equivoqué por completo, metí la pata hasta el fondo.

—¿Qué?.. —dije sintiendo un mareo repentino y dificultad para respirar—. Pero entonces me mentiste, tú solo querías que cortara con Eric. No lo entiendo, ¿por qué? Eres mi amiga, deberías haber estado de mi lado, no en contra de mí.

—Me lo pidió Harry. Lo siento —dijo colocando las manos como si rogara clemencia.

Me apoyé en el respaldo de una de las sillas. La revelación había sido como un puñetazo en el estómago. Necesitaba ordenar pensamientos, ideas, sensaciones...

—Pero no me lo explico, ¿por qué? ¿Qué te prometió o qué te dijo? ¿A cambio de qué, Melissa?

—Nada —dijo ella mirando hacia el suelo de nuevo. Se cruzó de brazos, negando con la cabeza—. Ya no importa...

—¿Cómo que no importa? Dime la verdad, me lo debes—dije dando un paso hacia el frente, dispuesta a llegar hasta el final—.

¿Te dio dinero, o te prometió el puesto de asistente en aquel restaurante?

Melissa negó con la cabeza. Encendí la luz del salón para escrutar su rostro con mayor claridad. El dolor por la traición de mi mejor amiga apenas había escalado la cuesta hasta la cima.

—Será mejor que te vayas. Ya te he pedido disculpas. Más no puedo hacer —dijo Melissa dándome la espalda.

—¡Dímelo! ¡Quiero saberlo, me lo debes! Yo confiaba en ti ¿Por qué? —dije acercándome a ella y tomándola por un hombro para que me mirase.

—¡Vete! —exclamó frente a frente.

Dominada por la ira le propiné una bofetada, aunque me arrepentí en el mismo instante. Nuestra amistad se resquebrajaba. Un mundo que creí conocer en profundidad se desmoronaba, y yo estaba cautiva entre las ruinas.

—Perdona... —susurré, avergonzada.

Muda y confusa, Melissa se llevó la mano a la mejilla mirándome con los ojos enrojecidos a través de los mechones de su pelo.

—Estoy enamorada de Harry —dijo con un hilo de voz, como si eso lo justificara todo—. Desde el primer día que lo vi, siempre lo he estado, y lo he llevado dentro todo este tiempo, pero él no me ama. Te ama a ti.

Los latidos de mi corazón no dejaban de resonar. ¿Cómo había sido posible que me pasara inadvertido?, pensé. Una mujer enamorada se ve a la distancia, es incapaz de disimularlo. Qué ciega he estado.

—Yo... —dije en voz baja, sin saber qué decir.

Me acerqué a ella sintiéndome débil y abrumada por la confesión. Antes de que ella se pudiera alejar la abracé, la abracé con fuerza, transmitiendo perdón y arrepentimiento. Sus brazos tímidamente me rodearon la espalda. Melissa rompió a llorar, y allí nos quedamos abrazadas por un largo rato.

Al salir del apartamento de Melissa me sentí abatida, extenuada, y confundida. De entre el magma de sensaciones el nombre de Eric emergió de inmediato. Había sido injusta con él, y lo peor de todo era que no podía culpar a nadie más que a mí. Harry y Melissa me nublaron el juicio, pero mi inseguridad me había arrastrado a tomar una decisión cruel y condicionada. Era, a todas luces, una de las lecciones más duras ofrecida por la vida.

Siempre buscando las decisiones que me garanticen seguridad y confianza, siempre buscando los inconvenientes y las ventajas de cualquier situación, siempre huyendo de las personas que me generan incertidumbre o duda, como Eric. Sin embargo, todo ese proceso me causaba un desgaste brutal de energía y tiempo. Aferrarme a las opiniones de los demás suponía delegar una responsabilidad que debía recaer en mí, solo en mí y nadie más.

Anhelaba disculparme con Eric cuanto antes. ¿Querría volver a verme después de cómo le he tratado? No lo sé, pero ahora era yo quién debía iniciar el siguiente paso.

Sentada en el coche, con el móvil en la mano me fijé en su número de teléfono, aunque no me atrevía a llamarle. Lo deseaba tanto, lo necesitaba tanto... que pensé en decírselo en persona, frente a esa mirada que provocaba temblores en mi cuerpo.

Así pues, conduje hasta su mansión en Green Hills, pero después de llamar repetidas veces, nadie me abrió la puerta. Desde

el coche le envié un mensaje preguntado dónde estaba. Al minuto recibí la respuesta:

Estoy en el MGM viendo con Lou en directo un combate de boxeo entre Mayweather y Pacquiao.

Le pregunté si actuaba en el Mistral esa misma noche y me respondió que sí. Después, encendí el motor y puse primera rumbo al Bellagio. Sentía la necesidad de agarrar el cuello de Harry, de reprocharle delante de los compañeros su maquiavélico plan de usar a Melissa en contra de mí. El corazón bombeaba sangre a más velocidad que nunca.

Al detener el coche en el estacionamiento del Bellagio, me encontraba más sosegada. Lo último que deseaba era iniciar una guerra entre ambos, pues la víctima sería la persona que más me importaba en mi vida, Scott. Entonces supe que perdonaría a Harry y le brindaría una nueva oportunidad de renacer, por el bien de nuestro hijo.

Entré al restaurante y, sin cambiarme, me dirigí a la oficina. Allí estaba Harry, como siempre atareado con la administración. Lancé un largo suspiro... Era el momento de comportarnos como dos adultos. Llamé a la puerta y entré. Harry alzó la vista sin expresar alegría o decepción al verme.

—Me he enterado de cómo usaste a Melissa en contra de mí —dije bruscamente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Harry acercándose hasta mí con los brazos en jarra. Aún su presencia era abrumadora e intimidante. En la cama solo buscaba penetrarme cuanto antes, sin juego previo, sin erótica...

—Harry, por favor, no me tomas por tonta. Melissa me lo ha contado todo. La pobre no lo está pasando bien.

—Ella no está bien de la cabeza —dijo Harry cruzándose de brazos.

—No estoy enfadada contigo, bueno, sí decepcionada en todo caso, pero quiero dejar todo eso detrás. Lo que te pido, lo que te suplico es que dejemos atrás nuestras rencillas y pensemos en nuestro hijo. ¿Es que no podemos llevarnos bien? Hemos pasado unos años maravillosos, pero por favor entiende que quiero rehacer mi vida, que ya no estoy enamorada de ti.

—Me asombra lo fácil que es para ti romper con todo y buscarte un amante —dijo mirándome de arriba a abajo, con cierto desprecio. Pero yo estaba decidida a no caer en su juego, porque sabía que él continuaba enamorado de mí.

—Nadie está tirando nada a la basura. Han sido siete años geniales, pero tenemos que seguir con nuestras vidas. Y si esto no te convence hazlo por Scott, es muy pequeño y nos necesita. Basta ya de peleas y de conspiraciones.

Observé que el cuerpo de Harry se relajaba. Dentro de él latía un corazón generoso, lo sabía con certeza después de tantos años juntos.

—Cometes un error, ¿es que no lo ves? —preguntó Harry en voz baja.

—Nuestro amor terminó y quiero que pienses que es lo mejor para los dos. Harry, construye de nuevo tu mundo, deja que el tiempo transcurra, no lo sé... —dije frustrada por su obstinación—. ¿Qué tengo que hacer para convencerte que no hay ninguna posibilidad para nosotros? Dímelo, por favor.

Harry se sentó, sumido en un tenso silencio. Su rostro expresaba una dureza aparente, pero solo se trataba de una simple

armadura. Para él era intolerable perder el control de la situación, porque cuando eso ocurría afloraba su vulnerabilidad, y eso lo odiaba más que nada.

—Deja de actuar conmigo. Yo te conozco bien —dije procurando imprimir a mis palabras cierta delicadeza.

—No, no me conoces. Nunca te has molestado en hacerlo —dijo enterrando la mirada en la pantalla del ordenador—. Ahora, puedes hacer lo que tengas que hacer. Estoy ocupado.

Salí de su oficina buscando tranquilizarme, y obligándome a pensar que al menos yo estaba poniendo todo de mi parte. Sentí pena por él.

Capítulo 7

ERIC

Al desprenderme de la incómoda férula, mi dedo corazón había recuperado paulatinamente su añorada flexibilidad, así que esa misma noche actuaba en el Mistral. Estaba entusiasmado de volver

a actuar frente a mi público y notaba por todo mi cuerpo un hormigueo incesante durante todo el día.

En el vestidor de mi habitación me vestí de etiqueta, pues apenas restaba una hora para mi actuación. La ansiedad no solo era fruto de mi regreso al escenario, sino porque también planeaba interpretar «Amanda», la canción compuesta por mí que evocaba su recuerdo.

Soñaba con que ella muy pronto la escucharía en el Mistral. Yo era por naturaleza un hombre optimista, así que confiaba en volverla a ver a Amanda en breve, aunque el misterio era saber cuándo. El mensaje enviado esa mañana me hacía albergar grandes esperanzas. Desde la última noche que estuvimos juntos, no había hablado con ella y me moría de ganas de besarla, olerla, estrecharla entre mis brazos...

Pero no deseaba apresurar las cosas como hice la noche del Luxor. Amanda, como cualquier otra persona, necesitaba tiempo y espacio para esclarecer sus ideas y acomodar su vida. Cuando ella estuviese preparada acudiría a mí, si de verdad sus sentimientos la impulsaban a mi lado, que era lo que deseaba desde el fondo de mi corazón.

En ese momento llamaron por teléfono. Sonreí al mirar la pantalla: era mi madre, así que activé el Facetime. En París debía de ser la hora del almuerzo.

Como es lógico, no le había mencionado nada de la paliza, ni el dedo fracturado. Lo último que deseaba era preocuparla. Ya se saben como son las madres, capaces de no conciliar el sueño pensando en los problemas que pudiera sufrir un hijo, pese a encontrarse a más de diez mil kilómetros de distancia.

—Hijo, ¿estás comiendo bien? Te veo un poco más delgado — dijo con preocupación.

—Sí, mamá. Ya sabes que me gusta cuidarme, como de todo: pescado, carne, pasta... Créeme, no me privo de nada —dije sonriendo.

—¿Y cómo va todo con la chica con la que te vas a casar?

—Genial, aunque aún no se lo he pedido pero tarde o temprano te daré la buena noticia. Fíjate, incluso le he compuesto una canción.

—Eric, cariño, estás irreconocible —dijo alzando las cejas—. Qué gantas tengo de conocerla porque lo que está haciendo contigo tiene mérito.

—Mamá, ¿has visto las grabaciones que colgué en YouTube de mis actuaciones en el Mistral?

—Claro, las he visto con mis amigas, y nos encantaron. Catherine dice que es la voz más bonita que ha oído nunca, aunque claro es medio sorda y tampoco te puedes fiar...

—Gracias, mamá —dije con resignación—. Y tú, ¿cómo estás?

—Gracias a Dios de salud de maravilla, aunque me siento un poco sola. ¿Cuándo vienes?

—A ver si te echas un novio, mamá, que ya va siendo hora.

—No hay nada que valga la pena, créeme, lo he intentado —dijo encogiéndose de hombros—. Incluso por internet, pero solo hay fotos de chicos musculosos en el baño.

Deseaba que se echara un amante para verla feliz, aunque también era cierto que siempre estaba rodeada de grandes amigas con las que acudía al teatro o al cine. Sin duda, el don de gentes lo había heredado de ella. Nos despedimos afectuosamente hasta la siguiente ocasión.

Cené algo ligero acompañado de una copa de vino en la barra del Mistral, pues todas las mesas estaban ocupadas. Miré mi teléfono por enésima vez por si recibía algún mensaje de Amanda. Paciencia, me dije. Lou echaba una mano ejerciendo de intermediario entre la cocina y los camareros. Kate se sentó junto a mí y me besó en la mejilla con cariño.

—Te echábamos de menos en el escenario —dijo ella.

—Pues estoy como loco por cantar. De hecho me he estado reservando para esta noche, ni siquiera estos días he cantado en la ducha —dije, bromeando.

—Oh, muchas gracias —dijo Kate sonriendo—. Por cierto, esta noche te presentaré yo, para variar.

—Es lo que siempre he estado deseando, tú tienes más glamour que Lou —dije guiñando un ojo.

—Anda, calla, pelota —dijo. Y se levantó del taburete para dirigirse hacia el escenario.

Una vez que Kate me presentó, subí al escenario entre la calidez de los aplausos del público. En cuanto me senté frente al piano, las luces bajaron de intensidad y la atmósfera del Mistral se tiñó de expectación.

—*Mesdames et messieurs*, siempre acostumbro a cantar canciones de Frank Sinatra, pero esta vez me gustaría romper la costumbre. Por favor, permítanme presentarles una canción compuesta por mí en honor a una persona muy especial que he conocido en Las Vegas.

Los primeros compases de la lenta melodía se columpiaron por el aire, como una suave caricia bajo la luz de la luna. La letra hablaba de dos desconocidos que se conocen y se enamoran.

Estaba escrita al completo en inglés. Mientras interpretaba la canción, sentí mi cuerpo sacudido por una palpitante fogosidad. El público me oía en completo silencio.

Entonces ocurrió lo más extraordinario del mundo. Al fondo del restaurante, entre la penumbra observé cómo entraba una mujer vestida con un esplendoroso vestido de lentejuelas. Una gran cantidad de miradas de hombres y mujeres se centraron en ella. Al principio me costó reconocerla, pero cuando se acercó a una de las lámparas de la barra, el corazón dio un salto mortal. Era Amanda, sonriente y bellísima como de costumbre.

Me costó mantener la compostura, pues mi primer impulso fue interrumpir la actuación, saltar del escenario y correr hacia ella. La canción había surtido efecto y Amanda estaba conmigo.

Desde ese momento hasta la final no dejé de mirarla, embelesado. Era como si el público hubiera desaparecido de repente, y solo permanecíamos ella y yo en el mundo. En su rostro aprecié una expresión emocionada al comprender por la letra que hablaba sobre ella. Se llevó la mano al corazón mientras sonreía con una dulzura maravillosa.

Anhelando finalizar mi actuación y acercarme a Amanda, nada más acabar la canción me bajé del escenario ante el estupor del público, que no sabía si aplaudir o quejarse. Una gran felicidad me inundaba por completo, mi cuerpo vibraba de emoción. La necesitaba tanto...

—Amanda —dije. Y la besé en la boca sintiendo una oleada de Chanel sacudiendo mi alma—. Estás bellísima.

—Tenía que venir —dijo colocando una mano sobre mi pecho. Sus ojos brillaban al verme—. ¿Podemos hablar?

Tomamos asiento en los taburetes de la barra, y le cogí de la mano, pues ansiaba su inyección de dulzura en mi cuerpo. Sin ella

era como un naufrago sin isla. Mientras ella hablaba, yo la acariciaba con el pulgar, suavemente.

—La canción es preciosa. Lo más bonito que nadie ha hecho por mí —dijo ella visiblemente emocionada—. ¿Por qué no me dijiste que componías?

—Porque yo tampoco lo sabía hasta que me puse frente al piano evocando tu recuerdo. Te echaba tanto de menos... Me mata estar sin ti, Amanda. Cuando entraste en tu casa la otra noche no sabía cuándo te volvería a ver —dije dolido.

Amanda se mordió los labios y desvió la mirada. Percibí que deseaba confesarme algo, pero que las palabras se le atragantaban. Dejé que ella decidiera cuando empezar a hablar.

—He venido para pedirte disculpas. Aquel día que viniste a mi casa... me dejé aconsejar mal... mi maldita inseguridad. Cometí un error contigo al tratarte de esa forma tan cruel. No lo... —dijo Amanda, y noté cómo sus ojos se nublaban por las lágrimas al bajar la vista de nuevo.

La tomé de la barbilla y la miré fijamente.

—Amanda, comprendo tu reacción, y no pasa nada, todo está bien. Pensabas en tu hijo, por eso no tengo nada que perdonar —dije. Me levanté y la besé en la mejilla. Ella sonrió, agradeciendo el cariñoso gesto—. Lo que importa es que estás aquí y ahora, conmigo. Y cuando estoy contigo me siento pletórico, único, con el depósito lleno de amor.

Amanda negó con la cabeza, sonriendo, como diciendo «eres incorregible».

—No he conocido a un hombre que expresara tanto sus emociones como tú, Eric.

—Te prometo que siempre seré fiel a mí mismo —dije procurando mostrarme con la mayor sinceridad posible.

En ese momento salió Lou al escenario para anunciar que mi actuación finalizaba por motivos personales. El público, sin grandes dramas, se concentró en sus respectivas mesas para retomar la conversación.

Amanda se levantó del taburete y me susurró al oído.

—Llévame a donde quieras. Finjamos que huimos a París y que lo dejamos todo detrás. Hagamos una escapada romántica esta noche.

—*Enchanté* —le susurré a su vez, deseando transmitir una torrente de sensualidad—. Te llevaré a París en coche. Está muy cerca de aquí, conozco un pasadizo secreto —dije, enigmático.

—Dicen que es una ciudad maravillosa.

La cogí de la mano y salimos a la calle, sin despedirme de Kate o de Lou. Deduje que comprendieron la situación nada más ver a Amanda entrando en el Mistral. Amanda y yo caminamos cogidos de la mano bajo el cielo nocturno; la temperatura era magnífica.

Me detuve camino del Ferrari y la estreché entre mis brazos, deseoso de sentirla muy cerca de mí.

—Si solo supieras cuánto te he echado de menos —dije mientras le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano, bebiendo una vez más del abismo de sus ojos azules. Allí quería morir una y otra vez.

—Bésame, Eric.

Cogí una de sus manos y entrelacé sus dedos con los míos, después la otra mano, deseaba llenarme de Amanda en todos los sentidos. Miré su boca roja como si fuera el manjar más delicioso.

Entonces ella cerró los ojos, y yo incliné la cabeza. Sentí el palpitar de mi corazón como si fueran martillazos. Primero conquisté su lengua, después nuestros labios se fundieron en un beso eterno y de película. Cuando terminó el beso, nos volvimos a abrazar buscando la emoción más extrema. No decíamos nada, no hacía falta, hablábamos con el beso y las caricias, el verdadero lenguaje del amor. Un beso bajo la luz de la luna es pura poesía y locura.

Sonreímos, embrujados por el momento, por el silencio, por Las Vegas... Todo era un lujoso decorado para escenificar nuestra pasión.

—Amanda, no me canso de repetirlo, eres bellísima. Eres mi musa, mi inspiración, como no estés en mi vida me suicido —dije sin dejar de acariciarla.

—A veces pienso que eres un espejismo, una ilusión de mis sentidos —dijo ella, y posó su cabeza sobre mi pecho.

La volví a besar, desesperado de nuevo por su sabor recorriendo mis venas, sanando todas mis heridas. Y cada beso era un inolvidable y glorioso viaje hasta lo más profundo de la noche. Nunca había sentido algo igual por ninguna otra mujer, ella era diferente a todas. Un punto y aparte. No deseaba desprenderme de ella ni por un segundo. Así era lo que despertaba en mí, un cúmulo de sensaciones tan intensas que hacía olvidarme de todo, incluso de mi nombre y de dónde venía.

Abrí las puertas del Ferrari y ambos tomamos asiento. Introduje la llave, apreté el botón de contacto y puse primera.

—¿Preparada?

Ella asintió con la cabeza. El potente rugido del motor rompió el silencio de la noche.

Capítulo 8

AMANDA

En cuanto cruzamos el umbral de la casa de Eric, me lanzó una mirada llena de deseo, ambos envueltos en la penumbra. Me acarició la mejilla y posó sus dedos sobre mis labios, con ternura, como si los estuviera dibujando sobre un lienzo. Sentí una opresión en el pecho. Me costaba creer que existiera un hombre tan atractivo, tan sexy y que estuviese delante de mí, exhibiendo sin disimulo el efecto que yo le causaba.

Había tantas cosas que deseaba confesarle pero las palabras no acudían a mi boca; estaba en blanco, perdida en el instante, entregada sin remisión a Eric.

Todo era silencio en la casa. Cerré los ojos al sentir sus manos aferrándose a mis caderas, y mi cuerpo se estremeció. Sin darme cuenta, dejé caer el bolso al suelo.

Fue excitante cuando sentí sus labios besando mi cuello, lentamente, muy lentamente... Cada beso parecía un húmedo susurro deslizándose sobre mi piel.

—Amanda, te deseo tanto, me muero por hacerte el amor esta noche y todas las noches si tú me dejas...

Su exótico acento me encendió aun más, como de costumbre. Mi cuerpo reaccionaba abriéndose a él, a su aroma, a su virilidad, a su misterio... Su exquisita suavidad me atravesaba por completo, relajando mis músculos.

A través de su traje sentí la fortaleza de sus poderosos brazos protegiéndome, aislándome del peligro. Con él estaba a salvo de todo y de todos. Eric era mi excitante refugio clandestino.

—Me vuelves loca... todo... de ti... —musité.

Me tendió la mano y ambos subimos las escaleras sin dejar de mirarnos, aún todavía envueltos en la penumbra. Notaba mi corazón cada vez más acelerado, y mi cuerpo parecía ligero, casi flotando.

Al llegar al dormitorio Eric hizo el ademán de encender la luz, pero se lo impedí. A través de la ventana la luz de la luna nos bañaba, mágica y sugerente.

—Me gusta este ambiente misterioso... —dije.

Eric se acercó a mí por la espalda, me bajó la cremallera del vestido, y abrió el broche del sujetador...

—No puedo más. Me muero por estar dentro de ti —dijo con la voz temblando, casi sin respiración.

La temperatura de mi cuerpo aumentó vertiginosamente. Anhelaba que me poseyera de una vez, y que todos nuestros deseos se colmaran.

Al borde de la cama sus manos se introdujeron por detrás del vestido y, por debajo del sujetador, se apoderaron con ansia de mis pechos. Era un gesto rebotante de lujuria, como si sus manos fueran parte de mí... pura y loca fantasía.

Me apretó los pezones y gemí. Accedería a todas sus demandas, mi sumisión era incondicional.

Mi cuerpo me pedía más y más, pues no se conformaba con una parte de él, lo deseaba al completo. Con las manos lo empujé hacia mí, y él se encorvó para que una de sus manos se deslizara por mi vientre y llegara hasta mis bragas. Primero me acarició el sexo por encima, sin entrar de lleno en él, solo sintiendo sus hábiles dedos a través del tejido, impacientes por entrar dentro de mí. Gemí de nuevo, pues mi cuerpo era un torrente de calor guiado por un placer que subía y bajaba por mis zonas erógenas, descontroladas.

—Eric, cariño... Me excitas tanto... —dije incapaz de contener la intensa ola de emoción que me arrastraba.

Deslizó sus dedos bajo las bragas y el contacto con la vulva se hizo más intenso, más hambriento... Con una mano aferrándose a mi pecho, masajeándolo con lascivia, y su inquieto dedo dentro de mí, moviéndolo de arriba hacia abajo, me sentí poseída por un frenesí incontrolable.

Eric me mordió en el cuello, pero no sentí dolor sino un irresistible placer.

Coloqué mi mano en su entrepierna, notando su pene erecto, ardiente, dispuesto a ser protagonista. Eric me dejó caer sobre la cama, y enseguida oí cómo se desabotonaba la camisa. Me giré para contemplar su pecho musculoso y duro, más abajo el sexy tatuaje del dragón lanzaba una llamarada. Sin duda, Eric había nacido para vivir del sexo. Se bajó la cremallera y se despojó de los pantalones. Su desmedido pene colgaba como un largo periscopio emergiendo a la superficie de la lujuria.

—Desnúdate mientras voy por un condón —dijo caminando hacia la mesita de noche.

Le obedecí, dispuesta a ser tomada para su absoluto goce.

—Tengo que follarte o reventaré —dijo con la respiración entrecortada.

Eric se subió a la cama. A pesar de la penumbra, vislumbraba en su cara una expresión primitiva. Amaba su lado salvaje y tierno a la vez.

Sus ojos se deslizaron por cada curva de mi trémulo cuerpo, como si lo memorizase para que fuera suyo eternamente. Su pene, ahora escondido entre las sombras, lo adivinaba enhiesto, poderoso y brutal. Me mordí los labios, lo deseaba tanto como él a mí. Quería que me penetrase hasta lo más profundo de mi alma.

Eric comenzó a besarme en el estómago hasta que bajó hasta mi sexo. Noté como su excitante respiración se disparaba, mientras que sus cálidas manos sujetaban mis caderas. Gemí una y otra vez. Imposible de evitar pues sabía lo que se avecinaba.

Mi cuerpo se estremeció cuando lamió los labios de la vulva, y cuando me introdujo su largo dedo corazón, pensé que me volvía loca. Mis manos, agarradas al edredón, estrangulándolo. Eric lamía y movía el dedo, aumentando la intensidad, construyendo a buen ritmo el camino hacia el orgasmo. Después me frotó el clítoris con la palma. Miré hacia abajo y al contemplar su cabeza *made in France* entre mis piernas, buscando mi satisfacción de una forma tan erótica, me lancé al delirio a través de mi gemido más profundo y desgarrador.

—Ahora me toca a mí —dijo, ejerciendo un control absoluto sobre nosotros.

Eric se puso de rodillas, su cara con esa expresión descontrolada, llena de gozo. Rompió el precinto del condón y se enrolló el látex en su enorme pene. Aún con la respiración jadeante, mi amante deslizó su hombría dentro de mí, llenándome con el vértigo del placer por todo el cuerpo.

Gimió.

—Amanda...

Eric aumentó el ritmo, su pelvis en continuo movimiento, sin detenerse, inexorable hacia su destino. Su cuerpo era una máquina creada por los dioses. Lo rodeé con mis piernas para ofrecerle una mayor penetración, buscando aumentar su deleite.

—Eric, más fuerte, por favor...

Me costaba creer que estuviera a punto de correrme una segunda vez. Gemí con todas mis fuerzas, expresando todo el

disfrute de mi cuerpo, porque si no lo llevaba a cabo, si no escapaba de alguna forma, estallaría en mil pedazos.

Repetí su nombre tantas veces como me fue posible, apretando mis manos sobre su espalda de acero, mientras sentía que el tsunami se abalanzaría sobre mí de un momento a otro.

Mátame de placer, Eric.

Mi cuerpo se estremeció, convulsionándose con ferocidad.

Eric gimió desplomándose sobre mí. Después se colocó a un lado para recuperar el fuelle. Ambos estábamos destrozados, moribundos, todo el aire del mundo era insuficiente para nuestros pulmones.

—Ha sido asombroso, Amanda. Eres increíble, tu cuerpo es una maravilla —dijo al recuperarse.

—Mi vida... —dije abrazándolo con fuerza, como si temiera su desaparición en cualquier instante.

Sentí un pellizco en el estómago. Era el día de la inauguración del restaurante Mirage Bistro, y se esperaba una asistencia considerable, según Richard Lolly, el director de alimentos y bebidas del casino. Me había encargado preparar un catering para unas cien personas.

La buena noticia era que la elección del menú estaba bajo mi exclusivo criterio, lo que suponía potenciar mi creatividad. Así que se trataba de una ocasión para experimentar con todo lo aprendido en el anterior restaurante. Richard me dijo que, entre los invitados, figuraban chefs de otros casinos, por lo que también era una ocasión para lucirme.

La relación con él estaba siendo fantástica, además me había solicitado consejo para la decoración del restaurante. La confianza y el respeto de Richard me generaban mucha tranquilidad para afrontar el siguiente desafío de mi carrera como chef. Ahora solo quedaba que a la gente le gustara mis platos.

Me hubiese encantado que Scott fuera testigo de la inauguración, pero sus obligaciones con el colegio le impidieron acudir. Además, era demasiado pequeño para percatarse de la importancia del evento.

También eché de menos a Melissa. Desde aquel día en su apartamento no habíamos vuelto a hablar, pero mi intuición me decía que resultaba positivo crear una distancia provisional entre ambas. El tiempo revelaría si nuestra amistad era sólida o, por el contrario, acabaría marchitándose.

Los primeros invitados empezaron a llegar y se decidió que los camareros pasearan las bandejas. No me sorprendió que Eric apareciese con un esplendoroso ramo de orquídeas. ¿Cuándo fue la última vez que alguien me regaló flores?, me pregunté. Me costaba recordarlo.

—Venimos a desearte suerte en tu nuevo trabajo, cariño —dijo Eric, guapísimo con el pelo recién cortado. Llevaba varios botones sueltos de la camisa, dejando entrever su sexy pecho depilado y musculoso. Nos dimos un fugaz beso en los labios.

Con él aparecieron Lou y Kate, repartiendo sonrisas.

—Y a comer gratis, la verdad —apostilló Lou frotándose las manos.

—Qué bruto eres —dijo Kate, golpeando su brazo con brusquedad.

—¿Y ahora qué he dicho? —preguntó Lou encogiéndose de hombros.

—Os agradezco que hayáis venido. Espero que os guste lo que hemos preparado —dije con los nervios a flor de piel.

—Lo sabremos enseguida —dijo Eric tomando de una bandeja una panecillo con queso fundido y nueces.

Lou y Kate también se sirvieron y durante un momento se hizo un silencio eterno. Las manos me sudaron mientras esperaba el veredicto. Por fin, la cara de los tres fue de auténtico placer. Yo no podía estar más contenta.

—Está delicioso, Amanda —dijo Kate.

—Muchas gracias —dije, agradecida hasta el infinito.

Richard tiró suavemente de mi brazo para hablarme en privado.

—Necesito que saludes al director y a la subdirectora del casino —dijo en voz baja, como si fuera un secreto—. Les he hablado de ti y quieren conocerte. Por cierto, bonitas flores.

—Gracias —dije con una sonrisa.

Caminamos hacia la otra punta del restaurante. Aún no me acostumbraba al irritante sonido de las *slot machines*, así como el de los televisores a mi alrededor. En el Bellagio el restaurante se ubicaba en el pasillo de entrada al casino, y no en el centro como el Bistro. Ríos de clientes pasaban mirándonos con curiosidad.

—Amanda, te presento al Sr. Jenkins y a la Sra. Mason.

—Encantada —dije estrechando las manos.

La primera en hablar fue la Sra. Mason, una mujer atractiva de unos cuarenta años, con el pelo teñido de rubio y gafas de Armani.

—Está todo riquísimo. Enhorabuena, Amanda. Desde ya soy una gran fan —dijo inclinando la cabeza.

—Lo que deseamos todos es que lleves el restaurante a lo más alto —dijo el Sr. Jenkins, un hombre con un fuerte acento de Texas—. Confiamos en ti, no nos decepciones.

—No lo haré, descuide —dije palpando la responsabilidad de ser la nueva chef del Bistro. Resultaba lógico: cuanto más libertad y confianza, más grandes son las expectativas. Sería injusto quejarme ante esta nueva perspectiva, pues era lo que siempre había deseado.

Al regresar a la cocina para comprobar si mi equipo se manejaba bien si mí, noté que alguien me tocaba el hombro. Al girarme, la sorpresa fue monumental.

—Este salmón con langostino y huevo es excelente, Amanda —dijo Harry.

—¿Qué haces aquí? —pregunté frunciendo el ceño, temiéndome lo peor.

Harry dio un paso atrás y alzó las manos en son de paz.

—Eh, tranquila, me han invitado —dijo con una sonrisa irónica—. ¿Es que tu exmarido no puede venir a desearte buena suerte?

—Claro que sí, pero... —dije sorprendida por la actitud tan relajada de Harry. ¿Será verdad que desea cambiar las cosas tanto como yo?, me pregunté.

—Seguí tu consejo de llevarnos bien, y aquí estoy, disfrutando de tu comida. Me alegro que lograras por fin tu independencia.

—Gracias, Harry.

En ese momento una mujer atractiva de rasgos asiáticos se acercó a Harry, y lo rodeó por la cintura con actitud desafiante.

—Ah, Amanda, déjame que te presente a Mina, mi amiga y una talentosa galerista de arte.

Mina y yo intercambiamos una sonrisa. ¿Estarán saliendo juntos?, me pregunté, pero no me atreví a ser tan directa.

—Está todo muy rico —dijo Mina con una bebida en la mano.

—Muchas gracias —dije—. Perdonadme, pero tengo mucho trabajo.

—Ya nos veremos, Amanda —dijo Harry rodeando por la cintura a su amiga—. Por cierto, bonito ramo.

—Gracias.

Mientras regresaba a la cocina pensé en que algo había de impostura en la actitud Harry. No lo sé... De la noche a la mañana... Sencillamente no me convencía su cambio radical, ni su amiga Minda o Mina, o cómo se llame. ¿Qué está tramando?, me pregunté.

Capítulo 9

ERIC

El primer día que Amanda dispuso de descanso decidimos disfrutar de una jornada agradable en el lago Mead, emplazado a

unos cincuenta kilómetros de Las Vegas.

Scott se vendría con nosotros, sugerido por Amanda desde el primer momento. Era una magnífica ocasión para estrechar lazos con él, pues entre el colegio y las visitas de su padre, apenas si había dispuesto de un tiempo prolongado para conocerlo.

Alquilé por internet un pequeño velero de unos diez metros de eslora, suficiente para los tres. Al ser una sorpresa, callé como un muerto mis intenciones, por lo que todo fue gestionado en secreto.

Aquella mañana me acerqué con el coche a su casa, llevando conmigo un acompañante de excepción. Con el permiso de Amanda, había decidido regalarle a su hijo un perro labrador de cinco años, una de las razas más pacíficas, leales y cariñosas.

La cara de Scott cuando descubrió al perro fue de una alegría inmensa, y Amanda y yo nos reímos porque el animal no dejaba de lamer a Scott y ladrar, suponemos que también de felicidad al conocer a su dueño.

—Mamá, ¿cómo le llamaremos? —preguntó Scott con la cara iluminada.

—No lo sé... Soy malísima para los nombres —dijo mirándome, buscando ayuda.

—Mamá, ¿y si lo llamamos Capitán América? Por favor...

Amanda arrugó la nariz, en señal de desagrado.

—Demasiado largo, cariño.

—Ya lo tengo... Max —dijo, inspirado.

—¡Max me gusta, mamá!

Cogí de la mano a Amanda, y la atraje hacia mí. Me costaba despegarme de ella, dos metros de distancia me parecían mil

kilómetros. Ella se giró hacia mí y con una gran sonrisa adornando su bello rostro angelical, dijo:

—Adjudicado. Max es un nuevo miembro de la familia.

El perro ladró como para certificar su bautizo. Y yo, por primera vez, aprovechando su estado de alegría, me decidí a levantar a Scott para hacerle unas cosquillas en el estómago. Quizá exagero un poco, pero fue la primera vez en mi vida que cargaba un niño en brazos. Por desgracia, Scott puso una cara extraña, abrió la boca y decidió vomitarme encima. Amanda se llevó las manos a la cabeza.

—Lo siento, Eric, parece que tiene la tripa un poco... revuelta —dijo conteniendo la risa a duras penas.

—No me había dado cuenta —dije con cara de circunstancias, aún sosteniendo a Scott en brazos—. ¿Tienes algo para limpiar esto?

—Sí, claro, perdona —dijo sonriendo, y dirigiéndose a la cocina.

Dejé a Scott en el suelo con delicadeza justo cuando Amanda regresaba con papel de cocina.

—Lo mejor será que te quites el polo, te lo lavaré —dijo.

Obedecí y me quedé con el pecho al descubierto.

—Pues tendremos que parar por alguna tienda para comprarme otro.

—Por mí, estás bien así —dijo Amanda guiñándome un ojo.

—No soy un trozo de carne, cariño, también tengo mi corazoncito —dije tomándola por la cintura y perdiéndome como siempre en sus ojos azules.

—Idiota —dijo sonriendo, negando con la cabeza.

Sin pensarlo dos veces, la tomé con ternura por el cuello, y me incliné hacia ella, anhelando sus labios de primavera. Las lenguas se fundieron como dos olas en alta mar, llenándome con su delicioso sabor. Después de besarnos, me apoyé en su frente, sonriendo.

—Voy a ver si encuentro un polo para ti por ahí perdido, no quiero que cojas un resfriado —dijo ella.

—No tardes —dije mientras ella subía por las escaleras, con nuestras miradas enganchadas.

Después del pequeño incidente del vómito, nos subimos al coche de Amanda, pues el mío era demasiado pequeño para los cuatro, la cesta de la comida, y los juguetes de Scott. En cuanto salimos de Las Vegas, decidí que era el momento idóneo para revelarles el secreto.

—He alquilado un velero para pasar el día —dije mirándola para comprobar su reacción.

—¿Qué? Eso es increíble. ¿Has oído, Scott? —preguntó mirando por el retrovisor—. Vamos a subir en un barco, ¿qué te parece? Genial, ¿verdad?

Me giré para contemplar la entusiasta reacción de Scott. Era asombroso contemplar la pureza de su mirada, y cómo a través de ella, se adivinaban sus alegres pensamientos.

—Mamá, ¿los barcos tienen iPad? —preguntó Scott mientras apartaba al perro, que estaba como loco por jugar.

—No, Scott —dijo suspirando. Después me miró—. Está enganchadísimo a un juego de ninjas que cortan sandías por la mitad.

Pasada una media hora, entramos por el puerto del lago Mead y, después de rellenar varios formularios, el encargado nos

acompañó hasta el muelle. Scott y Max correteaban, locos de alegría. Ante nosotros se extendía el mayor lago y embalse artificial de los Estados Unidos, como un mar inmenso rodeado de montañas. Era un día caluroso, con el sol pegando fuerte y sin viento, lo que suponía una ventaja para navegar.

—¿Sabes manejarlos? —preguntó Amanda.

—Sí, por supuesto. Mis padres tenían un velero en Le Havre, solíamos navegar cada domingo. Guardo muy buen recuerdo de esos tiempos.

Los cuatro cruzamos la pasarela y tomamos posesión del velero. Era precioso, con unas líneas estilizadas y un acabado impecable. Además, por la popa un cabo sujetaba un bote en caso de apatrecernos desembarcar en la orilla.

Después de subir a bordo, encendí el motor, largué amarras e inicié las maniobras para alejarnos del muelle. Scott, calado con una gorra, y Max jugueteaban en la cubierta, vigilados en todo momento. Amanda se sentó a mi lado, junto al timón. Ella también llevaba puesta una gorra, además de las gafas de sol.

—No sé mucho sobre tu familia, solo sé acerca de tu madre, que trabaja como enfermera en París. ¿Y tu padre?

Tragué saliva. La ausencia de mi padre era un de esas heridas que nunca cicatrizan.

—Murió hace diez años en un accidente de tráfico —dije con la mirada fija en el lago.

—Lo siento, Eric. Debió ser duro para ti —dijo Amanda poniéndose de pie y rodeándome por la cintura, deseando transmitir su calidez—. ¿Estabas muy unido a él?

—Lo admiraba mucho, para mí siempre fue un ejemplo en todo. Lo tengo muy presente todos los días. Mira una foto de mis

padres cuando eran jóvenes —dije mientras buscaba en mi teléfono una foto antigua que conservaba por nostalgia.

En ese momento un yate de recreo entraba en el puerto. La tripulación, una pareja mayor, nos saludó agitando la mano. Respondimos con la misma cortesía.

Entregué el teléfono a Amanda con la foto ocupando la pantalla. Mis padres miraban a la cámara llenos de juventud y amor sentados sobre el capó de un viejo Peugeot. Sus siluetas, recortadas sobre el fondo nevado de Grenoble.

—Qué guapos —dijo ella, entregándome el teléfono.

—Hagámonos un *selfie* —dije—. Ven, acércate.

De un salto Amanda se aproximó a mí, abrazándome. Levanté el brazo y encuadré la cámara delantera del teléfono, después pulsé el botón. Con una gran curiosidad miramos la fotografía.

—Me encanta —dijo ella.

Nos dimos un beso rápido y fugaz. Ya resultaba indiferente la presencia de Scott, y eso solo podía significar que lo nuestro marchaba viento en popa.

—¿Y qué hay de tus padres? —pregunté, deseando también saber algo más acerca de Amanda—. Recuerdo que en nuestra primera cita me dijiste que tu madre había estudiado psicología, pero que nunca ejerció.

—Sí, es cierto. Ahora viven en Florida. Mi padre se jubiló hace dos años después de toda una vida dedicada a la construcción. El médico le aconsejó un buen clima por culpa de su artritis, pero está bien. Hablo con ellos una vez por semana, más o menos.

Scott se acercó y tocó la pierna de su madre, deseando hablar con ella.

—Mamá, ¿podemos vivir aquí con Max? Así no tengo que ir al colegio.

—Lo siento, cariño, pero no. El barco no es nuestro.

La cara de Scott fue de completa desilusión, pero enseguida se distrajo cuando Max comenzó a jugar con un cabo suelto encontrado en el camarote.

—Ven, ponte al timón —dije a Amanda.

—¿Quién yo? Pero si yo nunca... Tú eres el experto, Eric.

—Vamos muy lentos, a dos nudos. Tranquila, no vamos a naufragar —dije bromeando.

Amanda, a regañadientes, tomó el timón con ambas manos. Coloqué mis manos sobre las suyas, percibiendo la suavidad de su piel.

—¿A qué no es tan difícil? —susurré.

—De momento, parece que no —dijo sonriendo.

Solté una mano y la abracé por la cintura, nuestros cuerpos pegados uno al otro. Deseaba follármela ahí mismo, bajo el sol, desnudos con los cuerpos entregados, sin embargo, la presencia de Scott y Max no permitía relajaciones de esa clase.

—Esta posición me recuerda a Titanic —dije—. Yo soy DiCaprio y tú Kate Winslet, ¿qué me dices? ¿cantamos la canción de Celine Dion? *My heart will go on...*

Amanda se rió, y su risa me cosquilleó el alma.

Después de almorzar a bordo, de dormir una intensa siesta en los camarotes y de holgazanear un poco, decidimos desembarcar usando el bote con remos. Apetecía pasear por la orilla al atardecer, antes de iniciar la ruta de vuelta hacia el muelle. Nadie sospechaba lo que sucedería después, pues vivimos una situación muy desagradable.

Al desembarcar, como impelido por una fuerza inexplicable, Max se soltó de los brazos de Scott. Determinado a explorar el territorio a solas, corrió haciendo caso omiso a nuestras indicaciones.

Me lancé detrás de él, pero me resultó imposible alcanzarlo y, al poco, lo perdí de vista en medio de un terreno escarpado. Al regresar, me arrodillé para colocarme a la altura de Scott, el cual mostraba una cara compungida.

—Volverá —dije.

—Se ha ido a jugar solo, ahora regresará, cariño —dijo su madre, procurando tranquilizarle.

Paseamos los tres por la orilla con la esperanza de que Max regresara en cualquier momento o, al menos, oír sus ladridos a lo lejos. Amanda y yo ni siquiera deseábamos imaginar que ocurriría si no encontrábamos al perro. Scott preguntaba a cada minuto por Max.

Comenzó a anochecer y continuamos sin saber nada del perro. Scott rompió a llorar, así que decidí que lo mejor era regresar al barco, dejar a Amanda y a Scott, y salir en busca del perro con la ayuda de una linterna. Además, también empezaba a refrescar, y debíamos vestirnos con algo de manga larga.

Desembarqué solo en la orilla y me puse a gritar el nombre del perro por todas partes. Subí por una ladera de arena y matorrales, desde donde contemplé las luces del velero. Me imaginé que Amanda entretendría a Scott de alguna forma, o incluso le estaría

dando de cenar. Miré a mi alrededor y agucé el oído, pero estaba rodeado de oscuridad y silencio. Una gota de sudor me corría por la frente.

A pesar de que llevaba la linterna, al bajar me tropecé con una piedra y caí de bruces. En el antebrazo presentaba un fuerte arañazo, y comprobé que estaba sangrando por la espinilla.

—Maldita sea...

Pensé en que Max estaría asustado, inmóvil en cualquier rincón de las montañas. Desconocía la fauna que habitaba en la zona, pero me costaba imaginar que un perro lograra sobrevivir un tiempo prolongado.

Exhausto y dolorido, tomé la decisión de regresar sin Max. Al día siguiente regresaré con varias personas para continuar con la búsqueda, pensé. Bajo la luz de la luna y sin perder la referencia del barco, no me costó encontrar el camino de vuelta al bote.

Antes de embarcar, me detuve de repente, pues oí un ruido a lo lejos. Miré hacia la penumbra y agudicé el oído, pero el silencio continuaba reinando. Supuse que se trataría de mi imaginación. Para mi sorpresa, el ruido se transformó en unos ladridos. De repente, una sombra se acercó a mí a toda velocidad. Me llevé una inmensa alegría al reconocer a Max, meneando la cola como si nada hubiera sucedido. Lo abracé como a un viejo amigo y comprobé que su estado físico fuese correcto; y así era, apenas presentaba algunos arañazos.

—¿Dónde te has metido? —pregunté acariciándolo—. Supongo que nunca lo sabremos.

Subimos al bote sin perder un segundo. Antes de subir a bordo, Max empezó a ladrar, como si deseara anunciar su inminente llegada. Amanda y Scott se asomaron por la cubierta y expresaron su felicidad mediante gritos de júbilo.

Mientras Scott abrazaba a Max, Amanda me lanzó primero una mirada repleta de agradecimiento, amor y ternura. Después, nos abrazamos, como si fuera un soldado que regresara de la guerra.

Capítulo 10

AMANDA

Antes de que sonara el despertador, instintivamente abrí los ojos. Deseaba aprovechar unos minutos para refugiarme en Eric. Ambos nos encontrábamos desnudos entre las sábanas, rozándonos el alma y la piel. Le observé mientras dormía, su respiración sincronizada con el pecho, su apolíneo perfil descansando sobre la almohada, su pelo ligeramente alborotado... Estaba complacida de despertar junto a él, de sentirme abrumada por su virilidad y confianza en sí mismo.

Al contemplarlo la noche anterior, magullado y exhausto, con Max entre los brazos, supe me encontraba con un hombre de buen corazón. ¿Qué mujer se resiste a alguien que se desvive por complacer a un niño que apenas conoce?

Con el simple gesto de acariciarle el trabajado bíceps del brazo, Eric se despertó.

—*Bon jour* —dijo con voz somnolienta, parpadeando.

—*Bon jour* —dije sonriendo a la vez que le miraba a la espera de un beso.

Eric me obsequio con un amplio repertorio de besos cortos, pero de gran intensidad, dejando que las lenguas captaran profundamente el sabor del otro.

—¿Cerraste la puerta para que no entre Scott? No me gustaría llevarme un golpe como la otra vez —dijo Eric mirando la puerta.

—Tranquilo, cariño. Todo está controlado —dije acariciando su mejilla y sintiendo su barba de tres días.

Miré fugazmente el reloj del odioso despertador, aún restaban diez minutos para el inicio del horrible sonido de la alarma del despertador.

—Bésame otra vez, Eric —dije posando la mirada sobre sus labios carnosos. De saber que un francés me arrebataría el corazón, hubiese viajado a París al cumplir la mayoría de edad. Con solo billete de ida.

—Tus deseos son órdenes para mí, *mon cheri* —dijo acercándose.

El beso fue a cámara lenta, primero saboreando cada partícula de sus labios, y después de nuevo el baile intenso de las lenguas con ese estallido romántico de sabor y adrenalina. Después, cuando el beso se deshizo, volví a contemplar a mi amigo y amante como si presenciara una hermosa escultura.

Deslicé mi lengua por su musculoso pecho, dejando una estela húmeda, mientras jugueteaba con los testículos. Eric se mordió los labios, su cuerpo empezaba a reaccionar. Fue entonces cuando acaricié el pene con suavidad.

—Aún nos quedan unos minutos... —susurré con sonrisa traviesa.

Fue excitante percibir cómo se agrandaba a mi tacto hasta adquirir su portentoso tamaño de torre Eiffel. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos, preparándose para la *fiesta*.

Abrí la boca y, sin dejar de apretar los testículos, me introduje el suave capullo. Su pecho se hinchó, y levantó la vista para excitarse observándome entregada a él. Se merecía que adorase su virilidad sin cortapisas. Al romper lo había alejado de mí con malas formas y aún me atosigaba un sentimiento de culpabilidad.

—Para que luego digas que no te traigo nunca el desayuno a la cama... —dijo Eric con los ojos centelleando lujuria y frenesí.

—Me gustaría hacértelo durante horas.

Pasé la punta de la lengua por el glande saciándome con su viril sabor. Con ternura posó la mano sobre mi cabeza, guiándome para que me introdujera de nuevo su pene hasta el fondo de mi garganta. Lo chupé de arriba hacia abajo, de abajo hacia arriba, cubriendo cada poro como si fuese aire que necesitaba para respirar.

—Mírame, Amanda —dijo Eric con los ojos entornados.

Le obedecí, y nuestras miradas se engancharon formando un puente de lascivia y pasión. Seguí lamiendo su sexo, excitada, sumisa, venerándole... Rogando que se corriera en mi boca. Lo quería todo de él, de mi amante francés.

Gimió.

—Amanda... Lo haces tan bien... —dijo en voz lenta, ahogado en el sumo placer que yo le proporcionaba.

Aumenté el ritmo buscando que su corazón se desbocase. Eric y yo éramos adictos, adictos el uno al otro. Nuestros cuerpos se necesitaban con agonía y desesperación, como caníbales de la lujuria más memorable.

—No pares —dijo tirándome del pelo.

Sentí el pene en erupción, llenando al instante mi boca de una calidez densa. Eric lanzó un gemido. Su cuerpo se estremeció y percibí sus músculos en tensión, mientras se derramaba en mí como un torrente. Cuando terminó, yo aún jadeaba.

Por desgracia, sonó el despertador cuando me acurruqué a su lado, al resguardo de sus cálidos brazos.

—No vayas al trabajo, quédate conmigo —dijo Eric con un tono que parecía más una súplica que una orden.

—Me encantaría, pero no puedo —dije con lástima—. Quédate aquí si quieres, yo voy a levantar a Scott y prepararle el desayuno.

—¿No puedes quedarte un rato más? Me muero por estar dentro de ti...

—Me encantaría, Eric, ya lo sabes —dije mordiéndome los labios, asumiendo el maravilloso goce que me perdía—. Lo posponemos para esta noche. Tengo mucho que hacer en el restaurante. Estos primeros días todos estamos como locos —dije sintiendo cómo de repente unas lágrimas se deslizaban por mi mejilla.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? —preguntó Eric en voz baja, muy suavemente—. Si tan duro es el trabajo, puedo pagar a un sicario.

Solté una pequeña carcajada mientras me secaba la lágrima y evitaba que salieran más. Me sentía ridícula siendo tan emocional.

—No tiene nada que ver con el restaurante —dije mirándole fijamente con una mano sobre su pecho desnudo—. Me has dado muy fuerte... Eres todo lo que necesito. Jamás pensé que tardaría tan poco en volver a sentir mi corazón palpitar por alguien. Has encontrado todas mis zonas oscuras y las has llenado de luz, de confianza. Hace poco que te conozco y te has convertido en alguien indispensable en mi vida. Por eso son las lágrimas... de felicidad.

Aprecié un brillo inédito en su mirada, estaba segura que era correspondida, que sentía lo mismo que yo, a un nivel muy profundo. Eric me besó las manos, después las entrelazamos, como una metáfora de nuestra relación: éramos uno.

—Amanda, te adoro, eso ha sido muy bonito. Eres mi norteamericana favorita, sobre todo porque no estás loca como las

demás —dijo Eric, bromeando.

Solté una carcajada, siempre conseguía arrancarme una risa inesperada.

—Eso es muy halagador. Y ahora, vístete, por favor. No puedes ir por la casa desnudo —dije señalando su sexo colgante.

—Me quedaré aquí un rato más —dijo cubriéndose con las sábanas.

A pesar de que deseaba quedarme con Eric el resto del día, era imposible obviar mis obligaciones. Desperté a Scott y reñí a Max por tumbarse en la cama, junto a él. Debo buscar ahora una caseta, comida para perro, veterinario..., pensé. Mantener a un perro, por muy adorable que fuese, era una ardua tarea, pero merecía la pena al ver cómo Scott se entusiasmaba con el animal.

Rogué a Eric se encargara de enseñar a Max que el interior de la casa no era su retrete particular. Dejé a Scott en el colegio (después de convencerle que Max no podía acompañarle), y me dirigí al trabajo. Estaba tan ensimismada pensando en todo lo que tenía que hacer que acabé aparcando en el antiguo restaurante, en el Bellagio. La fuerza de la costumbre. Cerré los ojos e incliné la cabeza como si quisiera golpearme con el volante. Como es lógico, llegué con retraso al Mirage Bistro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó un compañero—. El Sr. Lolly ha preguntado por ti.

—¿Tan temprano? ¿Qué quería?

—No lo sé, no me lo ha dicho. Dice que deseaba verte con urgencia.

Llena de curiosidad, a través del teléfono interno pedí a su secretaria, Martha, hablar con él.

—Le está esperando desde hace media hora —dijo con voz impaciente.

Colgué en el acto y salí escopetada hacia su despacho. El Mirage era un casino con unas dimensiones tan amplias, con tantas puertas y habitaciones y pasillos, que acabé desorientada. Desesperada, solicité ayuda a un limpiador, el cual amablemente me guió hasta el despacho del Sr. Lolly.

Tragué saliva y llamé a la puerta.

—Adelante —dijo la voz grave del Sr. Lolly.

Entré y me fijé en que tecleaba vivamente en su ordenador de sobremesa. Quizá se pensase en que por la edad rechazara la tecnología, pero nada más lejos de la realidad. A su alrededor identifiqué un iPhone y un iPad.

—Amanda, toma asiento, por favor —dijo señalando la silla. Su rostro transmitía una seriedad inquietante.

No encontré una postura cómoda, así que simplemente junté las piernas y coloqué los brazos sobre el reposabrazos.

—¿Ha leído el de hoy? —preguntó señalando un periódico abierto de par en par sobre su escritorio.

—¿Cuál es? —pregunté estirando la cabeza.

—Las Vegas Review-Journal.

—No. ¿Por qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—Se ha publicado una crítica sobre el Bistro —dijo clavándome la mirada—. No sabíamos nada al respecto. Nuestras fuentes de información fallaron, no sé por qué. Siempre nos gusta saber con antelación cuando viene un crítico gastronómico, ya sabes, para prepararnos.

—¿Es buena o mala? —pregunté inclinándome sobre la mesa.

Se aclaró la garganta y, antes de empezar a leer la crítica, me miró como evaluando mi nivel de ansiedad.

—«Curioso por el nombramiento de una chef prácticamente desconocida, reservé mesa en el nuevo restaurante del Mirage. Antes de continuar he de confesar que no soy partidario de la comida fusión, así que cuando leí el menú arqueé una ceja...»

Al llegar a este punto el Sr. Lloyd levantó la vista y se reacomodó sus vistosas gafas. Su rostro no dejaba entrever ninguna emoción. Era un muro. Me agarré con fuerza al reposabrazos.

—«...Me dejé guiar por mi intuición y pedí una copa de vino blanco francés, y un plato de carne, el Steak Tartier con polvo helado de foie gras. Si mi boca pudiera hablar sin duda acudiría al psicólogo...»

Aquí Lloyd de nuevo hizo una pausa dramática, carraspeó y se reacomodó en su asiento sin dejar de mirarme, negando con la cabeza. Contuve la respiración.

—«...porque esa mezcla de sabores era a todas luces rocambolesca, con extrañas texturas para un hombre amante de lo clásico. Pero eso fue al principio, porque después me percaté de que un carrusel de sabores estallaba en mi boca, convirtiendo un sencilla plato en todo un viaje de aromas y sabores. Quédense con este nombre: Amanda Armstrong. Dará mucho que hablar».

Lancé un largo suspiro. Richard cerró el periódico, se levantó de su asiento y se dirigió a mí con los brazos extendidos.

—Enhorabuena, Amanda. Ese es el camino a seguir. Estamos muy orgullosos de ti —dijo, y después nos fundimos en un entrañable abrazo.

—Gracias, Richard. Significa mucho para mí.

Una sonrisa tonta e imborrable se dibujó en mi cara cuando regresaba al restaurante. Estaban pasando tantas cosas y tan buenas, que casi parecía milagroso. ¿Qué estoy haciendo bien?, me pregunté. No lo sé.

En ese momento oí el timbre de mi teléfono sonando desde mi bolsillo. Leí en la pantalla el nombre de mi abogado, David Bosch. El corazón se me encogió, como si fuera como consecuencia de un mal presentimiento, pero me esforcé por ignorar mi reacción. No son más que tonterías mías, me dije.

—Hola, David. ¿Cómo estás?

—Genial. Escucha, ¿tienes un minuto? Es importante.

—¿Qué ocurre?

—No hay una forma fácil de decirlo, así que lo soltaré de todos modos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dije deteniéndome en una esquina de la sala de juegos, pues el sonido de las *slot machines* y la música me impedían oír con claridad.

—El abogado de Harry me ha llamado esta mañana.

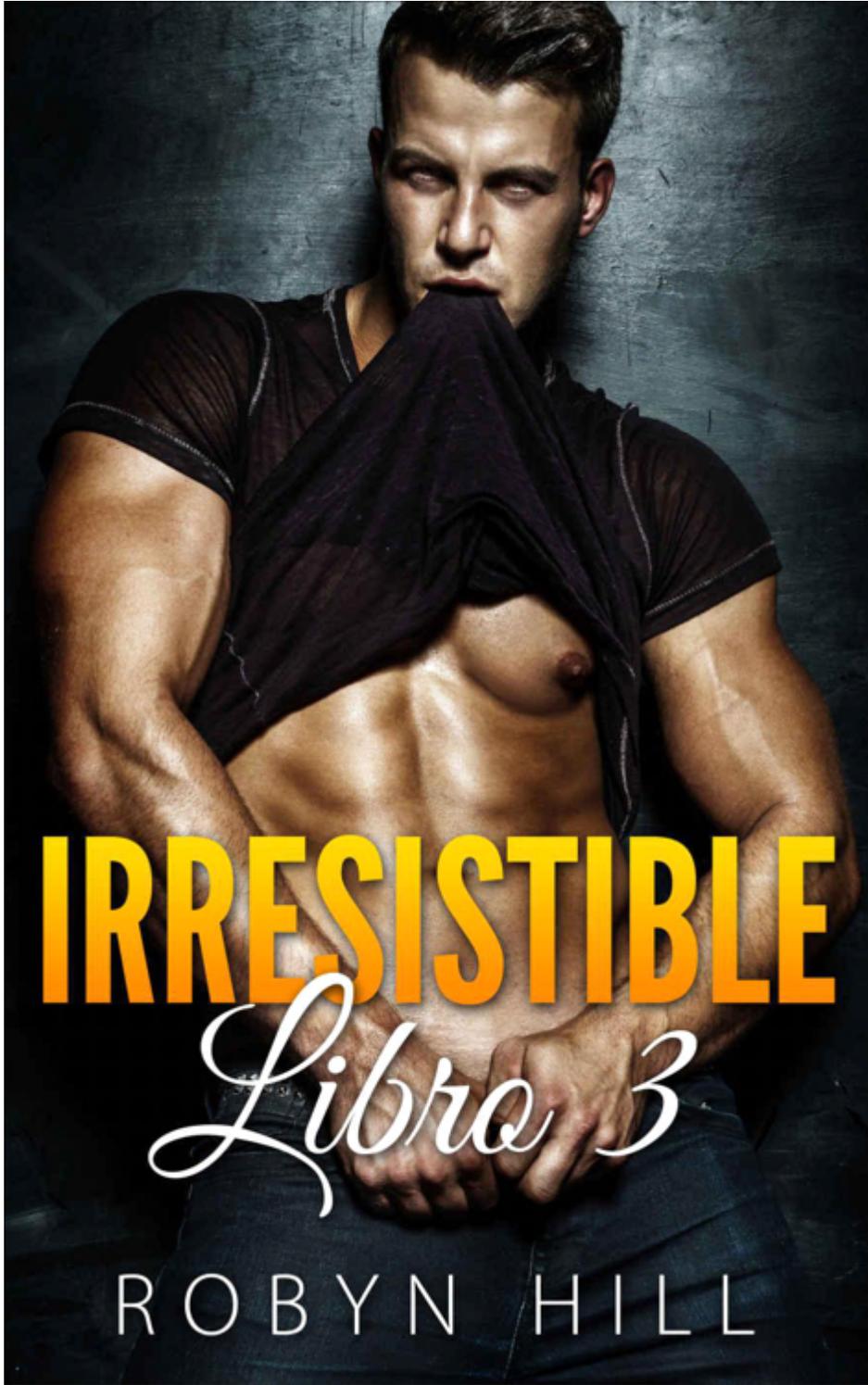
—¿Y? —pregunté con una mano sobre el pecho.

Se formó un tenso silencio de unos segundos, pero a mí me pareció eterno.

—Tu exmarido quiere la custodia de Scott, y está dispuesto a acudir a los tribunales.

Continuará...

FIN DEL LIBRO 2



IRRESISTIBLE

Libro 3

ROBYN HILL

Capítulo 1

ERIC

Me encontraba en el vuelo 260 de Virgin América con destino a Nueva York. Los acontecimientos se habían precipitado, pero ya disponía de un plan en marcha, algo descabellado aunque con aceptables posibilidades de éxito.

Desde el momento en que Amanda supo que Harry pelearía judicialmente por obtener la custodia completa de Scott, organizamos una especie de gabinete de crisis. Intuíamos que Harry usaría para influir en el juez mi pasado reciente como drogadicto. Aunque Amanda no se había atrevido a mencionarlo explícitamente, sabía que ese era su punto débil de la defensa. O debería decir que era *nuestro* punto débil, pues me sentía involucrado emocionalmente en el proceso.

Esa misma mañana Amanda y yo nos habíamos reunido con su abogado David Bosch, que nos habló a las claras. El acuerdo de divorcio expresaba con absoluta transparencia que Harry se encargaba de Scott los fines de semana, pero como cualquier documento legal es susceptible de modificación.

En opinión de David, la demanda de custodia completa era una exageración, pero Harry contaba con el mejor abogado de la ciudad y, si bien resultaba complicado que ganaran el caso, el acuerdo sobre Scott se podía equilibrar o incluso ser favorable a Harry. Es decir, un mes para cada uno de los padres, o los fines de semana para Amanda y el resto para Harry.

—Seamos prudentes. No podemos descartar nada. También habrá que ver que juez se nos designa —dijo David con un matiz sosegado. Era evidente que no deseaba crearnos falsas expectativas.

Al salir a la calle le ofrecí a Amanda mis recursos económicos, pero ella se negó.

—Confío en David. Lo conozco desde hace tiempo —dijo ella.

—Me siento culpable —dije cogiéndola de la mano.

Amanda sonrió con ternura.

—De algo estoy segura. Tú no tienes la culpa de nada, Eric. Harry quiere hacerme daño a través de nuestro hijo. Lo hubiera intentado de todas las maneras, sin importar la persona que estuviera a mi lado.

Sus palabras me reconfortaron, pero yo no deseaba quedarme de brazos cruzados, esperando que el destino moviese pieza por mí. El dinero guardado en el banco debía servir para algo, no solo para ostentar una vida de lujo.

Aquella misma tarde mientras Amanda trabajaba, se me encendió la bombilla. Si Harry se trasladaba a otro estado, ningún juez le concedería la custodia completa al residir el hijo en Las Vegas.

Con discreción lo consulté con mis propios abogados de Nueva York. Les pedí que averiguaran si el restaurante donde trabajaba Harry pertenecía al casino o si era una franquicia. El plan era sencillo: invertir una importante cantidad de dinero, ganar poder ejecutivo en el consejo de dirección y enviarle al estado más alejado de Las Vegas. Existía la posibilidad de que Harry dimitiera, pero entonces su posición se vería dañada frente al juez al no disponer de un empleo con el que mantener a Scott. Las posibilidades si no excelentes, al menos eran buenas para intentarlo.

Mis abogados no se demoraron más de una hora en prepararme un informe sobre el restaurante. Nada más empezar a leerlo, esboqué una sonrisa. La suerte me acompañaba, pues el restaurante no pertenecía al casino, lo que hubiera supuesto una barrera infranqueable. Los casinos son gestionados por empresas con un músculo financiero exorbitante.

El restaurante pertenecía a una sociedad rusa afincada en Nueva York, una empresa familiar con inversiones de todo tipo, incluso en aplicaciones y en *start-ups*. Por lo visto, les gustaba picotear aquí y allá. Es lo que se denomina un «ángel financiero», pues se dedicaban a invertir en modestas empresas pero con un riesgo elevado.

Seguí leyendo más acerca de la empresa. Disponían de restaurantes en varias capitales europeas como París, Londres, Roma, Barcelona, e incluso en Pekín. Sonreí para mis adentros, qué divertida revancha sería enviar a mi buen amigo Harry a nada más y nada menos que China.

Pedí a mis abogados que concertasen una cita con el presidente, Nicholai Svetchenko. No me costó conseguirla, ya que era un millonario deseando invertir una suma nada desdeñable en la compañía.

En cuanto compré el billete, hablé con Amanda por teléfono.

—Cariño, salgo para Nueva York ahora mismo. Me reuniré con mis abogados para ver si hay otra salida para la demanda de Harry. Al menos lo voy a intentar. Ya te contaré cuando tenga los detalles al completo.

—Gracias, Eric —dijo conmovida.

—Todo saldrá bien. Solo hay que ser optimistas, de nada nos vale pensar que todo irá mal.

—Tienes razón —dijo ella con un tono más esperanzador—. ¿Cuándo regresas?

—En una semana. Se me hará eterno estar sin ti.

De fondo oía murmullos y mucha agitación. Me imaginé la cocina en horas punta como algo parecido a un campo de batalla.

—A mí también, amor. Siento no despedirte en el aeropuerto.

—No te preocupes —dije procurando que no sintiera mal por esa razón.

—Ponte la camisa de seda gris que combina con tus ojos. Me encantan tus ojos, ¿te lo había dicho alguna vez?

—Sí, pero nunca me canso de oírlo —dije, halagado—. Ojalá pudieras venirte conmigo.

—Ya sabes que nada me gustaría más...

—No sé cómo voy a aguantar una semana entera sin estar dentro de ti —dije en voz baja.

—Piensa en el regreso, será apoteósico... —dijo con un tono malévolo pero divertido al mismo tiempo.

—Un beso, amor.

—Suerte y un beso, cariño.

Sin apenas dormir y después de seis horas de vuelo, aterricé de madrugada en el aeropuerto La Guardia. Un taxi me llevó hasta mi hotel favorito, el Waldorf Astoria.

Era una mañana muy calurosa cuando me dirigí desde el hotel al Edificio Chrysler. En una de sus oficinas se situaba la sede de la empresa de Nicholai. Un taxi me dejó en la puerta, y antes de entrar en el rascacielos miré a mi alrededor. Me encantaba Nueva York, algunos le llamaban la capital del mundo; no en vano vivir en esta ciudad debía de ser cómo vivir en la antigua Roma. Nueva York es un reino de asfalto, con todo lo bueno y lo malo que eso conlleva.

Para mi sorpresa, caí en la cuenta que echaba de menos la calma de Las Vegas en su zona residencial o en lago Mead. Con Amanda había aprendido a sacar provecho de la tranquilidad de las cosas. Al evocar su recuerdo sentí un agujero en el alma. Me encontraba a unos cuatro mil kilómetros de ella, y a mí eso me parecía como la distancia de la Tierra al Sol.

Me imaginé su radiante sonrisa al decirle que todo estaba arreglado, y que Harry se mudaría a otro estado o adónde fuera necesario al objeto de no molestarnos más. Solo con verla con ese brillo de ilusión en los ojos, me derretía de felicidad y hacía que el esfuerzo mereciera la pena.

Mis asesores me habían recomendado que no invirtiera a lo loco en una cadena de restaurantes, pero ellos no sabían la verdadera razón que se ocultaba tras mi objetivo, ni tampoco sentí la obligación de explicárselo.

—Eric, ¿estás seguro? —me preguntaron al teléfono esa mañana en la suite del hotel.

—Sí, Melanie —respondí con impaciencia. Ellos pensaban que se trataba de un capricho, pero nada más lejos de la realidad.

—Invierte entonces una pequeña cantidad.

—Gracias por el consejo, pero digamos que tengo una motivación especial...

—Eric, nos pagas para que cuidemos de tus intereses. Lo que estás a punto de hacer puede ser un error que lamentes el resto de tu vida. Tus inversiones van bien y tienes la vida asegurada, pero por favor ándate con ojo y piensa las cosas con calma. Hemos visto a mucho clientes pensar que lo tenían todo bajo control y bueno, no quieras saber cómo acabaron. Insisto, si vas a invertir, que sea una cantidad baja.

—Gracias, Melanie. Sé que cuidas bien de mí, pero créeme mi motivación es la correcta. De todas formas, ya veremos qué sucede en la reunión.

Después de anunciar mi presencia, una secretaria me acompañó a la sala de espera. Aproveché para volver a leer el informe sobre Nicholai. Era un hombre conservador. Sus tres hijos, nacidos en Estados Unidos y educados en las mejores universidades, ostentaban cargos relevantes en su empresa.

La oveja negra de la familia era su hermana menor Olena, una mujer que formaba parte del consejo de administración de la cadena de restaurantes, pero que era más proclive a las fiestas que a los deberes de su cargo. El informe incluía el perfil de Instagram de Olena, aficionada a actualizar su estado con fotografías en plena sesión de gimnasio. No pude evitar admirar su cuerpo sinuoso.

Cuando entré en el despacho de Nicholai, me encontré a un hombre bien trajeado, delgado, con escaso pelo y una mirada melancólica. En su mesa había una foto de su esposa y sus hijos.

—Eric, qué agradable sorpresa. Soy un gran admirador suyo. Creo que fue el mejor delantero francés de la última década —dijo con una gran sonrisa y rodeando la mesa. Eso era empezar con buen pie una reunión.

—Muchas gracias, Nicholai —dije, y nos estrechamos la mano.

—Aquí, en este país, el fútbol no levanta pasiones como en Europa o en Sudamérica. Créame si le digo que fui a verle más de una ocasión al Parque de los Príncipes. Por favor, tome asiento —dijo señalando una silla.

—Se lo agradezco —dije sin poder evitar una sonrisa. Confieso que de vez en cuando necesitaba que alguien me adulase de esa forma y, además, cuando es un extranjero, el efecto es mucho mayor.

—¿Echa de menos el fútbol? —preguntó tomando asiento frente a mí, al otro lado de la mesa.

—Por supuesto, de no ser por mi rodilla, hubiera jugado hasta los cuarenta años, como mínimo.

Nicholai soltó una especie de risa mientras me miraba, después se formó un silencio incómodo.

—Dígame, Eric ¿qué le trae por aquí? ¿En qué le puedo ayudar? Reconozco que soy todo curiosidad.

Comprendía su reacción y decidí no prolongar más el suspense.

—La razón de mi visita es su cadena de restaurantes. Le felicito, es todo un éxito y, además, se come de maravilla.

Nicholai asintió con la cabeza complacido, después se quedó inmóvil esperando a que continuara.

—Quiero invertir, y no con una cantidad simbólica, si no con una cuantiosa inversión.

Lentamente, Nicholai cambió de postura. Su cerebro estaba asimilando la noticia.

—¿Por qué quiere invertir? —preguntó bruscamente.

—Estoy buscando negocios exitosos para expandir mis inversiones —dije encogiéndome de hombros, como si quisiera hacer hincapié en lo obvio de la respuesta.

—Es un negocio que va bien, y con margen de desarrollo, pero la verdad es que tengo otras áreas que pueden ser más interesantes para usted. Créame lo que le digo. ¿Ha oído hablar de Suber? Es una start up que fabrica drones, es un mercado en auge. Necesitamos inversores con una visión global. Le ofrezco cambiar el mundo, y ahora es el momento —dijo gesticulando con las manos.

Comprendía su actitud, siempre es más complicado encontrar gente con dinero cuando se trata de invertir en empresas desconocidas. Nicholai era un vendedor y ese era su juego.

—Se lo agradezco, pero he de confesar que la tecnología es un campo que no me interesa demasiado. La restauración sí, como francés que soy ya se imagina cómo de bien valoro la gastronomía.

Nicholai hizo una mueca de disgusto, y después se recostó sobre su asiento.

—Lo que ocurre es que la cadena de restaurantes no está a la venta, ni busco inversores. Es el negocio que llevan mis hijos y mi hermana, y es intocable. Esa será su herencia, y si lo llevan a la bancarrota, no pienso darles ni un céntimo. Entienda que no es nada personal, solo se trata de mi familia. Como padre y hermano mayor tengo que velar por ellos.

—Estoy dispuesto a ofrecer 3 millones de dólares —dije con determinación.

Nicholai me miró fijamente, como si deseara leerme el pensamiento.

—Lo siento, Eric, no sabe cuánto le admiro y nada me gustaría más que ambos fuéramos socios, pero los restaurantes son... innegociables.

Me esforcé por ocultar mi decepción.

—¿Es su última palabra? —pregunté.

—Sí.

—En caso de que cambie de opinión... —dije sacando del bolsillo interior del traje mi tarjeta de visita, y colocándola sobre la mesa.

Salí del despacho sumido en una gran frustración. Todas mis esperanzas de llevar una inmensa alegría a Amanda, se venían abajo como un castillo de naipes. Sin embargo, aún me quedaba una bala en la recámara. Eric Cassel no se rinde a la primera.

Capítulo 2

AMANDA

—¿Qué ha pasado? —dije sin dar crédito a lo que estaba escuchando. Acababa de terminar en el Mirage, y me dirigía al coche cuando la madre de Melissa me había llamado al teléfono, consternada.

—Melissa está ingresada en el hospital —dijo con un nudo en la garganta—. Anoche se tragó un montón de pastillas, por suerte ella me avisó a tiempo y salimos corriendo a urgencias. ¿Puedes ir a verla?

—Por supuesto, iré ahora mismo, Bárbara —dije con un hilo de voz.

Mi amiga, a punto de morirse. No, no podía estar pasando, pensé.

—Está en el Sunrise Hospital. Aún no le han dado el alta, y se quiere ir a casa ahora mismo, sin esperar a la psicóloga del hospital. Qué cabezota, es. A ver si la convences para que se quede.

—No te preocupes. Ya estoy de camino.

Después de colgar, necesité unos segundos para tranquilizarme, pues estaba sumergida en un mar de sensaciones contradictorias. Contenta porque mi amiga había salvado la vida, pero triste por lo que suponía un intento de suicidio. Pensé que de alguna u otra forma, en medio de los cambios que se iban sucediendo en mi vida, estaba dejando a mi amiga rezagada. Cierto es que ella me había traicionado, pero algo dentro de mí me obligaba a perdonarla. En ese estado de arrebatamiento por Harry, estaba convencida de que nunca llegó a discernir con claridad.

Bárbara era un bella persona que siempre se había esmerado en cuidar a su única hija. Me imaginé lo mucho que debió de sufrir al enterarse de su dramático estado.

Ellas no habían dispuesto de una vida fácil. Melissa fue adoptada, y su padre era un alcohólico, el cual siempre se gastaba los cheques de la nómina en los casinos para apostar sin freno durante toda la noche. Al no disponer de mucho dinero para salir, ella y su madre siempre se quedaban en casa, y para matar el tiempo se dedicaron con esmero a la repostería.

Recuerdo cuando conocí a Melissa. Ambas entramos a trabajar el mismo día como asistentes de chef en el restaurante italiano, unos siete años atrás. Enseguida conectamos, pues nuestra edad era similar, y ambas pugnábamos por destacar en un mundo de hombres. Ella y yo nos hicimos fuertes creando una alianza incondicional.

Sonreí al recordar nuestros primeros días de formación. El chef Robert, un hombre de cincuenta años, muy gruñón, nos gritaba todo el tiempo. Pero al acabar la jornada nos reíamos como dos adolescentes porque en el fondo nos gustaba hacerle rabiar.

Nuestra amistad se volvió aún más sólida cuando ella se decidió a cargar la culpa por un error que yo había cometido. Ocurrió en una noche muy ajetreada, en la que además no me encontraba bien. Ordenaron unos fusilli sin champiñones, pues el cliente era alérgico. Desconozco cómo pero me despisté, por lo que el cliente se sintió indispuerto y se llamó a una ambulancia ante el pánico de sus familiares.

Por fortuna, todo quedó en un susto pero Robert estaba furioso y quería saber el nombre del responsable. Yo solo quería que la tierra me tragase. Nunca olvidaré lo que hizo mi amiga. Sin importarle las consecuencias, ella se autoinculpó del fallo. A pesar de que Robert descargó sobre ella toda la ira del mundo y que amenazó con despedirla, Melissa guardó silencio. Al día siguiente, cuando contemplé la situación desde otra perspectiva, hablé con Harry y me aconsejó que al día siguiente conversara con Robert para asumir mi error.

Así era Melissa: abnegada y leal. Por eso estaba triste al sentir que, sin darme cuenta, había alejado a mi amiga de mi lado. Quizá su alianza con Harry para acabar con mi relación con Eric no había sido más que una llamada de atención.

Al recordar todo eso mientras iba en el coche, no pude reprimir las lágrimas. Mi querida amiga del alma, casi me quedo sin ella, pensé. Todo cambia en un instante, y Melissa podía haber desaparecido de mi vida en cuestión de segundos, empobreciéndola.

Llegué al hospital y a paso acelerado me dirigí al mostrador de atención al público, donde me facilitaron el número de habitación.

Me encontré a mi amiga sentada sobre la cama. Llevaba la ropa del hospital y su delgadez era más que evidente. A su lado su madre miraba al techo con los brazos levantados, como rogando ayuda divina. La cara enfurruñada de Melissa mudó a una expresión de incredulidad cuando me vio aparecer.

—¿Qué haces aquí? —dijo con brusquedad.

—Cuánto me alegro que hayas venido, Amanda —dijo Bárbara suspirando.

—¿La has llamado tú? —dijo Melissa lanzando una mirada fulminante a su madre.

—Eres una cabezota. Necesitaba refuerzos —dijo su madre encogiéndose de hombros.

—¿Cómo estás? —pregunté acercándome a ella, después de dejar el bolso sobre la cama.

—Mejor, imposible —dijo ella sonriendo con ironía.

A pesar de desconocer su reacción, me fundí en un abrazo con ella. La situación no era fácil para ninguna. Me quedé mirándola, emocionada. No tenía mucho qué decir. Deseaba que entendiera mi presencia como un deseo de seguir siendo amigas, a pesar de todo. Lentamente sentí sus manos sobre mi espalda.

—A ver si la convences de que se quede esperando al doctor y a la psicóloga —dijo su madre con ojos suplicantes.

—Mamá, no empieces —dijo Melissa suspirando.

—Melissa, creo que es lo mejor.

—Estoy perfectamente. Solo me quiero ir a mi casa y ya está. Me han hecho el lavado de estómago y punto. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Qué cosas tienes que hacer? Ya no trabajas en el restaurante —dijo Bárbara mirándome.

—¿Lo has dejado? —pregunté.

—Sí. Me cansé de todo y lo dejé. Así de claro.

Mi intuición me decía que el motivo era Harry, pero no era la situación idónea para hurgar en la herida de Melissa.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer? —pregunté apoyándome en el borde de la cama.

—No lo sé, buscar trabajo supongo. Ahora no es algo en lo que quiera pensar.

Melissa hice el ademán de ponerse en pie.

—Bueno, mamá, vámonos a casa.

—Melissa, tu madre y yo te lo vamos a impedir, aunque tengamos que atarte con correas —dije cruzándome de brazos.

Melissa hizo un gesto de desesperación con las manos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué más da esperar un rato más? —pregunté.

—No me apetece hablar con ningún psicólogo. Los odio. No hacen más que comerte la cabeza. No estoy loca, solo tuve un mal día, y no sé que se me pasó por la mente. De verdad, estoy bien, vámonos a casa, y dejaos de preocuparos por mí. Mamá, por favor, pásame mi ropa del armario.

—Qué cabezota eres. Tienen que observar que tu cuerpo no ha absorbido nada de las pastillas. ¿No ves que tienen que realizar más pruebas? —dijo su madre.

Era el momento de usar la artillería pesada.

—Melissa, estás endeuda conmigo. Lo sabes, ¿verdad? — pregunté mirándola a los ojos, aludiendo a su pacto con Harry contra Eric.

—Sí, lo sé —respondió bajando la mirada.

—Pues quédate aquí, espera las pruebas, al médico y al psicólogo, y a quién haga falta y estaremos en paz. ¿De acuerdo?

—Pero... —dijo mirándome con expresión de impotencia.

—Me lo debes —dije interrumpiéndola.

Melissa lanzó un largo suspiro.

—Está bien, me quedo —dijo volviéndose a tumbar en la cama —. ¿Contentas?

—Mucho —dije mirando a Bárbara, que mostraba una amplia sonrisa.

La atmósfera se volvió más ligera y las tres nos relajamos.

—Y tú, ¿cómo has estado estos días? ¿Qué tal con Eric? — preguntó Melissa.

—Bien, bien —dije dudando si contarle los últimos acontecimientos.

—Hay algo que no me estás contando. Suéltalo, Amanda — dijo Melissa.

Mi amiga sabía cuando me rondaba algo por la cabeza que deseaba contar.

—Harry ha pedido la custodia completa de Scott.

—¡Será mal nacido! —exclamó Melissa sin andarse por rodeos —. Tu relación con Eric le sigue reconcomiendo.

—Ya tenemos fecha para el juicio.

—¿Has hablado con él?

—¿Con Harry? No, lo he dejado por imposible. Nos comunicaremos a través de los abogados y punto.

Entró una mujer de raza afroamericana con el pelo corto y rizado. Llevaba bajo el brazo una carpeta.

—Hola, buenos días. Soy Michelle, la psicóloga —dijo mirándonos a todas con cara circunspecta.

Antes de que continuara, Bárbara y yo las dejamos a solas. Había mucho sobre lo que conversar.

Al día siguiente, en el coche, Scott lucía con orgullo su camiseta morada que lo identificaba como miembro del campamento de natación. Durante el mes de agosto le enseñarían a nadar en la piscina municipal.

—¿Mamá, donde está Eric?

Me quedé extrañada, pues era la primera vez que preguntaba por él.

—Está en Nueva York visitando a unos amigos —dijo mirándole a través del retrovisor.

—¿Se va a quedar a vivir allí?

—No. Regresaré en una semana. Cogerá un avión, cruzará todo el país y volverá con nosotros.

—Ah —dijo mirando por la ventana.

—¿Le echas de menos? —pregunté

—Sí. Y Max también.

Su respuesta me emocionó. Eric había conseguido llegar al corazoncito de Scott.

Después de dejarlo en el campamento, me fui directa al despacho de Richard Lolly. Quería pedirle la contratación de Melissa como encargada de repostería del Bistró. No solo era mi amiga, sino también una excelente profesional a la altura de cualquier casino de Las Vegas.

Me presenté allí en su despacho sin anunciarme a su secretaria. Por suerte, se encontraba a solas, aún así llamé a la puerta.

—Pasa, Amanda —dijo Richard levantando la vista de una serie de documentos desperdigados por su escritorio.

Tomé asiento frente a él. Parecía satisfecho, con un brillo especial en la mirada. Sus gafas vistosas le hacían parecer un diseñador de moda italiano, más que un directivo de un casino.

—Estaba repasando los menús del bar que han traído ahora mismo de la imprenta. ¿En qué te puedo ayudar?

Carraspeé. Ordené a mi cerebro que no mencionara absolutamente nada del intento de suicidio. Nadie contrataría a un persona con una delicada salud mental.

—Quisiera pedirte la contratación de un persona más para el Bistró. Creo que nos vendría muy bien y aportaría mucho. Es una persona con años de experiencia, y tenemos suerte porque ahora mismo está sin trabajo. Dimitió por desavenencias con su jefe —dije sin concretar.

Richard se quitó sus gafas, se restregó los ojos y suspiró.

—Amanda, ahora mismo tenemos a Julio que está aprendiendo, y lo está haciendo muy bien.

—Julio es bueno, pero Melissa tiene más experiencia, creo que los dos pueden complementarse. Además, he trabajado con Melissa, respondo por ella.

Richard arqueó las cejas, como impresionado por mi vehemencia. Me sentía respaldada por la crítica de Las Vegas Review-Journal, y Richard lo sabía. Anhelaba tanto ayudar a mi querida amiga...

—Acabamos de abrir, de momento estamos bien así. Es pronto para contratar a más gente. Lo mejor, sin duda, es esperar a ver cómo evoluciona todo. Lo siento, Amanda. Estamos bien como estamos —dijo colocándose de nuevo las gafas.

—Richard, al menos puedes considerar a entrevistarla...

Negó con la cabeza.

—Haremos una cosa. Te doy mi palabra que en cuanto se abra una vacante, ella será la primera a la que llamaré.

Sonreí por educación, pero por dentro me sentía decepcionada. ¿Por qué no al menos accedía a entrevistarla?, me pregunté.

Su secretaria apareció con un paquete que dejó sobre la mesa.

—Richard, el Sr. Jenkins te envía esto urgente.

—Ah, gracias, Martha. Déjalo sobre la mesa. Debe ser el paquete de Canadá —dijo mientras lo abría.

—Gracias de todos modos —dije de pie, procurando disimular mi disgusto.

—De nada, Amanda. Cuando quieras, las puertas de mi despacho están siempre abiertas —dijo Richard concentrado en el contenido del paquete.

Salí de la oficina desorientada con respecto al siguiente paso que debía tomar.

Capítulo 3

ERIC

Con Nicholai fuera de la lista de opciones, su atractiva hermana se convirtió en mi objetivo. Gracias a su cuenta en Instagram localicé el gimnasio donde Olena acudía con frecuencia, el Equinox en Columbus Circle. Su cuota anual era de 25.000 dólares, así que era uno de los más selectos de Manhattan. Sin lugar a dudas, la rusa era una mujer rodeada de lujo y glamour.

Estaba convencido que no me supondría un considerable esfuerzo entablar conversación con ella, para así ofrecerle un rápido y sencillo negocio. Una cosa me llevó a la otra y acabé evocando el recuerdo de Amanda. La echaba de menos terriblemente.

Sonó el teléfono. Crucé el dormitorio de la suite y al ver su nombre en la pantalla, sentí un hormigueo en el estómago.

—Amanda, estaba pensando en ti ahora mismo. Te lo prometo —dije con una sonrisa.

—Es maravilloso la cantidad de veces que pensamos lo mismo. ¿Tendremos telepatía?

—Lo más probable —dije sentándome sobre la cama. Delante de mí, la ventana me ofrecía unas fabulosas vistas de la ciudad.

—Te echo de menos, Amanda —dije suspirando—. Echo de menos estar dentro de ti...

—Yo también, cariño. Cuando regreses te estaré esperando desnuda en mi cama.

—Me gusta cómo suena eso. Mi cama, tú y yo en ese pequeño reino de suavidad. Me lo imagino y no puedo evitar excitarme. Deseo tanto tu cuerpo... —dije con los ojos cerrados tumbado sobre la cama, pasándome la mano por el abdomen.

—¿Podemos hablar de algo menos sexual? Estoy conduciendo, voy camino al supermercado, y no me apetece tener un accidente... ¿Cómo va todo por Nueva York? ¿Qué han dicho los abogados?

Tragué saliva. Sabía que lo último que deseaba oír Amanda eran malas noticias.

—Son optimistas. Piensan que puede haber alguna posibilidad. Ahora mismo siguen revisando todo y preparando el caso para enviar un dossier a David lo antes posible.

—Genial. Gracias, Eric. Seguro que eso ayudará.

—Por cierto, ¿cómo está Melissa? —pregunté cambiando de tema.

Amanda me había enviado un mensaje explicando con brevedad la dramática noticia. Antes de que ella respondiera, se creó un pequeño silencio.

—Está bien. Más que nada ha sido un susto, le hicieron un lavado de estómago.

—Buff... eso es horrible —dije poniéndome en pie y paseando por la suite.

—Sí, pero ahora ya está en casa de su madre. La hemos convencido para que vaya al psicólogo una vez por semana.

—Me alegro. Pero ¿cuál fue el motivo?

—Harry.

Negué con la cabeza. Ese hombre destruía todo lo que tocaba. Recordé a Melissa la última vez que conversamos, en el portal de su bloque de apartamentos. Quizá fui demasiado duro, pensé. Pero estaba furioso al saber de su participación en la ruptura entre Amanda y yo. De saber lo que sucedería después, sin lugar a dudas mi tono hubiera sido más comedido, pero ya nada podía hacer para remediarlo. Miré el reloj. Se me estaba haciendo tarde para acudir al gimnasio.

—Te llamo esta noche. Hablamos luego, *adieu mon amour*.

—Adiós, amor.

En cuanto colgué, me dirigí al armario para colocar la ropa deportiva en una bolsa. Bajé a la entrada del hotel y me subí a un taxi. Al poco entraba en el impactante Time Warner Centre, en cuya galería comercial se encontraba el Equinox. Como era de esperar, la recepción desprendía un ambiente y olor de sofisticación extrema, con un pared de corcho y una decoración minimalista. Una dependienta muy atractiva me ofreció pagar solo un día a modo de prueba. Era perfecto, tiempo más que suficiente para esperar a Olena. Después de abonarlo con la American Express, la dependienta me acompañó hasta mi taquilla y me entregó una toalla.

—¿Dónde está la sala de máquinas? —pregunté.

—Venga conmigo, le guiaré —dijo ella con un lánguido tono de voz.

Una suave música *chill out* flotaba en el ambiente. Aquí y allá hombres y mujeres jóvenes se ejercitaban en las máquinas. Todo tenía un aspecto muy cuidado y limpio. Me senté dispuesto a ejercitar los bíceps.

—¿Le puedo ayudar en algo más? —preguntó la chica.

—No, gracias —dije con una sonrisa.

Vi a la chica alejarse con un mohín de disgusto. En otros tiempos ya hubiera conseguido su número de teléfono, pero la situación era muy distinta.

No habría transcurrido más de una hora cuando apareció Olena. Caminaba con la barbilla alta, movimientos rápidos y la cintura cimbreante. Sin lugar a dudas, era una mujer de un atractivo arrollador. De reojo observé cómo los hombres se fijaban en ella, o más bien la desnudaban con la mirada. Olena, a sus veintitantos años, parecía ajena a todo.

Se colocó unos auriculares y empezó con un trote suave en una cinta para correr. Me levanté de la máquina de glúteos y me sequé el sudor con una toalla. Me encontraba sosegado, el mejor estado para hablar con una mujer.

Caminé con decisión hacia ella, procurando centrar mi vista de cintura para arriba.

—¿Olena?

La rusa me miró con cierto desdén, como si fuera una emperatriz molestada por un súbdito, pero conmigo no funcionaba esa clase de juegos. Dentro de cada mujer, siempre late un imperioso deseo de conectar con la gente.

—Ayer conocí a tu hermano Nicholai. Me llamo Eric —dije tendiendo la mano, pero ella no la estrechó.

Olena frunció el ceño. Me fijé en que su cara estaba salpica de pecas y sus labios estaban pintados de un rojo muy intenso.

—¿Qué quiere? —preguntó sin mirarme y con un fuerte acento ruso. Me fijé en que en su dedo corazón relucía una alianza de compromiso.

—Es acerca de la cadena de restaurantes que te pertenece a ti y a tus sobrinos.

Esperé que ella asintiera, pero se mantuvo unos segundos mirando el panel de control de la máquina, después aumentó la velocidad.

—¿Qué ocurre? Diga lo que quiere y máchese, por favor —dijo bruscamente.

—Quiero ofrecerle un negocio muy succulento.

Olena me miró de arriba a abajo. En sus ojos aprecié una ligera melancolía, la misma que encontré en su hermano. Detuvo la máquina, y poco a poco fue disminuyendo la velocidad en sus pasos. Lanzaba largas respiraciones mientras cerraba los ojos. Su pecho se movía de arriba a abajo. La tentación de pasear la mirada por todo su magnífico cuerpo era enorme. Sin lugar a dudas, se trataba de una mujer de bandera.

—Espéreme en la salida en una hora —dijo al bajar del aparato.

Me cambié y, en el tiempo acordado, la esperé en el vestíbulo. Después de esperar veinte minutos de más apareció con otro aspecto diferente pero igual de impactante. Llevaba puesta unas gafas de aviador, una blusa naranja y un sombrero de ala ancha para protegerse del sol.

Al pasar a mi lado no me dirigió la palabra, pero yo me levanté y la seguí. Un Audi Clase A mal aparcado la estaba esperando en la 60th. Olena abrió la puerta y entró, dejándola abierta, así que subí sin vacilar.

El coche arrancó enseguida y se incorporó al tráfico. Olena olía a recién duchada, qué dulce tentación. Yo sabía que, en el fondo, su frialdad no era más que una pose, pues como todas las mujeres distantes era un volcán esperando entrar en erupción.

—Quiero invertir mucho dinero —dije sin más.

Observé de reojo al chófer, que parecía indiferente a nuestra conversación. Supuse que sería de esos hombres de confianza leales a su jefes, o al menos eso les gustaba pensar.

—Un millón de dólares —dije alto y claro.

Olena sonrió tímidamente. Era una mujer cargada de misterio. ¿Serían así todas las rusas?, me pregunté.

—Esta noche a las nueve en el Ritz de Central Park, suite 105. Sea puntual. Hablaremos de negocios.

Sin esperar mi respuesta, Olena inclinó el cuerpo para hablar con el chófer.

—Detente, Olef.

El Audi aparcó en doble fila. Antes de apearme, lancé una última mirada a Olena, pero ella escondía la mirada tras las gafas de sol.

Me duché y me vestí. Salí del Waldorf Astoria y tomé un taxi. Como de costumbre, llegaba con algo de retraso. A los pocos minutos me encontraba en el Ritz. Sentía un hormigueo por todo el

cuerpo. Nada debía salir mal, pues deseaba llamar a Amanda y contarle que estaba libre de preocupaciones.

Pregunté en recepción y un botones me llevó hasta la suite 105. Después de entregarle una generosa propina, me dejó a solas. Llamé a la puerta y me quedé esperando. El Ritz no tenía nada que envidiar en cuanto a lujo al Waldorf Astoria.

Olena me abrió la puerta. Llevaba el pelo suelto, una chupa de cuero beige y unos pantalones negros. Por primera vez, la veía sonreír plenamente, lo cual me sorprendió.

—Hola, Eric. Pasa —dijo en un tono amistoso.

Un tanto desconcertado por el cambio de actitud, entré en la suite. Afuera, Central Park se llenaba de oscuridad, contrastando con los edificios adyacentes, que desprendían una agradable luminosidad. Tomé asiento en un elegante y cómodo sofá desde donde se admiraba la suntuosidad de la suite.

—¿Qué te gustaría beber? —preguntó Olena en frente del mini bar.

—Lo mismo que tú —dije con una sonrisa.

—Entonces un poco de bourbon —dijo sirviendo en dos vasos —, ya que estamos en Estados Unidos.

Al entregarme mi copa, me fijé en su pulsera jaspeada con diamantes diminutos. Olena era una mujer acostumbrada al lujo, por lo que encajaba a la perfección en el ambiente refinado de la ciudad.

—Me gusta cómo haces negocios —dije con un gesto de la mano abarcando la suite.

—¿Es que hay otra forma? —preguntó tomando asiento en un sillón, en frente de mí. En su mirada brillaba la inteligencia y la

ambición.

Reí y negué con la cabeza. A todas luces, se trataba de una mujer fascinante con la que se conversaba de igual a igual. Nada más lejos de la imagen frívola desprendida de su cuenta de Instagram y del informe de mis asesores.

—Me imagino que has tenido tiempo para pensar en mi propuesta —dije antes de tomar un trago.

—Antes me gustaría saber por qué deseas invertir en la empresa —dijo cruzándose de piernas muy lentamente.

—Me parece que tienes entre manos una empresa rentable y con muchas posibilidades de expansión, más allá de capitales europeas o chinas.

Olena sonrió y dejó la copa sobre la mesa de cristal.

—Es curiosa la coincidencia que el exmarido de tu pareja trabaje para nosotros en Las Vegas. ¿No te parece?

Confieso que la sorpresa fue mayúscula. Esperé unos segundos para asimilar el nuevo giro de la conversación.

—Veo que estás muy bien informada —dije inclinando la cabeza en un gesto de admiración.

Olena asintió con la cabeza.

—El exmarido ha puesto una demanda de custodia completa del hijo, y lo que tú quieres es trasladarlo a otro estado para que el juez desestime la demanda.

—Más o menos esa esa es la idea —admití con una sonrisa.

—Debes estar muy enamorada de esa mujer, Eric.

Había subestimado a Olena y ahora ella tomaba las riendas de la negociación. Me estaba bien empleado. Mi estrategia debía cambiar por completo.

—No solo eso, además Amanda es una madre excelente que se desvive por su hijo. Seguro que puedes imaginar lo que debe estar sintiendo en un momento como este.

Tomé otro sorbo de mi copa. El bourbon desprendía un sabor espléndido y bajaba al estómago creando un ligero y reconfortante quemazón.

—Aún soy demasiado joven para ser madre —dijo moviendo su copa.

Era evidente que su intención no era facilitarme el camino.

—Dime una cifra, Olena, para trasladar a Harry a otro restaurante y cerremos el asunto de una vez —dije llevándome la mano al bolsillo para acceder a mi teléfono, desde el que realizaba mis transacciones.

—Eric, por si no te habías dado cuenta, el dinero no es un problema para mí —dijo colocándose de pie.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Ven, acompáñame —dijo tendiendo la mano—. Te diré lo que necesito.

Le tomé de la mano y cruzamos el salón. Estaba absolutamente intrigado. Nos detuvimos frente a una puerta blanca con cerradura. Antes de abrirla, Olena me miró y sonrió.

—¿Preparado?

—¿Qué quieres de mí? —pregunté con un tono de desconfianza.

Sin contestarme, Olena introdujo una llave y abrió la puerta. Lo que vi me dejó pasmado. La habitación estaba repleta de artilugios de sadomasoquismo, repartidos en varias estanterías. Todo bien ordenado y dispuesto para su uso. Collares, látigos, correas, esposas... En el medio, una cama cuyas sábanas eran de color negro. Mi cuerpo se estremeció.

—¿A qué no falta de nada? —preguntó con una resplandeciente sonrisa.

—Olena, te equivocas conmigo —dije mirándola.

Bajo ningún concepto estaba dispuesto a sacrificar mi relación con Amanda. Ya encontraría la forma de conseguir mi objetivo, pero no mediante el sadismo y la infidelidad.

De repente, sentí un fuerte mareo; todo empezó a darme vueltas y la visión se volvió borrosa. Me llevé las manos a la cabeza, aturdido. ¿Qué me está pasando?, me pregunté.

—No, no creo que me equivoque contigo —dijo Olena.

—Me encuentro... mal —dije cayendo al suelo.

La rusa no se inmutaba. Es más, me miraba como si no sucediera nada fuera de lo normal; sonreía, sonreía con perversión. Entonces comprendí que me había drogado.

—¿Qué... me has echado.. en el... bourbon? —pregunté; los párpados me pesaban.

—Te prometo que sentirás mucho placer. Placer y dolor, Eric —dijo mientras me desabotonaba la camisa—. No te preocupes, ahora Olena se encarga de todo.

Al instante, entré en una densa oscuridad.

Capítulo 4

AMANDA

En cuanto el trabajo me lo permitió, decidí acercarme al Mistral para hablar en persona con Kate y Lou. Quizá ellos sabrían de alguien que pudiera contratar a Melissa.

Al llegar, para mi sorpresa, descubrí un coche patrulla de la policía. Mi cuerpo se puso rígido. Temí que algo les hubiera pasado a Kate y Lou. Al caminar por el sendero empedrado que cruzaba el jardín, me encontré con Kate en perfecto estado de salud. Respiré aliviada.

—¿Qué ha pasado?

—Han entrado a robarnos —dijo Kate señalando una ventana rota. Los añicos del cristal estaban esparcidos por el jardín.

—¿Cuándo?

—Hace una hora vinimos a preparar todo como siempre y nos encontramos con la ventana rota. Suponemos que fue durante la noche.

—¿Estáis bien? ¿Y Lou?

—Sí, está adentro hablando con la policía. Tengo mal cuerpo, pero le he dicho a Lou que abramos, tampoco queremos darle muchas vueltas al asunto. No es la primera vez ni será la última. Por suerte, lo tenemos todo asegurado.

Lou apareció por la puerta despidiendo al agente de policía.

—Los ladrones no encontraron nada. No somos tan tontos como para dejar la recaudación en el restaurante —dijo Kate.

—Hola, Amanda. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó Lou.

—Oh, no creo que sea este el momento. Quizá otro día...

—Pasa, pasa, no seas tonta. Nos viene bien distraernos un poco. ¿Cómo te va en el restaurante? —preguntó Kate.

—Genial. Por fin estoy cocinando lo que me apetece.

—La comida de la inauguración estaba deliciosa. Te prometemos que iremos a verte algún día —dijo Lou entrando al restaurante detrás de mí.

Sorteamos algunas mesas y sillas que aún yacían por el suelo. Lou y Kate podían considerarse afortunados, solo les habían roto una ventana y llevado la máquina registradora sin una cantidad considerable de dinero.

Tomamos asiento cerca del escenario. El Mistral parecía otro restaurante de día, más austero. Saqué del bolso el currículum vitae de Melissa.

—Me encanta tu bolso —dijo Kate señalándolo—. ¿Dónde lo compraste?

—En el Fashion Mall, en una tienda que han abierto recientemente.

Lou miró la fotografía de Melissa del currículum vitae.

—Ah, Melissa —dijo asintiendo.

—¿La conoces? —pregunté frunciendo el ceño.

—Sí, Eric y yo un día fuimos a su casa —dijo Lou e inmediatamente cerró los ojos, como dándose cuenta de su error.

—¿A su casa? ¿Cuándo? —dije mirando a Kate, desconcertada.

—Eh... no, quiero decir —dijo Lou poniéndose rojo como un tomate—. No conozco su casa. Yo me quedé esperando en el coche mientras Eric hablaba con ella.

—No sabía nada, pero, ¿por qué? —pregunté.

—A mí tampoco me habías contado nada, cariño —dijo Kate, cruzándose de brazos.

Lou se llevó una mano a la cara, tapándose los ojos.

—Eric me va a matar...

—¿Qué pasó? ¿Por qué fuisteis a su casa? —insistí.

—Ya te digo que no fuimos a su casa. Vimos a Melissa y Harry discutir y la seguimos. Eric y Melissa hablaron en el portal, durante unos cinco minutos más o menos.

—¿La seguisteis? Pero ¿os volvisteis locos o qué? —preguntó Kate alzando las cejas.

—¿De qué hablaron? —pregunté.

—Eric sospechaba que ella y Harry habían maquinado en su contra para que rompieras con él. Digamos que quería decirle que lo que hizo estuvo mal.

La actitud de Eric me parecía razonable. Él también tenía derecho a estar furioso con ella.

—¿Por qué no me dijo nada a mí primero? —pregunté.

—¿Le hubieras creído? —preguntó Lou inclinándose hacia mí.

—Absolut... —de pronto me quedé pensativa—. Bueno, no lo sé. Pero me hubiera gustado que me lo hubiera contado después. De lo contrario, parece que me está ocultando algo. En cuanto hable con él, se lo diré.

—¿Y nos trajiste su currículum para...? —preguntó Lou.

—Ah, sí, qué tonta. Melissa dejó el restaurante de Harry y está buscando trabajo. Es una gran repostera, por si en un momento dado se necesita que eche una mano aquí en la cocina.

—Ahora mismo estamos bien, Amanda, pero déjanos el currículum. Te prometo que pensaremos en ella llegado el caso —dijo Kate leyendo el currículum—. Además, si viene recomendada, mejor que mejor.

Notaba a mi hermano Roy abatido por teléfono.

—¿Se lo has propuesto al final o no? —pregunté.

—No. ¿Para qué? Carey le preguntó a Jessica, una vieja amiga recién casada, si ella tenía la intención de tener hijos algún día y ella respondió que no. Entonces Carey, delante de todos, le soltó un discursito en el que decía que el matrimonio es para aquellos que quieren formar una familia. Y si no era así, para qué andarse con papeleos que no sirven para nada. Eso fue lo mismo que yo le dije años atrás, cuando empezamos a salir. ¿Te lo puedes creer?

—Roy, ¿vas a estar con esa duda toda la vida? Pregúntaselo de una vez, si no te arrepentirás. Créeme.

—No me atrevo, Amanda. Qué complicado resulta a veces todo. Aún estoy traumatizado cuando Tony me dijo que no, ¿cómo me voy a recuperar de eso? Me gusta lo que tengo y no deseo perderlo, ¿es eso un pecado?

—En absoluto. Pero lo que *tienes* es una duda que no te deja dormir. A veces parece que te encantan los dramas. Como cuando eras pequeño y nuestros padres te castigaban cuando sacabas malas notas, siempre al día siguiente desaparecías de casa para que todos acabáremos buscándote.

—¿Y si me dice que no?

—Nunca lo sabrás si no se lo preguntas.

—Preferiría preparar comida para mil comensales con una mano atada a la espalda, que pasar por este mal trago. Cómo me gustaría disponer de una máquina para viajar en el tiempo, así nunca metería la pata.

—Hazlo de una vez, compra flores y chocolate, qué se yo...

—¿Es lo que te regala tu novio francés?

—Estamos hablando de ti, no de mí.

—Gracias por escuchar mis penurias, hermanita. ¿A ti cómo te va todo?

Le puse al día con la demanda de Harry y el intento de suicidio de Melissa.

—Qué malas noticias, por favor. No entiendo lo de Harry, siempre me había parecido una buena persona. Y adoro a Melissa, ya lo sabes. No sabía que lo estaba pasando tan mal.

—Pues a ver si me ayudas. Mi jefe no la quiere contratar, y eso que es una excelente repostera.

—¿Es que es idiota? Si Melissa viviera en Nueva York la contrataría sin pensarlo.

—¿Conoces a alguien en Las Vegas que la pueda contratar? Necesita un buen trabajo para distraerse, ya no quiere volver al restaurante con Harry.

Por regla general, no me gustaba rogar favores a mi hermano, pero mi amiga sin duda merecía una excepción a la regla.

—Déjame que mueva algunos hilos, a ver qué puedo hacer.

—Gracias, Roy.

—Hablamos otro día, hermanita.

Colgué el teléfono mientras pensaba en Melissa y en lo mucho que anhelaba una nueva oportunidad para ella.

No había pasado ni media hora cuando mi hermano me llamó para contarme que había concertado una entrevista para el día siguiente con la Sra. Mason, la subdirectora del casino del Mirage. Al parecer su hermano es un gran aficionado del restaurante de Roy, pues cena a menudo con su familia.

—¿La Sra. Mason? Es la jefa de Richard, mi jefe —dije recordándola en el día de la inauguración del Bistró—. No quiero que piense que lo he saltado.

—Amanda, no seas tan pesimista, seguro que encontrará un hueco para Melissa en cualquier otro restaurante dentro del Mirage.

Me calmé aceptando la perspectiva de mi hermano.

—Está bien. Gracias, Roy. Te echo de menos.

—Yo también. Besos, guapa.

Me presenté en el despacho de la Sra. Mason, que estaba situado unas plantas por encima del despacho de Richard. Desde el día en que la conocí en la presentación del Bistró, me había producido una impresión excelente.

Llevaba el pelo teñido de rubio, gafas sobrias de marca y su mirada era franca. Debido a una gran cantidad de pulseras de aluminio, producía un sonido muy peculiar al gesticular con las manos.

—Amanda, ¿cuáles son tus primeras impresiones sobre el Bistró? —preguntó entrelazando las manos sobre el escritorio.

—Excelentes, Sra. Mason —dije transmitiendo un genuino entusiasmo.

—Llámame Terry, por favor —dijo ella con el rostro serio.

—Excelentes, Terry. Todo está siendo mejor de lo esperado, creo que estoy logrando conjuntar un equipo maravilloso. Ahora mismo me estoy centrando más en conocer a mis compañeros, sus virtudes, su potencial...

—Me encanta que Richard haya contratado a una mujer y que sea chef. ¿Te sientes cómoda liderando el equipo?

—Cada día más —dije procurando mostrarme convincente. Aún me quedaba mucho que aprender.

—¿Te puedes creer que desconocía que eras la hermana de Roy Armstrong? He cenado muchas veces en su restaurante. Me encanta. Bueno, entonces tienes a una repostera que te gustaría que trabajase en el Mirage, ¿no es así?

—Sí, se llama Melissa y trabajé con ella en el anterior restaurante. Es muy buena y, además, respondo por ella. Dejé el anterior trabajo porque necesitaba nuevos retos. Ella estaría encantada de trabajar en el Mirage en cualquier restaurante, o incluso a media jornada. Es la primera vez en mi vida que recomiendo a alguien para que te hagas una idea.

—De vez en cuando me gusta comprobar cómo está el mercado, así que entrevisto gente de vez en cuando, en el momento en que mis obligaciones me lo permiten. Nunca se sabe cuando necesitas echar mano de alguien, y aquí en el casino disponemos de siete restaurantes propios. Así pues, dile que me llame.

—Gracias, Terry —dije, ansiosa por hablar con Melissa.

Llevaba casi dos días sin noticias de Eric y estaba preocupada. No había respondido ni a mis mensajes, ni a mis llamadas a su móvil o al teléfono de la suite. Estás siendo demasiado paranoica, me dije a mí misma. Eric sabrá explicártelo con detalle en cuanto sea posible. Alejé de mi mente la sospecha de que habría caído de nuevo en la droga. Me odié a mí misma solo por pensarlo.

Después de que Scott se comiera sus macarrones con queso, lo acosté y me fui al salón a ver la televisión. Constantemente miraba la pantalla pero absorta en mis pensamientos, hasta que decidí llamar al Waldorf Astoria una vez más.

—Con la suite de Eric Cassel, por favor.

—Un momento —dijo una voz femenina.

La espera se me hizo angustiosa. Los segundos caían como pesadas losas.

—No contesta nadie. ¿Quiere dejar un mensaje?

—Sí, que llame lo antes posible a Amanda. Gracias.

Colgué el teléfono y me puse de pie. Si mañana por la mañana no sé nada de él, acudiré a la policía. Se creó un nudo en mi interior, me comían los nervios, y mi mente empezó a generar imágenes tenebrosas. Eric tirado en un callejón... Con un balazo en la frente... ¿Dónde estás? Maldita sea.

—Si no sé nada de ti, me va a dar algo —murmuré.

El himno francés, La Marsellesa, sonó en mi teléfono. Sabía que se trataba de Eric porque lo había configurado con el fin de que sonara cada vez que fuera él.

—¿¿Dónde estabas?? —pregunté al descolgar.

—*Mon amour*, perdóname —dijo con un hilo de voz.

—Estaba preocupadísima por ti. Quería llamar a la policía... — dije atenzada por los nervios.

—Han sido unos días frenéticos de reuniones. He tenido algunos problemas... financieros... Pero no tengo excusa, debía haberte llamado. Mil disculpas. Ya sabes que estoy loco por ti.

Sus tiernas palabras me derritieron, del enfado pasé a la calma en un décimo de segundo. Lo había pasado mal, pero en ese momento parecía algo remoto, de otro tiempo.

—He estado pensando en ti todo el tiempo, Eric. No vuelvas a hacer algo así, nunca. Promételo.

—Te lo prometo.

—Pensé que estabas... bueno, no lo vuelvas a hacer —dije sentándome en el sofá.

De repente, me sentía cansada. Solo deseaba que él estuviera conmigo para abrazarme, para refugiarme en cálida energía.

—Lo sé, lo sé, no tengo perdón. Soy un desastre.

—¿Es que no te llegaban mis mensaje?

—Me han llegado todos ahora. El teléfono se apagó de golpe y hasta ahora no he podido encenderlo.

—Es que han sido casi dos días sin tener noticias tuyas... Vuelve cuanto antes, por favor. Te necesito.

—Entonces salgo mañana mismo, amor. En el primer vuelo del día.

Sonreí de alegría. Después se creó un gélido silencio.

—¿Estás bien? Te noto apagado, no sé, distante —dije.

—Solo es el cansancio, de verdad. Necesito horas de sueño, eso es todo.

Suspiré. Esta forzosa separación me estaba costando más de lo que suponía en un principio. No me había dado cuenta de lo mucho que podía echarle de menos. Cuando él estaba conmigo, simplemente la vida parecía mucho mejor.

Capítulo 5

ERIC

Después de hablar por teléfono con Amanda, me tumbé de medio lado sobre la cama de mi suite. Al cerrar los ojos me asaltaban imágenes de Olena sujeta a un consolador y penetrándome contra mi voluntad, el llamado *pegging*. Los hombres encuentran placer por la estimulación anal y de la próstata, pero no recordaba sentir *algo*. Lo único cierto era que había sido drogado y

utilizado como su juguete sexual; abusando de mí a su antojo, sin límites. Además, las posibilidades de que trasladara a Harry eran remotas, pues no se estableció ningún trato ni desembolso. Olena había sido la única ganadora de la noche.

El día siguiente me mantuve encerrado en el hotel, e incluso había solicitado a *room service* la cena porque no deseaba salir a la calle. Descarté con rotundidad denunciar a Olena a la policía. No solo por la escéptica mirada del policía de turno, si no también por la repercusión en Europa. Si los periodistas lograron informarse sobre mi arresto por drogas en Nueva York, mi denuncia sería una mina de oro. Tampoco deseaba que mi madre lo supiera, pues la preocupación llegaría a dominarla por completo.

¿Cómo me había dejado engañar tan fácilmente?, me pregunté. Un creciente odio hacia Olena me atravesaba el cuerpo. Aquella belleza rusa escondía una perversidad demoledora. ¿Qué no sería capaz esa mujer para satisfacer su libido? Ardía de venganza; deseaba penetrarla sin compasión e infligirle la misma humillación.

Llamaron a la puerta de la suite. Al levantarme sentí un súbito mareo. Todavía me dolía la cabeza. Sin duda, era los restos de la droga.

El camarero de *room service* entró con un carrito, y dejó en la mesa del salón una bandeja donde me esperaba mi cena y una pieza de fruta.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el camarero—. No tiene buena cara.

—Estoy bien, gracias —dije forzando una sonrisa.

—Si necesita cualquier otra cosa, llámenos. Le recuerdo que esta suite tiene un servicio de mayordomo exclusivo las 24 horas.

—Gracias, lo sé. Tengo un vuelo mañana por la mañana. Así que quiero un taxi en la puerta del hotel a las siete. Ah, y toma, esto es para la basura —dije entregándole una bolsa con la ropa usada en la fatídica noche. Carecía de sentido común conservarla.

Entregué una generosa propina al camarero y me dejó solo al instante. Como mera distracción el televisor estaba encendido en el canal francés internacional. Miré mi reloj: aún quedaban seis horas para que el avión despegara de La Guardia.

La imagen de Olena vestida de cuero, con una máscara y una fusta se me apareció de repente. Mi cerebro continuaba atosigándome con los recuerdos de la noche anterior. ¿Cuánto tiempo abusó de mí? Era difícil de concretar. Mi único consuelo era que, salvo momentos puntuales, permanecí inconsciente, así que lo no consideraba una traición a Amanda.

Aunque sabía que este episodio oscuro no trastornaría el resto de mi vida, aquellas imágenes de Olena se grabaron con fuego en mi memoria. Era la primera vez que experimentaba en mis propias carnes la maldad del ser humano.

Necesitaba hablar con alguien, pues el ruido del televisor no colmaba el vacío de la soledad. Echaba de menos a mi madre, así que se me ocurrió llamarla por teléfono. En París debía de ser primera hora de la tarde.

—Hijo mío, qué milagro, me tienes abandonada. ¿Cómo estás?

—Bien, mamá. ¿Y tú?

—Más o menos —dijo ella con voz trémula.

—¿Qué pasa? —dije sintiendo cómo mi cuerpo se volvía rígido.

—Catherine me contó el otro día una cosa y estoy preocupadísima. Me enseñó una portada antigua de Le Monde. Decían una cosa horrible sobre ti, que te drogabas. ¿Es eso cierto, Eric?

Maldije a su amiga Catherine y a los periodistas chismosos de Le Monde. Pensaba que sus amigas la protegerían de las intromisiones externas, pero fui un iluso. Más tarde o más temprano acabaría descubriendo la verdad, incluso para una persona que vive de espaldas a internet como ella.

—Mamá, eso son exageraciones —me dolía mentirla, pero no contaba con alternativas—. No hagas caso de lo que leas en la prensa, te lo he dicho cientos de veces.

—Decía que estabas en una clínica de desintoxicación... Llevo una semana con pastillas para dormir —dijo emocionada, al borde de las lágrimas.

—Te he dicho que no tomes pastillas, que son un invento de las farmacéuticas para ganar más dinero. Por favor, no lo sigas haciendo.

—No lo sé, hijo. Yo de esas cosas no entiendo. A mí me ayuda. Además, mi amiga alemana lleva toda la vida con pastillas y sin ningún problema.

Me dolía que mi madre sufriera mis errores del pasado. A todas luces, era una injusticia.

—Mamá, te voy a comprar un billete de avión para Las Vegas, para que vivas conmigo, Amanda y Scott.

—¿Vivir en Estados Unidos? Si el clima es terrible, además no sé el idioma...

—Te pondré un profesor o te enseñaré yo mismo —dije sabiendo que mi madre era terca como una mula.

—¿Por qué no vienes tú aquí? Estoy preocupada por ti, ha sido poner el pie en Estados Unidos y salir en la prensa con las drogas.

—Mamá, te he dicho que es una mentira de la prensa —dije cada vez más irritado—. Te dejo, tengo que preparar la maleta, mañana regreso a Las Vegas.

—Está bien, hijo. Recuerda que te quiero.

—Yo también, mamá. Hablamos pronto —dije sintiéndome triste por tenerla tan lejos cuando me apetecía abrazarla.

Dejé el sandwich a medias sobre el plato, de repente había perdido el apetito. Me sentía frustrado, con la cabeza llena de problemas infranqueables. Yo era un hombre de naturaleza optimista, pero aquella noche me impuse una huelga temporal. El desánimo corría por mis venas.

El avión aterrizó en el aeropuerto de Las Vegas, y un cosquilleo se apoderó de mi estómago. Albergaba una ansia tremendas de ver a Amanda, besarla, abrazarla y hacerle el amor hasta desgastarnos.

Por desgracia, ella me había comentado que trabajaría, así que acordamos que la esperaríamos en su casa para cenar ambos con Scott. Me costaría decirle que nada había sucedido en Nueva York como estaba previsto, y que deberíamos enfrentarnos al abogado de Harry con uñas y dientes. Mi plan había fracasado con estrépito, y debía reconocerlo.

Con resignación esperé junto al resto de pasajeros a que mi maleta apareciera por la cinta transportadora. No llevaba más que una maleta y un maletín. Por suerte, no se demoró mucho y enseguida salí por la puerta arrastrando la maleta gracias a las ruedas. ¿Dónde demonios tomo un taxi?, pensé.

Rebasé el grupo de familiares y amigos que esperaba a los pasajeros, así como a los chóferes enseñando carteles con el nombre de sus clientes. Cuando me encaminaba hacia la salida, una voz femenina me detuvo en seco.

—Cariño...

Me giré. Era Amanda. Una súbita alegría me agitó el cuerpo. Enseguida me lancé a por su boca como un tigre de bengala. Sentir de nuevo su lengua enroscándose con la mía fue como ir llenando todos los resquicios de mi alma, abiertos tras la partida a Nueva York.

—Cuánto te he echado de menos, amor mío —susurré, mirándola de arriba a abajo, deseándola más que nunca.

No dejaba de sorprenderme el poder que ella ejercía sobre mí. Al verla cambiaba mi estado de ánimo de seriedad a la felicidad a raudales en un décimo de segundo. Amanda era una mujer sobrenatural, de otro planeta. Su cuerpo era escultural, antológico, excitante, pero cuando ella me clavaba sus ojos azules me sentía lleno de burbujas, chispeante como una Coca Cola.

—Un día más sin ti y me vuelvo loco de remate —dijo abrazándola, como si quisiera que no se escapara a ninguna parte

hasta saciarme de ella—. ¿Y el restaurante?

—Cambié mi día libre —dijo sonriendo.

Estaba alegre y relajado, el recuerdo de la humillación permanecía enterrado en un rincón oscuro de mi mente. Se había convertido un secreto que no deseaba compartir con nadie. Era mejor así. Nadie más saldría herido. Además, Amanda estaba pasando por un momento delicado. ¿Qué ganaba yo arrojando ira, remordimientos o preocupación a su vida? Debía ofrecerle la mejor versión de mí mismo, un tronco donde apoyarse cuando se avecinaran turbulencias.

—¿Cómo ha sido tu vuelo? —preguntó aún rodeándome por la cintura.

—Muy bueno. Después que me sirvieran una copa de champaña, estuve durmiendo la mayor parte. Ya sabes que no soy de madrugar, a no ser que sea para tener sexo contigo —dije guiñándole un ojo.

Ella sonrió; me encantaba verla de buen humor. La volví a besar, chupándole el labio inferior.

—Eres un máquina sexual —dijo ella, divertida.

—Muy bien engrasada —susurré al oído.

Observé cómo su cara se iluminaba de nuevo. Todo mi cuerpo se concentró en el ritmo sensualmente despiadado emanando de sus ojos oceánicos.

—¿Le conseguiste trabajo a Melissa? —le pregunté mientras entrelazaba su mano con la mía camino de la salida.

—Estoy en ello. Ayer me reuní con Terry, la subdirectora del casino. A ver si hay suerte, y Melissa olvida sus problemas con un buen empleo.

—Te estás portando genial con ella. Eres una buena amiga — dije deteniéndome para agarrarla por la cintura.

Era como una enfermedad, debía palparla y olerla a cada segundo o si no entraría en coma irreversible.

La acaricié la mejilla con el reverso de la mano. Su aroma se introducía poco a poco por mi nariz, despertando mis instintos más primarios.

—Le he traído un regalo a Scott. Una gorra de los Nicks y una camiseta de Carmelo Anthony. Espero que le gusta.

—Le encantará —dijo con una sonrisa—. Eres muy detallista, amor.

Nos fundimos de nuevo en un abrazo, momento que aproveché para besarla en el cuello. Su piel, suave y tersa como siempre. Entonces sentí una erección y, por su mirada de asombro, supe que ella también lo había percibido.

—*Bon jour*, torre Eiffel —dijo Amanda conteniendo la risa.

—Si es que me excitas con solo un pestañeo, *mon amour*.

—Pues yo voy a necesitar algo más.

Me acerqué al oído y le susurré en francés algo que la excitaría más que por el significado, por el sonido excitante y evocador de mi idioma.

—*Je ne peux pas dormir ou de penser ou de vivre sans toi à mes côtés, entendre votre voix. Je suis malheureux si nous ne aimons maintenant à l'aéroport. Je voudrais tellement que je suis capable de tuer juste pour être à l'intérieur vous.*

—Ay, Eric, estoy muy, muy cachonda —dijo mordiéndose el labio—. El camino a tu casa se me va a hacer muy largo...

—Quiero hacerte el amor aquí mismo y chuparte hasta que me duela la boca. Sígueme —dije con la respiración entrecortada y, antes de que Amanda pudiera objetar algo, la tomé de la mano atravesando la masa de personas que deambulaba por el pasillo.

Estaba más que dispuesto a tomarla en ese momento, sin importar las consecuencias, anhelaba llenarme con el placer que ella me proporcionaba. Habían sido días aguantado... Un minuto más y mis testículos explotarían...

Capítulo 6

AMANDA

Entramos de la mano como una exhalación al servicio de caballeros del aeropuerto. Un hombre se peinaba frente al espejo y al vernos se giró con una expresión de considerable sorpresa. Pensé que nos diría algo, que protestaría por el escaso civismo, pero continuó con su quehacer. A toda prisa nos encerramos en uno de los retretes; atravesados por llamaradas de deseo salvaje y desgarrador.

Me apoyé contra el tabique, y Eric me besó con pasión. Se abrió la camisa de un golpe dejando al aire su torso bien perfilado y duro. Los abdominales se le contrajeron. Su poderosa musculatura me excitaba lo indecible a la vez que mi mano palpaba su deliciosa piel inmaculada, perfecta, tatuada con el dragón. Los pezones se me endurecieron. Eric era como una galaxia de sensualidad y carne, y yo orbitaba a su alrededor, hechizada y obnubilada por su fuerza

de atracción. Deseaba perderme en ella para siempre. Lamí su torso deseando impregnarme del sabor salado de su piel.

—Es tan suave... —dije.

Eric apoyaba las manos sobre el tabique, dejando tocarse, dejando admirarse por su belleza masculina de anuncio. Eric era la viva imagen del hombre Armani.

—Te he echado tanto de menos, Amanda. Tu boca, tus pechos, tus ojos...

Le ofrecí los labios y bebió de ellos con anhelo. Me encantaban oírle su respiración entrecortada, su forma exótica de pronunciar mi nombre... todos los sonidos que provenían de su garganta.

Empezó a desabotonarme la blusa, y sus manos se llenaron de mí. Con una me agarró de la cintura, con la otra se apoderó de mi trasero apretándolo con lascivia. Enseguida noté su pene duro como un cohete dispuesto a llegar a la estación espacial.

—Al fin tengo tu cuerpo delante de mí después de recordarlo cientos de veces —susurró.

—Me encanta lo mucho que me deseas...

Le metí la mano bajo el pantalón. Deseaba esa fuente de placer en exclusiva para mí, y aprisioné su pene en mi mano al tiempo que mi cuerpo ascendía más y más de temperatura. Noté la bolsa de testículos en mi mano. Nos miramos; en sus ojos ardía la pasión por mí. Quería que me poseyera hasta romperme en dos, de la forma que él deseara. Su pene debía estar cuanto antes dentro de mí, al abrigo de mi calor.

—Métemela, Eric, por favor.

Con rudeza me dio la vuelta. Sentí su cálido aliento volcarse sobre mi cuello mientras me masajeara los pechos. Cerré los ojos y

con el culo me apreté más a él. Me mordió el lóbulo de la oreja mientras me estiraba del pelo. En cualquier momento alguien se podía asomar por arriba o por abajo del tabique, y eso me ponía muy caliente. Eric me supo leer la mente desde el principio, de alguna forma sabía de mis fantasías ocultas. Sin pedirle nada, él sabía cuánto me excitaba el momento.

—Amanda... —dijo pronunciando mi nombre envuelto en una súplica.

Me guió para que me agachara sobre el inodoro sin flexionar las rodillas. Apoyé las manos sobre la pared. Metió las mano bajo la falda y deslizó las bragas por mi piernas en una décima de segundo. Cada roce de su piel era vibrante, frenético. No me cansaba de él, de mi amante francés. Él podía estar con quisiera, y estaba conmigo. Éramos dos amantes saciándonos uno del otro, buscando el estallido del placer como si fuera algo que nos pertenecería y se nos hubiera arrebatado. Oí cómo se bajaba los pantalones, y mi corazón latió con más fuerza, anticipándose a lo que iba a ocurrir.

Cuando sentí su largo y duro pene dentro de mí, empezó realmente la fiesta. Al tomarme por las caderas, sentí sus manos muy cálidas. Primero, imprimió un ritmo pausado, deleitándose en cada gesto, como un músico afinando su instrumento. Le oí gemir. Estar dentro de mí le producía un placer sin igual. Cerré los ojos, deseaba concentrarme en cada segundo de la penetración. Me gustaba que dentro del frenesí, buscarse un oasis de calma, de recreo. Muy lejos oía un ruido de altavoces, de pasos, como una amalgama de sonidos imposibles de descifrar.

Enseguida aceleró la cadencia. Cada embestida me hacía temblar las rodillas; sentía su vigor dentro de mí arrasando con todo, ansiaba conquistar mi cuerpo por la vía rápida. Era un amante soberbio.

—Eric... —dije absolutamente extasiada.

Gimió.

Me propinó un fuerte azote en el trasero, para después acariciarme. Lo llevó a cabo una y otra vez, combinando dolor y ternura, dolor y ternura. Mmmm... Me encantaba.

Cada vez lo sentía más rápido y duro dentro de mí, prisionera de inmensas oleadas de gozo, agitándome de arriba a abajo. Estaba a punto de correrme, allí en los servicios de un maldito aeropuerto.

Sofocada, solté un largo gemido: liberación primitiva que conectó todos mis sentidos. Los músculos de mi sexo se tensaron inundados de un placer eterno. El goce era devastador, implacable. A los pocos segundos, sentí cómo Eric se derramaba en mi interior al mismo tiempo que soltaba un gruñido. Después farfulló una serie de palabras en francés, incomprensibles.

—Mi amor... —dije esperando a que recobrará el fuelle.

Me subí las bragas y me abotoné la blusa. Eric estaba apoyado contra el tabique con los ojos cerrados, como en trance, cubierto de sudor. Su pene, aún erecto.

—Espabila —dije—. No podemos quedarnos todo el día aquí, por si lo habías notado.

Eric abrió los ojos y parpadeó, aún jadeaba.

—Ha sido... fantástico, cariño —dijo mirándome mientras se colocaba de nuevo los pantalones—. Tenemos que repetirlo.

Nada más llegar del aeropuerto nos sentamos en el sofá de su casa, abrazados el uno al otro. Simplemente nos apetecía permanecer así, juntos. Me fijé en que se quedaba ensimismado mirando el vacío.

—¿En qué piensas? —pregunté, curiosa.

—Nada, solo estoy decepcionado conmigo mismo por no haber conseguido nada importante en Nueva York. Ha sido una pérdida de tiempo —dijo con una expresión de disgusto.

—Deja de preocuparte, amor. Tú hiciste lo que estuvo en tus manos. Eso es más que suficiente para mí.

—No lo entiendes, Amanda. He fallado, y eso es una sensación que me disgusta experimentar.

Alzó una mano en señal de frustración, y después la dejó caer sobre el reposabrazos del sofá. Su otro brazo me rodeaba el hombro, acariciándome.

—Sé más justo contigo, Eric. No se puede tener un nivel de exigencia tan alto —dije alzando la vista y examinando su rostro concentrado.

—Lo sé, pero si lo hubiera logrado, Harry hubiera retirado la demanda y todo volvería igual que al principio.

Comprendí que se sentía culpable. Como si nuestro apasionado romance hubiera sido el detonante de todo una situación que culminaba con la demanda de Harry.

—Esto tenía que pasar. Estaba escrito. No hay que darle más vueltas —dije para tranquilizarle. Era la primera vez que le notaba tan abatido.

Eric negó con la cabeza.

—¿Estás bien? Siempre eres tan positivo, y ahora... —dije pensando que quizá yaciera algo más bajo la superficie.

Desde que había llegado le notaba algo extraño, no era Eric al ciento por ciento, si acaso solo al ochenta. Me pregunté si habría sucedido algo en Nueva York, aquellos casi dos días que se mantuvo incomunicado... Mi cerebro no dejaba de darle vueltas al asunto, pero no me apetecía asemejarme a una adolescente celosa por una tontería.

—Sí, lo sé. Supongo que será el viaje. Aunque he dormido, ahora me siento cansado...

La necesidad que había creado en mí me estaba dejando anonadada, y deseaba que no se volviera a ausentar nunca más. Ultimamente me sentía sola, en el centro de una vida que cambiaba a pasos agigantados. Me obligaba a mí misma a no venirme abajo por Scott, y Eric me ayudaba a que todo permaneciera en orden. Sentía su apoyo incondicional. Y además, por qué no decirlo, me hacía disfrutar en la cama, o allá donde nos diera por expresar nuestro amor. Después de muchos años dedicados a Harry en exclusiva, merecía probar algo diferente, y Eric rebasaba mis expectativas. Además, su forma de cuidar de Scott me derretía.

—Cariño, me gustaría hablar contigo de una cosa, pero si estás cansado podemos dejarlo para después —dije procurando no mostrar urgencia.

—¿Sobre qué? —preguntó mirándome.

Me eché hacia atrás para hablar con él a los ojos. Nuestros cuerpos seguían tocándose, y enlazamos nuestras manos.

—¿Por qué no me dijiste que fuiste hablar con Melissa?

—¿Con Melissa? ¿Cuándo?

Su belleza era tan apabullante que costaba mantener la concentración. A veces sencillamente parecía un espejismo; demasiado perfecto para ser real.

—Aquel día que me entregaste el análisis de sangre en el aparcamiento del Bellagio.

Eric asintió con la cabeza.

—Ah, si, ya me acuerdo. ¿Quién te lo ha dicho?

—Qué más da —respondí evitando pronunciar el nombre de Lou.

Eric suspiró. No era un tema demasiado grave, pero en el fondo lo que deseaba transmitirle era que me contara las cosas, que no se reservase nada, pues eso me apenaba. Si alguna vez necesitaba mi ayuda, me costaría mucho más si se mantiene reservado.

Durante unos minutos mostró una expresión imperturbable y alejada, pero después se relajó.

—Pensaba contártelo, Amanda —dijo en voz baja.

—Me hubiese gustado saberlo de tu boca —dije intentando no ser demasiado brusca.

—¿Me hubieras creído si te hubiera dicho que Harry y Melissa estaban confabulados para que rompieras conmigo?

—Me temo que no.

—¿Lo ves?

—Pero digo después de hablar con ella. ¿Qué le dijiste?

Eric cerró los ojos, esforzándose por recordar.

—Que debería sentirse avergonzada, y que debería decírtelo si se consideraba tu amiga. Estaba muy enfadado, sí. Si hubiera sabido lo que sucedería después, quizá lo hubiera planteado de otra forma.

—Está bien. Era una situación difícil —dije volviendo a colocar mi cabeza sobre su pecho—. Pero me sentó mal enterarme por terceros. Una relación no funciona así.

—Te lo iba a contar el día de nuestro paseo por el Lago Mead, pero luego ocurrió lo de Max y todo se fue al garete. ¿Estás molesta?

—No, estoy bien.

Me gustó observarle aliviado. Me cogió las dos manos entre las suyas, y se las llevó a los labios para besar mis nudillos.

—Lo siento.

—No te culpo, Eric. Pero no quiero que seas de esas personas que considera que esas cosas carecen de relevancia. Para mí sí la tiene.

—¿Te he dicho lo enamorado que estoy de ti?

—Sí, y me gusta oírte decir.

Me fue cubriendo con pequeños besos desde la frente, pasando por la nariz, hasta la boca. Mi cuerpo lo recibió como si me cubriera con pétalos de rosa. Nuestro amor fluía por encima de todo.

Mi teléfono sonó rompiendo la armonía del momento. Miré la pantalla: se trataba de un número desconocido. Al contestar reconocí la voz de Terry preguntando por mí.

—Hola, Amanda. Te llamo para darte buenas noticias. La entrevista con Melissa fue fabulosa y he decidido contratarla.

Empieza mañana.

Me sentía entusiasmada. A mi amiga se le habría un nuevo horizonte con el que soñar, lejos de la influencia de Harry.

—Qué gran noticia, Terry. ¿En qué restaurante trabajará? — pregunté con gran curiosidad.

—Contigo, en el Bistró.

Un jarro de agua fría cayó sobre mi alegría nacional. Aquello suponía que mi relación con Richard se resentiría, a pesar de que mi intención nunca fue pasar por encima de él.

—¿En el Bistró? Ah... pensé... —dije, titubeante.

—Espero que eso no te cause ningún problema.

—No, no... Terry —dije, sabiendo que si manifestaba el temor de que Richard se molestase conmigo, mi posición quedaría muy debilitada ante ella y quizá no contrataría a Melissa—. Al contrario, te estoy muy agradecida.

Al colgar, dejé caer mi cabeza sobre el sofá con un lamento. Eric alzó las cejas, sorprendido, y se inclinó hacía mí cogiéndome de la mano.

—¿Qué ocurre?

—Mi buena relación con Richard está a punto de pasar a la historia —dije, frustrada a más no poder.

Capítulo 7

HARRY

—¿Cómo? ¿Qué me estás contando? —dije asombrado, brazos en jarra y puños cerrados—. Debe ser un malentendido, James.

—No, Harry. No es un malentendido. Por desgracia es así y es una decisión que viene de Nueva York, los que mandan en todos los restaurantes. Por lo tanto, está fuera de mis manos —dijo James sentado detrás de su escritorio de madera noble. Vestía con traje y una corbata que no conjuntaban. Como siempre.

Durante unos segundos guardé silencio. Negaba con la cabeza y paseaba por el despacho, nervioso. Mi cuerpo estaba tenso. Sentía mi corazón bombeando con fuerza.

—Tienes que estar de broma si piensas que me voy a mudar a Chicago, así como así. Me gusta vivir en Las Vegas —dije inclinándome sobre la mesa.

—Si quieres seguir en esta compañía, me temo que tendrás que pasar por el aro. Si no, aquí está tu finiquito preparado. —dijo James sacando unos papeles de un cajón y colocándolos sobre la mesa. Se quedó cruzado de brazos—. Solo dime que dimites y es tuyo, Harry.

—¿Qué voy a hacer allí? —pregunté de nuevo con los brazos en jarra. Cada vez era más consciente de que James hablaba en serio. No era ningún farol. O el traslado o el despido.

—Lo mismo que aquí, dirigir un restaurante italiano. Te necesitamos, el anterior director se jubiló y a los jefes rusos le gusta lo que estás haciendo. Escucha, Harry, las condiciones son buenas y durante el primer año la empresa te paga los gastos de alquiler.

—Ah, genial —dije con ironía mirando por la ventana. Afuera, el Strip se despertaba poco a poco de la resaca de la noche anterior. El Deuce, el autobús de dos pisos que recorre la avenida, estaba detenido en la parada del hotel Rio.

James se levantó de su asiento y se acercó a mí. Hacía años que lo conocía, incluso alguna vez había almorzado con Amanda en su casa. Lo consideraba un hombre ostentando un cargo que le venía grande.

—Harry, te lo tomas como un castigo, pero en realidad es una promoción. ¿Qué te crees, que se le ofrece a cualquiera? —preguntó James con un tono condescendiente—. Eres joven, te irá bien seguro.

—Tengo mi vida aquí, James. ¿Y qué hago con mi hijo? —pregunté mirándole fijamente.

—Podrás visitarlo en vacaciones... —dijo James encogiéndose de hombros y evitando la mirada—. Harry, esto es un salto en tu carrera. ¿Quieres estar toda la vida de director de un restaurante? ¿Te gustaría ser un ejecutivo de la compañía? Pues aprovecha el momento. Esto es como una prueba, considera que están valorando tu implicación a la compañía. ¿Has estado alguna vez en Chicago?

—No, nunca.

—Es una ciudad magnífica, te va a encantar.

Apreté las mandíbulas. Sentía una enorme necesidad de controlarme. Me apetecía en ese momento propinarle un puñetazo en toda la cara. Qué fácil se ven las cosas cuando te encuentras en un bonito despacho con aire acondicionado y secretaria.

—Cuando llegaron los nuevos dueños sabía que las cosas cambiarían, pero no hasta este punto. Joder. ¿Cuánto tiempo se supone que deberé estar fuera?

—No me lo han dicho. Para siempre supongo. Bien, Harry, ¿qué decisión vas a tomar? Necesito una respuesta cuanto antes mejor.

Me había costado tanto renunciar a Amanda, y ahora también debía renunciar a mi hijo. Scott se encontraba en una edad decisiva, cuando se forja un carácter. Y yo quería formar parte activa de esa educación. Quería evitar que Amanda asumiera toda la responsabilidad. Además, ese francés drogadicto quería usar a mi hijo para formar su propia familia. No lo iba a consentir.

El problema estribaba en que no quería dimitir y empezar de cero en otra empresa. En diez años me había dejado la piel. Era un hombre ambicioso, de los que no dan ni siquiera un paso atrás para tomar impulso. Por eso soñaba con ser un alto ejecutivo. Cuando tuviera la edad suficiente, anhelaba que mi hijo se sintiera orgulloso de mí.

Lancé un largo suspiro.

—Está bien. Acepto —dije mirando a James.

James se puso de pie. Arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Aceptas? ¿Seguro, Harry? —preguntó arqueando una ceja.

—¿Ahora, qué? ¿Me vas a decir que el puesto ya no está disponible?

—No, no, en absoluto. Solo que hace un minuto parecía que ibas a dejar la compañía.

—¿Cuánto tiempo tengo para preparar el viaje?

—¿Cuánto tiempo necesitas? Dímelo, tú. ¿Un mes?

—¿Un mes? Eso es demasiado. Con una semana será más que suficiente.

—Es un poco precipitado, pero creo que dadas las circunstancias lo gestionaré.

—Ah, una cosa más —dije deteniéndome en seco.

—Lo que sea, Harry —dijo James dando un paso hacia mí.

—Quiero que se me abone un billete más para Chicago.

James guardó silencio durante unos segundos. Se llevó la mano a la barbilla en actitud pensativa.

—No sé si la empresa estará de acuerdo...

—Si me van a pagar el alquiler de mi casa durante un año, seguro que se pueden permitir un billete más. No se van a arruinar.

—Está bien, parece razonable. ¿Para quién sería el billete?

—No es de tu incumbencia, James. Ya os presentaré la factura en su debido momento —dije antes de marcharme, dejando a James con la palabra en boca.

Debía preparar todo al mínimo detalle. Cuanto antes. Primero, debía llamar al abogado y cancelar la demanda por la custodia completa. Carecía de sentido al mudarme de ciudad. Después tramitar otra en Chicago. Segundo, debía comprar el billete para mí y para Scott. Él se venía conmigo. Amanda no se debía enterar.

A los pocos días, ya estaba organizada mi partida a Chicago. Gran parte de mis posesiones —incluida mi valiosa colección de DVD de películas de acción de Vin Diesel— estaban guardadas en varias cajas, con el objeto de dejarlas en casa de mis padres. En cuanto a la ropa, no me compliqué en exceso. Arrojé a la basura lo

que había dejado de gustarme. El televisor de alta gama lo vendí en eBay. También la bicicleta de carrera, mis pesas y la moto: una Kawasaki de 500 cc.

Amoldé mis pertenencias a una sola una maleta. Para Scott había comprado otra donde guardar su ropa y juguetes. Los billetes estaban comprados. Salíamos el próximo martes en el vuelo 0359 de United Airlines de las 10:20. Cuatro horas de vuelo. Recogería a Scott en el campamento de natación y directos al aeropuerto.

Llamaron a la puerta. Era Mina. Recordé que no la había llamado en una semana. Con toda probabilidad deseaba follar por última vez. Le había comentado que me mudaba a Chicago, pero no habíamos concretado una última cita. Me gustaba Mina porque desde el principio hablamos muy claro de lo que queríamos: simplemente sexo sin complicaciones, sin dramas. Estaba permitido vernos con otras personas, si así nos apetecía.

—Hola, Harry —dijo guiñándome un ojo. Mascaba un chicle.

—Hola, Mina —dije con una sonrisa.

—¿Ya tienes todo preparado? —preguntó observando las cajas en el salón. Dejó su bolso sobre el sofá.

—Sí, todo. Ha sido en tiempo record —dije orgulloso de mi planificación milimétrica.

Mina se paseó por el salón. Miraba todo entre perpleja y asombrada.

—Increíble. Hace solo una semana parecía un hogar, y ahora es solo un apartamento a punto de quedarse de vacío. ¿Y esos libros? —preguntó mirando la portada de uno de ellos.

Se refería a unos libros de Donald Trump: una biografía y varios manuales. Enseñaban cómo triunfar en el competitivo mundo de los negocios.

—Te los puedes llevar si quieres —dije colocándome detrás de ella. Palmeé su fenomenal trasero.

La preciosa cara de Mina expresó un completo desinterés por los libros.

—Prefiero otro tipo de literatura más... —alzó la vista buscando encontrar la palabra adecuada— interesante. Me encantan los libros de viaje y los ensayos.

—Vamos, que me estás llamando cateto... —dije con una sonrisa, fingiendo sentirme ofendido.

Mina soltó una carcajada. Llevaba un cazadora vaquera sobre una blusa rosa escotada. Los pantalones, muy ajustados; marcando la silueta de sus sensuales piernas. Mina trabajaba como crupier en el Ceasar's Palace. Su mesa se incluía dentro de la sala dedicada en exclusiva a las Pussicat Dolls. Fue allí, jugando al blackjack donde nos conocimos. Lo nuestro fue una atracción salvaje. Follamos en su casa en la primera noche.

—Si alguna día te apetece visitarme en Chicago, eres bienvenida —dije.

—Demasiado frío, a mí me gusta más el... calor —dijo sonriendo.

Mina se quitó el chicle de la boca. Lo dejó en un cenicero. Después se acercó contoneando la cadera. Me fijé en sus jugosos labios que habían chupado cada parte de mí, adorándome. Sonreí. Fantaseé con una tarde gloriosa de sexo hasta que nuestros cuerpos quedasen exhaustos. Nos comimos la boca durante cinco largos minutos.

—¿Me sirves una copa? —preguntó Mina en cuanto dispuso de la oportunidad de tomar aire.

Rodeé la barra de la cocina para servirle la bebida. Ella siguió husmeando por el salón.

Entonces ocurrió algo imprevisto que echó por tierra mis ilusiones de una tarde repleta de placer.

—Ah, ¿qué es esto? —preguntó sosteniendo dos folios impresos—. Los billetes de avión... pero hay dos... ¿Quién se va contigo, Harry?

Dejé caer el vaso sobre el fregadero. Fui a toda prisa a arrebatarse los billetes. Prefería que ignorase que Scott me acompañaba. Mina sabía toda la historia entre Amanda y yo.

—Pero, ¿cómo? ¿También se va contigo Scott? De eso no me habías dicho ni una palabra, Harry. Menuda sorpresa.

—¡Trae eso! ¿Quién te ha dado permiso para mirarlos? —pregunté tomando los billetes y guardándolos en mi bolsillo del pantalón.

—¿Estás en mitad de un litigio con tu exmujer y te da permiso para que te lleves a Scott a Chicago? Es extraño después de todos los problemas que habéis sufrido —preguntó con una expresión de desconfianza.

—Ella no tiene que darme permiso para nada. Si quiero llevarme a mi hijo a Chicago, me lo llevo y fin de la discusión —dije con los puños cerrados.

—Entonces no entiendo por qué te enfadas. No estarás pensando... —dijo abriendo los ojos.

Mina me miró fijamente. Después avanzó hacia mí agitando el dedo, acusándome.

—¿Estás pensando en llevarte al niño sin decirle nada a tu exmujer, Harry?

La intuición de Mina me dejó sin habla por unos segundos.

—Será mejor que te vayas —dije señalando la puerta.

—Lo que vas a hacer es inmoral, Harry. Piénsalo bien.

Lo último que deseaba en ese momento es alguien que se dispusiera en mi contra. Y mucho menos en mi casa.

—Será mejor que te vayas. No lo repetiré, Mina.

—Estás mal de la cabeza. Te arrestarán en el aeropuerto de Chicago nada más llegar.

—Acabo de hablar con mi abogado. He puesto una demanda contra ella en Chicago. Alegaré que su pareja es un drogadicto. Y que Scott pasa más tiempo con la asistenta que con su madre. Ya veremos que deciden los tribunales.

—Esa no es la forma de hacer las cosas. Si me pasara a mí, jamás te lo perdonaría.

—¡Es mi hijo! No quiero que un drogadicto se le acerque. ¿Soy tan mal padre?

—¿Seguro que es eso?

Su pregunta dejaba a las claras que había algo más en llevarme a Scott.

—¿Qué insinúas, Mina? —pregunté acercándome a ella con los brazos en jarras.

—Nada —dijo con un hilo de voz, retrocediendo.

—Estás muy equivocada. No tiene nada que ver con Amanda —dije frunciendo el ceño. No había nada que me gustase menos que la psicología barata.

—Está bien, está bien. Perdona —dijo ella alzando los brazos y mostrando las palmas de las manos—. No tengo derecho a meterme en tus asuntos, Harry, aunque he de decir que me decepcionas, pensaba que tu corazón era noble pero me equivocaba.

Me acerqué a ella hasta colocarla contra la pared del salón. Solté un puñetazo que rompió con estruendo el espejo que colgaba cerca de la ventana. Mina soltó un respingo, asustada. Los nudillos me sangraban.

—Ni se te ocurra decir nada a nadie, ¿me has entendido? —dije clavándole la mirada, infundiéndole un temor difícil de olvidar.

Mina asintió con la cabeza repetidas veces, presa del nerviosismo. Me aparté de ella sin dejar de mirarla. Su cuerpo temblaba.

—Vete, será lo mejor. Y no vuelvas a llamarme o mensajearme —dije a la vez que me dirigía hacia la puerta. La abrí de par en par y con un brusco gesto la invité de nuevo a marcharse.

Mina cogió su bolso a toda prisa. Pasó delante de mí sin mirarme. Cerré la puerta de un golpe seco. Maldije en voz alta por el descuido de dejarme los billetes de avión sobre la mesa.

Capítulo 8

ERIC

Recuerdo que sentía una perturbadora alegría al saber por el abogado que la demanda había sido retirada. En el acto me acordé de Olena, y de la violación. Era una extraña sensación de rabia y de agradecimiento por cumplir una parte de un trato inexistente. Incluso

las personas más oscuras cumplen su código de honor, algo que me parecía inquietante.

Con el fin de celebrar la buena noticia, Amanda decidió organizar una cena informal en casa. Acudirían Kate, Lou, David Bosch (el abogado) y Melissa. Para sorprenderla, me ofrecí voluntario para cocinar. Recuerdo que ella me miró desconcertada, pero le dije que, por supuesto, la cocina era otra de mis virtudes. Aspecto que no era del todo cierto... Por eso en secreto decidí aprender a cocinar gracias a los tutoriales en YouTube. Después de practicar en mi casa a solas, me decanté por preparar unas Ostras Mornay, un plato australiano. Para impresionar a Amanda le comenté que era mi especialidad. Sí, una mentira piadosa.

Así que me planté el sábado por la noche en la casa de Amanda con las ostras más caras del mercado, y me adueñé de la cocina durante un par de horas.

—Mmm... qué sexy te ves con el delantal —dijo Amanda mordiendo el labio inferior y mirándome con descaro de arriba a abajo como si fuera un pincho moruno.

—Por favor, no distraigas al chef con comentarios lujuriosos —dije mientras la amenazaba con la espumadera.

Resultaba maravilloso observar a Amanda relajada, libre de problemas judiciales. Su sonrisa colgaba constantemente de los labios, transmitiendo una felicidad contagiosa. Scott era el centro de su vida y continuaría disfrutando de él como hasta ese momento.

Rehogué la cebolla con harina hasta tostarse. Después fui añadiendo tres cucharas soperas de leche poco a poco, sin dejar de remover. Al crear la crema de queso, esparcí generoso cheddar rayado como solo un francés sabe hacer. Cogí las ostras —unas cuarenta—, y las introduje en el horno bañadas con la crema de queso, desprendiendo un olor cálido que me conquistó el alma.

La elección de las ostras no era fruto de la casualidad. Por experiencia propia conocía de su poder afrodisíaco debido a su alto contenido de proteínas y de zinc. La lubricación de la mujer era más efectiva y quedaba garantizado un excelente rendimiento en la cama para el hombre.

—¿No crees que David y Melissa harían una buena pareja? —preguntó Amanda mientras preparaba la ensalada que acompañaría a las ostras.

—No conozco mucho a David. Solo de aquel día en su despacho donde nos explicó las posibilidades de la demanda de Harry, así que tú me dirás.

—Es divertido, encantador... y no está casado. Me encantaría que Melissa empezara una relación paso a paso. Enamorándose primero, sin prisas... —dijo como si lo viviera en primera persona.

La rodeé por la cintura y la besé. Necesitaba tocarla a cada momento, aunque mis manos estuvieran pringadas de crema de queso.

Sonó el timbre de la puerta y Amanda fue a abrir. Oí un murmullo de voces mientras le echaba una última mirada al horno. Me despojé de delantal y salí al recibidor a saludar a nuestros amigos. Eran Lou y Kate, y casi al mismo tiempo apareció Melissa con un pastel de chocolate y fresas preparado por ella misma.

La saludé con un beso y una gran sonrisa, demostrando que no le guardaba resquemor alguno. Si Amanda la había perdonado, yo no podía ser menos. Melissa respondió de igual forma, así que deduje que entre nosotros se establecería una bonita amistad.

Los cinco pasamos al salón donde aguardaban unos aperitivos y unas copas de vino tinto.

—¿A quién habéis dejado a cargo del Mistral? —pregunté.

—A cargo de María, la *hostess* —dijo Kate—. Le estamos dando un voto de confianza. De todos modos iremos al cierre para no encontrarnos imprevistos de ninguna clase.

—¿Se esclareció algo del robo? —preguntó Amanda.

—Nada, pero el seguro ha pagado los desperfectos, así que damos por cerrado el asunto y a otra cosa —dijo Lou tomando asiento en el sofá.

Al cabo de un rato apareció David Bosch. Su cabeza clareaba, pero no parecía el tipo de hombre que vive acomplejado por ello. Mi impresión al reunirnos con él con motivo de la demanda, era que se trataba de un abogado brillante.

Me fijé en Amanda en el momento en que Melissa y David se saludaron cordialmente con un apretón de manos. El protocolo social americano siempre me pareció un tanto desfasado, por eso sin ninguna duda prefería el beso entre hombre y mujer.

—Eric, bonito coche tienes ahí fuera —dijo David sonriendo—. Siempre quise montarme en uno.

—Cuando quieras damos una vuelta —dije.

Al poco, con las Ostras Mornay a punto y acompañado de la ensalada, tomamos asiento a la mesa dispuestos a no dejar nada en el plato. Amanda con gran soltura sirvió las Ostras Mornay ante la expectación general. La capa gratinada de queso era un maravilla para la vista, y sobre la mesa sobrevolaba un olor dulce, cremoso, provocando sonoros rugidos en los estómagos de los comensales.

Antes de comenzar, levantamos las copas y brindamos por la excelente noticia de la retirada de la demanda. Entre el alboroto de las copas, me incliné hacia Melissa.

—¿Todo bien entre nosotros? —pregunté lanzando una mirada cordial.

—Sí, todo bien —respondió ella con un hilo de voz y una sonrisa.

—Por mí parte, todo olvidado.

—Me alegro. Gracias, Eric —dijo inclinando su copa hacía mí, la cual choqué brindando con una gran sonrisa.

Las ostras cayeron una detrás de otra, y a los pocos minutos se agotaron, pese a que había adquirido una considerable cantidad. En concreto, unas diez por cabeza. Me fijé en que Amanda —radiante toda la noche— suspiraba, saciada plenamente. Sumido en el efecto del afrodisíaco, la miré de arriba a abajo con el fin de que se percatara de mis intenciones. Fantaseé con desgarrarle la ropa y poseerla ahí mismo con la fuerza de un animal salvaje.

Al colocar Amanda la tarta de chocolate sobre la mesa, Melissa se ganó un «oh» de admiración debido al cuidado aspecto, con el rojo de las fresas contrastando con el denso y oscuro chocolate. Nadie se abstuvo de su correspondiente ración, y el sabor dulce del chocolate y áspero de la fresa se mezclaron en nuestras bocas como un manjar para los dioses.

Me pregunté si era el único que sospechaba que la mezcla de ostras, chocolate y fresas corría el peligro de ocasionar una explosión afrodisíaca. Pronto salí de dudas.

—No sé vosotros, pero yo me siento sofocada —dijo Kate abanicándose con la mano, una vez que en nuestros platos no quedaba ni rastro del postre.

Todos nos miramos con asombro, asintiendo.

—Creo que nos hemos pasado esta noche con los afrodisíacos —dijo Lou, después de tragar saliva.

—Ostras, chocolate, fresas... —dijo David—. Parece el rodaje de una peli porno.

—¡Vamos a morir todos! *Oh mon Dieu!* —exclamé, bromeando.

Una extraña y ligera sensación flotaba en el ambiente, como la calma que precede a la tormenta.

—Tengo que ir al baño con urgencia —dijo Kate de golpe.

Se levantó de la silla, propinó un indiscreto golpe en el hombro de su marido, y se marchó. Lou me miró desconcertado. Al fin, se levantó para seguir los pasos de su mujer. Desapareció en completo silencio.

—Me marcho, tengo prisa —dijo David levantándose también de repente, colocando la servilleta sobre la mesa—. ¿Quieres que te lleve a algún lado, Melissa?

—Sí, claro —dijo sin vacilar.

Antes de que Amanda y yo pudiéramos decir nada, ambos salían por la puerta agradeciendo a toda prisa la estupenda velada.

—¿Qué está pasando? —preguntó Amanda mirando la mesa vacía, con los brazos en jarras.

Coloqué el dedo sobre mi boca, exigiendo silencio. Hasta nosotros llegaron los ruidos y gemidos de Kate y Lou en el cuarto de baño.

—¡Me matas, cariño, me matas! —exclamaba ella, descontrolada.

Amanda y yo soltamos una carcajada. Los afrodisíacos se me habían ido de las manos.

—¿Sabes qué? —preguntó ella al acercarse a mí.

—Que también estás muy cachonda —dije tomándola por la cintura y sintiendo su piel a través de la blusa.

—Siempre olvido que me lees la mente cuando se trata de sexo —dijo mirándome con un centelleo en los ojos azules y un aroma embriagador.

—Una de tantas virtudes.... —ronroneé mientras la estrechaba contra mi pecho con las manos en su fenomenal trasero.

—No esperes más, y penétrame. Soy tuya, amor mío —dijo de una forma tan sensual que enseguida noté la erección.

La tomé en volandas y subimos las escaleras, aún oyendo las exclamaciones desenfrenadas de Kate y Lou en el baño. Amanda pesaba como una pluma; me encantaba exhibir mi poder físico ante ella. Agradecí que Scott permaneciera al cuidado de Harry, así no sería testigo del desmadre, y nosotros nos librábamos de crearle un trauma psicológico de por vida.

En mitad del ascenso al segundo piso, por una ventana que daba al exterior, un extraño ruido en frente de la casa nos llamó la atención. Al asomarme descubrí que el coche de David se movía cadentemente, por lo que solo significaba una cosa...

—Melissa y David están follando a lo loco —dije a Amanda quedándome con la boca abierta—. Tal y como tu querías, que se conocieran poco a poco, enamorándose...

—Idiota —dijo ella sonriendo.

Antes de que se apagara la libido, continuamos con el ascenso a la cumbre del placer: el dormitorio. La descargué en la cama como un saco de patatas.

—¡Bruto! —exclamó, divertidamente indignada mientras rebotaba.

Enseguida me abalancé sobre ella, mi deseo era tan desgarrador que me faltaba tiempo para despojarme de la ropa.

Quería penetrarla a toda costa, que fuese mía para el resto de las noches, y vivir al abrigo de su ardor.

Ella dejó escapar un agudo grito cuando la agarré por una pierna, la atraje hacia mí y le bajé hasta los tobillos el pantalón corto que tanto le gustaba. Amanda se dejaba hacer, tumbada boca arriba con los brazos extendidos, jadeando...

Al observar las bragas, mi pene alcanzó su grado máximo y empezó a molestarme, por lo que lo liberé bajándome los pantalones y los calzoncillos hasta los muslos.

—Toda para ti, mi amor —dije después de tragar saliva—. Prepárate porque voy follarte como nunca.

—Quiero mirarte cuando me la metas, cariño.

Me encantaba tenerla dispuesta para mí, en plena sumisión. Excitado a más no poder, desesperado, era un toro resoplando de deseo. Sin dejar de mirarla me incliné sobre ella. Con una mano aparté las bragas para permitir el acceso a París, el paraíso. Me acosté sobre ella, nuestros ojos hipnotizados uno del otro, e introduje mi pene como un rey se adueña del ansiado trono.

Amanda gimió produciendo el sonido salvaje del sexo más voraz. Introduje también mis dedos en su boca para que los bañase con saliva. Empecé a menear la pelvis, saboreando cada momento metido en su estrecha vagina, expandiendo el éxtasis por su legendario cuerpo americano.

—Mía... Eres mía, Amanda —dije con la voz entrecortada.

Ella gimió otra vez, abandonándose al gozo, a la deriva de la lascivia.

—Eric... —decía entornando los ojos, en trance, y con la cabeza caída sobre el borde de la cama.

Aumenté el ritmo, atrapándola con más intensidad, mi torso sobre su pechos, mis manos agarrando sus brazos, mi culo meneándose como en una clase de zumba... Solo quería correrme dentro de ella...

Sentí la punta de mi pene eyaculando mientras mi cuerpo se mantenía en tensión, y ella lanzaba un gemido agónico y prolongado. Ambos habíamos llegado al orgasmo de la mano. De vuelta a la realidad, me quedé un rato sobre ella, mirando cómo respiraba agitadamente.

—Eres una... bestia —susurró ella a duras penas.

—Nací para follarte, Amanda —dije apoyando la cabeza sobre la mano y contemplando su belleza una vez más. Ella hacía que todo mereciese la pena.

Capítulo 9

HARRY

Miré el reloj de mi muñeca. Scott y yo formábamos cola para efectuar el *check in* en el mostrador de United Airlines. Delante de nosotros esperaban unas tres o cuatro personas. Estaba cruzado de brazos y dando golpecitos con el pie en el suelo, nervioso. Volví a mirar mi reloj. En cincuenta minutos salía el avión con destino Chicago. En cincuenta minutos mi vida daría un vuelco de ciento ochenta grados.

—Papá, ¿adónde vamos? —dijo Scott. En una mano sostenía un muñeco del Capitán América comprado para mantenerle distraído.

—Ya te lo he dicho vamos a Chicago. Empiezo un trabajo nuevo —dije agachándome para situarme a su altura.

—¿Y mamá va a venir?

—En unos días estará con nosotros, no te preocupes —dije sabiendo que debía recurrir a la mentira para mantener un vuelo sin llamar la atención.

Miré a mi alrededor una vez más. El murmullo de la gente, la megafonía, las colas... Todo reflejaba un día corriente. Sin embargo, alberga la sensación de que en cualquier momento la policía irrumpiría para arrestarme. En cuanto despegara el avión, me sentiría a salvo. Mi abogado en Chicago me había confirmado que la demanda por la custodia completa cumplía con los requisitos. De esta forma me protegía legalmente las espaldas.

—En cuanto llegamos a Chicago nos alojaremos en un hotel muy chulo —dije más que nada para mantener entretenido a Scott.

—¿Podremos usar el *room service*? —preguntó dando saltitos.

—Vaya, ¿quién te ha dicho esa palabra?

—Mi amigo Robert. Dice que siempre que le visita su padre se piden *room service* en un hotel y se pide una hamburguesa con patatas fritas.

Solté una pequeña carcajada por la ocurrencia, y le pasé una cariñosa mano por la cabeza.

—Claro que sí. El *room service* de los hoteles está genial.

—¿Y se puede cenar en la cama?

Asentí con la cabeza.

—¡Bien! ¿Se vendrá Max con nosotros?

—No, Max se queda, no puede venir.

—¿Por qué?

—Porque ahora no es el momento, quizá en una semanas.

—No, yo quiero que Max venga ahora —dijo tirando el muñeco al suelo, y cruzándose de brazos, enfurruñado.

Suspiré. Lo último que deseaba era una escena delante de todo el mundo.

—Escúchame, Scott. Soy tu padre y harás lo que te digo, ¿está claro? —le dije endureciendo la expresión de mi cara.

Scott rompió a llorar con estruendo. La gente que estaba detrás de mí, así como los de otras filas observaron el espectáculo. Estupendo, justo la atención que necesitaba, pensé. Al sentirme el centro de las miradas, me desesperé.

Oí el ruido de unos pasos acelerados a mi espalda y me giré inmediatamente, con el corazón latiendo a mil por hora. Sentí un gran alivio al descubrir que era unos jóvenes corriendo seguramente porque llegaban tarde a algún vuelo.

—Pórtate bien, Scott —dije, frustrado.

Pero mi hijo lloraba tirado en el suelo exigiendo a Max. Ese dichoso perro que le había regalado el francés. Me reproché no comentarle que Max se uniría a nosotros en Chicago.

—Niños, ¿verdad? —dijo una mujer mayor que esperaba detrás de nosotros junto a otro hombre, aparentemente su marido.

Asentí con la cabeza expresando resignación y con un gesto les dejé pasar mientras Scott se calmaba. La mujer lo agradeció con un gesto de la cabeza.

—Scott, ya está bien. Compórtate como un hombre —dije usando casi sin darme cuenta una expresión que mi padre, un militar, usaba muy a menudo—. ¿Quieres que te castigue nada más llegar a Chicago?

—No —dijo entre lágrimas.

—Compórtate, ¿me has entendido? —dije agarrándole de un brazo una vez más. De mi bolsillo saqué unos pañuelos de papel y le limpié los mocos de la nariz.

Pensé que en su interior detectaba que algo no marchaba como de costumbre, pero era incapaz de expresarlo. Quizá eran imaginaciones mías.

—Ya nos toca, Scott —dije señalando el mostrador.

Mi hijo, aún regañadientes, caminó hacia adelante. Respiré tranquilo, todo indicaba que la rabieta iba desapareciendo. Después de entregarle los billetes a la joven del mostrador, ella alzó la vista y me preguntó.

—¿Tiene la documentación del niño?

Desconocía a qué se estaba refiriendo. Sentí un nudo en el estómago. Si me impedían subir al avión debido a ese trámite me resultaría muy complicado viajar otro día, porque era casi imposible que Scott no mencionara a su madre nuestro paso por el aeropuerto. Y eso a Amanda le extrañaría.

—No —respondí.

—Pues es necesario —dijo ella secamente.

Respiré con profundidad. Necesitaba mantener la calma a toda costa.

—Señorita —dije forzando la sonrisa—, tengo entendido que para los vuelos naciones no hace falta ningún identificación.

—En esta compañía sí.

Amanda y yo nunca tramitamos su pasaporte. Y el certificado de nacimiento estaba en posesión de mi exmujer. Miré el reloj. Treinta minutos para el despegue del avión.

Miré de reojo a la gente que esperaba su turno con impaciencia. Apoyé los brazos sobre el mostrador. Una gota de sudor me cayó por la frente.

—En la página web no especifica nada al respecto. Deberían decirlo para evitar estas situaciones —dije.

—¿Tiene o no tiene los documentos?

—¿Usted que cree? ¡No los tengo! —dije cada vez más indignado.

Con resignación la joven descolgó un teléfono de su escritorio. Marcó un número de cuatro cifras en el teclado.

—Un cliente no tiene la documentación de su hijo... —dijo con un hilo de voz—. Dice que la información no está en la página web. Sí, espero.

Scott estaba concentrado con el muñeco del Capitán América.

—¿Estás mejor? —pregunté.

Scott negó con la cabeza.

AMANDA

El martes empezó como un día normal. Después de dejar a Scott en el campamento de natación, acudí al trabajo. Había dejado a Eric durmiendo a pierna suelta, después de una noche muy agitada. Cada vez pasaba más tiempo en mi casa y eso era algo que me encantaba. Nuestra relación se desarrollaba de una forma natural, orgánica, sin estridencias.

Aquella mañana empezaba Melissa y eso era también una motivación más. Le enseñé la cocina y le comenté cuáles serían sus responsabilidades. Aunque nos habíamos mensajado después de su intensa noche con David en el coche, era la primera vez que nos veíamos después de la cena y aprecié en su cara un esplendor antes inadvertido. Su intento de suicidio ya formaba parte del pasado y, como consecuencia, me sentía muy aliviada.

—Voy a verle este fin de semana —me dijo en voz baja refiriéndose a David.

—Cuánto me alegro que las cosas vayan saliendo poco a poco.

—Gracias, Amanda. Te debo mucho. Sé lo que has hecho por mí. Te has portado fenomenal —dijo guiñándome un ojo.

Al girarme para presentar a sus nuevos compañeros, me tropecé con Richard Lolly. Lo que en principio podía interpretarse como una simpática torpeza, se volvió en algo más serio, pues el rostro de Richard era un poema de seriedad cubista. No me extrañaba; estaba molesto por haber pasado por encima de él. Pero ¿cómo explicarle que no quise conspirar para que así fuera? Todo fue un cúmulo de casualidades... Justificarme hubiera significado empeorar la situación. Richard carraspeó, por lo que pedí a Melissa que me dejara a solas con él.

—Richard... —musité.

—Sr. Lolly para ti —dijo tocándose la corbata—. Me ha sorprendido tu movimientos a mi espalda, Amanda. Y créeme lo que ha sucedido no lo olvidaré nunca. Te di mi confianza y así me lo pagas, socavando mi autoridad.

—No fue intencionado, tienes que creerme. Yo no sabía que ella acabaría aquí.

—Me cuesta creerlo. Te juzgué mal y eso solo es culpa mía. Ya no será lo mismo entre tú y yo —dijo cruzándose de brazos.

—Te pediría disculpas si hubiera hecho algo malo, pero ¿cómo iba a decirle a Terry que no contratase a Melissa? También hubieses quedado mal —dije arrepintiéndome de mis últimas palabras.

Richard carraspeó mirando hacia todos los lados menos a mí.

—Con que así quieres jugar conmigo... Qué decepción más grande, Amanda. No te conviene temerme como enemigo. Lo lamentarás —dijo recolocándose sus vistosas gafas.

—Pero si yo no...

Richard se dio la vuelta y se marchó de la cocina dejándome con la palabra en la boca. Me tapé las manos con la cara y negué

con la cabeza durante unos instantes. Me costaría un largo tiempo recuperar de nuevo su confianza.

Uno de los camareros me avisó que una mujer quería verme en la sala. Por lo visto era urgente.

—¿Quién es? —pregunté extrañada.

—No lo sé. No me ha dicho su nombre.

Miré el reloj colgado encima de la cámara frigorífica. Marcaba las diez de la mañana. Suspiré, la energía se me había agotado con el encontronazo con Richard. Lancé de mala gana a la encimera el trapo que solía llevar colgado de la cintura.

Al salir, me llevé una sorpresa al ver a Mina. Se mordía las uñas y no dejaba de moverse. ¿Que querrá? Si apenas la conozco, me dije. En cuanto me vio, se acercó.

—Amanda, por fin. No aguantaba más. Estaba a punto de explotar...

—¿En qué te puedo ayudar? —dije rudamente.

—Harry —respondió ella, como si con solo pronunciar el nombre de mi exmarido supiera el motivo de su visita.

—¿Qué ocurre con él, Mina?

—Lo trasladan a Chicago y hoy se lleva a tu hijo. Ahora deben estar en el aeropuerto.

—¿Qué?

Me apoyé sobre una de las mesas, pues me había entrado un súbito mareo. El cuerpo me temblaba de nerviosismo.

—Lo siento, no dije nada porque no era de mi incumbencia. Pero se lo comenté a mi padre y me convenció para que te lo dijera.

—¿Qué? —pregunté otra vez, aún aturdida, con la mente y el cuerpo paralizados—. ¿A qué hora sale el avión?

—No lo sé, pero ya deben estar en el aeropuerto —dijo Mina mirando su reloj—. Vamos, te llevo en mi coche.

Ni siquiera mencioné a nadie que me marchaba. Simplemente salí caminando con el corazón encogido, asustada, al borde del abismo. Oía voces a mi alrededor, ruidos, pero yo solo movía brazos y piernas como un autómeta.

En el coche de Mina lo primero que hice fue a llamar a Eric, con la voz trémula le dije lo que estaba sucediendo.

—¿Cómo se atreve ese bastardo? No sabe lo qué está haciendo. Se ha vuelto loco. Salgo para allá. Amanda, no te preocupes. Todo saldrá bien. Confía en mí.

—Eric, como me quede sin Scott me muero —dije con la mano sobre el pecho—. Por favor, busca en internet los horarios para Chicago.

—De acuerdo, en cuanto los tenga te llamo.

Negué con la cabeza, aún me costaba creer que fuera verdad el propósito de Harry. Usar de nuevo nuestro hijo como un elemento de dispuesta entre él y yo... ¿Cómo se puede ser tan ruin? Harry nunca cambiaría, qué tonta fui.

Con la esperanza de que me guiara en esta dramática situación, llamé a David Bosch.

—Llamaré a la policía —dijo con tono sosegado—. Les enviaré el acuerdo de divorcio por correo electrónico para que alerten a la dirección del aeropuerto. En cuanto pueda consultaré con un colega las cuestiones legales en Chicago. Por desgracia, me encuentro en San Diego y no puedo hacer mucho más. Por favor, manténme informado. Lo siento, Amanda.

—Está bien, David. Lo comprendo. Te llamaré si te necesito — dije antes de colgar.

Me imaginé a mi hijo preguntando por mí en el aeropuerto y empecé a sollozar.

Capítulo 10

HARRY

Después de un tiempo prolongado al teléfono, la empleada de la aerolínea plantó un formulario sobre el mostrador. Me pidió que lo rellenara con los datos de Scott. Con eso era suficiente. Lo agradecí con una sonrisa distante. Entregamos el equipaje y nos encaminamos al control de seguridad.

Miré el reloj apenas quedaban veinte minutos. Scott permanecía en calma caminando como si se tratara de un paseo más. Lo cargué en brazos y aceleré el paso.

—Papá, tengo hambre...

—Comeremos algo en el avión, Scott.

Formamos una nueva fila para que nos examinaran las pertenencias con los rayos x. Mientras esperaba escribí un borrador de mensaje para Amanda. Planeaba enviárselo una vez aterrizara en la ciudad.

«Estoy con Scott en Chicago. Está bien. Nos veremos en los tribunales».

Franqueamos el detector de metales y recogimos el equipaje para continuar el trayecto hacia la sala de embarque.

ERIC

Sin una idea nítida de dónde obtener la información sobre el vuelo, tecléé a toda prisa en Google «horario de vuelos Chicago». El primer enlace parecía ser lo que buscaba, así que hice clic y me llevó a una página llamada FlightSuperStats. En el buscador escribí «Chicago», sin embargo, debía elegir entre diez aeropuertos. Negué con la cabeza. El tiempo apremiaba. Deduje que no todos estaban destinados a fines comerciales, pero me dificultaban la búsqueda. Descarté los internacionales (el O'Hare y el Midway) y el Naval Air, por pertenecer al ejército. Busqué en el resto, probando uno por uno. El resultado fue infructuoso.

—*Merde!* —exclamé dando un golpe en la mesa.

Desesperado, se me ocurrió intentarlo en los aeropuertos internacionales. Al tratarse de Chicago lo había descartado, pero las opciones se me agotaban. La página se fue cargando con los resultados a una lentitud exasperante. El corazón me dio un vuelco. United Airlines... ¡Ahí estaba! ¡El vuelo de Las Vegas!

Cogí las llaves del coche y llamé a Amanda mientras me subía al Ferrari. Me descolgó al primer tono.

—¡El vuelo sale a las 10:20! —exclamé mirando el reloj. Apenas quedaban unos diez minutos.

HARRY

En cuanto anunciaron el embarque por megafonía, Scott y yo nos levantamos para formar cola. En la mano llevaba mi carné de conducir y los billetes. Me costaba mantenerme relajado y sereno. Constantemente miraba a mi alrededor. Sospechaba de cualquier movimiento inesperado. Hasta que el avión no despegue no me voy a sacudir de encima este nerviosismo, me dije a mí mismo. Scott, no obstante, permanecía en calma. Estaba entretenido con la tableta, jugando a cortas sandías por la mitad.

Mi teléfono vibró. Extrañado, metí la mano en el bolsillo y leí en la pantalla el nombre de Amanda. Hice una mueca de disgusto. ¿Se habría enterado? ¿Mina le habría dicho algo? Decidí no contestar. Guardé de nuevo el teléfono en el bolsillo.

—¿Todo bien, hijo?

Scott asintió. Las tabletas eran los nuevo sedantes. Bastaba con dejarle uno entre las manos para que los niños acabaran sumidos en un silencio monacal.

Mientras la cola avanzaba muy despacio, volví a sentir el vibrador del teléfono. Lancé un largo suspiro. Saqué de nuevo el teléfono del bolsillo y leí en la pantalla el nombre de mi exmujer. No podía ser fruto de la casualidad dos llamadas casi continuas. Amanda conocía mi intención de llevarme a Scott. Mina había hablado. Disimulé mi disgusto y apagué el teléfono.

AMANDA

Con los nervios recorriéndome de arriba a abajo, llamé a David.

—El avión sale a las 10:20. ¿Alguna noticia de la policía? — pregunté ahogada en lágrimas.

—Acabo de enviarles la orden de custodia. Les he pedido que mientras la revisan avisen a la dirección del aeropuerto y les pongan sobre aviso. ¿Cuánto te queda por llegar?

—Diez minutos máximo —dije mirando el tráfico de El Strip y a Mina, que asintió con la cabeza.

—¿A qué hora me has dicho que sale el avión?

—A las 10:20.

—¿A las 10:20? ¡Pero si quedan diez minutos! —dijo David y en su tono se presagiaba que Harry se saldría con la suya—. Escucha, llega cuando puedas. La policía te estará esperando en la entrada. Identifícate cuando hables con ellos. ¿De acuerdo?

Mi corazón estaba encogido, incapaz de asimilar que lo que estaba sucediendo era real, que estaba a punto de perder a Scott, lo que más quería en este mundo.

—De acuerdo —dije con el rostro enrojecido.

HARRY

Una vez que cruzamos el *finger*, entramos en la aeronave saludando al personal de cabina. Busqué los asientos. Delante de mí Scott miraba todo con ojos enormes, lleno de curiosidad. A la mitad del pasillo me detuve y le llamé para que regresara.

—Te toca ventanilla —le dije—. Qué suerte, ya verás qué vistas del despegue.

—Vale —dijo tomando asiento.

Acomodé las pertenencias en el porta equipaje y me senté a su lado, en el asiento del medio.

—Mira, Scott, el aeropuerto —dije señalando a lo lejos—. Y allí está la torre de control.

Scott se arrodilló sobre el asiento. Apoyó sus pequeñas manos sobre la ventana y se asomó. Se quedó unos segundos contemplando las vistas en silencio. Un avión aterrizaba, carritos con equipaje se movían de un lado a otro, un autobús con pasajeros se detenía frente a una puerta...

—¿Mamá cuándo viene, papá?

—Después —respondí con un nudo en la garganta.

Le atusé el pelo rubio. Imaginé el terrible sufrimiento que estaría pasando Amanda en ese momento.

—Papá, ¿me puedo poner la gorra que me regaló Eric? Me gusta mucho.

—Claro, hijo. ¿Te cae bien, Eric? ¿Es bueno contigo?

Scott asintió mientras seguía mirando por la ventanilla. Todos los pasajeros tomaron asiento. Las azafatas comprobaban que ningún portaequipajes estuviera abierto. Abroché el cinturón de seguridad de Scott y el mío.

ERIC

Me salté más de un semáforo en rojo. ¿A quién le importaban las multas en un momento tan delicado? Amanda me necesitaba y yo iba a responder. Sabía a la perfección lo que significaba Scott para ella, y el duro golpe que supondría verse privado de él, aunque fuese algo temporal.

Resultaba complicado conocer las consecuencias legales de raptar a Scott. En cada estado las leyes pueden llegar a ser diferentes para una misma situación. En Francia, por el contrario, la misma ley se extiende para todo el territorio cuando se trata de un delito. Una cosa estaba clara: si Harry se llevaba a Scott, se avecinaban tiempos de juzgados, abogados y resoluciones. Nada de esto nos interesaba.

Adelanté un coche sin mirar si venía alguien por detrás. Me impuse una breve dosis de calma para evitar consecuencias peores.

Miré el reloj. ¿Llegaremos a tiempo?, me pregunté.

En cuanto accedí al aparcamiento del aeropuerto, la volvía a llamar por el manos libre, pero el teléfono comunicaba. Me imaginé que estaría conversando con David.

A los pocos segundos Amanda me devolvió la llamada.

—Eric, la policía nos espera en la entrada —dijo ella con un tono de voz acelerado—. ¿Por dónde estás?

Oí un ruido de coches, pitidos y rumores a lo lejos. Era evidente que se encontraba aún en la calle. La respiración agitada de Amanda me produjo un enorme desasosiego.

—¡En la entrada! —exclamé.

Dejé el coche en doble fila. Corrí mirando hacia todos los lados buscando a Amanda. En el momento que agarré el teléfono para llamarla, la divisé con un policía entrando a toda prisa en el aeropuerto. Crucé la calle tras sus pasos.

—¡Amanda! —exclamé cuando ya me encontraba dentro.

Ella se giró y, al verme, me quedé asolado al ver cómo la angustia se había apoderado de ella. Quería transmitirle que estaba con ella y que juntos haríamos frente a los problemas, pero no había tiempo.

—El embarque se ha cerrado hace diez minutos. El avión está a punto de despegar —dijo Amanda.

—Vamos para allá. Aún tenemos tiempo, quizá la torre de control está hablando con los pilotos ahora mismo —dijo el policía.

El policía, Amanda y yo salimos corriendo. La observé corriendo con todas sus fuerzas, con paso decidido, inexorable, primero un brazo, luego otro, el vaivén de su melena rubia, estaba vulnerable, desprotegida... Hubiera dado lo que fuese por que Scott apareciera en ese preciso instante.

Franqueamos sin contratiempos el control de seguridad gracias a la presencia del policía. Ante nosotros se desplegaba una serie de pasillos interminables.

—¿Por qué vamos a la zona de embarque? Ya está cerrado — dije.

—Vamos a entrar en la pista. El jefe de estación nos estará esperando —dijo el policía antes de hablar por la radio y preguntar la ubicación. Era un hombre de raza afroamericana, corpulento y muy joven.

A lo lejos observamos la mano alzada de un hombre vestido con un chaleco reflectante, indicando que nos acercáramos. A través de las ventanas observé a varios aviones estacionados. Por el altavoz se anunciaban diferentes puertas de embarque para vuelos nacionales.

Cuando nos acercamos, para nuestra sorpresa el jefe de estación negaba con la cabeza.

—Lo siento. Demasiado tarde —dijo mirando hacia la ventana.

Amanda y yo observamos cómo el avión de United AirLanes despegaba rumbo a Chicago.

AMANDA

Rompí a llorar. Estaba completamente aturdida, sumida en la tristeza más profunda. Fui a trompicones a sentarme, las lágrimas me impedían ver por dónde caminaba. Cuando estaba a punto de desmayarme, sentí los brazos de Eric sujetándome. Lo necesitaba, aunque no era suficiente consuelo cuando me abrazó con fuerza, transmitiendo todo su amor.

—Lo siento, Amanda —musitó—. Pero esto no acaba aquí. Nos mudaremos a Chicago si hace falta para hacer frente a ese desgraciado. Pondré a tu disposición los mejores abogados.

Apreté la cara contra su pecho; mi tristeza era infinita. Me habían arrebatado a Scott y no sabía cuándo lo volvería a ver. En ese momento Chicago me parecía situado al otro lado del mundo.

El policía me puso una mano en el hombro y, con cara seria, se acercó a mí.

—La espero fuera. Iremos a presentar una denuncia a la comisaría

Le miré rogando con la mirada un poco de tiempo para reponerme del golpe. El policía asintió y se alejó por el largo pasillo.

—Qué tonta soy. No sé cómo lo vi venir —dije con un hilo de voz.

—Nadie podía imaginar que Harry sería capaz de hacer algo así. No te culpes, cariño —dijo Eric besándome en la frente.

Agradecí que se encontrara a mi lado. Su presencia y su seguridad me reconfortaban, me infundían ánimos. Juntos, él y yo, haríamos frente a la adversidad.

—Estoy mareada —dije.

—Lo mejor será que, después de la comisaría, vayamos a casa y hablemos con David para estudiar nuestras opciones.

Alcé la vista y observé el rostro desolado de Eric. Me enternecía constatar que él también sentía la pérdida como suya.

—Saldremos de esta —dijo acariciándome el pelo con la mano.

—Quiero dormir y despertarme cuando esté solucionado todo, cuando Scott esté conmigo otra vez —dije sollozando de nuevo.

—Antes de lo que imaginas, lo tendrás contigo —dijo mientras me secaba las lágrimas con el dedo.

—Lo que ha hecho Harry es una auténtica locura. Ya no reconozco a ese hombre. Se ha convertido en alguien... de una maldad sin fin. Parece una pesadilla...

Eric seguía abrazándome. Yo aún no podía moverme del asiento, devastada. Cerré los ojos y vi la imagen de Scott. Quería a mi hijo conmigo y no sabía cómo satisfacer ese anhelo. Luchaba contra una súbita oscuridad.

Llamaron a mi teléfono, pero no quería descolgar. Sería Melissa o Richard preguntando dónde diablos estaba. El insistente timbre me estaba poniendo de los nervios. Eric metió la mano en mi bolsillo y lo apagó sin sacarlo.

—Mañana mismo estoy en Chicago. Me importa poco el trabajo ahora mismo —dije con repentina tranquilidad.

—Vamos a casa y pensamos nuestro siguientes pasos —dijo Eric haciendo el ademán de levantarse.

—Creo que se me ha olvidado el bolso en el coche de Mina — dije mirando hacia todos los lados.

—No importa, luego lo recuperaremos.

Asentí. Eric me tomó por la cintura y empezamos a caminar por el pasillo alfombrado. Me sentía como un robot, yo no enviaba órdenes para que mi piernas se moviesen, ellas se movían por inercia.

—¡Mamá!

Solté un respingo. Alucinaba, pues creí oír la voz de mi hijo llamándome.

—¡Mamá!

Desconcertada, me giré. Al descubrir a Scott corriendo hacia mí, el corazón se me desbocó de felicidad. Llevaba la gorra de los Yankees regalada por Eric. Me fundí en un abrazo por el que casi le rompo las costillas.

—Ay, qué me ahogas.

—Perdona, hijo —dije con los ojos nublados por las lágrimas. Le toqué la cara asegurándome que era real. Sí, lo era. Sonreí y lo colmé de besos.

—Nos hemos bajado del avión —dijo Scott—. Papá ha dicho que era mejor que estuviera contigo.

Alcé la vista. Acompañado de un empleado del aeropuerto, Harry me miraba con cara seria a unos cinco metros de distancia. Llevaba la mochila de Scott en una mano y en la otra su maleta con ruedas.

—¿Estás loco o qué? —preguntó Eric caminando hacia él. Por un momento temí que ambos se enzarzaran en una estúpida pelea. No era el mejor ejemplo para Scott.

En silencio Harry nos miró a todos. Lejos de sentir odio por él, sentía lástima, mucha lástima.

—Me arrepentí en el último momento. Cuida de ellos, ¿de acuerdo? —preguntó Harry a Eric.

Eric comprendió que Harry ondeaba la bandera blanca. Se rendía definitivamente.

—Descuida. Lo haré —dijo Eric dando un paso hacia atrás.

Harry caminó hacia mí para entregarme la mochila de nuestro hijo.

—Le llamaré desde Chicago —dijo agachándose y dando un beso en la cabeza de Scott. Después, siguió caminando hasta perderse por el pasillo. El empleado del aeropuerto se alejó por otra puerta.

Eric se acercó y nos abrazó. Mi cuerpo rebosaba alegría. Por fin, volvía a disfrutar de los dos hombres de mi vida.

Epílogo

AMANDA

Al despertar me arrimé a Eric para sentirle bajo las sábanas. Deslicé mi mano sobre su tatuaje, y posé mi cabeza sobre su pecho para oír los latidos de su corazón. Era el corazón de uno de los pilares de mi felicidad, el que me transmitía seguridad y confianza

en el futuro. El pasado ya no importaba. Habían sido unos meses trepidantes y me apetecía disfrutar de un periodo de calma tras la tempestad.

Ordené a mi cerebro que no trajera al presente más pensamientos cuyo eje fuese el dichoso Harry Carr. Al menos durante un tiempo... porque me gustase o no él siempre sería el padre de Scott. Así que esperaba su visita siempre y cuando su trabajo en Chicago se lo permitiese. Tampoco disponía de otras alternativas. Legalmente me hubiese gustado blindarme por lo que sucedió en el aeropuerto, pero David me dijo que no era posible. A pesar de su intento de secuestro, Harry conservaba derechos como padre infranqueables. Además, su arrepentimiento en el último instante contaba a su favor.

Alcé la vista para observar el rostro de Eric. Siempre tan atractivo, magnífico y ejemplar. Se había comportado conmigo a la perfección, paciente y aceptando que Scott siempre será mi prioridad. Había demostrado con creces ser el mejor novio y amante que una mujer pudiera soñar. Y lo mejor estaba por llegar... Con la ausencia de mi exmarido presentía que nuestra relación alcanzaría una mayor profundidad. Eric aún conservaba su mansión en Green Hills, aunque él pasaba la mayor parte del tiempo en mi casa. Un futuro con Eric me sonaba a un paraíso memorable, y albergaba la sensación de que él sentía lo mismo por mí.

Al fin, le observé parpadear: se estaba despertando.

—Buenos días —susurré a la vez que sonreía.

Eric me miró y enseguida una sonrisa iluminó su maravilloso rostro francés. Sus piernas tan bien torneadas se movían con lentitud, su cuerpo se activaba paulatinamente.

Le besé en los labios para medir su sabor por las mañanas. El resultado me lo esperaba: delicioso.

—*Bon jour* —dijo aún bostezando, aún abriéndose al mundo que le esperaba con los brazos abiertos.

Al llevarse una mano para frotarse los ojos, apreció el bíceps musculoso y apabullante surcado por una vena gruesa. Su fuerza bruta era descomunal, como me había demostrado en no pocas ocasiones.

—Felicidades —dijo con una voz más despejada.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—No puedo creer que no te acuerdes, *quelle déception* —dijo tapándose la cara con las manos fingiendo sollozar.

Esforcé todos los engranajes de mi cerebro, sin embargo, la búsqueda entre mis neuronas arrojaba cero resultados. Eric negó con la cabeza, como dándome por imposible.

—Hace tres meses de nuestro primer encuentro en el Apple Store —dijo.

Cerré los ojos. Me sentía abochornada. ¿Cómo se me había podido olvidar?, me pregunté.

—Qué fallo —dije con un hilo de voz—. Lo siento, cariño.

Eric se giró de espaldas, jugando a estar molesto.

—Esta noche duermes con Max en el jardín —dijo con aire ofendido.

—Nooo...Te compensaré —dije mientras me abalanzaba sobre él para besuquearle el brazo.

—He reservado esta noche el Mistral para nosotros, Melissa, David, Lou, Kate, tú y yo.

En sus ojos grises brillaba un destello de entusiasmo y orgullo.

—¡Fantástico! —dije interrumpiendo los besuqueos del perdón —. Me apetecía cenar por ahí, llevamos casi un mes en plan casero total.

—Ponte algo bonito —dijo con una voz suave y autoritaria a la vez, y añadió con una sonrisa—: Bonito y sexy. El Mistral será para nosotros en exclusiva, y los hombres iremos de etiqueta.

Imaginé el vestido que luciría. Uno corto y negro de escote caído, con la espalda muy baja. Maquillaje adjunto: sombra de ojos color ceniza. Sin lugar a dudas, estaría despampanante.

Me sentía satisfecha y feliz por la conquista de un seductor en toda regla. Un hombre que había hecho suspirar a cientos de mujeres, y ya era íntegro para mí.

—Quiero abrirte un restaurante, Amanda —dijo de repente.

Examiné su expresión para evaluar la seriedad de su propuesta. Me costó unos segundos reaccionar a su tajante voluntad.

—¿Y serás mi jefe? —pregunté, escéptica.

—Tú serás la co-propietaria y harás lo que te venga en gana sin rendir cuentas a nadie —dijo con una mirada centelleante.

Acaricé con la mano su fuerte brazo mientras tomaba tiempo para responder. Eric comprendía mis necesidades, pero era injusto cargar sobre sus hombros toda la responsabilidad.

—Estoy bien donde estoy, y me ha costado mucho dar ese paso para llegar al Bistró.

—Pero eso no es más que un paso intermedio, ya lo sabes. No hay que esperar a que lleguen las cosas, hay que tomarlas.

—Me gustan mis compañeros —dije.

—Será un desafío. Vamos, ¿qué es la vida sin continuos desafíos? Unámonos.

—Acabo de llegar al Bistró, y estoy contenta —dije imaginando un restaurante parecido al de mi hermano, de autor, y reconocido en los medios de comunicación. Por más que me apeteciera, no era ese el medio para consumir ambiciones por la vía rápida.

Coloqué mi barbilla sobre la mano en modo pensativo. Era una dulce tentación... La cara de sorpresa de mi hermano, mis padres...

—No, Eric —dije mirándole fijamente, consciente de que mi respuesta le trastocaría.

—¿No? —preguntó echándose hacia atrás.

—Si ha de llegar ese momento, lo he de conseguir por mí misma. Tienes que entenderlo —dije acercándome a su boca para volver a besarla. Lo necesitaba.

—Piénsalo al menos.

—Está bien, pero lo tengo decidido —dije mirando sus labios carnosos.

Sacé mis eternas ganas de Eric con una ronda de besos cortos aunque apasionados.

—¿Estás segura, cariño?

Antes de que pudiera responder, Scott abrió la puerta de repente y se arrojó sobre nosotros.

—¡Soy el capitán América!

En cuanto aterrizó sobre la cama, Eric lo colmó de cosquillas causándole un ataque de risas. Sonreí al recordar cómo la primera vez que Eric pasó la noche en casa, al día siguiente le empujé de la

cama para que Scott no lo encontrase. Las cosas habían cambiado mucho en poco tiempo.

—Estás preciosa, Amanda —me dijo Eric con una mirada arrebatadora, al esperarme al pie de las escaleras de casa.

Eric lucía tan seductor como siempre, con aquel traje de etiqueta que le hacía parecer un modelo de portada de revista. Sus elegantes gemelos plateados, a juego con sus ojos grises, producían un sofisticado contraste con su nueva y flamante camisa blanca. Su peinado brillaba como recién lavado gracias a una justa capa de gomina.

—¿Scott ya está dormido? —preguntó.

Asentí con la cabeza a la vez que ponía el pie en el último peldaño. Eric me tomó de la mano e hizo girarme al completo para contemplar el vestido desde todos los ángulos.

—Y Dios creó a la mujer... —musitó mirándome de arriba a abajo.

—Tú tampoco estás nada mal, y qué bien hueles —dije guiñándole un ojo—. ¿Qué te has puesto?

—Sculpture —dijo acercándose para embriagarme con su aroma—. Si no nos estuvieran esperando, te aseguro que aquí mismo te cogía, y contra la pared te hacía el amor una y otra vez. Ya sabes que me haces perder el control...

Justo cuando Eric palpaba mi trasero, oímos un carraspeo.

—Ejem... —dijo Lupe, agachando la mirada.

—Oh, perdona. Siento que hayas tenido que escuchar eso —dije poniéndome roja mientras lanzaba una mirada de reproche a Eric.

—No se preocupe, señora —dijo con una sonrisa amable.

—Estaremos en el Mistral —dijo Eric—. Emborrachándonos. Si por la mañana no hemos regresado, por favor, acude a la comisaría más cercana y paga la fianza.

—Que se diviertan —dijo ella.

En el Ferrari, en menos de lo que quisiera darme cuenta, ya estábamos en el aparcamiento del Mistral. Sentí un pequeño hormigueo en el estómago. Realmente me apetecía una velada con Eric y los amigos. Mi francés favorito me abrió la puerta y ambos caminamos atravesando una noche fresca y silenciosa. Me gustaba aislarme del bullicio imperante en el Strip para disfrutar de una serena y reservada porción de ciudad.

—Eric... —dije tomándole del brazo que galantemente me había ofrecido.

—Descuida, amor mío, he pedido un menú sin ostras —dijo curvando sus labios, en una sonrisa.

—No es eso, tonto.

—Soy todo oídos.

—Gracias por organizarlo todo. Ha sido una maravillosa sorpresa —dije mirándole con los ojos más tiernos de mi repertorio.

—*Mon plaisir*. El placer es mío —dijo acariciando mi mano.

Al entrar en el Mistral, todos nos ofrecieron una cálida bienvenida con aplausos y besos. No faltaba nadie. David, Melissa, Kate y Lou.

—Me encanta tu pelo —dijo Kate mientras nos sentábamos.

—Gracias. ¿Llevas un vestido de Nina Ricci? Te queda fenomenal —dije

Kate asintió, agradecida por señalarlo.

—Me quita diez años de encima —dijo con una sonrisa—. Y sin pasar por el quirófano.

—Tus pendientes son una maravilla —dijo Melissa, guapísima con un vestido rojo de vertiginoso escote.

—Gracias, Melissa —dijo Kate.

Al poco empezaron a servirnos el menú. Se me hizo la boca agua cuando observé aquellos deliciosos manjares. Gamba blanca con zanahoria, guisantes y huevo. Una lubina en adobo de salvia, orégano y polvo de tomate. Y, por supuesto, un carpaccio de bogavante. Nos lanzamos al ataque como si fuéramos náufragos recién rescatados.

—¿Qué tal con David? —pregunté a Melissa con discreción.

—Oh, Amanda. Es un encanto, lo adoro. Se porta muy bien conmigo. Además, tenemos cosas en común.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

—Nos encanta tirarnos en paracaídas —dijo como si fuese la cosa más normal del mundo.

—Me alegro mucho, de verdad.

Ambas brindamos por nuestra amistad, y nos enganchamos a la conversación que mantenían Lou y Eric. Miré a mi amante, guapísimo y sexy. El efecto que produjo en mí fue de puro y candente deseo.

—De momento no sabemos nada de Harry, y por mi parte espero que se quede en Chicago una larga temporada. Nunca olvidaré el susto que nos metió —dijo Eric con una cara seria, apretando las mandíbulas.

—Por suerte, se resolvió de la mejor manera posible —dijo Lou—. Os hubiéramos echados de menos en caso de mudarnos a Chicago.

—Y nosotros a vosotros —dije yo sonriendo, emocionada por el comentario.

Antes de que llegaran los postres, Eric se levantó de la mesa con determinación y se acercó a mí con un micrófono en la mano.

—Vas a subir al escenario conmigo —dijo cogiéndome de la mano—. Vamos a cantar.

Me quedé con la boca abierta. Por lo visto el aniversario estaba cargado de sorpresas.

—Ni hablar, Eric —dije negando con la cabeza—. Soy malísima. Mañana llueve seguro.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó—. Anda, vamos.

Sin lograr evitarlo, me arrastró hasta el escenario ante los aplausos del público. Me tapé la cara con la mano, divertida y abochornada a la vez.

Eric me rodeó por la cintura y comenzó a recitar a capela la canción de Frank Sinatra, *Fly me to the moon*.

Fly me to the moon

Let me play among the stars

Yo balanceaba mi cuerpo de un lado a otro, nerviosa. La cara de nuestros amigos era de absoluta fascinación por el momento. Sin esperarlo, Eric me entregó el micrófono para que siguiera la canción. A duras penas conocía la letra, pero tras un inicio titubeante conseguí que mi garganta no cometiera el ridículo más absoluto.

Cuando Eric se arrodilló, fruncí el ceño. Del bolsillo interior de su chaqueta, con un suave y elegante gesto, sacó un estuche de terciopelo de Tiffany. El tiempo se paralizó y mi corazón latió con una fuerza desbocada. De entre el público me llegaron *oh* de asombro. Lo siguiente que recuerdo fue como un sueño.

—Esta noche, como todas desde que te conocí, me has dejado con la boca abierta. Nunca me había sentido así con nadie y en muchos momentos de mi vida pensé que eso del amor era un invento de los libros o las películas. Qué equivocado estaba. Desde el primer momento en que te conocí, me desarmaste por completo y

supe que venir desde París a Estados Unidos había merecido la pena. Me has enseñado a disfrutar de las cosas con calma, y sé que aún me queda mucho que aprender de ti, por eso quiero estar contigo siempre. Sé que solo han sido tres meses, sé que es una locura pero te amo, Amanda. Loca y desesperadamente te amo. Seamos una familia, Scott, tú y yo. ¿Quieres casarte conmigo?

Sus ojos destilaban una ternura infinita, la mayor que nunca había visto en nadie. Dejé caer el micrófono al suelo. Mis manos temblaron cuando me agaché para sostener su cara, a la vez que las lágrimas se deslizaban por mi mejilla.

—Me encantaría casarme contigo, Eric Cassel —dije a duras penas.

Cuando abrió el estuche, apareció una alianza de oro con un diamante incrustado, acompañado por otros dos más pequeños. A cámara lenta lo introdujo en mi tembloroso dedo. Oí aplausos y vítores de nuestros amigos. Sonreían, pero nadie en el mundo era más feliz que yo en ese momento.

Nos besamos y regresamos a nuestros asientos cogidos de la mano para recibir las felicitaciones y abrazos. Estaba siendo todo tan emocionante...

—Me encanta —dije observando con devoción el anillo, el símbolo de nuestro amor. Brillaba como mil estrellas en el firmamento—. Y te amo, Eric.

FIN

